Desde la perspectiva antropológica, Bernard Arcand aborda el vasto continente de la pornografía con la esperanza de hallar el grado cero del fenómeno que permita comprender por qué existe en este momento preciso de la historia y cuáles son sus consecuencias profundas.

Para ello, el autor recurre a una documentación impresionante y apunta tanto a describir correctamente el fenómeno mismo como a discutir las distintas interpretaciones que se han propuesto. Su obra constituye una especie de suma que ofrece al lector un conocimiento amplio y matizado de este hecho a la vez familiar y desconocido que es la pornografía.

Su preocupación central apunta a mostrar cómo se nos parece la pornografía, es decir hasta qué punto en realidad no es más que el espejo de lo que ha llegado a ser nuestra modernidad. Pero también muestra que la pornografía actual alude a algunas cuestiones elementales y muy antiguas como el papel social del pudor, el lugar de la masturbación como práctica sexual y el mito de la eterna juventud.

Bernard Arcand

Antropología de la pornografía

El jaguar y el oso hormiguero

Título original: Le jaguar et le tamanoir. Anthropologie de la pornographie

Traducción de Pablo Betesh

Colección Cultura y SociedadDirigida por Carlos Altamirano

ISBN 950-602-273-3

Tucumán 3748, (1189) Buenos Aires, República Argentina

A la orgullosa memoria de Lamar Clark, que a falta de mesa redonda eligióuna arena cuadrada

Este libro trata uno de los temas más delicados, más graves y, lo reconocemos, nos dio más trabajo que los otros, lo cual retrasó mucho su publicación. Pero hemos sentido nuestra responsabilidad en tanto que escritores frente a los excesos que se multiplican y que ponen en peligro la existencia misma del mundo, y hemos cumplido con nuestro deber, todo nuestro deber. Más de un lector se rendirá difícilmente a nuestras razones, combatirá nuestras conclusiones, se quejará por nuestra áspera franqueza. Que nos escuche sin pasión, que reflexione frente a Dios, que interrogue su conciencia, y tarde o temprano nos rendirá ese homenaje de que hemos dicho la Verdad, en honor de la razón humana y de la salvación del país.*GEORGES SURBLED*

Aquél que nunca se despertó en un lecho
anónimo al lado de un rostro
que ya no volverá a ver
y no salió de un burdel al alba con ganas
de tirarse a un río por asco físico
de la existencia, se ha perdido algo.

CHARLES BAUDELAIRE

INTRODUCCIÓN

ACERCA DELA DIFICULTAD DEL TEMA

En el fondo sólo el grado cero podría resistir al mito.*Roland Barthes, Mythologies*

Si se lo piensa detenidamente, el principio de esta historia no resulta muy excitante. Imagínense a un decano de una facultad de ciencias sociales que declara que el departamento de Antropología recibe demasiado pocos estudiantes como para esperar cubrir sus gastos y que de todas maneras la antropología ya no es realmente una disciplina que conviene al "mundo moderno". Había entonces que reaccionar con rapidez, consultar un diario y tomar nota de lo que preocupaba a ese "mundo moderno" que parecía conocer el decano. Era 1983 y la página que ese diario consagra a las opiniones de sus lectores le otorgaba entonces mucho lugar a las controversias acerca del control político de la pornografía. La mayoría de los lectores denunciaban allí la progresión constante del mercado de la pornografía, ubicado entre los flagelos de la sociedad moderna y percibido como el reflejo de una degradación general del entorno social, cultural y moral; una forma de polución de alguna manera, comparable a la ruina de los medios naturales. Como la pasión que marcaba esos debates dejaba creer que eran muy importantes y dado que el sexo constituye un útil publicitario eficaz, el tema encontrado pareció perfecto.

El objetivo primero de este libro es, por lo tanto, mostrar cómo la antropología puede contribuir a esas discusiones actuales y permitir tal vez una mejor apreciación de sus apuestas; se trata entonces de intentar unir a estos debates acerca del bien y del mal una investigación sobre las condiciones que ha creado la pornografía y que aseguran su éxito, al tiempo que un examen de las razones que subyacen a las cuestiones políticas que ella promueve. En resumidas cuentas, ni más ni menos que poder explicar por qué la pornografía existe con sus contenidos actuales y bajo las formas particulares que ella reviste. Tratar de encontrar sus fuentes primeras y, por lo tanto, apuntar al grado cero del fenómeno, el cual según las leyes fundamentales de la antropología como también las de la física, jamás puede ser alcanzado enteramente, siendo sólo una aproximación.

Esta ambiciosa empresa implica un camino contrario al tomado por los comentarios habituales que proponen seguir la evolución de un fenómeno desde la prehistoria hasta nuestra época. El trabajo del antropólogo procede generalmente en sentido inverso: partir del caso indiscutiblemente moderno y totalmente actual para luego mostrar que las cuestiones que lo subyacen ya eran conocidas y habían incluso encontrado a veces respuesta en otra parte y

desde hace mucho tiempo. En el caso que nos ocupa se trata de demostrar que en un ritual en que ciertos individuos se disfrazan de jaguares y otros de osos hormigueros, los indios Sherentes del Brasil central, exploran de hecho la única solución al dilema planteado por la pornografía moderna.

En seguida debemos prevenir a los amantes de los debates públicos que aquí probablemente no encontrarán una respuesta directa a su necesidad de saber cómo juzgar a la pornografía. Pues esta contribución a la antropología busca menos distinguir el bien del mal que localizar las condiciones necesarias para la emergencia de un fenómeno y medir las consecuencias. Como mucho las páginas que siguen trazarán un mapa de los riesgos futuros frente a los cuales las elecciones sociales parecerán a veces evidentes, a veces confusas e inciertas. Pero haciendo esto la antropología logra a veces extender y transformar los debates políticos insinuando que los parámetros de la discusión eran demasiado estrechos y que la pregunta incluso estaba mal planteada. Pretenciosa, la antropología espera incluso justificar su existencia a veces poniendo puntos allí donde a menudo ni siquiera se veía una i. Para ello fue necesario tomar algunos desvíos, visitar otros lugares y considerar otros temas, todo ello tras la noble meta admirablemente resumida por Dan Spelberg de volver "confusamente inteligibles algunos fragmentos de la experiencia humana, los cuales por ellos mismos valen el viaje"[1] pero no hay que olvidar que se trata de un ensayo, es decir, según el diccionario, de una "obra literaria en prosa de factura muy libre que trata de un tema que no agota". Pues ¿quién podría pretender agotar la pornografía?

Este trabajo está dividido en tres partes muy diferentes, tanto por los temas tratados como por el modo de escritura. Hay, por lo tanto, desde el principio una indiscutible apuesta por reunir tres géneros que de costumbre se frecuentan bastante poco.

La primera parte se titula "Notas de lectura" porque busca resumir lo esencial de lo que se ha escrito en una documentación que se ha vuelto ahora un tanto considerable. Los comentarios y el análisis están reagrupados allí bajo dos rúbricas habituales: la definición del tema y las controversias que suscita. Al principio, la búsqueda de una definición adecuada de la pornografía resulta un tanto divertida ante la frialdad y el molesto aburrimiento que los comentarios analíticos traicionan, sobre todo frente a la franqueza grosera del mercado de la pornografía, para luego considerar brevemente los límites siempre inciertos de las clasificaciones efectuadas por los juristas y de los censores de las costumbres nacionales. En cuanto al sobrevuelo de los debates, se efectúa en principio a través de la crítica de una perspectiva conservadora que espera proteger la moralidad púbica. Luego, por la llamada de las principales discusiones en el seno del movimiento feminista, las cuales han conseguido enseguida provocar preguntas cuya importancia supera de lejos la simple polémica acerca de la censura de imágenes sexistas.

La segunda parte resume algunos análisis que tratan a la pornografía en tanto que fenómeno característico de la sociedad moderna. Allí se aborda, por lo tanto, la cuestión de los contextos históricos y sociales. Esta parte lleva el título un poco rimbombante de "Lecturas notorias", con el primer objetivo de señalar que se trata una vez más muy ampliamente de un trabajo de lectura. La discusión se abre entonces sobre algunos

gigantescos aspectos de la experiencia humana que parecerán enseguida inagotables, pues el tema de la pornografía vuelve a lanzar la mayoría de las preguntas clásicas en torno a la noción de imagen y de imaginario, de fantasma y de realidad, de relaciones entre los sexos, de violencia y de relaciones sociales, en una palabra, algunas de las grandes preocupaciones de la sociedad moderna que parecen todas pertinentes a hacer comprender el fenómeno, pero aparentemente sin orden de precedencia o incluso sin disposición particular. Estas lecturas son "notorias" porque los mejores espíritus han abordado cada una de estas preguntas. Lo mejor, por lo tanto, es reconocer en seguida que se encontrarán aquí algunos estribillos e inútiles repeticiones, pero tal como decía André Gide, "todas las cosas ya han sido dichas, pero como nadie escucha, siempre hay que volver a empezar".[2] Cuando un tema ha sido ya tratado por George Steiner, Susan Sontag, Roland Barthes, introducirse en él a su vez demanda una buena dosis de humildad. Sin embargo, no nos parece superfluo analizar la situación de algunas de estas ideas, aunque sólo fuera para decir que no las hemos inventado a todas sólo nosotros.

Finalmente, la investigación del grado cero vendrá en la tercera parte, cuando en la prosecución de las condiciones primeras de la pornografía encontrará los senderos más familiares y ya machacados de la antropología. Se tratará entonces de reflexionar con la ayuda de los Sherentes, así como de la India medieval, de los navajos u otros pueblos, acerca de cuestiones tan elementales como el pudor y lo privado, la creación de los géneros, el uso y la gestión social de la sexualidad, el caso muy particular de la masturbación y de la pérdida de solidaridades y, finalmente, la vida eterna.

* * *

Si bien es cierto que quien quiere triunfar con un poco de gloria desde un principio debe convencer a su auditorio de la amplitud del peligro que se dispone a vencer, hay que recordar que la pornografía sigue siendo un objeto de estudio particularmente difícil y sobre el cual todo investigador arriesga mucho. Por lo menos hay cuatro razones que explican por qué la introducción de un ensayo sobre la pornografía toma inevitablemente el aspecto de una advertencia.

En un artículo publicado por el *Northwestern University Law Review,*[3] la jurista Ruth McGaffey muestra hasta qué punto la opinión de los testigos expertos es fácilmente despreciada en los procesos por obscenidad en los Estados Unidos y en Inglaterra. Mientras que en las causas por homicidio los testimonios competentes a menudo tienen una influencia considerable sobre el jurado, la opinión de expertos de las mismas disciplinas (psiquiatras, sociólogos, etcétera) se vuelven de pronto desdeñables cuando la corte busca probar si la materia que tiene que juzgar merece o no ser declarada obscena. Algunos magistrados incluso

llegan hasta a aconsejar a los jurados resistir a los testimonios de los expertos y fiarse más bien de su propio juicio personal. Insisten incluso en decir que el jurado no debe modificar su opinión a partir de lo que escuchará a lo largo del proceso y que sería perfectamente comprensible que su conclusión ya esté formada y que se mantenga inquebrantable. Por supuesto, la corte busca con esta actitud alcanzar una definición de la obscenidad que reflejaría la opinión más ordinaria del ciudadano más idealmente medio. La sociedad afirma, en resumidas cuentas, por boca del magistrado, que el individuo modesto, sin título ni prestigio y sin competencia por lo demás sancionada, tiene derecho en este caso preciso a una opinión que iguala o incluso sobrepasa la de los mejores expertos. El hecho es extremadamente raro pues en la mayoría de las otras situaciones este mismo individuo medio es considerado como un ignorante al que la ciencia debe aclarar cuando no aplastar con el peso de múltiples mesas redondas de expertos.

Si se reconoce que la cuestión de la obscenidad sexual pertenece de entrada al dominio de lo privado y de lo secreto y puesto que los tribunales, por su parte, no dudan en juzgar a las personas sobre la base de opiniones personales, no hay nada sorprendente en el hecho de que en los debates públicos sobre los usos sociales y políticos de la obscenidad, los intercambios de opinión tomen tan a menudo el tono de diálogos de sordos.

Y de hecho, si todo no ha sido todavía dicho acerca de la pornografía, en cambio, sin duda alguna, sobre ella se ha dicho cualquier cosa.

Pocos temas parecen prestarse tan fácilmente a las afirmaciones perentorias aunque gratuitas, a las interpretaciones dudosas, a las conclusiones apresuradas, a las distorsiones y a la mala fe. Antes de intentar comprender por qué esto ocurre así uno debe ser consciente de que el número considerable de declaraciones públicas sobre el tema no es en realidad más que la expresión abierta de opiniones que no tienen otro peso que el de su total sinceridad. Incluso los análisis que pretenden ser serios no siempre son fiables: a veces se encuentra en ellos un sorprendente desprecio por el método científico (que se acomoda mal a las querellas de opinión) y sus mejores contribuciones a menudo se reducen a algunas intuiciones que quedan por ser verificadas. En pocas palabras, la documentación sobre el tema es considerable, pero terriblemente parcial y apasionada. Nuestra primera dificultad consiste, por lo tanto, en querer recorrer un campo que ya está densamente minado. ¿Cómo tratar, en efecto, un tema sobre el que cada uno tiene una opinión socialmente reconocida como válida e igual a cualquier otra? ¿Cómo evitar maneras de pensar, juicios ya formados y protegidos por la memoria selectiva que lleva a todo lector a no retener sino lo que confirma su convicción y a no escuchar jamás lo que no quiere oír?

A. W. B. Simpson consagró un libro entero a esta cuestión.[4] Cuatro años después de la publicación del informe del Comité Williams sobre la pornografía en Gran Bretaña, del que había sido miembro, Simpson se toma el trabajo de mostrar en detalle hasta qué punto el trabajo del comité no ha sido comprendido por sus críticos que jamás lo han realmente leído y del que las ideas preconcebidas indudablemente han permanecido sin cambiar. También muestra cómo esos mismos críticos han hecho un uso aparentemente ilimitado de falsas aserciones, de rumores, e incluso de calumnias. El libro ilustra el desasosiego de un

intelectual que creía en la franqueza y en la honestidad, pero a quien se le podría fácilmente reprochar no haber comprendido que el imperio del sexo es uno de ésos en los que cada uno juega su vida y en los que todos los golpes no solamente están permitidos, sino incluso recomendados. Las reacciones que denuncia Simpson habrían sido previsibles porque estaban inscritas en la naturaleza misma del objeto de estudio.

En el caso presente hay algo peor: ¿cómo superar la opinión personal cuando una parte esencial de la tesis que se quiere defender consiste justamente en afirmar que la pornografía aparece cuando se vuelve socialmente admisible decir cualquier cosa? ¿Cómo participar en un debate para introducir la idea de que la discusión y el intercambio ya no son posibles? ¿Cómo Joseph Heller consiguió terminar *Catch 22?*

* * *

Hace algunos años, un programa de televisión[5] reunía a mujeres y hombres cuyo trabajo consistía en desvestirse en público en clubes especializados. Ahora bien, la primera pregunta que les planteó la animadora era si hacían ese trabajo "por elección, por interés o más bien por necesidad de exhibicionismo". La pregunta era sin duda legítima, pero generalmente no se pensaría en plantearla, al menos no como entrada en el tema, a un lector de informaciones televisivas, a un especialista en derecho constitucional o a una vedette del deporte. Las costumbres, los hábitos y toda la tradición cultural, dicen muy claramente que el sexo sale de lo ordinario. Mostrarse desnudo no es la misma cosa que contar su vida.

Por lo tanto, hay una segunda dificultad: el tema es delicado. Sin duda todavía mal conocido, secreto, tabú, extremadamente privado y preocupante, pero al mismo tiempo reconocido y enunciado como terriblemente fundamental y determinante. Pretender hoy que la sexualidad no es una fuerza profunda de la experiencia humana sería contradecir una parte importante de los discursos oficiales de la psicología, del arte y de la religión. Sería más prudente y apenas excesivo sugerir que la evolución de nuestra cultura ha visto reemplazar el alma por el sexo: los menores detalles del comportamiento pueden hoy ser vinculados a él y se le ha designado un origen sexual a la mayoría de las enfermedades. Lo esencial depende de ello: una sexualidad sana muy a menudo ha sido presentada como la garantía de un bienestar general, a pesar del cáncer y de los accidentes de la ruta. El sexo ha sido promovido al rango del motor de la historia, tal vez no universal, pero por lo menos personal. No resulta, por lo tanto, sorprendente el hecho de que la opinión que cada uno se hace de él sea tan marcada y tan inmutable. Puesto que la sexualidad se ha vuelto constitutiva del ser entero, cambiar la opinión con respecto a este tema exigiría que se transforme al mismo tiempo todo su modo de vida.

De todos modos, esta fuerza prodigiosa sigue formando parte de lo desconocido. Como en las fórmulas latinas de la misa tradicional o de las recetas de antiguas pociones mágicas, el secreto y lo incomprensible conservan un poder considerable y es a menudo con una facilidad desconcertante que el sexo logra hacer reír burlonamente, impresionar, apasionar o repugnar. Sólo los sentimientos fuertes le convienen y es tal vez por ello que es tan difícil hablar de él.* Únicamente se describe al sexo y al goce por medio del desvío que permite el lenguaje culto o el de la obscenidad: por un lado, el lenguaje indecente y provocador de los chistes osados y de las películas de sexo, y por el otro los pasajes bruscamente puestos en latín de los textos antiguos o la designación de gestos ordinarios por las palabras *cunnilingus y fellatio*. Como si, apenas elegida, cada palabra sufriera una irresistible presión hacia lo vulgar ("follar") o hacia lo demasiado elegante, lo precioso y lo pedante ("hacer el amor") y ello hasta la exclusión de toda posibilidad de emplear un lenguaje ordinario. Se reconoce o bien las palabras groseras y los insultos de los proletarios, o bien la jerga semiótica y médica de la aristocracia: la clase media no tiene medios para hablar de sexo. George Orwell decía que es difícil discutir de obscenidad porque las personas tienen demasiado miedo o de parecer escandalizadas o de no parecer escandalizadas. Otros han notado que en los mejores momentos de audición de la televisión americana, el humor sirve como derivativo del aprieto, puesto que hay muchos más gestos y discursos que connotan la sexualidad en las comedias de situación que en los documentales o en las series policiales.[6] [6]

En un primer tiempo este malestar refleja probablemente la ignorancia todavía considerable en buena parte de las personas de mucho de los aspectos de la sexualidad humana. La mayoría de las investigaciones públicas sobre el tema repiten que numerosas personas tienen por totalmente misteriosos fenómenos tan corrientes como las menstruaciones, la fecundación o la eyaculación;[7] y se trata de nuevo de la ignorancia, esa fuente muy real de accidentes y de dramas del que se quejan antes que nada los trabajadores sociales y los consejeros escolares. Pero sin duda hay que unir a esta ignorancia la idea de que el sexo ha sido desde siempre designado como lugar privilegiado del pecado. Toda una tradición religiosa, pero también civil, lo clasifica del lado del mal y de la tentación demoníaca en los estantes de las bibliotecas cuya designación "guardados bajo llave"* rápidamente se transformó en "infierno". Esta tradición opone el sexo a la imagen de un Dios perfecto surgido de una madre virgen y de un padre puro y casto y que permaneció a su vez eternamente virgen y fue seguido y luego imitado por devotos que se aproximaban a él haciendo un voto de castidad. La primera persona que notó que la catedral de Chicago anteriormente estaba al lado del cuartel general del imperio *Playboy* sin duda tenía razón en concluir que éste no podría vivir sin aquélla. Resulta, por lo tanto, normal que las personas que se sienten más a gusto para discurrir acerca del sexo a menudo sean moralistas: predicadores cristianos, juristas especializados en las infidelidades conyugales, médicos que tratan las enfermedades de transmisión sexual, sexólogos en cruzada. Para el común de los mortales, cómo decía Susan Sontag, es difícil hablar del mal cuando se han perdido los términos religiosos y filosóficos para hacerlo.[8]

Sin embargo, no estamos solos, y la mayoría de las culturas humanas tienen un

respeto por la sexualidad que no se origina para nada en nuestras propias obsesiones religiosas o morales. No necesariamente todas y, por supuesto, de mil maneras muy diferentes, la mayoría de las sociedades reconocen que el sexo es importante, esencial, poderoso, y a veces incluso sagrado, como si los seres humanos, sin embargo muy alejados unos de otros, hubiesen reconocido todos en el acto sexual la sorprendente capacidad, todo al mismo tiempo, de hacer gozar, de dar la vida y de hacer morir. Una etnología un poco chata diría sin duda que el acto sexual nos desarma y nos ubica en una situación de vulnerabilidad que impone la discreción e incluso el disimulo. Otros autores subrayarían más bien que el acoplamiento es un instante muy particular en que nuestro comportamiento se vincula peligrosamente con el de los animales y que por lo tanto es necesario hacer de él un tabú con el objeto de mantener la esencial distinción que nos separa de ellos.

Todo individuo pertenece a varias categorías sociales cuyas principales atribuciones le son impuestas: hay alimentos para jóvenes y alimentos para viejos, como hay ropa de mujeres y ropa de hombres; la música del dentista y la música del motociclista, expresiones de ricos y frases de pobres, lo cual no elimina sin embargo las trampas: hablar como un proletario para ocultar su fortuna, llevar *jeans* que rejuvenecen, o incluso en los extremos cambiar de sexo o ganar la lotería. Ahora bien, el sexo es también un atributo cultural. Se dirá entonces que hay una sexualidad joven y una sexualidad adulta; que la sexualidad femenina no es idéntica a la sexualidad masculina; que los ricos y los pobres hacen las cosas que las clases medias no se atreverían jamás a hacer, se divulgan rumores acerca de los monasterios. Así se llega a creer que los estereotipos de actitudes y de comportamiento sexuales están ampliamente definidos por el género, la edad, la profesión y todo lo demás. Por otra parte, es sobre esos mismos estereotipos que juega la pornografía, cuando elige sus *vedettes* entre los camioneros, las azafatas, las enfermeras o los monjes, pues todos tienen la reputación de ser mucho más activos sexualmente que los agrimensores-geómetras o los contadores.

A menudo el sexismo no es más que el más evidente de los numerosos peligros culturales que acechan cada incursión en el campo de la sexualidad; pero es considerable. Pues si la lucha contra el sexismo consiste en querer demostrar en todas partes que el sexo no es un factor de diferencia, esta lucha corre el riesgo de ser particularmente difícil allí donde justamente la diferencia es dada como esencial. Si en la actualidad se admite que el sexo de un individuo no determina en nada su inteligencia o su competencia profesional, sin embargo se duda en agregar que ese mismo sexo no determina más su sexualidad. Y sin embargo, a pesar de las diferencias físicas y las desconocidas de la neurofisiología del dimorfismo sexual, la primera lección de la etnología consiste en afirmar que hay otras tantas versiones de la sexualidad humana como culturas para inventarlas y que la plasticidad de este nivel no es tan diferente de la que caracteriza al alimento o a los modos vestimentarios. Por otra parte, a menudo es al balbucear esta lección que los etnólogos se vuelven interesantes en los salones o por el contrario aburren a todo el mundo en los debates públicos: siempre hay en alguna parte una isla en la que se pretende que las mujeres dominan sexualmente y que los hombres son menstruados y están obligados a darse en espectáculo.

No obstante, la noción de la sexualidad necesariamente sexuada tiene aspectos de dogma y hace que la lucha contra el sexismo a veces se invierta: las diferencias entre los sexos, que en otra parte aparecen injustificables y son vistas como falaces pretextos para la

opresión, se vuelven aquí constitutivas, inmutables y altamente respetables. Puesto que la sexualidad sigue siendo el punto de anclaje de toda relación entre los sexos, era natural que el movimiento de lucha contra el sexismo se interesara en ella y que la cuestión de la gestión social de la pornografía se convirtiera en la oportunidad de un debate más general sobre los estereotipos sexuales y sobre el conjunto de las relaciones entre los sexos. Y puesto que el aprendizaje de estos modelos culturales siempre puede dejar huellas, conviene precisar en seguida que este ensayo ha sido escrito por un macho heterosexual, estereotipo que habrá que esforzarse constantemente en neutralizar. A este respecto el autor debe por lo menos hacer una mención del punto de vista radical según el cual la dificultad sería insalvable. Afirmar que siempre será imposible apreciar la experiencia que el otro puede tener de la pornografía, es decir que las barreras entre los sexos y entre las diversas formas de sexualidad permanecerán siempre infranqueables. Pero no hay realmente una razón válida para no agregar de la misma manera la barrera de las clases sociales, de la edad, de la experiencia de vida, de las posiciones filosóficas, de la inteligencia y del talento para luego concluir que la comunicación es imposible y declarar que todo análisis no es finalmente más que el monólogo egotista de su autor. Para continuar se puede finalmente pretender que el mundo desaparece cada vez que se cierran los ojos. Más vale admitir simplemente que el tema es difícil y que aquí más que allá sin duda hay que desconfiar del sexismo vinculado con la mayoría de las ideas que fundan a la vez el fenómeno en sí mismo y su análisis crítico.[9]

* * *

Queda por admitir una última dificultad: la que proviene de la extraordinaria chatura del discurso culto cuando descansa sobre una empresa comercial enteramente centrada en el placer y el goce. Pornografía y ciencia son los productos de una sociedad que distingue y separa muy claramente las actividades del cuerpo y las del espíritu. El sexo, con el deporte, son por excelencia un asunto del cuerpo; esta separación llega a decir que las personas bellas y provistas de atractivo sexual, así como los grandes atletas, son obligatoriamente todos un poco estúpidos, mientras que a los genios no se les reconoce sexo y se les atribuye fácilmente la fealdad. Los intelectuales se encuentran aquí por lo tanto en un territorio mal conocido, y es sin duda por ello que la mayoría de los discursos cultos sobre el goce se vinculan habitualmente con el límite extremo de lo que la ciencia puede producir como aburrimiento, pues, como cada uno lo sabe, los intelectuales han alcanzado la función social que ocupan en parte por autodesprecio sexual y es por lo tanto fácil acusarlos de hablar como pedantes que sufren inhibición sexual. Es lo que decía muy claramente Al Golstein, gran productor americano de pornografía, cuando se encontró conducido por la prestigiosa New Scholl for Social Research de New York para participar de un debate con diversos intelectuales y comentadores de la sociedad americana (Erica Jong, Susan Brownmiller, Aryeh Neier y otros).[10] Aunque expresan su más perfecto desacuerdo sobre lo que habría que pensar a

partir de entonces acerca de la pornografía, todos estos intelectuales se pusieron de acuerdo en reproducir el discurso oficial más común: la pornografía es un aburrimiento aplastante, la mayoría del tiempo desesperadamente triste y de muy mal gusto. Ahora bien, según notaba Golstein, puesto que ella tiene un éxito comercial, la pornografía bien debe procurar algún placer a alguien. Y como los intelectuales no osarían abiertamente pretender ser superiores a los millones de consumidores de pornografía, debe entonces comprenderse que agregan al tormento que rodea al sexo y a su tabú tradicional la vergüenza del placer mismo. De donde surge la necesidad de un ensayo como éste, que pretende ser culto, de no eludir las nociones de placer y de goce de manera de no olvidar lo que funda sin duda alguna lo esencial de nuestro tema.

PRIMERA PARTE

NOTAS DE LECTURA

CAPÍTULO I

TRES DEFINICIONES DE LA PORNOGRAFÍA

"Pornografía" designa un argumento, no una cosa. *Walter Kendrick, El museo secreto. La pornografía en la cultura moderna*

¿Qué es la pornografía? ¿Lo obsceno comienza realmente allí donde termina el erotismo? ¿De qué precisamente depende la distinción? La mayoría de las respuestas sigue siendo incierta y la definición frágil. Se llega a creer que ello depende del tema: la pornografía provoca algunos sentimientos fuertes, como la excitación sexual y la rabia, pero sigue siendo imprecisa y eminentemente inalcanzable… al punto de ser reconocida en un principio por sus efectos. Tal vez lo más sorprendente es el hecho de que las tres principales definiciones de la pornografía parecen pertenecer a universos diferentes que se ignoran mutuamente. Cada una tiene sus méritos. Se verá en un principio la definición analítica del fenómeno, considerada con cierta distancia clínica con la esperanza de poder extraer de ella los elementos fundamentales y de poder adoptar un modelo válido para todas las circunstancias pero que no consigue a menudo escapar a la confusión o a la tautología. Habrá, por lo tanto, que implorar a la paciencia del lector porque los teóricos no buscan necesariamente la claridad, pero también porque se siente el malestar y las dudas a menudo áridas de los comentadores poco habituados a discurrir sobre lo grosero. Luego vendrá la definición mucho más simple del mercado de la pornografía, es decir, la definición muy empírica de un producto de consumo por su contenido, por su mercado y por lo que sabemos de las personas que trabajan en él, que lo venden o lo compran. Finalmente veremos la definición a menudo muy precisa de los censores guardianes del buen orden social, moral y cultural, en resumidas cuentas, la definición establecida por el estado que se inquieta por la obscenidad y sus efectos perniciosos sobre la sociedad.

Vista de la torre de marfil

Hay que tener en cuenta que la ciencia durante largo tiempo experimentó mucho malestar al hablar de estas cosas. A tal punto sus esfuerzos para definir la pornografía parecen provenir de plumas que dudan. La acepción corriente define a la pornografía como una representación de cosas obscenas, es decir de cosas que hieren deliberadamente al pudor, el cual es una vergüenza o malestar que una persona experimenta al considerar cuestiones de

naturaleza sexual. Si fuera fácil precisar cuáles son exactamente esas "cuestiones" obscenas y de naturaleza sexual de las que habla el diccionario obtendríamos finalmente una definición clara de la pornografía.

El juez Potter Stewart, otrora miembro de la Corte Suprema de los Estados Unidos, se cubrió de ridículo a los ojos de casi todos los comentadores al declararse satisfecho, un día de 1964, de la definición más simple posible de la pornografía; su fórmula se volvió famosa: "Sé lo que es cuando lo veo".[11] Los auditores se rieron a carcajadas y unánimemente se le reprochó a esta ocurrencia no ofrecer nada mejor que una apreciación totalmente subjetiva, por lo tanto sin generalización posible y sin ningún valor jurídico, además de caer en lo que a veces se llama el sofisma del elefante (creer que existen en el mundo ciertas cosas muy difíciles de describir pero que al mismo tiempo son perfectamente reconocibles como el elefante). Sin embargo, el juez Potter Stewart enunciaba tal vez con mucha simpleza una definición particularmente adecuada y precisa de la pornografía. De hecho la única definición formal utilizable. Pero tendría que haber seguido con su idea y explicarla más.

En principio, el sofisma del elefante no es tan absurdo. La pornografía, como la belleza, la cualidad o el humor, pertenece a esta clase de cosas curiosas que creemos reconocer todo el tiempo sin poder nunca definirlas. Sin duda es un espectáculo de carácter sexual, una representación osada, cuando no obscena, pero tras esto se corre el riesgo de expresar un simple pleonasmo si no se puede en cada caso identificar lo que merece esta etiqueta. ¿Qué es lo que hace que un objeto, una imagen, o un gesto se vuelva pornográfico y que deje de ser artístico, erótico, patológico, ingenuo o cualquier otra cosa? Muchos han propuesto definiciones muy precisas, pero ellas han demostrado ser todas muy fácilmente discutibles, a tal punto que ninguna tuvo más que un éxito pasajero, engendrando debates sin fin particularmente en torno a la frontera entre el erotismo y la pornografía, cuestión que todavía sigue pendiente. Definir la pornografía parece a tal punto difícil que los comentadores más rigurosos prefieren abstenerse de ella. Por ejemplo, el informe de la Comisión Fraser, después de haber examinado con bastante minucia lo que se había hecho en otros casos, concluye que "las palabras 'obscenidad' 'pornografía' y 'erotismo' están asociadas a una red a tal punto enredada de significaciones primarias, secundarias y populares y a un número tal de connotaciones diferentes dependientes *[sic]* de la ideología individual, que hemos decidido evitarlas en el marco del derecho penal".[12]

En una palabra, quienes desprecian al juez Potter Stewart son incapaces de corregir su ocurrencia. La Comisión Fraser abandona el proyecto de establecer una definición y se desvía hacia cuestiones de violencia y de protección de la juventud. Otros, sin embargo, insisten y llegan a una definición que corresponde en un principio a lo que les interesa anunciando, por ejemplo, que la pornografía es una "comercialización de imágenes de carácter sexual" o incluso una "violencia hecha a las mujeres". Lo cual significa, entonces, hacer de la pornografía un argumento, tal como lo decía Kendrick, lo cual puede ser totalmente pertinente en un debate pero tiene siempre la desventaja de ser demasiado exclusivo: en los dos ejemplos de definiciones que acaban de ser dados, por definición se volvería pornográfica una parte importante de la publicidad y una proporción alarmante de relaciones conyugales.

La primera dificultad surge de la necesidad de precisar claramente la naturaleza de un fenómeno constantemente cambiante, tanto en el tiempo como en el espacio social. Lo que ayer provocaba escándalo hoy ni siquiera atrae la atención y es probable que el mañana nos depare todavía muchas sorpresas. Estas transformaciones han sido tal vez particularmente rápidas en el curso de los últimos treinta años, pero siempre han sido el principal escollo del censor obligado a juzgar y quien será, a su vez, indefectiblemente juzgado por la historia. Peor aún, las variaciones en el espacio social son igualmente pronunciadas, pues desde el punto de vista individual cualquier cosa puede ser pornográfica. No se trata simplemente de volver a decir con ello que el ser humano es capaz de excitarse bajo cualquier pretexto y atribuir una intención fálica a cualquier cigarro. Por supuesto, la pornografía es antes que nada un producto comercial y por lo tanto fabricado para ser vendido. Pero también hay que notar que ciertos productos pueden ser recibidos y comprendidos como el resultado de una voluntad de ejercer una estimulación sexual cuando en realidad probablemente no era esa su finalidad primera. Por ejemplo, durante mucho tiempo se pretendió que los canadienses ingleses se habían despertado a la sexualidad en las páginas ilustradas de ropa interior femenina de los catálogos de la casa Eaton. También hay que citar el caso de esa teleespectadora americana que un día protestó contra la obscenidad en la que caía el personaje principal del antiguo programa *El hombre invisible* cada vez que retiraba sus fajas. Así, todo parece imaginable y los verdaderos determinantes están en el ojo del mirón y el estado de su salud.

Parece entonces esencial delimitar la investigación y considerar la pornografía como un fenómeno social. Es una etiqueta colectivamente colocada a ciertos productos: es pornográfico lo que la sociedad declara como tal. No obstante, como las sociedades modernas se han convertido en gigantescos conglomerados de grupos sociales a menudo muy dispares, se encontrará allí con casi total seguridad una multiplicidad de definiciones diversas y contradictorias. Desde luego, existe un cierto consenso en el seno de cada grupo, pues la pornografía se define como el arte (del que se ha dicho que en la actualidad se habría convertido simplemente en aquello que puede ser pegado a la pared), en el sentido de que la decisión de colocar algo en la pared depende de las personas que uno invita a su casa. El mantenimiento de relaciones con un grupo social y las buenas costumbres exigen no contradecir demasiado a las personas que son invitadas, justamente porque entre otras cualidades ellos manifiestan la misma apreciación de las cosas bellas y comparten nuestra definición de la pornografía. En una palabra, la definición debe tener en cuenta el contexto de la recepción: para ciertos grupos sociales, el mundo moderno desde hace mucho tiempo ha caído en la obscenidad más decadente, mientras que otros jamás encuentran nada lo suficientemente audaz como para merecer verdaderamente la etiqueta de pornografía.

Ahora bien, estas solidaridades parecen en muchos casos estar en vías de volverse más bien limitadas, y el ciudadano moderno se distingue por su creciente convicción de que algunos de sus vecinos hacen prueba del más profundo mal gusto y de los peores fanatismos, con el resultado de que esos malos vecinos ya no pueden entenderse entre sí realmente y que, más allá de las individualidades, la determinación de lo que será pornográfico depende a menudo directamente del Estado. De esta manera, en los Estados en los que un grupo social no ha usurpado el poder y en los que subsisten algunas prácticas democráticas, la definición oficial de la obscenidad (y en una gran medida la de la pornografía) da cuenta necesariamente

de un esfuerzo, a veces considerable, por trascender las diferencias de opinión y descubrir los denominadores comunes, lo cual plantea aquí y allá la cuestión política de la centralización y el riesgo de una definición que queriendo ser buena para todos se vuelve mala para cada uno. Al término de este esfuerzo, una sociedad de alguna manera da cuenta de su jerarquía de valores, pues no será reconocido pornográfico -y, sobre todo, no será prohibido- más que aquello que le parece fundamental por oposición a todo lo que será tolerado porque todavía es discutible, es decir todo lo que está menos profundamente anclado en su visión del mundo. Y por oposición también a todo lo que no será ni siquiera mencionado porque es directamente impensable.

Todo esto es enojoso según parece para la mayoría de los Estados modernos, que prefieren no tener nunca que ejercer su poder de censura y que esperan evitar legislar pasando el problema al poder judicial. El juez Potter Stewart tenía razón entonces si lo que dijo puede traducirse por "sé lo que es porque soy miembro de la Corte Suprema y porque soy yo quien decide". Solamente los miembros del más alto tribunal del país gozan del privilegio de imponer su juicio al conjunto de la sociedad.

No obstante, aunque el examen de lo que es jurídicamente sancionado por el estado es sin duda revelador, ello no alcanzaría a definir la pornografía. En numerosos países, en efecto, la pornografía ya no es un crimen y, por lo tanto, no cae en la prohibición de la ley. Y no se trata de un ámbito en el que uno pueda contentarse con una definición que fluctuaría con el mismo ritmo que la evolución de las costumbres y de la tolerancia jurídica. La historia de la pornografía no se limita a la historia de la censura. Al volverse tolerables y más accesibles, algunas representaciones no han dejado de ser ostensiblemente pornográficas, y de obscenas e ilegales ellas se han convertido simplemente en obscenas y legítimas. La ley no modificó nada, salvo la legitimidad.

Por otra parte, el primer vicio de varias definiciones es el de dejar creer que sería posible descubrir en la pornografía un contenido particular e identificable. Un poco a la manera de los antiguos físicos que perseguían el nivel más elemental de la materia, se busca el instante preciso en que una representación adquiere el estatus de pornografía. Al tiempo que de buena gana se admite que esta frontera fluctúa mucho y que está constantemente modelada por la historia, se procede, sin embargo, como si la pornografía en cada época siguiera siendo una materia definible que se puede palpar fácilmente o, por lo menos, señalar. Ahora bien, justamente ése es el método del censor: decidir cuándo una palabra es demasiado fuerte, o una imagen demasiado osada o atrevida, un espectáculo demasiado provocativo, en una palabra, trazar muy minuciosamente el límite de lo tolerable. Si se quiere evitar transformar una definición de la pornografía en una simple historia de la censura hay que comprender, por lo tanto, que nuestro método no puede ser el del censor, el cual ofrece una definición concreta y puntual y que debe tomar decisiones sin duda importantes pero que sólo valen por "el estado actual de la sociedad" sabiendo ya que el futuro -como, por otra parte, ya lo ha hecho el pasado- vendrá a contradecir su mejor juicio. Ningún sabio pretendería este género de riesgo.

Otra diferencia fundamental: el trabajo del censor procede por deducción a partir de algunos principios generales, pero lo que lo concierne directamente sigue siendo la aplicación de esos principios en una interminable serie de casos concretos examinados con atención,

mientras que es en los principios generales en donde se esconde la definición de la pornografía y, por lo tanto, en donde trabaja el investigador.

El primero de todos estos principios enseña que el objeto mismo tiene menos importancia que las circunstancias que lo rodean. La pornografía no es nunca una materia identificable, sino la relación entre un contenido y su contexto. En principio, ya se ha dicho, está el contexto histórico: lo atrayente y lo escandaloso de ayer es hoy aceptado, o a menudo incluso resulta risible y aburrido. Pero también hay diversos contextos sociales, en el interior de los cuales, desde hace alrededor de cincuenta años, las representaciones de elementos de carácter sexual se han multiplicado considerablemente. El malestar del cuerpo se desdibujó mucho recientemente y las enseñanzas de las ciencias de la salud, de las artes, o de cualquier otro ámbito reconocido como serio pueden hoy estar ilustrados con imágenes totalmente precisas y detalladas de la sexualidad humana. Un mismo objeto, una misma imagen tomarán su verdadero sentido según estén presentados en el marco de una enseñanza médica, en la página nueve de un periódico, en una clínica de sexología, o en la escuela de Bellas Artes. Nada es en sí pornografía y la etiqueta sólo es atribuible tras la evaluación del contexto social.

Si se agrega que el único objetivo de la pornografía es mostrar la sexualidad en todos sus detalles y lograr vender ilustraciones que exploran el sexo en sus aspectos más atrayentes (lo cual se ha vuelto fácil por el hecho de que es posible transgredir una prohibición cultural yendo por definición demasiado lejos) ella tomará, por lo tanto, el aspecto de una empresa que no quiere hablar sino de sexo, sin darle una forma cultural y sin otra referencia. Y es probablemente lo que mejor permite definirla: el sexo sin otro artificio. Como decían ya Bruckner y Finkielkraut: "ya no son los cuerpos quienes son obscenos, es la gratuidad de su ostentación. Desde el descubrimiento, la queja se desplaza hacia su ausencia de significación. Para merecer el epíteto de puerco hay que desvestirse dos veces: de ropas y de trascendencias".[13] En el mismo sentido, Steven Marcus describía cómo el género está fundado esencialmente en la eliminación progresiva de la realidad social con el objeto de alcanzar el estado extático de lo que él llama la "Pornotopia" en donde ya no hay ni tiempo ni espacio más que para el sexo.[14] Aldous Huxley hablaba de esas fabulosas orgías en las que nunca hay un dolor de muelas ni un alquiler por pagar.

Se vuelve así pornográfico un objeto al que se le quita lo que parece pertenecerle necesariamente. De esa manera, en el último siglo, la desnudez fuera del contexto de la habitación nupcial podía ser inaceptable, mientras que hoy es más bien la imagen del sexo desprovisto de amor la que será a menudo declarada pornográfica.[15] La definición es de una perfecta simplicidad: la representación del sexo en sí mismo sin maquillaje y sin otra referencia, sin pretexto o excusa, en resumidas cuentas, el sexo sin otra razón. De pronto, se comprende hasta qué punto puede resultar fácil ser pornográfico en una sociedad en la que, desde hace mucho tiempo, como decía Herbert Marcuse, toda la potencia de la moralidad se juega en contra del uso del cuerpo como simple objeto, como instrumento de placer, allí donde el sexo debe revelar algunos valores superiores y en donde la sexualidad tiene necesariamente una necesidad de ser trascendida por el amor.[16] A partir del momento en

que ello deja de ser cierto la obscenidad se vuelve más difícil.

Como toda buena arma debe tener doble filo, esta definición de la pornografía que sirve para identificar sus productos y para condenar a sus autores permite al mismo tiempo volverla aceptable poniéndola en contextos totalmente artificiales pero socialmente admitidos. Para escapar a la censura, tradicionalmente alcanzaba con hacer admitir que la obra en cuestión era una obra de arte, o que se trataba de un manual de dibujo, de una revista consagrada a la fotografía moderna, de un tratado de medicina, de sexología o incluso de etnología,[17] o hasta que las fotos eran esenciales para el comercio de ropa interior o bien que el texto contaba ni más ni menos que la vida de algún gran mártir de la iglesia.

Al ofrecer en cada oportunidad un marco a la sexualidad y al afirmar lo más claramente posible que la obra contiene "otra cosa" y que no se trata únicamente de sexo, se evita la condena pornográfica. Durante mucho tiempo, en los Estados Unidos, toda obra que no quería ser declarada pornográfica debía en los términos mismos de la ley poder dar prueba de una cierta *redeeming social value,* de un valor de compra: poder demostrar una referencia o una pertinencia distinta y exterior a la sexualidad que permitiera excusar un tratamiento demasiado explícito del sexo. Lo cual indica claramente que la representación del sexo constituye ya en sí misma una falta que es necesario comprar. La discusión se dirigirá entonces al valor añadido, pues el objeto en sí es injustificable y esta actitud no sólo está reservada a los pasillos mal iluminados de la justicia norteamericana o a los apóstoles de la castidad cristiana; en toda la literatura sobre la pornografía es tan raro escuchar hablar de sexo que es frecuente encontrar comentarios justificadores que evocan la estética, el alcance sociológico o la profundidad filosófica. Y es también la excusa de los escasos compradores que no buscan esconderse o que son descubiertos en flagrante consumo. Sin excusas, la pornografía pertenece al universo de las enfermedades vergonzosas.

Esta misma definición permite comprender cómo ciertos objetos que parecen a primera vista (o de lejos) bastante comparables no merecerán todos la misma etiqueta. Es la atribución a cierta trascendencia lo que lleva a ver una diferencia esencial entre el *David* de Miguel Ángel y una foto de Burt Reynolds posando desnudo en *Playgirl*. La trascendencia explica también cómo la artista norteamericana Judy Chicago puede rendir homenaje a las mujeres célebres de la historia pintando la imagen de sus vaginas sobre platos y por qué la misma obra de la mano de Hugh Hefner habría sido comprendida y recibida muy diferentemente.[18] Es también el contexto lo que permite comprender que una imagen de mujer desnuda, golpeada y a punto de morir, puede ser declarada perfectamente pornográfica mientras que la de un hombre desnudo, golpeado y maltratado hasta la muerte, puede no ser ni pornográfico ni incluso erótico si el individuo en cuestión está clavado en una cruz en todas las iglesias de la cristiandad.

Por otra parte, el contexto es evidentemente extensible en el tiempo como en el espacio, y el grado de esta extensión determina lo que será pornográfico. En una palabra, cuanto mayor es la distancia, menor será la impresión. Es así que las pinturas del último siglo nos han dejado interminables series de desnudos cuyos nombres pertenecen siempre a la historia antigua y a la mitología: Sabinas, Venus, San Esteban, San Sebastián, Adán y Eva,

cuando no se trata de algunas ninfas anónimas rodeadas de bebés que vuelan y de sátiros con pies de macho cabrío. La distancia salva las apariencias. Se comprende a partir de entonces el riesgo que corrieron los impresionistas, los cuales decidieron pintar a sus contemporáneos, en particular Manet, quien jugó doblemente sobre el contexto, osando pintar franceses sin ropa en situaciones en las que habitualmente ni siquiera se hubiesen quitado sus guantes. Terminada la mitología lejana, la distancia se había vuelto de pronto insuficiente y hubo un choque. La desnudez de Venus era aceptable porque señalaba absolutamente todo del contexto de su nacimiento, mientras que en el cuadro de Manet todo el mundo conocía el contexto familiar de un almuerzo sobre la hierba en que la desnudez era impensable. Cien años más tarde, *Playboy,* cuya intención es inversa en la medida en que busca deliberadamente provocar, pretenderá mostrar totalmente desnuda a "la chica de al lado", es decir, justamente la que vive en el contexto más inmediato, la de la puerta vecina. En otros lugares, la preocupación por el distanciamiento sobrevivió. El arte moderno trata a menudo el cuerpo humano como una especie de naturaleza muerta sobre la cual hace jugar detalles de formas, de sombras y de colores, de montañas o *collages,* y cuyo resultado contribuye a alejarnos de lo que parece un cuerpo verdadero, lo cual también tiene por efecto atenuar toda posibilidad de connotación sexual. George Steiner sugería incluso definir el arte abstracto como aquello que no puede ser pornográfico.[19]

Esta concentración exclusiva sobre el sexo desprovisto de toda referencia exterior permite definir la pornografía y marca al mismo tiempo sus límites. Más adelante volveremos a ello, pero notemos en seguida que el espectáculo de la sexualidad humana limitada a juegos de cuerpos parece perder bastante rápidamente su atractivo comercial al volverse un producto demasiado banal. Es por ello que la producción pornográfica muy rápidamente hace media vuelta y busca darse algunas referencias que servirán para mantener el interés. Mientras que antes se buscaba evitar la censura pretendiendo que se trataba de arte, de etnología, o incluso diciendo que la película sospechada era en realidad un documental de carácter sociológico sobre el movimiento naturista, desde hace veinte años se ha llegado al punto en que el sexo no alcanza ya y en que su éxito descansa en el contexto. En el ejemplo del cine pornográfico, esta búsqueda de una puesta en contexto engendró una producción que, al tiempo que deja un lugar muy amplio al humor, retoma, según su muy particular manera, algunos cuentos para niños, los mejores éxitos cinematográficos del año, programas populares de la televisión, leyendas conocidas o dramas históricos. Es así como se han podido ver películas tales como La Chatte *sur un doigt brûlant y L'arrière train sifflera trois fois.*[20] Además, por supuesto, de hacer un uso repetitivo de ciertos grupos ocupacionales estereotipados de la cultura llamada popular, la pornografía cuenta mucho los jugueteos sexuales de las estudiantes, de las enfermeras, de los camioneros, de las azafatas y de esa clase privilegiada de religiosas y de monjes que pertenecen al contexto religioso en el que el desenfreno es necesariamente de mejor calidad. Las dos principales revistas americanas del género ofrecen ejemplos contrastados de esfuerzos por agregar un interés contextual a ilustraciones que de otro modo serían muy repetitivas: *Penthouse* busca convencer a mujeres célebres de que posen desnudas, mientras que *Playboy* siempre pretendió que sus modelos representaban a la chica ordinaria, a la vecina. En los dos casos el estimulante pertenece al contexto. Los cuerpos son demasiado parecidos y la sexualidad humana demasiado limitada como para mantener el interés. Se dirigen, entonces, a otros sentidos. Así, una imagen se vuelve excitante porque se

trata de Jackie Kennedy, de Miss USA o de un senador, o porque describe la vida amorosa de Rasputín o de Robin Hood o incluso de la muy desenvuelta Blancanieves. Pero también puede ser que sea la vida cotidiana más ordinaria la que se encuentra invadida por el sexo: de pronto la bibliotecaria, el conductor de un micro, el portero, todos se desvisten y no piensan más que en eso.

En una palabra, la etiqueta pornográfica estará ubicada en alguna parte, en un punto a menudo impreciso y discutido, a lo largo de un proceso que tiende a reducir la sexualidad a su dimensión puramente material de juego de partes del cuerpo. La mayoría de los debates consiste en preguntar en dónde se sitúa ese punto y la pornografía no comienza más que allí donde el contexto lo decide. Si la literatura llamada seria y el cine contemporáneo muestran escenas que satisfarían a todo pornófilo, y si la publicidad reciente se sirve mucho del sexo, nada de todo ello podrá ser dicho o llamado pornográfico si no se consigue olvidar el resto de la obra o el producto que la publicidad busca vender. La etiqueta "pornografía" exige la gratuidad y por lo tanto la ausencia de contexto.

La censura moderna opera del mismo modo pero en la actualidad se preocupa tal vez menos de la gratuidad del sexo como de ciertas coyunturas entre sexo y contexto. Por ejemplo, uno de los tabúes más formales impuestos a la pornografía es el de no mezclar nunca a los niños o a la religión, y el anuncio hace algunos años de un proyecto de film danés llamado *La vie sexuelle de Jésus-Christ,* la vida sexual de Jesucristo (que nunca alcanzó el estadio de la realización) creó un escándalo considerable. En los dos casos no es la sexualidad misma la que trae problemas sino la protección que la sociedad quiere asegurar a los niños y a ciertos personajes sagrados.

La ilustración de la sexualidad está en la actualidad permitida, pero ciertas asociaciones contextuales siguen siendo inadmisibles. Es por el mismo razonamiento que un ministro de defensa nacional perderá su puesto por haber frecuentado un club de *strip-tease* y que le será quitado el título a una Miss América por haber posado desnuda. No es el sexo sino la conjunción lo que parece intolerable.

Este ejemplo del ministro degradado permite concluir este resumen de una primera definición abstracta, pues sintetiza bastante bien otras cosas. Decir que la política y la pornografía no pueden estar mezcladas es en principio confirmar que se trata de dos géneros diferentes; más adelante se introducirá la hipótesis de que sin esta división de géneros la pornografía sería impensable.

Además el ejemplo también indica que la política y el sexo no deben ser confundidos, [21] un poco a la manera en que se tiende a la separación del Estado y de la Iglesia, para finalmente organizar toda la vida en diversos ámbitos, sectores o niveles (que se pueden llamar economía, asuntos culturales, transporte, religión, salud, tecnología, ciencias, etcétera), en la medida en que cada uno se define por una autonomía que le es esencial preservar. Es en este juego de géneros que la pornografía recibe el papel crucial y único de concentrarse sobre el sexo.

Finalmente hay que dar de nuevo razón al juez Potter Stewart. A pesar de todos los desvíos prudentes de esta definición formal la pornografía sigue siendo concretamente tan enorme y tan evidente como un elefante.

Vista de la alcoba (primera parte)

Al principio de los años 50, era posible comprar discretamente a ciertos viajantes de comercio que las llevaban en el baúl del auto, fotos en blanco y negro bastante granuladas de mujeres que hoy parecerían un poco regordetas y que descubrían un seno o dos adoptando lo que se llamaba entonces "poses sugestivas", es decir que se erguían para hacer resurgir colas y senos, mientras mantenían los ojos entrecerrados y ubicando la punta del índice en la esquina de una boca entreabierta. Fue unos años antes que la televisión americana se cuidara siempre de encuadrar a Elvis Presley por encima de la cintura. Veinte años más tarde, cuando la misma televisión juzgaba todavía demasiado osados los textos de algunas canciones de los Rolling Stones, podían verse en las salas de cine, en proyección 35 mm y con una excelente calidad sonora, los jugueteos sexuales de Marilyn Chambers, la cual, en *Behind the Green Door* dispone de cinco *partenaires* al mismo tiempo gracias a los tres orificios de su cuerpo y a sus dos manos. De nuevo veinte años más tarde, mientras que la música popular ya no preocupa más que a los escasos personajes a quien Satán inquieta, es posible ver tan a menudo como se desee, en cámara lenta o rápida y en el confort de su hogar, una cassette de video que muestra cualquier cosa, como por ejemplo, un joven muy maquillado que trata de estimular el sexo de un chancho con el objeto de introducírselo en el ano. Los tiempos sin duda han cambiado mucho, pero en ningún lugar con tanta rapidez como en el mundo de la pornografía.

Si a menudo es delicado, tortuoso y casi siempre discutible declarar oficialmente tal o cual obra obscena, la producción pornográfica busca justamente por su parte ser fácilmente reconocible. Mientras que autores más o menos prudentes se permiten flirtear ocasionalmente con la indecencia y el escándalo, los pornógrafos se anuncian a pleno día, pues la condición primera de su éxito es garantizar como todo buen comerciante la fiabilidad del producto. La pornografía anuncia abiertamente sus colores y promete ser fiel a su mala reputación. Y la guerra de los publicitarios se hará al ritmo de declaraciones tales como "lo más osado", "lo más erótico del año", "para adultos prevenidos solamente", "algo jamás visto antes", "tórrido", "todo". La etiqueta social que inquieta a los demás creadores y que turba a los autores pretendidamente serios aquí asegura el éxito; y mientras que esos últimos buscarán defenderse jugando sobre la duda creada por el valor agregado y el valor de compra, la pornografía intenta por el contrario explicar bien que en ella no hay ningún otro valor, ningún agregado superfluo que podría distraer y alejar del sexo más explícito y más exclusivo que sea posible.

Vista desde este ángulo la definición no parece presentar mayores problemas. Tomemos como único ejemplo una serie de revistas pornográficas enumeradas en 1986 por la Comisión del Procurador General de los Estados Unidos.[22] Este texto muy oficial menciona el título original y luego resume el contenido de la revista ofreciendo al mismo tiempo una excelente ilustración de la separación habitual entre el lenguaje grosero e intraducible de los títulos y la lengua clínica y terriblemente ampulosa de los resúmenes de la oficina del procurador:[23]

Tri-sexual Lust. Una fotografía en primer plano de una mujer ejecutando la *fellatio* a un hombre mientras que el pene en erección de otro hombre descansa sobre su mejilla.

Teeny Tits, Big Boobs to Chew amp; Suck On. Trece fotografías de una mujer caucásica[24] parcialmente vestida y chupando sus senos.

Big Tit Dildo Bondage, Vol. I. Una fotografía de una mujer caucásica amordazada y desnuda con un masajeador parcialmente insertado en su vagina.

Squirt' Em. Cinco fotografías en primer plano de un seno empapado exprimiendo un chorro de leche en un vaso.

Al Parker and Sky Dawson in Turner On II. Cuatro fotografías de un hombre caucásico desnudo, ocupado en la *fellatio* con otro hombre caucásico desnudo.

Bizarre Climax número 9. Una fotografía en primer plano de una mujer caucásica que está defecando en el asiento de un inodoro.

Lisa, 10 *years, and her dog*. Cinco fotografías del perro chupando la vagina de una mujer pre-púber.

Every Dog Has His Day. Cuatro fotografías de un hombre desnudo chupando los testículos de un perro,

Pregnant Lesbians No. I. Seis fotografías de dos mujeres caucásicas parcialmente vestidas y evidentemente embarazadas que se besan y en las que las lenguas y los abdómenes se tocan.

Asian Slut. Tres fotografías de un hombre caucásico desnudo hundiendo su lengua en la vagina de una mujer asiática.

Este género de revistas no exige discusión prolongada. Cuando se penetra en estos

pequeños mundos, anteriormente más discretos y vergonzosos de las grandes perversiones ordinarias, la cuestión de saber cómo definir la pornografía se vuelve superflua e insignificante.

Desde hace alrededor de veinte años la pornografía ha querido ofrecerlo todo. Todas las posiciones del cuerpo y todas las combinaciones posibles de *partenaire,* todas las perversiones conocidas o imaginables, todas las especies de animales de tamaño compatible. También buscó alcanzar a todos los públicos, hombres y mujeres, y todas las orientaciones sexuales. Intentó todos los medios y todos los modos de expresión. Además de grabados, esculturas y *bibelots* antiguos, además de una literatura pornográfica que continúa creciendo, además de espectáculos en escena, ahora se puede encontrar pornografía en dibujos animados, en fotos, en películas, en cassettes de video, en bandas sonoras, por teléfono y por computadora. En 1989, Giorgio Balladini, gran patrón de la sociedad Kamasutra Fine Chocolates, expuso en Colonia tabletas de chocolate que representaban 32 modos de acoplamiento.[25] La expansión industrial ha sido tan rápida como impresionante.

El crecimiento de la industria pornográfica tiene con qué hacer soñar a todos los administradores formados en las grandes universidades. Pequeña empresa discreta y miserable hace treinta años, hoy se ha convertido en una industria de varios miles de millones de dólares que emplea a miles de personas que trabajan en sectores tan diversos como la tecnología electrónica de punta, el marketing y el análisis de mercado, o los sistemas multinacionales de venta y distribución. La progresión ha sido fulgurante: en el curso de los años '70 el número de puntos de venta de material pornográfico en la sola ciudad de Los Ángeles pasó de 18 a 400.[26] Y esta expansión está también marcada por algunos éxitos, los cuales con el tiempo han adquirido una dimensión casi mítica: Hugh Heffner, quien con algunos centenares de dólares consigue construir el imperio *Playboy;* la película *Deep Throat,* que se volvió rápidamente un clásico del género y que costó 25.000 dólares y dio como ganancia 50 millones. El éxito tal vez no esté siempre asegurado, pero la industria pornográfica sigue siendo una posibilidad de inversión de un muy alto rendimiento, en donde los riesgos son a menudo menores que en otros casos. Y el rendimiento parece ser bastante constante a pesar de las variaciones considerables de los registros: una serie de fotos consagradas a la coprofilia no tocará más que a un público restringido, pero los gastos de producción son mínimos; y la muy cara serie francesa Emanuel (que ya estaría en su séptimo episodio) habría dado una ganancia de 600 millones de dólares, o sea, la mitad de las ganancias de todos los James Bond.[27]

En los Estados Unidos, la casi totalidad de películas pornográficas son producidas en el sur de California, no sólo a causa del clima más propicio para desvestirse, sino porque allí se encuentra por supuesto la más importante infraestructura y la mayoría de los técnicos de la industria cinematográfica norteamericana. La Adult Film Association of America, que reagrupa a las veinte principales compañías de producción de películas pornográficas (y que organiza ahora cada año su propia noche de Oscars) estima que en el curso del año '85 se produjeron alrededor de cien largometrajes pornográficos en los Estados Unidos, los cuales han sido distribuidos en unos 7.000 cines especializados a través del país, y que esos mismos cines han vendido un promedio de 2.000 entradas por semana para una ganancia anual

nacional de alrededor de 5.000 millones de dólares.

A pesar de estas cifras, parecería que la industria está en crisis. Estaríamos viviendo el fin de una época. A lo largo del mismo año 1985 se produjeron 1.700 cassettes de video pornográficos comerciales distribuidos luego en por lo menos la mitad de los 30.000 puntos de venta del país, lo que dio en ganancia a cada distribuidor un promedio del 10% de sus beneficios totales y a la industria ganancias anuales de alrededor de 700 millones de dólares. La pornografía apareció en cassettes de video en 1977, un año antes de que se comenzara a trasponer allí el resto de las películas del mundo, y el casamiento entre ambos parece fundado sobre una comprensión profunda que parecería deber durar. Hay, por un lado, la baja general de la frecuentación de las salas de cine en provecho del video, más barato, más disponible, más flexible y que no obliga a volver a su casa al fin de la representación a través de calles poco seguras, o peor, bajo una tempestad de nieve. Luego está el hecho de que la producción de una película pornográfica cuesta en promedio entre 100 y 200 mil dólares, mientras que la producción de un cassette de video de la misma dimensión no sólo será técnicamente mucho más simple y mucho más flexible, sino que sólo costará 20.000. Pero sobre todo esta compatibilidad refleja una dimensión evidente y completamente esencial de la pornografía sobre la cual volveremos más adelante: es mucho más agradable masturbarse en el confort discreto de su living o de su cama. Desde luego, es posible que el cine en sala sobreviva todavía durante mucho tiempo, pero el cine pornográfico, por su parte, ha tomado la apariencia de ser una especie en vía rápida de extinción.

Toda esta producción de cassettes de video, además de alcanzar a las personas que poseen una videograbadora, también sirve para alimentar la televisión. Limitada hace treinta años a los programas de algunas redes nacionales, la televisión ya no es un monopolio y la elección del espectador ha sido por lo menos centuplicada por toda suerte de novedades, como la distribución por cable o por satélite, la televisión paga y las redes de circuito cerrado; en los Estados Unidos se estima en 6.500 el número de compañías de distribución de televisión por cable, las cuales alcanzan a unos 40 millones de abonados, o sea la mitad del total posible. El efecto inmediato de esta multiplicación ha sido el desarrollo de lo que se llama la programación estrecha *(narrow casting),* es decir, la creación de programas cada vez más especializados y destinados a auditorios más restringidos pero también más captadores. De esta estrategia surgen canales étnicos como los canales familia, información, universitario, música, meteorológico, bolsa, deporte, etc., incluyendo a veces un canal "adulto" enteramente consagrado a la difusión de material pornográfico. En otros casos hay una especialización horaria: los canales de televisión "pagos" o incluso los canales más ordinarios y las grandes redes presentan algunos programas pornográficos en horas en que los niños deberían dormir. En general todos estos programas no hacen más que difundir películas o cassettes de video fabricados en otros lugares; la industria de la televisión encuentra allí su provecho pero garantiza ella misma una parte limitada de la producción.

La pornografía en película o en video ofrece productos muy contrastados que van desde algunas producciones técnicamente impecables a los pequeños pedacitos de películas filmadas con iluminación insuficiente y con una sola cámara. Puesto que las producciones más caras necesitan un público más vasto, adoptan como contenidos aquellos que se cree aceptables o atrayentes para todos: la puesta en situación, el guión, la apariencia de los

personajes, incluso los tipos de actos sexual, todo debe convenir al mayor número posible. Mientras que en las pequeñas películas baratas (que los norteamericanos llaman las *loops)* se encuentran las ilustraciones de actividades tan inaceptables o poco interesantes para el conjunto del público como el fetichismo de sandalias, la pasión de la orina o el amor por el caucho.

Más allá de esta grosera división existe incluso una categoría totalmente excepcional pero de la que se habla mucho: la pornografía para pedófilos. Desde luego que existe, pero todo deja indicar que constituye un fenómeno muy restringido. Sin embargo, hay que admitir que allí se encuentra sin duda el sector menos conocido y que es explotado con la mayor discreción puesto que la pornografía que utiliza a niños es ilegal en todas partes y a menudo muy severamente castigada no sólo por las leyes oficiales sino también por las reglas del medio carcelario e incluso por la moralidad bastante rígida de aquello que se llama el medio del crimen organizado. Por lo tanto se puede creer bajo palabra a la mayoría de los productores que ya tienen bastante éxito con la pornografía convencional cuando pretenden no ocuparse jamás de la pedofilia porque les resulta arriesgada. Parecería, según todas las investigaciones policiales, que la utilización de niños en la pornografía es efectuada por personas que no tienen por otra parte ningún otro vínculo con el resto de la industria. El ejemplo más célebre es, en efecto, un caso de excepción: Catherine Wilson, abuela de Los Ángeles que poseía un Rolls Royce mientras aceptaba la seguridad social y que dirigía lo que se describió como la mayor red mundial de pornografía infantil sirviéndose de casilleros postales en Escandinavia para ofrecer a alrededor de medio millón de clientes. El caso es excepcional no sólo porque la industria norteamericana de la pornografía no es dirigida por abuelas sino también porque ese pequeño medio millón de consumidores que se apasionan por los niños no merecen que la industria arriesgue por él los intereses que son en otros casos mucho más considerables.

Y luego también está la literatura. A pesar de un cierto declive desde hace veinte años, la cantidad de libros pornográficos sigue siendo impresionante: en 1970 se estimaba la producción americana en 5.000 nuevos títulos por año, pero desde entonces habría disminuido ligeramente. Mucho menos compleja y menos cara que el cine, la literatura cubre todavía mejor el abanico de los posibles: se pueden encontrar allí importantes colecciones de libros de bolsillo que ofrecen 150 páginas de sexo en un vocabulario totalmente elemental y pagadas al autor con una tarifa de alrededor de 500 dólares, como también se puede leer ensayos elegantes en un estilo extremadamente culto que deben de hacer las veces de ejercicios por parte de jóvenes escritores a quienes fácilmente puede imaginárselos muy hambrientos.

Sin embargo, en la historia reciente de la pornografía en los Estados Unidos son las revistas las que más han atraído la atención y es sobre ellas que se han planteado los últimos debates en torno al carácter obsceno de las obras literarias. Tal vez porque las revistas son más accesibles que el cine y más fáciles de leer que la literatura. Han servido como herramienta para la verificación de los estados de la censura y se podría trazar fácilmente la historia de esta censura siguiendo la evolución del contenido de tres o cuatro principales revistas americanas.

Su importancia también proviene del hecho de que sólo las grandes revistas y particularmente *Playboy* han alcanzado un umbral de respetabilidad que les ha permitido introducir la pornografía en la muy ordinaria vida cotidiana de la sociedad americana, mientras que el resto de la producción pornográfica, a pesar del éxito del género de dos o tres películas a principios de los años ' 70, ha sido siempre y sigue siendo interés especializado y ampliamente ignorado de un público que hace un uso privado y discreto. Por sus tiradas mensuales de cuatro a cinco millones de ejemplares, *Playboy* y *Penthouse* han adquirido el poder de representar el estándar de lo que se ha vuelto corriente y admitible. Estas revistas, por lo tanto, han podido permitirse jugar, a veces muy conscientemente, el papel de portavoz de una lucha contra la censura, lo que explica que los críticos de la pornografía las elijan por blanco incluso si a sus ojos se hacen cosas peores en otros lados. Y ese "en otros lados" es multitud: se evalúa hasta 50.000 el número de diversas revistas pornográficas vendidas en los Estados Unidos. Como las revistas de información de tiempo libre o de *bricolaje,* estas revistas se limitan cada vez más a la ilustración de orientaciones y de preferencias sexuales tan particulares como exclusivas. Finalmente, a las centenares de revistas que aparecen cada mes hay que agregar los otros centenares de diarios de formato tabloide publicados regionalmente y que sirven sobre todo como circulares publicitarias regionales o locales para los comercios de prostitución, los servicios de acompañamiento, los salones de masajes, etcétera.

Sea lo que fuere y a pesar de la amplitud de las cifras, este sector de la industria parece desde hace algunos años haber llegado a su punto máximo. Entre 1979 y 1984 *Playboy* y *Penthouse* han perdido cada una más de un millón de lectores y las acciones en bolsa de la Compañía Playboy han caído de 30 a 7 dólares.[28] Algunos piensan que se trata de un desplazamiento de la clientela hacia los cassettes de video o hacia otras revistas, cada vez más numerosas y cada vez más especializadas, o sea mejor ajustadas a los gustos de cada cliente. Pues el mercado favorece ahora al comprador que ya no tiene que dejarse dictar sus gustos por la estrechez del mercado o por el papel de guía apostólica que los editores de grandes revistas siempre han querido jugar. Existe incluso un comercio de la foto pornográfica a medida: en respuesta a exigencias precisas un fotógrafo prepara una serie limitada de ilustraciones que sus clientes no podrían encontrar en el mercado.

Aquellos que creían que la pornografía no podía ser más que un placer del ojo hoy deben sorprenderse por la nueva importancia del teléfono. Desde 1982 en la mayoría de las grandes ciudades norteamericanas cualquiera puede mantener una conversación erótica directa y apasionada con otra persona (el sexo es a elección) durante alrededor de media hora por veinte o treinta dólares. Por mucho menos se puede escuchar un breve mensaje ya grabado, un servicio vuelto totalmente corriente y que entra en la misma categoría (tanto en la práctica como en la ley) que las previsiones de la meteorología, los resultados deportivos, las cotizaciones de la bolsa u otros servicios de información. En la guía telefónica de San Francisco esos servicios están clasificados bajo el rubro "Adult Fantasy", "Gay Phone" y "High Society". La práctica es completamente legal[29] aunque a las compañías de teléfono no les gusta hablar de ello y se cuidan mucho de aprobar públicamente la existencia de tales servicios que encuadran mal con su imagen conservadora. Pero las ganancias son impresionantes: en Nueva York en un solo día de mayo de 1983 un mensaje grabado

particular habría sido solicitado 800.000 veces; para el año que se termina el 28 de febrero de 1984 no menos de 180 millones de llamadas han sido dirigidas a esos diversos servicios que se llaman comúnmente "Dial-a-Porn". Incluso si cada llamada no diera una ganancia de más de dos centavos, un operador neoyorkino que poseyera algunas líneas pudo embolsarse un provecho de 60.000 dólares en un solo día y la compañía de teléfonos recogía del conjunto de sus servicios pornográficos unos 30.000 dólares cotidianamente. Se pretende incluso que esas llamadas pornográficas aseguran el 64% de los beneficios de las compañías de teléfono a peaje.[30] Es tal vez menor la amplitud de los beneficios lo que impresiona como la frecuencia de utilización de esos servicios relativamente abordables.

El teléfono recuperó un tipo de producción pornográfica que la industria había creído un tiempo destinada a un gran futuro: los cassettes de audio destinados a las mujeres a las cuales se pensaba más auditoras que mironas (encontraremos más adelante esta imagen de la mujer más sensible a los placeres de la oreja), pero estos cassettes jamás tuvieron un éxito real. Parece que hoy su producción no sirve más que para alimentar los servicios telefónicos eróticos.

Por otra parte, cualquier observador notaría que en su conjunto la calidad de esas diversas producciones pornográficas es notablemente desigual. Ninguna otra industria deja jugar con tanta libertad el mercado sin control ni estándares. Y es probablemente en el ámbito de los espectáculos eróticos que el contraste es más impactante, tal vez por el efecto de poder que poseen siempre lo inmediato y lo vivo. En un extremo se encuentra lo que varios tienen como próximo al infierno: los *peep-shows* de la calle 42 de Nueva York en donde en un cubículo estrecho del que las paredes y el techo están llenos de orina, tabaco, esperma y saliva y de donde se desprende un fuerte olor de limpiador de amoníaco es posible, insertando una moneda cada dos minutos, observar los contoneos lascivos de alguna modelo o, si se trata de un lugar frecuentado por algunos homosexuales antes del temor del SIDA, mirar cassettes de video y al mismo tiempo utilizar un agujero hecho en la pared como medio para tener una relación bucal o anal perfectamente anónima con su vecino de cabina. En el otro extremo, y sin mencionar todos los arreglos de carácter privado que se hacen en los burdeles o en las recepciones a domicilio, podría clasificarse a algunos de los *live-shows* presentados en Copenhagen y en Estocolmo hace unos quince años[31] en donde en la atmósfera sigilosa de la riqueza y con una limpieza muy escandinava y champagne francés podía asistirse a performances sexuales de gente de quienes el cuerpo y la agilidad según todos los criterios de la estética moderna merecerían plenamente el calificativo de espectaculares. Entre esos dos extremos hay decenas de variaciones y miles de clubs de *strip-tease*. Fórmula clásica, simple y eficaz, la desnudez en público sigue siendo una de las formas más perdurables de la pornografía y el género no ha conocido a fin de cuentas más que unas pocas modificaciones en el curso de los últimos treinta años: el desnudo se ha vuelto integral, los cuerpos han seguido la evolución de la moda, los primeros *strip-tease* de hombres han aparecido y sobre todo hubo en numerosos países multiplicación de lugares que ofrecen ese género de espectáculo. Anteriormente reservado a clubes especializados y al teatro burlesco, en donde el espectador pasivo se contentaba mirando, el *strip-tease* se ha vuelto más corriente en los restaurantes en los que se puede comer, en bares en los que se puede ver, en discotecas en

donde se baila y en hoteles a donde también se va para dormir.

Finalmente hay que terminar este resumen diciendo una palabra acerca de lo que anuncia tal vez el futuro. La integración del teléfono, del microordenador, del télex, o de la televisión está modificando muy profundamente el mundo de las comunicaciones modernas, y la pornografía parecería estar ya poniéndose al día. Por un lado, la computadora permite el acceso a bancos de datos, muchos de los cuales se parecen a mensajerías telefónicas eróticas (por ejemplo, desde julio de 1987 se ha vuelto posible obtener por computadora doméstica una copia de las fotografías de las *playmates* de la revista *Playboy)*. Pero es sobre todo en los intercambios directos de mensajes obscenos entre adultos consentidores que las computadoras tienen más éxito. En Francia, el Minitel transmite cada mes alrededor de un millón de mensajes de este género, y en Nueva York los servicios SEXTEX o COMPUSEX también tienen un éxito igualmente notable. Estamos, sin embargo, sólo en la infancia de esta tecnología y todo lleva a creer que la multiplicación de poderes de la interconexión numérica permitirá nuevos desarrollos del género pornográfico. He aquí de nuevo un punto sobre el cual volveremos, pero hay que señalar de entrada una diferencia mayor: los intercambios por computadora constituyen una pornografía creadora y tejida a medida por el utilizador que no necesita para su felicidad más que un alma hermana y anónima en la red electrónica.

Vista de la alcoba (segunda parte)

He aquí el resumen de algunos de los rasgos más importantes de la industria americana de la pornografía hacia 1985. Es muy probable que los Estados Unidos hayan sido entonces el primer país productor y exportador mundial de pornografía como de numerosos otros productos culturales. Pero también es igualmente evidente que producciones locales existen en muchos otros países. Para no tomar más que un ejemplo colosal, Faligot y Kauffer señalan que en Tokio el barrio "caliente" de la pornografía, el Kabukicho, mantenía en 1985, antes de su desmantelamiento por la policía, una ganancia de 11 millones de yens por día (o sea alrededor de 46 millones de dólares americanos).[32] Por otra parte, un estudio comparativo mostraría sin duda que, más allá de variaciones nacionales de censura, los contenidos no son en todos lados idénticos y que hay temas de la pornografía como preferencias gastronómicas.[33] Mientras tanto, sin disponer de estudios comparativos, tenemos derecho a pensar que la pornografía es un fenómeno que se encuentra (o que se podría hacer surgir) probablemente en todas las sociedades modernas, sin tener necesidad de ofrecer todos los detalles de su comercio ilícito en China popular ni exponer las dificultades de los propietarios de sex-shops en Jerusalem oeste, o la razón de ser de las historietas mexicanas.

En cierto sentido, la industria de la pornografía no es tan diferente de cualquier otra

empresa. Lo que resulta más interesante es ver cómo puede haber engrosado desmedidamente o disminuido según los puntos de vista y las intenciones de los observadores. Las ganancias anuales de la industria evaluadas (siempre en esta misma época, hacia 1985) en unos cinco o seis mil millones de dólares en los Estados Unidos pueden parecer impresionantes o por el contrario bastante secundarias si se las compara con el beneficio de otras actividades tan inmorales como la prostitución, el juego, o el comercio de drogas ilícitas, o si se nota como ocurrencia que la importancia económica de la pornografía es ridícula frente a la del comercio del alcohol e insignificante frente a la amplitud de la producción militar. En una palabra, todo depende del punto de vista y de la escala de medida. Por ejemplo, decir que *Playboy* y *Penthouse* han vendido ya hasta cinco millones de ejemplares por mes significa evidentemente subrayar un notable éxito que configura la envidia de muchos editores, pero también significa comprender hasta qué punto el regateo del sexo es una empresa beneficiosa. Siempre se puede agregar, sin embargo, que este éxito situaba a esas dos revistas en una categoría en la que se encontraban también *Good Housekeeping* (5 millones), *National Enquirer* (5,7 millones) *Redbook* (4,6 millones) y *Mademoiselle* (4,5 millones) y, por lo tanto, que su éxito era ampliamente inferior al de *Ladies Home Journal* (7 millones) *Better Homes and Gardens* (8 millones), *Family Circle* (8,3 millones), *National Geographic* (10 millones) y sobre todo al del *Reader's Digest,* del que las ventas alcanzaron el total impresionante de 17,7 millones.[34] Después de todas estas cifras la pornografía será declarada o bien considerable o bien poco importante, como ese viejo vaso que está siempre mitad lleno y mitad vacío.

Por lo demás, es una industria que se campara a otras por su manera de estar profundamente marcada por algunas de las graves transformaciones tecnológicas de los últimos treinta años. Al punto de que se podría resumir su evolución reciente diciendo que la pornografía ha aprovechado la foto color, luego el video y que mañana aprovechará la fibra óptica. Una vez que la infraestructura técnica está en plaza, la pornografía parece en seguida ajustarse a ella y aprovecharla. Inversamente, la historia de la tecnología tal vez nos dirá hasta qué punto el desarrollo del video y de la búsqueda de una película que elimine recurrir al laboratorio han sido impulsadas de hecho por el mercado de la pornografía.

Otra semejanza: toda industria ejerce una influencia sobre otras industrias. A este respecto hay que mencionar muy brevemente los vínculos entre la pornografía y la industria turística. Hace cuarenta años, había personas que venían de Florida hasta Montreal, y ello durante el invierno, para asistir a espectáculos cuya obscenidad gozaba de una reputación continental. También ocurrió lo mismo en Cuba antes de 1959 y en Tijuana, en la frontera entre México y los Estados Unidos. Finalmente, más próximo en el tiempo, entre los argumentos que han servido para justificar la evolución de la censura en Dinamarca, además del aumento sensible de entradas turísticas, se mencionó la ayuda a la exportación de productos manufacturados a clientes extranjeros que tenían, sin embargo, la costumbre de procurárselos en otros lugares a mejor precio y que de pronto preferían ir a comprarlos a Copenhaguen.

Al mismo tiempo, la industria de la pornografía nunca dejó de ser un caso único. En principio porque sigue estando muy profundamente marcada por la vergüenza. Los directores

de la industria pornográfica, a pesar de sus éxitos comerciales y de su importancia en las economías regionales y de su poder político a veces considerable, nunca son condecorados ni siquiera reconocidos por las asociaciones de comerciantes o las cámaras de comercio. No son candidatos buscados por los grandes partidos políticos y casi nunca son invitados como conferencistas en las fiestas de graduación de las facultades de administración. La mayoría de los gobiernos dudan durante mucho tiempo antes de ofrecerles las habituales subvenciones estatuarias a las pequeñas y medianas empresas. En resumidas cuentas, la industria es tolerada mientras se mantiene en los límites de lo que está permitido, pero al mismo tiempo sería deseable hacer comprender que escapa a nuestro control: la pornografía existe pero sin que nadie sea responsable, un poco como una verruga sobre un cuerpo sano que la acepta con la esperanza de olvidarla. Así, por lo tanto, los productores de pornografía pueden ser ricos sin ser necesariamente personas dignas de respeto, contrariamente a todas las enseñanzas de la más elemental moral del empresariado. Y no hay que sorprenderse por el hecho de que generalmente se sospeche que la pornografía esté en buena parte en manos del crimen organizado; ayer todavía era ilegal y sus productores de entonces, no todos los cuales han cambiado de oficio, son necesariamente personas acostumbradas a trabajar en la ilegalidad.

Del mismo modo, la pornografía ahora permitida y clasificada como un bien de consumo ordinario escapa todavía a las normas y a los controles consuetudinarios: a pesar de que el artículo 41 de la ley de Quebec sobre la protección del consumidor obliga a todo comerciante a ofrecer un servicio "conforme a una declaración o a un mensaje publicitario", la Oficina de protección del consumidor hasta este día nunca ha recibido una queja alegando que, contrariamente a lo que había sido prometido, el espectáculo no era en realidad muy "sexy", sin duda no "el más osado" y todavía menos "locamente excitante".

Estas relaciones prudentes y distantes con el resto de la sociedad crean un mundo relativamente cerrado en el seno del cual las cosas a menudo no se hacen como en otras partes y en donde las declaraciones de ganancias deben ser particularmente poco fiables. Un mundo en el que las relaciones industriales adoptan modelos tan heterogéneos como la esclavitud o las *vedettes* deportivas o artísticas. Entre esas personas que se ofrecen en espectáculo, algunas dicen haber sido obligadas a ello por la miseria, otras que era una cuestión de elección y codicia. Los ejemplos norteamericanos más a menudo citados son, por un lado, el caso de Linda Lovelace, que describió detalladamente[35] cómo fue obligada durante mucho tiempo a prostituirse y forzada a convertirse en *vedette* del cine pornográfico por un marido extremadamente brutal y violento que la explotaba de manera vergonzosa. Pero, por otra parte, está también el ejemplo de Marilyn Chambers, que sorprendió a mucha gente al optar por el cine pornográfico cuando llevaba una próspera carrera de modelo,[36] que quiso casarse con el primer marido torturador de Linda Lovelace, que no acepta reportajes a la prensa más que completamente desnuda y que se llama apóstol liberada de la pornografía. Es un mundo que no conoce casi las normas de la salud y de la seguridad del trabajo, en donde las convenciones nunca son colectivas y en donde las condiciones de trabajo varían radicalmente. Sin embargo, si el contraste parece impactante entre una adolescente del Tercer Mundo que se desnuda en público por algunos pesos, e incluso algunos jóvenes que harían cualquier cosa por su dosis cotidiana, y algunas vedettes como Annette Haven o Seka, que ganan salarios de 17.000 dólares por día,[37] existe sin duda, en todas partes en donde hay

pornografía, una diferencia todavía mayor entre esos salarios y las ganancias de los productores. Desde la abolición del trabajo de niños en las minas de carbón del norte de Inglaterra pocas industrias toleran una explotación tal de los trabajadores y ganancias tan excesivas. Pero nadie todavía parece atreverse a defender los derechos de los trabajadores de la pornografía.

La fórmula es sin duda demasiado fácil pero podría incluso llegar a decirse que los productores detentan el poder de quitarle los calzones a todo el mundo, empezando con sus propios empleados, para seguir después con los consumidores. Hay que insistir y decir hasta qué punto es sorprendentemente fácil ser pornógrafo. En ninguna otra parte pueden encontrarse tantas fotos de mala calidad, películas insípidas y novelas incoherentes que, sin embargo, logran sobrevivir a las leyes de mercado. El sexo alcanza. Mientras que el amor sigue siendo un tema difícil que comprende una dimensión interior compleja, el sexo, al igual que la violencia, es epidérmico y, por lo tanto, debe ser incluso inmediatamente tomado superficialmente sin otro esfuerzo intelectual. Fácil también en la medida en que los consumidores son mantenidos en una ignorancia que les quita toda elección y en un malestar que les impide todo recurso; estas personas no osan protegerse y no tienen a menudo por guías más que los edictos de los censores que les indican a veces con mucha minucia lo que vale la pena ser prohibido y la graduación exacta de lo que más merece ser puesto en el índice. En el mismo sentido ya se ha sugerido que sin escándalo sexual ciertas obras no habrían merecido jamás ser conocidas; John Sutherland decía que sólo la ignorancia de Inglaterra de hace treinta años en materia de sexualidad podía explicar cómo el *establishment* literario del país había podido celebrar una pequeña novela casi fascista como *El Amante de lady Chatterley* pretendiendo que se trataba de un faro contra el oscurantismo.[38]

Encima, la sociedad no insiste demasiado en garantizar la calidad de su industria pornográfica. El talento jamás es en ella reconocido y sería sorprendente incluso encontrarlo allí. Lo que deja presumir que los artistas de la pornografía son casi siempre o talentos frustrados que habrían preferido tener éxito en otros lugares[39] o jóvenes que aprenden su oficio y que buscan ganarse la vida. Puesto que los productores aceptan a menudo cualquier cosa y el mercado parece insaciable, los autores pueden producir sin descanso, ganar un poco de plata, y al mismo tiempo afirmar su arte. Los casos de Anaïs Nin y de Francis Ford Coppola son conocidos, pero quién sabe cuántos otros al principio de su carrera, cuando no de toda su vida, han redactado sus obras pornográficas que les procuraban placer y dinero.[40]

Por allí se dice que todos los grandes pintores del siglo XVIII y del siglo XIX han realizado durante sus vidas al menos una obra pornográfica hoy preciosamente conservada en alguna sección discreta o inaccesible de bibliotecas o museos de las mejores universidades. Valga lo que valga, este rumor aclara por contraste una de las características principales de la pornografía moderna. Los grabados y pinturas de los maestros antiguos producidos simplemente por el placer del artista o con el objeto de asegurarle algunos ingresos suplementarios servían generalmente para el uso exclusivo de la clase superior que tenía los medios de apropiárselos, mientras que los pobres generalmente no tenían por pornografía más que las historias chanchas y las canciones picarescas. Lo cual demuestra hasta qué punto

la pornografía se ha vuelto popular. Así como todo lo que se produjo para los conciertos antaño reservados a las cenas del rey y que se han vuelto accesibles al propietario de un simple *walkman,* cualquier propietario puede actualmente y a un precio abordable contemplar los cuerpos más espectaculares que ya no están reservados a los teatros urbanos y privados puesto que desde hace tiempo alcanza a los televisores del campo más alejado. El espectáculo del sexo se ha vuelto así democrático. Pero tal como cabía esperar la democracia cambia todo: mientras que las imágenes permanecen idénticas, su valor se hadado vuelta y la misma pornografía en la actualidad comprendida como vulgar y proletaria, grosera y despreciable, hacía hace cien años las delicias de algunos grandes burgueses de buena educación que pertenecían a una élite de finos conocedores.

Por otra parte (otra tendencia moderna que habrá que buscar comprender más adelante), la pornografía está tal vez en camino de salir de la escena pública para desplazarse enteramente hacia la vida privada. Lo que anteriormente era consumido por muchos y en salas comunes, lo es cada vez más en la casa y en la intimidad. La producción misma parece querer seguir la corriente por un uso creciente del teléfono y de la computadora, por supuesto, pero también porque el sector de la industria pornográfica que conoce actualmente la más fuerte expansión ni siquiera merece el título de industrial: la última moda observada primeramente en Alemania consiste en producir en privado videos documentales que serán luego vendidos y cambiados entre *amateurs* o puestos en el mercado. Se trata en suma de producir en casa uno mismo su propia pornografía, de mostrar y mirar el sexo ordinario. La popularidad de esta nueva tendencia es tal que los industriales de la pornografía dicen estar preocupados.

Acaso como corolario de esta nueva privatización, los éxitos comerciales de la pornografía tradicional parecen haber alcanzado su techo. Los ejemplos de Dinamarca, de Francia, de Suecia, de Alemania y de los Países Bajos[41] muestran que después de un primer período un tanto eufórico que vio nacer a decenas de comercios particularmente llamativos en donde la pornografía daba a veces la impresión de invadir una ciudad entera, pero que de hecho respondía sobre todo a una primera llamarada de curiosidad, el mercado se ha vuelto en seguida saturado y la clientela habitual ha caído rápidamente a un 10 o 15% de la población total, lo cual a muy corto plazo ha llevado a la ruina a varios pequeños comercios. En Dinamarca los principales productores no sobrevivieron al fin de la primera ola sino aprovechando algunos años de prórroga ofrecidos por la exportación que favorecía la censura en la mayoría de los países vecinos. A pesar de ello, los clubes y los cines eróticos cierran sus puertas, las revistas se venden menos, al tiempo que los cassettes de video se vuelven más populares. Y no se trata únicamente de un desplazamiento del público hacia lo privado. Los productores comprenden a menudo mal y demasiado tarde que su tipo de pornografía enfrentaba desde un principio el problema difícilmente superable de estar confinado en un campo demasiado estrecho y demasiado fácilmente agotable. Pueden tratar de variar los contenidos, mejorar la calidad técnica y mostrar personas todavía más bellas: el acto sexual en todas sus variaciones imaginables se vuelve rápidamente demasiado mecánico, repetitivo y aburrido. El dilema encuentra evidentemente una solución fácil allí donde los productores encuentran la censura: basta con rozar la ilegalidad tratando de mantenerse un paso más acá o más allá de lo prohibido. En otros lugares, por el contrario, cuando ya no hay censura, se buscará inventar contextos más significativos y agregar otros estimulantes, lo que

transformará radicalmente a la pornografía dándole un sentido totalmente distinto.

Finalmente también hay que reconocer que ignoramos todavía muchas cosas del fenómeno. En particular es evidente que el secreto y lo desconocido, el lugar principal del tabú y del tormento, se han desplazado enteramente del sexo hacia los mirones. Si el sexo no tiene ya nada de escondido se sabe después de todo bastante poco acerca de los consumidores de pornografía. Las cifras de la industria dejan creer que son numerosos (o que un pequeño número consume mucho). Todo ciudadano moderno entra en contacto al menos ocasionalmente con la pornografía desde que ella se ha vuelto inevitable, pero, ¿quiénes son esas personas que hacen realmente vivir a la industria?

Se imagina por costumbre un mundo de hombres atareados que remontan el cuello de su impermeable y bajan los bordes de su sombrero, comprando objetos en envoltorios discretos y buscando sobre todo no ser reconocidos en un lugar donde les gustaría llevar de manera perfectamente anónima una actividad que reconocen sin duda como inmoral.[42] La pornografía es así ofrecida a menudo en lugares públicos donde cada uno prefiere consumir en privado evitando en lo posible los contactos, la conversación, las miradas, en una palabra, toda interacción. Como si no pudiera haber culpabilidad sin los otros. Sin embargo, es cada vez menos cierto que esta caricatura corresponda al estado actual del consumo. Los propietarios de centros de alquiler de cassettes de video en Quebec dicen que la pornografía representa entre el 5 y el 15% de sus ganancias, que una proporción que aumenta de alquileres son efectuados por parejas, que ciertos hombres homosexuales son a veces grandes consumidores, que alrededor del 10% del material está destinado a una clientela lesbiana y consumida por ella, etcétera. Los datos parecen frágiles y los indicios demasiado inciertos como para que se pueda llegar a una conclusión, pero la situación es movediza. Lo cual no impide de ningún modo las afirmaciones de toda suerte acerca del sujeto, en la medida en que la cuestión de saber a quién aprovecha la pornografía está evidentemente en el centro de varios debates. En particular es fácil comprender por qué el consumo femenino de pornografía pudo suscitar tanto interés, comentarios o silencios.

Por un lado la industria se inquieta desde hace bastante tiempo por los modos de alcanzar la otra mitad de su clientela potencial; *Playboy* y *Penthouse* esperaban realmente duplicar sus ganancias publicando *Playgirl* y *Diva*. Por otra parte, la cuestión parece crucial también porque una de las principales discusiones públicas hace de la pornografía un ejemplo de las relaciones sociales y culturales entre hombres y mujeres; se vuelve por lo tanto esencial medir correctamente si existe una pornografía consumida por mujeres y si ella da cuenta de alguna diferencia. Por lo tanto, no es sorprendente escuchar repetidamente que las mujeres se interesan cada vez más en la pornografía. Circula el rumor: la prensa canadiense cuenta que en la ciudad de Winnipeg (donde probablemente se tendrían mayores probabilidades de encontrar al canadiense medio) Gladys Basilie dirige una agencia que agrupa a una treintena de hombres que practican *strip-tease* reservados a una clientela exclusivamente femenina y ella estima que los negocios van "maravillosamente bien".[43] En otras ciudades de América del Norte los clubes de *strip-tease* de hombres reservados a públicos de mujeres se han vuelto desde hace diez años empresas rentables. El semanario *Le Point* del 1 de febrero de 1987 señalaba que entre otros éxitos de la pornografía televisiva en Francia, el programaba

Coulée Douce, difundido durante la tarde y que propone el relato detallado de diversos fantasmas sexuales con una música ritmada por un gemido de placer suscitaba "un abundante correo de auditoras cómplices". Linda Williams señala que en los Estados Unidos las mujeres consumen en la actualidad un 40% de los cassettes de video pornográficos y hace muy poco Ann McClintock describía el rápido crecimiento de la producción concebida por mujeres y a menudo para mujeres.[44]

En pocas palabras, los indicios se multiplican y llevan a pensar que los hombres ya no están solos y que la llegada de consumidoras tal vez ya ha modificado la naturaleza de lo que es ofrecido como espectáculo. Algunos creen encontrar allí el síntoma de una cierta liberación de los estereotipos sexuales tradicionales. Otros dirán más simplemente que al quitar los antiguos lugares públicos de su distribución, lugares sórdidos y a menudo peligrosos para una mujer, y luego al infiltrarse en el corazón del universo doméstico, la pornografía se vuelve por primera vez realmente accesible a las mujeres.

En un despacho de la agencia France Press (marzo, 1990) que notaba el relanzamiento de la industria danesa de la pornografía por el progreso del video, un distribuidor de Copenhaguen confiaba que sus ventas se habían duplicado desde hacía un año gracias a la clientela de provincia, lo cual dejaba creer que la expansión del mercado continúa para alcanzar lo que tal vez siempre ha sido su clientela más impenetrable, el mundo rural y las mujeres. Se comprende fácilmente que esta cuestión es importante para la continuación de los debates: o bien la pornografía es por esencia un producto que se dirige exclusivamente a los hombres o bien no se trata allí más que de un accidente de la historia en la medida en que los hombres han sido simplemente los primeros y durante mucho tiempo los únicos en tener el poder social de hacer uso de él. Todas estas cuestiones deben ser dejadas en suspenso hasta el examen de los debates públicos. Por el momento hay que completar esta introducción a una definición del tema resumiendo lo que dicen de ellos las autoridades oficiales, que justamente disponen del poder de definir los límites de lo tolerable y de prohibir todo lo que los supera.

Vista del Banco de la Reina

Sir Charles Sedley probablemente no era consciente, en ese día de 1663 en que se emborrachó en una taberna para luego subir a un balcón, quitarse todas sus ropas e insultar a la muchedumbre en la calle mientras la rociaba con orina, que estaba escribiendo una página de historia. Fue detenido, acusado, luego condenado a una semana de prisión. En la jurisprudencia anglosajona este incidente constituye un primer caso de enfrentamiento a la decencia pública castigada por el Estado:[45] por primera vez la policía interpela a un ciudadano únicamente porque presume que ha cometido un acto obsceno. Muchos otros antes que Sir Charles habían sin duda bebido demasiado en las tabernas, pero las fuerzas del orden

jamás habían juzgado que tenían que intervenir. Porque el pudor, incluso en los lugares públicos, seguía siendo un asunto de moralidad individual y, por lo tanto, una preocupación privada. El papel del Estado se limitaba a proteger la propiedad y a la mayoría de las personas, pero no le correspondía ejercer la censura salvo cuando su autoridad o la de la Iglesia se encontraban amenazadas. Ahora bien, parece que antes de 1663 la obscenidad sexual no había sido percibida como una amenaza. Uno de los ejemplos más conocidos de esta actitud proviene del Concilio de Trento que permite en 1573 la publicación del *Decamerón* de Bocaccio (aparecido en 1348 y 1353 y prohibido un siglo más tarde por Paulo IV) porque la nueva versión, que sin embargo conservaba todos los jugueteos sexuales de los personajes, ya no decía que éstos eran clérigos, monjas u otros miembros de la Iglesia. En el espíritu de los padres del concilio, la obscenidad condenable no se encontraba en la representación del sexo, sino en su conjunción con los asuntos de la Iglesia; puesto que el mal ejemplo ya no venía de los religiosos totalmente desnudos y muy lascivos, el relato se volvía aceptable, pues ya no se podía leer allí un ataque contra la autoridad eclesiástica. Antes de Sedley, es sobre todo este género de cuestionamiento el que inquietaba a la censura.

Después de Sedley se inicia un vals-titubeo que dura aún entre dos perspectivas legislativas difícilmente conciliables: por un lado, la tesis que dice que el Estado no debe intervenir en lo que debe seguir siendo una cuestión de moral individual y, por lo tanto, de libre elección; por el otro, la que justifica el control político de la pornografía en razón de sus efectos nefastos sobre la sociedad. Entre estos dos puntos de vista opuestos, la historia de la mayoría de los países occidentales traza un movimiento de péndulo: aquí o allí, según la época y el contexto social inmediato, los tribunales se muestran más o menos severos o tolerantes. Uno de los objetivos del presente ensayo consiste justamente en poner de relieve la idea de que estos movimientos no son enteramente gratuitos. Pero, por el momento, puesto que estamos todavía tratando de definir lo que es la pornografía, apreciemos solamente hasta qué punto la etiqueta oficial, es decir, la que el Estado permite sancionar a sus tribunales, es a menudo tan confusa, imprecisa y contradictoria, como las ideas de los propios ciudadanos, además de ser casi siempre notablemente ineficaz.

Podría creerse que la censura oficial cambia fácilmente de idea. La publicación en 1749 del libro de John Cleland, *Memoirs of a Woman of Pleasure* (más conocido bajo el nombre de "Fanny Hill") no determinó la intervención del gobierno británico. Menos de un siglo más tarde, sin embargo, el mismo libro será prohibido y lo seguirá siendo durante 150 años. En 1985 los tribunales egipcios declararon pornográfica e hicieron secuestrar la antología de cuentos de *Las Mil y Una Noches,* considerada como una joya de la literatura árabe.[46] Papa tras Papa, ya no se sabe si hay que cubrir o descubrir los desnudos del *Ultimo Juicio* de la Capilla Sixtina. En otro lugar,M. Gandhi consideraba indecentes y profundamente chocantes los templos medievales con fachadas decoradas con esculturas eróticas tal como se pueden ver en todo el territorio de la India. Estos ejemplos entre muchos otros valen ser mencionados porque contradicen la creencia popular según la cual el mundo moderno es necesariamente más abierto a la sexualidad y más tolerante frente a sus ilustraciones. De hecho la evolución sigue raramente un sentido único y cada sociedad puede muy fácilmente avanzar o retroceder los límites de lo que le parece aceptable.[47] La impresión de vivir hoy una fase moderna de liberación sin duda no es falsa, pero refleja antes

que nada un distanciamiento con respecto al siglo XIX europeo, el cual representa hasta este día una suerte de extremo en el movimiento pendular de la censura. Es en efecto en el siglo último que la buena sociedad británica hace nacer la influyente *Society for the Suppression of Vice* y llegó a disimular bajo su funda las patas de los pianos, por ser juzgadas demasiado sugestivas. En la misma época, en los Estados Unidos, Anthony Comstock pudo dedicar su vida entera a luchar contra el envío por correo de material obsceno, contra la literatura llamada "ligera", las salas de billar, el juego, los semanarios, las loterías, la contracepción y el aborto.[48] Habrá que volver a ello porque ya es evidente que en el siglo XIX sobre todo se asiste a una modificación fundamental del papel de la censura y de la actitud política frente a la sexualidad, modificación sin la cual la pornografía moderna seguiría siendo incomprensible.

Pero si se mira en otras partes y se tiene en cuenta un período más vasto que los dos últimos siglos de la historia occidental, puede verse en seguida que la ley puede definir la pornografía de mil maneras muy poco uniformes para sernos útiles. Hacer una lista de esos desplazamientos de los límites de lo aceptable y hacer el inventario de las definiciones oficiales sería sin duda revelador pero también interminable. Parece más atinado notar solamente algunos denominadores que parecen ser comunes.

Definir la pornografía constituye en última instancia una cuestión política y el general Pinochet pudo durante mucho tiempo permitirse prohibir lo que le parecía malo. Sin embargo, la mayoría de los Estados menos autoritarios parecen hoy dudar entre dos actitudes. Pueden o bien prohibir lo excesivo tal como lo define el consenso medio y mayoritario de la población y aceptar entonces el riesgo de reprimir los gustos y las ganas de alguna minoría (la actitud tradicional de los gobiernos británicos) o rechazar y hacer del consenso una ley y permitir la expresión libre de todas las diversidades, incluso las más minoritarias, con el riesgo de desagradar a amplios segmentos de la opinión mayoritaria (la actitud o el dominante en Escandinavia y en los Estados Unidos). No es impensable que se pueda demostrar un día hasta qué punto esta elección responde en realidad a una actitud política global y que la cuestión de la censura oficial de la pornografía no tiene nada de excepcional: los Estados más permisivos serían también aquellos que tolerarían mejor los discursos políticos, religiosos, terapéuticos o artísticos más diversos y más contradictorios. Y puesto que la diversidad de opinión es a menudo regional, rural o urbana, una cuestión de educación y de oficio, reflejo de fidelidades religiosas y políticas, el uso nacional de la censura es indisociable del problema político de la gestión central de las normas del bienestar común.

No obstante, la censura es siempre paradójica pues ella es a la vez violenta e inevitable. A pesar de la mejor voluntad de tolerancia, una sociedad debe necesariamente protegerse del exceso y del desorden. Toda comunidad humana, todo grupo social, incluso el más revolucionario, el más anárquico, está finalmente fundada sobre la censura de lo que constituiría su propia negación y se encuentra así obligado a imponer un límite más allá del cual un comportamiento debe ser declarado asocial o inhumano. Al mismo tiempo esta censura provoca siempre violencia porque ella implica la negación de una parte de la experiencia humana, declarando lo impensable, un poco como se declara "locura" lo que de otro modo habría podido ser posible. A pesar de los más bellos discursos sobre la libertad de expresión y las más grandes esperanzas de liberación, la paradoja es inevitable y plantea un

dilema a toda sociedad. Es por lo tanto absurdo pretender luchar contra la censura cuando no se puede nunca cuestionar más que los modos y los lugares particularmente opresores de su intervención.

Por el contrario, hay que seguir la evolución de la censura dado que en cada situación particular ella define con precisión lo que es la pornografía. Estas definiciones están construidas de manera demasiado puntual para ser generalizables, pero todo etnógrafo debe aprender a conocer la censura de la sociedad que estudia, simplemente porque ella es indisociable de una declaración de principios sobre el buen orden del mundo, el estado ideal de las relaciones sociales y el sentido de la vida. La censura es la elección consciente e inevitable entre una división entre el bien y el mal al que la sociedad no puede sustraerse.

En lo inmediato, esta noble obligación de definir lo que es pornográfico es asumida por el trabajo eminentemente concreto de los juristas y censores que tienen por misión trazar a menudo con una minucia epidérmica los límites de lo que es socialmente aceptable. Su trabajo consiste en algunos casos en decir si el vello púbico puede ser mostrado, si ilustrar el ano es excesivo, o cuándo exactamente una verga debe ser declarada en erección y si el poder de seducción de María Magdalena forma parte de esas cosas que no pueden ser presentadas por lo menos antes de los dieciocho años. Tarea ingrata que obliga a construir rápidamente y a justificar públicamente definiciones muy precisas de la obscenidad que no parecen estar destinadas más que a ser constantemente puestas en cuestión. Bien hecho este trabajo debe dar cuenta fielmente del estado actual de la sociedad, y a veces ello quiere decir representar la opinión pública mayoritaria. Ahora bien, como Occidente dice estar muy orientado hacia el futuro y declara creer en el progreso de las ideas así como en las transformaciones tecnológicas y sociales, la tarea del censor lo condena necesariamente a cubrirse, a largo y a veces a corto plazo, del mayor ridículo. La historia raramente ha sido tierna para los censores: Rabelais, Joyce, Lawrence, Modigliani, hoy son enseñados en las escuelas y las obras del Marqués de Sade son objeto de serios trabajos universitarios. Colmo de miseria, los esfuerzos de los censores incluso pueden producir un efecto contrario a sus intenciones, atrayendo la atención sobre una obra que de otro modo habría sido despreciada, o dejando pensar que todo lo que no prohíben se vuelve permitido.[49] Pero el ridículo no es siempre más que pasajero y el Estado siempre tendrá necesidad de nuevos censores que aplicarán nuevas leyes sin duda más "modernas", sin duda más "democráticas" y más "realistas", y sin embargo, listos a aceptar lo odioso de definir con una precisión legalista los límites de lo inaceptable.

La historia y las prácticas de la censura reflejan sin duda fielmente lo que se llamaba a veces los "estados de ánimo" de una población: sus valores reconocidos y su propia definición de ella misma, sus objetivos y sus ideologías. Puesto que la censura prohíbe lo que es percibido como contrario al orden normal de las cosas y por lo tanto al buen sentido, la pornografía presenta una cuestión social seria. Pues, para merecer la atención de la censura se debe necesariamente proponer la disidencia, la contestación o incluso a veces la revolución. La censura se aplica a las cosas que están todavía subyacentes y de las que se quiere ahogar la emergencia, o bien a lo que se entiende desde hace mucho tiempo y que ahora hay que hacer

callar.

El uso de la obscenidad con fines contestatarios desde luego no es una invención reciente. Es lo que cantaba Jacques Brel al asociar "burgueses" y "puercos" y para todos aquellos que no dejan de repetir "¡Te voy a romper el culo!" o bien "*¡Fuck you!*" parece que la revuelta se ha convertido en una manera de hablar. Entre otras insolencias revolucionarias de los años '60, una de las más impactantes sin duda fue esa caricatura que mostraba a los personajes más familiares de Walt Disney mientras follaban en toda serie de posiciones más o menos habituales. En ese mismo sentido, los despachos de las agencias de prensa de lo que ayer todavía era el bloque del Este, cada vez que mencionaban el floreciente mercado negro de la pornografía en Hungría, en Bulgaria, en Rumania, en la Unión Soviética, en China, en Polonia, o en otros países, repetían incansablemente que la oferta, la compra, la protección clandestina de películas o cassettes de video ilegales concernían a temas a la vez sexuales y políticos. Como si la pornografía y la disidencia política fueran paralelamente subversivas y se tratara en la práctica de un único y mismo combate.[50]

Dicho lo cual, más allá de estas definiciones puntuales que informan sobre el estado de una sociedad, la censura no es necesariamente un buen testimonio del estado de la civilización. Las verdaderas prohibiciones, todo lo que es verdaderamente inconcebible para una cultura, no necesitan ser develadas o sancionadas por la censura, de la misma manera que parecería superfluo imponer por una ley la autorización del tenedor o prohibir consumir arañas. También hay que recordar que la pornografía no existía mientras ella permanecía en manos de los poderosos. Aparece como un problema social sólo cuando las transformaciones tecnológicas le permiten extenderse entre el pueblo, el cual, como los niños, debe ser protegido por la ley. Anteriormente habría sido muy inútil legislar para personas que de todas maneras sabían mantenerse por encima de la ley.

Ello explica en parte por qué la mayoría de los gobiernos no parecen ya estar particularmente inquietos por la pornografía, a la que tratan como un fenómeno marginal y sin grandes consecuencias, no viendo en ella más que la ocasión de acumular un poco de capital político sin riesgos. En algunos casos se querrán garantizar algunos votos inciertos prometiendo servirse de ella. En otras ocasiones, decir que se controlará la expansión de la pornografía es al mismo tiempo dejar entender que el presupuesto será equilibrado, que la disciplina será reintroducida finalmente en las escuelas y que obligatoriamente los trenes llegarán a horario. En una palabra, la pornografía ofrece un excelente pretexto para la creación de comisiones de investigación y para la preparación de informes burocráticos prudentes y sagaces.

En resumidas cuentas, cualquiera que se interese por el fenómeno social de la pornografía debe imponerse recorrer las miles de páginas de informes de investigaciones ordenadas por los gobiernos de Gran Bretaña, de Canadá y (en dos oportunidades) de los Estados Unidos. En efecto, una gran parte de lo que sabemos de la pornografía ha sido en principio descripta y recopilada por una u otra de estas investigaciones oficiales. Y por si fuera necesario alimentar los más groseros estereotipos nacionales, difícilmente se encontrarían mejores ejemplos. En Inglaterra la Comisión Williams ha hecho un notable

trabajo sobre todo por su inteligencia, su agilidad intelectual y una sutileza que a menudo roza con una arrogancia tan típica como difícilmente soportable, mientras que la primera investigación americana de 1970 disponía de medios financieros de los que el resto del mundo no puede sino soñar y ha producido una suma considerable de informaciones, pero a menudo presentadas mezcladas, sin aparente preocupación por una integración global y a veces dejando creer que el redactor no manejaba realmente las implicaciones de su texto. Por el contrario, la segunda investigación americana en 1986, tiene todos los aspectos de una concesión mínima otorgada a la derecha política que había apoyado fuertemente a Ronald Reagan: ella busca en principio contradecir la investigación precedente que le parecía demasiado "liberal" en sus conclusiones. Pero debió arreglárselas, con toda evidencia, con un problema de financiamiento crónico que transformó su investigación, sus protocolos de búsqueda e incluso la redacción del informe final en un resultado un tanto grotesco, cuando no molesto, para una nación que pretende no estar en decadencia. Contrastando con los trabajos de los británicos y los norteamericanos (dicho esto con un dejo de chauvinismo), la investigación canadiense, comúnmente llamada la Comisión Fraser, deja la muy buena impresión de haber tratado el tema con un buen sentido, mucha calma y sin pretensión, pero también con rigor y minucia.

Sea lo que fuere, más allá de las diferencias nacionales, todos los informes han conocido la misma suerte: han sido rápidamente olvidados por el gobierno al que habían sido remitidos. Las recomendaciones del Comité Williams, puestas por el Partido Laborista, fueron luego ignoradas por los conservadores. El informe americano de 1970, comenzado bajo Lindon Johnson, fue separado con el revés de la mano por Richard Nixon y un congreso que probablemente nunca había leído los nueve volúmenes. En cuanto a la investigación de 1986 dirigida por el procurador Ed Meese (cuya moralidad y carrera política se volvían al mismo tiempo bastante dudosas en la opinión pública) y que no había costado más que medio millón de dólares y durado sólo un año, lo cual, para los estándares habituales de la burocracia norteamericana era realmente ridículo, fue completamente olvidada (salvo para algunos humoristas) en las horas que siguieron a la presentación pública de la investigación en pleno corazón del gran vacío político de principios del mes de agosto. En Canadá, el informe de la Comisión Fraser tampoco tuvo continuación y sus recomendaciones muestran bastante poco parecido con el proyecto de ley que fue más tarde presentado por el Ministro de la Justicia, proyecto que luego fue rápidamente retirado por considerarlo suplementario y finalmente abandonado con la esperanza de que los debates públicos se extenderían arrastrando bajo tierra la urgencia y el propósito electoral del tema.

Esta incapacidad de actuar y esta falta de voluntad política dan cuenta tal vez, en primer lugar, sobre todo del hecho de que ningún Estado quiere admitir que ya no tiene los medios de controlar la pornografía. Terminado el viejo buen tiempo en que se podían quemar libros y destruir las plaquetas de impresión. Terminados los secuestros de algunas decenas de copias de películas y las persecuciones judiciales por espectáculo indecente. Para conseguir mañana controlar los mensajes transmitidos por fibra óptica, habrá que disponer de medios financieros colosales y tolerar una vigilancia que constituirá una brutal invasión de la vida privada de los ciudadanos. Cuando el teléfono se vuelve pornográfico, prohibir la obscenidad exige la vigilancia de todas las conversaciones privadas. A partir de entonces, el comercio de la pornografía se vuelve como el secreto o el rumor: una forma de comunicación que escapa

al control de Estado. Es por ello, en buena parte, por lo que las grandes comisiones de investigación quedan sin eco: la cuestión que ha sido sometida ya es técnicamente superada e irrealista. Y es ello también lo que explica que las leyes sobre el control de la pornografía sean escasas y que los esfuerzos policiales se vuelvan mínimos: en Los Ángeles, capital de la industria, ocho policías sobre 6.700 se ocupan específicamente de la lucha contra la pornografía, dos sobre 12.000 en Chicago, y dos sobre 1.500 en Miami, y estos últimos ni siquiera disponen de un automóvil.[51] Todos deberían reconocer que frente a técnicas modernas de comunicación la policía se vuelve impotente.

Pero sin duda también hay otras razones a esta falta de voluntad política. Algunos raros gobiernos parecen ahora convencidos, siguiendo el ejemplo de Dinamarca, de que la prohibición oficial es una solución primitiva e ineficaz y que es mucho más apropiado ofrecer a la población una educación de calidad que volver superflua la protección paternalista de la ley. Para tomar en resumidas cuentas todos los medios que permitan a la población juzgar por ella misma la adopción que merecen los discursos más extravagantes. Al adoptar esta estrategia, sería por ejemplo menos importante prohibir la libre expresión de todos los que pretenden que el Tercer Reich nunca quiso el genocidio de los judíos, que asegurar que tales propósitos eran unánimemente comprendidos y vueltos ridículos. Se trata a fin de cuentas de alcanzar una calidad general de vida que garantice que a nadie se le impondrá la pornografía por ingenuidad, ignorancia o estupidez. Lo cual es del algún modo lo contrario a la voluntad de prohibir.

Finalmente, habría todavía otras razones para explicar la tolerancia de los gobiernos, pero ellas pertenecen a otro registro, a un registro totalmente distinto, y a otra manera de definir la pornografía. Al menos, eso es lo que pretende la mayoría de los que debaten el tema en la plaza pública y que definen menos la pornografía en sí como su impacto social o la tendencia ideológica de sus contenidos. Visto desde este ángulo, la pornografía pierde su autonomía convirtiéndose en un aspecto particular de una cuestión mucho más vasta: "síntoma de decadencia", "violencia hecha a mujeres", etcétera. Uno de los más célebres entre todos los comentadores que han planteado en estos términos el problema de la definición y que del mismo modo había sorprendido mucho a su entorno al cambiar radicalmente el registro del debate, el juez William Douglas, de la Corte Suprema de los Estados Unidos, dijo un día, en una fórmula que ahora pasó a la historia, que si la persecución sostenía que el material presentado frente a la Corte revestía un carácter de basura, también debería reconocer al mismo tiempo que es igualmente la característica primera de una gran parte de lo que debemos escuchar durante las campañas electorales, de todo lo que es leído en la prensa cotidiana y de lo que es habitualmente presentado en la televisión y la radio norteamericanas. Evidentemente, su declaración provocó escándalo y puede verse que había allí con toda claridad material para ser debatido.

Por lo tanto, la fórmula del juez Douglas nos lleva a nuestro punto de partida: la pornografía designa en principio un argumento. Ya es tiempo, entonces, de llegar a los debates, es decir, allí en donde el tema se encuentra verdaderamente definido por sus efectos, sus apuestas y sus implicaciones sociales. Pues en términos formales, cualquier cosa puede volverse pornográfica. Se trata de alguna manera de una forma vacía. Basta con referirse al

sexo de manera demasiado gratuita para ser reconocido como excesivo. Mejor aún, la verdadera pornografía es siempre lo que se dice haber descubierto en la guarida del dictador o en el departamento del asesino loco.

CAPÍTULO 2

LOS DEBATES

Hay sólo dos tipos de estado de ánimoconstante en los cuales la vida vale ser vivida:el noble goce de una religión o el nobledesamparo de haber perdido una.*Fernando Pessoa, Erostratus*. *Ensayo sobre el destino de la obra literaria*.

Es probable que todos aquellos para quienes los debates públicos son inútiles habrán encontrado aquí un buen ejemplo. Pues en efecto, hay que sorprenderse por el hecho de que la pornografía sobreviva y que todavía sea tolerada, a tal punto se es unánime a la hora de criticarla: sólo se habla de ella para acusarla. La denuncia vino, es frecuente, vigorosa y diversa, aprovechó las mejores tribunas y ha sido ampliamente escuchada. Sin embargo, esta crítica parece chocar contra una pared. A pesar de todo el mal que se dice de ella, finalmente nada se hace y el aparente consenso denunciador se refleja como mucho en leyes demasiado tímidas y reglamentos demasiado imprecisos. Y la principal característica de esta pared, de esta resistencia, es el silencio. Se busca en vano un discurso público de defensa de la pornografía. Por supuesto se la protege y se la excusa en nombre de la libertad, se dice no amarla pero temer más a la censura o incluso se espera verla desaparecer mientras se la trata como un mal necesario, pero nadie se atreve a declarar que la pornografía es buena y recomendable.

Al hacer de la pornografía un mal y de la libertad de expresión un bien, los debates se sitúan generalmente sobre dos planos diferentes entre los cuales ha germinado un malentendido que se ha vuelto rápidamente insoluble y cuyo efecto inmediato ha sido el de ahogar toda denuncia de la pornografía en estanques de intolerancia y de chauvinismo, cuando no simplemente en el ridículo: así, en el curso de la semana siguiente al cuestionamiento público del número de diciembre de 1984 de la revista *Penthouse,* cuando unos buenos aduaneros canadienses que se habían puesto bastante nerviosos por el escándalo retuvieron entre las obras que anunciaban un buen potencial pornográfico a *El Amante* de Marguerite Duras, *Le corps des femmes,* un austero estudio universitario, e incluso *Dieta* **y** *Deseo,* del teólogo alemán A. Vergote.[52]

Por lo demás, las denuncias serán todavía menos eficaces si los acusados logran convencer a sus jueces de que no se trata realmente de pornografía si no más bien de erotismo. Pues nadie se atreve a ponerse en contra del erotismo, de la misma manera que nadie baja a defender a la pornografía. El erotismo es justamente lo que permite distinguir a un laureado ganador del premio Goncourt de una revista como *Penthouse,* pero es también un concepto particularmente vago que crea una frontera confusa y por lo tanto ideal para disminuir el cuestionamiento. La observación de los debates muestra muy claramente que la

pornografía está en otra parte y como lo decía André Breton, siempre se trata del erotismo de los otros. Pero no de cualquier otro. La pornografía pertenece a lo vulgar, a lo grosero, a la plebe que no tiene ni el buen gusto ni los medios de procurarse un erotismo cuya cualidad sigue siendo la mejor excusa. El erotismo se vuelve un privilegio de clase cuando el dinero transforma a las fotos colgadas en las paredes de un taller en lujosos álbumes sobre la alfarería precolombina.

La pornografía clara y sin hipocresía aparece como indefendible. Incluso las empresas productoras o los consumidores, cuando dejan atrás la simple defensa en nombre de la libertad de expresión y tienen ganas de justificarse, lo harán generalmente en nombre de un esfuerzo de liberación de las costumbres, de la necesidad de escapar a las asfixiantes coerciones del antiguo régimen, o incluso para promover alguna revolución sexual. En resumidas cuentas, en todos los casos se trata de vastos proyectos que superan ampliamente la afirmación de que el espectáculo del sexo es agradable y que se basta a sí mismo.

En una palabra, la pornografía ofrece un nuevo ejemplo del clásico debate entre los protectores de la moralidad pública dispuestos a restringir una faceta de la libertad individual en nombre del bien común y sus adversarios, defensores de esta libertad, incluso corriendo el riesgo de los peores excesos por parte de las minorías. Esta oposición no es evidentemente propia de la pornografía pues ella responde a la interminable búsqueda del compromiso en torno de lo que es socialmente reconocido como el punto preciso en donde la libertad de uno viola la libertad del otro. El punto en donde un bien entra en conflicto con otro bien. Nos preguntaremos, entonces, por un lado, si la pornografía debería o no ser considerada como una forma de literatura odiosa que algunas sociedades prohíben en nombre de la moralidad pública; pero por otra parte, al defender la libertad del ciudadano nos preguntaremos también si no sería necesario prohibir las revistas que muestran a ministros, al Papa, a la realeza o a la guerra, ya que cada uno tiene derecho de considerarlas inmorales, obscenas y escandalosas. Puesto que se evita el tema para discutir principios, este debate jamás tendrá fin y las verdaderas democracias jamás podrán ponerle fin.

Pero los amantes de la pornografía no participan casi nunca de estos debates, porque las personas que no tienen los medios de ofrecerse álbumes eróticos tampoco tienen los medios para hablar en público, o porque los amantes de la pornografía evitan hablar de ello puesto que justamente la vergüenza del secreto vergonzoso constituye por definición una gran parte de su placer. Y si como lo quiere el proverbio, una falta que se reconoce, medio ya se la perdona, no hay ninguna razón para privarse de la mitad del placer de la culpa. De donde surge la pared del silencio.

Nadie defiende a la pornografía y, sin embargo, ella parece resistir a todos los ataques. Algunos creen que su supervivencia depende simplemente del hecho de que el poder de prohibir es poseído por personas que encuentran provecho en ello o al menos que no se dan cuenta claramente de sus efectos perniciosos. Otros, por el contrario, están convencidos de que el fenómeno pornográfico es un hecho social que no depende ni de la voluntad política ni incluso del resultado de los debates ideológicos.

Lo que es seguro es que estos debates han llevado hacia algunos senderos

imprevistos. En principio está toda la investigación científica sobre el impacto social de la pornografía que permitió mostrar que la ciencia, que a veces era un poco bruta, en cambio siempre es frágil. Luego está el cuestionamiento conservador conducido en nombre del respeto por el orden social y por un sistema de valores tradicionales que, por desgracia, son absolutamente esenciales para el surgimiento de la pornografía. Finalmente está la denuncia feminista, tal vez el debate más escuchado en el curso de los últimos años, que planteó algunas cuestiones tan fundamentales como aparentemente imposibles de resolver. Todas estas discusiones merecen la atención, a pesar del poco efecto que ejercen sobre la opinión de la mayoría y a pesar del hecho de que son inagotables, puesto que las controversias plantean habitualmente temas que se mantienen en la periferia de las verdaderas cuestiones, las cuales por su parte escapan a la discusión. El lector impaciente podría reprocharnos dar demasiado lugar a estos debates que en la mayoría de los casos hoy se han apagado sin dejar realmente ninguna huella. Pero justamente ésa es una de las características notables del fenómeno que será discutido más adelante: la capacidad de una sociedad para producir pornografía y debates públicos sin consecuencias sociales.

Los efectos

Esperemos que la historia no guarde de las ciencias sociales el único recuerdo de su contribución a los debates acerca de la pornografía. Con demasiada facilidad encontrará ella materia para el escándalo en la inutilidad de ciertas investigaciones que son de una simplicidad a veces impactante y de concepción particularmente ingenua. Querer fundar una política social sobre este género de ciencia alcanzaría para hacernos echar de menos a los alquimistas.

Erigir el inventario de estos trabajos de investigación exige la paciencia del proverbio benedictino. La bibliografía del informe de la Comisión Meese cita 252 libros o artículos en la sola sección de las "ciencias sociales", es decir, si se incluyen todos los debates públicos, las cuestiones jurídicas, la historia, etcétera. En Canadá, por las necesidades del Comité Fraser, el inventario de esta literatura considerable ha sido preparado en el marco de una investigación autónoma de H. B. McKay y de D. J. Doff, por encargo del ministerio de Justicia y publicado bajo el título de *Los efectos de la pornografía: Un análisis de la investigación y sus resultados*. Existen otras bibliografías[53] y otros resúmenes, los cuales consisten todos en enumeraciones considerables y que en cada caso vienen a confirmar que un simple compendio de todas las investigaciones de los efectos psicológicos y sociales de la pornografía exigiría algunos centenares de páginas. La tarea sería también un tanto delicada: es un mundo de investigaciones miopes y de partidos tomados que apenas se disfrazan, de acusaciones fáciles y de cegueras limitadas. Más vale guardar cierta distancia y buscar prudentemente extraer algunas conclusiones o al menos las principales líneas de fuerza. De

todas maneras esta literatura en su sobreabundancia de detalles es fácilmente accesible.

El lector se siente en principio particularmente impactado por el lado totalmente utilitario de esta documentación. Se busca demostrar que la pornografía tiene efectos nocivos sobre el individuo y sobre la sociedad o bien que no tiene ninguno, o incluso que puede ser a veces útil y benéfica. Se estudian febrilmente sus consecuencias, pues no es en ella misma que la pornografía será juzgada buena o mala. Como si ya no fuera posible declarar una cosa intrínsecamente mala y hubiera siempre que volver a sus consecuencias, las cuales, por su parte, demuestran ser argumentos indiscutibles. Sin embargo, según esta lógica, como lo señalaba A. W. Simpson,[54] semejante argumento es infinito y no permite, en resumidas cuentas, más que empujar el punto en que la cadena de las consecuencias debe necesariamente estar detenida por la declaración de que este eslabón particular es intrínsecamente malo. Por ejemplo, afirmar que la pornografía es condenable porque la violación se cuenta entre el número de sus consecuencias, es sostener evidentemente como adquirido que la violación es reprensible, pero también significa dejar entender que si se pudiera volver imposible la violación ya no habría nada malo en la pornografía.

Segunda constatación inmediata: el sentido de las demostraciones sigue un movimiento de balanza siempre en reacción con la moda. En el curso de los años '50 y '60, cuando la censura de todas las representaciones de la sexualidad seguía estando todavía muy presente, la mayoría de los comentadores estaban convencidos de que la pornografía no arrastraba las catástrofes psicológicas y sociales que cierta moral conservadora predecía, sino que, más bien, ella daba cuenta de una liberación de las costumbres tan esperable como anhelada. Famosos representantes de esta época, los esposos Kronhausen veían en ella una herramienta para luchar contra la ignorancia y el medio de alcanzar un desarrollo sexual sin el cual las represiones corrían el riesgo de llevar a la violación, al sadismo y a todas las violencias.[55] Diez años más tarde, cuando la pornografía ya se había vuelto omnipresente, aparecieron cada vez más estudios que trataban de demostrar que no era tan inofensiva y que su proliferación planteaba algunas cuestiones sociales importantes y urgentes. En medio de los años '80, cuando una parte del movimiento feminista y la derecha política (que se expresaba muy claramente en el seno de la comisión Meese) denunciaban unánimemente a la pornografía, se asistió a la recuperación de argumentos escuchados veinte o treinta años antes. En una palabra, los discursos siguen el curso de las frustraciones políticas sin llegar a resolver la cuestión. Principalmente porque esta cuestión siempre ha sido mal planteada. Lo que ayuda, según diría un observador malintencionado, a alimentar las investigaciones universitarias.

En líneas generales, el objetivo principal es simple. Sobre todo se ha querido determinar si existe un lazo demostrable entre la pornografía y la criminalidad de carácter sexual. La cuestión era relativamente nueva para las ciencias sociales y numerosos trabajos, entre los que se sitúan los primeros de todos acerca del tema, son el resultado de pedidos de la parte de la comisión de investigación norteamericana formada por el presidente Johnson (que financió más de ochenta estudios diversos sobre todos los aspectos pensables en ese entonces del lazo entre pornografía y criminalidad). Estas investigaciones sobre todo han querido verificar la existencia de correlaciones estadísticas entre los dos fenómenos, mediante

investigaciones sobre la tasa de criminalidad y la disponibilidad de la pornografía comercial, o si no llevando algunas experiencias en laboratorio con el objeto de testear los efectos más o menos inmediatos de su consumo. La mayoría de los resultados enunciados en 1970 por esta primera comisión de investigación norteamericana fueron más tarde cuestionados, y otras investigaciones fueron emprendidas para alcanzar otros resultados, pero estas investigaciones buscaban todas un lazo entre pornografía y crimen: una serie de cálculos estadísticos mostrará que, por un efecto de arrastre, la progresión de la pornografía está acompañada por un crecimiento paralelo de la tasa de crímenes sexuales o, por el contrario, por una baja de esa misma tasa. En los dos casos las hipótesis son bastante simples: los consumidores de pornografía encuentran allí ejemplos que serán luego imitados o, por el contrario, la evasión fantasmática de la pornografía calma los ardores de crímenes potenciales, sin la cual habrían sido todavía mucho más peligrosos. Reformuladas, estas hipótesis se han convertido en slogans: "la pornografía es la teoría, y la violación, la práctica", o bien "liberen la pornografía liberadora".

En la noche de los tiempos que precedió a la antigüedad griega nacieron nuestras distinciones culturales entre cuerpo y espíritu, lo material y lo ideal, la cosa y la palabra. Una vez establecidas estas distinciones, quedaba por discutir las relaciones entre los términos. Es lo que nosotros hemos hecho durante mucho tiempo y es lo que anima todavía la mayor parte de los debates sobre los efectos sociales de la pornografía, una continuación moderna de una discusión lanzada por Aristóteles y Platón y que no pudo a continuación sino degenerar, a causa del carácter falsamente enigmático del dilema: ¿es la idea la que determina el comportamiento? ¿La imagen es la que lleva a actuar?, ¿o será más bien el acto que hace nacer la interpretación con posterioridad? ¿Cuál es el papel de lo imaginario frente a la experiencia vivida? ¿El arte, como lo pretenden los discípulos de Platón, es un veneno que se acumula lentamente en el organismo? ¿O por el contrario es, como diría Aristóteles, un remedio al que el ser puede apelar según su necesidad? Parece impensable reflexionar y debatir en esta cultura sin retomar las fórmulas etnocéntricas de los cursos de filosofía del colegio. Otras culturas recordarían que la realidad y su representación no pueden influirse mutuamente más que si ellas están en un principio verdaderamente diferenciadas, lo cual todavía no ha sido demostrado.

Las investigaciones sobre el impacto social de la pornografía han tenido una tendencia a responder a estas preguntas adoptando una posición conductista o si no una teoría de la catarsis que traiciona una lectura probablemente un poco rápida de Freud.[56] Los investigadores confían en las correlaciones estadísticas (cualesquiera sean ellas) porque creen que el ser humano indica los modelos que le son propuestos o, por el contrario, que la evasión fantasmática tiene el efecto positivo y necesario de volver más tolerable la vida ordinaria. Por un lado se ha pretendido que la pornografía ofrecía una "válvula de seguridad" contra el crimen; es lo que explicaría, por ejemplo, que Dinamarca haya conocido una disminución de la criminalidad de carácter sexual en el momento mismo en que la censura era más o menos abolida;[57] o que la población de San Francisco de origen chino, que consume relativamente mucha pornografía, tiene una tasa de crímenes sexuales particularmente baja.[58] Otros han visto el mismo efecto de válvula en Japón, donde la pornografía, muy abundante y muy corriente, utiliza mucho el tema de la violación, mientras que la tasa de

violación real en la población es comparativamente poco elevada.[59] Inversamente, se podía encontrar anteriormente la profunda convicción del antiguo director del FBI, J. E. Hoover, que afirmaba de buena gana que la pornografía causa el crimen, o el ejemplo de los esfuerzos de J. H. Court[60] para demostrar que en Australia, en Inglaterra, en África del Sur y en Singapur la pornografía tuvo como efecto directo y demostrable un aumento sensible del número de violaciones. Aquí tampoco las críticas han sido suaves (en particular el Comité Williams) en contra de métodos a menudo dudosos que permiten aislar la violación mientras que se asiste en realidad a una fluctuación general de la criminalidad. Como mucho, la crítica se da el gusto de clausurar la discusión emitiendo una duda sobre la integridad intelectual del investigador y recordando, como por ejemplo en el caso de Court, que se describe a sí mismo menos como un investigador científico que como un psicólogo cristiano promotor de una vasta campaña contra la obscenidad bajo todas sus formas.

Sin duda, cabía esperarlo, la mayoría de todas estas investigaciones no tuvieron un efecto notorio sobre todas las personas que no estaban ya convencidas, porque los datos son a menudo muy frágiles, las estadísticas poco fiables y los resultados demasiado inciertos. En ciertos casos los investigadores son acusados de haber mutilado estúpidamente los resultados. Según Agustine Brannigan, la ley del gobierno Thatcher para controlar la pornografía de cassettes de video se apoyaba en una investigación que se había permitido fabricar (en la sin embargo muy respetable Escuela Politécnica de Oxford) sus propios resultados, borrando ciertos datos y manipulando el tratamiento estadístico de otros con el objeto de ajustar conclusiones que estaban redactadas desde hacía mucho tiempo.[61] Ya lo hemos dicho: en estos debates, la ciencia y los hechos no son necesariamente respetados.

Además de los reproches dirigidos a los métodos de análisis, el hecho de que el enfoque de los objetivos de estas investigaciones parezcan fundados en teorías particularmente simplistas de la relación entre el aprendizaje y el comportamiento, también contribuyó a su rechazo. Por un lado, parece creerse realmente que las personas se comportan de manera de reproducir lo que ven en el cine. Por el otro, se creería que alcanza con soñar con la violencia para mantenerse tranquilo e inofensivo. Y con la esperanza de mostrar una u otra de estas proposiciones contrarias se busca una correlación estadística suficientemente fuerte que luego será presentada como una explicación válida. La ilusión lamentablemente es demasiado corriente en las ciencias sociales: pasa por una interpretación concluyente lo que no es en realidad más que una correlación estadística fundada en premisas nunca discutidas. Ahora bien, una demostración estadística no tiene en sí ningún sentido si sus premisas no han sido en un principio establecidas como siendo lógicamente aceptables. Es lo que vuelve razonable la afirmación de que la pornografía está ligada a la violencia familiar y, por el contrario, totalmente ridícula la correlación estadística tal vez tan demostrable entre la pornografía y la tasa de precipitaciones atmosféricas. En el caso presente, lo que vuelve toda correlación de punta a rabo particularmente frágil y poco convincente es el hecho de que en una situación social compleja es injustificable querer separar todos los demás factores cuya pertinencia no ha sido discutida y cuya importancia jamás ha sido verificada, sin olvidar lo esencial, es decir que todo esto concierne a los seres humanos y que sería preferible interrogar, como lo subrayaba el informe del Comité Williams[62] al conjunto de la

personalidad humana antes que buscar aislar algunas cuestiones de sexualidad y de violencia. Incluso la más indiscutible correlación estadística dejará siempre una duda en cuanto a su verdadero valor explicativo. Es por ello que el informe de la Comisión Meese, al que sin embargo le habría gustado probar definitivamente que la pornografía es nociva, se mantiene prudente y se limita a concluir que el vínculo entre pornografía y violación parece plausible pero que también puede ser totalmente inexistente.[63] Probablemente es por esta misma razón que en todas las controversias sobre los efectos de la pornografía cada interpretación parece sobre todo convincente en momentos en que ella se dedica a destruir la interpretación contraria.

Debido a que el mundo real es demasiado vasto y que la demostración en él es siempre demasiado poco controlada, los investigadores han continuado sus investigaciones en laboratorio con la esperanza de encontrar allí un refugio contra las perturbaciones exteriores y, por lo tanto, poder controlar todos los factores que en la sociedad pueden influir sobre los resultados de una experiencia. Las reglas de este arte son simples y rigurosas: dividir en dos y al azar el grupo de temas, someter una mitad al estímulo, luego medir las diferencias entre los dos subgrupos de manera de establecer con una certeza razonable que el estímulo administrado es realmente la principal causa del efecto medido.

Felizmente, estas investigaciones en laboratorio más simples y mejor controladas han procedido según una concepción un poco más adecuada de la vida social. Antes que vincular el consumo de pornografía directa y unilateralmente con el comportamiento, más bien se estudió su impacto en el aprendizaje y la adopción de diversos valores y actitudes. También se ha introducido la complejidad de ciertas distinciones sociales, tales como sexo, edad, estado civil, opinión política, etcétera. Para la psicología experimental es en esta larga serie de experiencias donde se encuentran los esfuerzos más serios para evaluar los efectos de la pornografía.[64] Ya no se trata de establecer un vínculo directo entre consumo y comportamiento, sino mostrar más bien cómo la pornografía puede servir como condicionamiento (cuyo impacto, aunque incierto, sigue siendo a veces inquietante). Entre las conclusiones más notables, estas experiencias en laboratorio han demostrado que la pornografía violenta tiene por efecto modificar la actitud de los hombres al punto de volverlos más tolerantes frente a la violación, más agresivos e incluso más despreciativos hacia las mujeres; habría a fin de cuentas una suerte de saturación comparable tal vez a la de todo espectador que alcanza el punto en que ha visto demasiado para emocionarse. Y este efecto sería común a toda forma de pornografía: después de la evasión imaginaria, la verdadera vida aparece a menudo apagada y, por lo tanto, demasiado imperfecta.

Ahora bien, hay que decir que incluso si los resultados de estas investigaciones pueden ser incuestionables, nada se ha demostrado todavía. El verdadero alcance de todas estas pruebas sigue siendo incierto y las experiencias, por su parte, son fácilmente cuestionables. En principio, la mayoría de los tests han sido administradas en laboratorio a estudiantes de universidad de ambos sexos. Es por lo tanto fácil para los críticos recordar que existen probablemente considerables diferencias entre ese laboratorio y el resto de la sociedad, como tampoco hay, según parece, una perfecta verificación entre las personas que estudian en la universidad y el universo de los consumidores de pornografía. No se sabe

entonces cuánto costaría reproducir en otros lugares tales experiencias y si los resultados son verdaderamente generalizables. Por lo demás, estas experiencias tienden a medir el efecto de la pornografía inmediatamente después del consumo, mientras que su impacto mayor tal vez se haga sentir a largo plazo. Otros críticos han acusado a las investigaciones de no precisar suficientemente la naturaleza exacta de la "pornografía" utilizada como estímulo, lo que vuelve la comparación a veces difícil, cuando no extravagante. Finalmente, la diferencia entre la actitud y el comportamiento sigue siendo considerable y nadie se atrevería a decir que el paso de una a otro se hace sin equívocos y sin todos esos filtros que explican por qué los seres humanos no hacen siempre lo que piensan. Queriendo de algún modo responder con anticipación a estas críticas, el informe de la Comisión Meese, en un pasaje que a algunos les resultará sorprendente, describe las únicas verdaderas condiciones de un experimentación "ideal": dividir en dos un grupo de hombres y someter una mitad a la visión de una pornografía violenta y luego ver si el grupo estimulado de este modo comete más violaciones que otro; el informe precisa en seguida que la experiencia plantearía algunos problemas de ética científica.[65]

Por otra parte, la ciencia no está enteramente satisfecha de la manera según la cual son medidas las reacciones a la pornografía. Utilizando pletismógrafos conectados con el pene, fotopletismógrafos introducidos en la vagina, se midió la dimensión del pene como índice de erección, las variaciones sanguíneas en la vagina, los niveles de hormonas y sobre todo el cambio del nivel de testosterona o del ácido fosfataso en la orina, la desaceleración cardíaca, todo ello en conjunción con el consumo de drogas o de medicamentos, en particular la píldora anticonceptiva, y en conjunción también con las fases del ciclo menstrual y la importancia del sentimiento de culpa sexual. Así, se han descubierto toda suerte de combinaciones estadísticas y diversos detalles que conciernen a la pornografía: por ejemplo, que las mujeres que son más conscientes de las modificaciones de su cuerpo en momentos de una excitación sexual, que clasifican al erotismo como muy excitante y que hacen el amor más a menudo, se vuelven fisiológicamente más excitadas por la pornografía; que los hombres transexuales siguen siendo más excitados por las fotos de mujeres, incluso si el objeto consciente de su deseo se ha vuelto masculino,[66] y así seguidamente, hasta el momento en que el lector se convence de que un número inquietante de estudiantes de ambos sexos en psicología de ciertas universidades norteamericanas pasa una buena parte de su vida universitaria con una serie de cables conectados a sus órganos sexuales. La mayoría de estas investigaciones parecen totalmente legítimas y ofrecen resultados que no dejan de tener interés, pero parecen tan alejadas de las preguntas que despierta el debate sobre la pornografía que puede evitarse volver a ver todo detalladamente.

Estas investigaciones en laboratorio, cuyo valor reposa en el rigor metodológico, presentan incluso a este respecto otras dificultades importantes. Antes que nada, se ha descubierto un problema de instrumentación: los aparatos de medida pueden ellos mismos provocar la excitación sexual, ¡sin considerar el estímulo erótico utilizado! En otro caso, se dieron cuenta de que a las parejas que debían ver películas pornográficas durante varios días les resultaba más excitante el hecho de llenar puntualmente un cuestionario que detallaba el grado de estimulación sexual.[67] Peor aún, puesto que los parámetros de estas experiencias en general son muy estrechos, no se puede realmente saber si las reacciones observadas están

causadas específicamente por la pornografía; en efecto, mientras que es muy probable que ésta provoque en algunas personas una excitación que facilita las actitudes más radicales e incluso más agresivas, se sabe por otra parte que estas mismas reacciones pueden también ser provocadas por otros excitantes, tales como una música militar tocada muy fuerte, ejercicios físicos intensos, ciertas drogas e incluso una película que muestra estímulos tan repulsivos como una operación quirúrgica en un ojo.[68] Inversamente, se cree saber que la crueldad a veces actúa como estímulo sexual en el dictador en la tarde en que decreta la ley de medidas de guerra, como era probablemente en el caso de la Roma Antigua durante las horas siguientes a los juegos del circo. En una palabra, la pornografía provoca un estado de excitación y arrastra también reacciones similares. Hay que decir que era previsible algo semejante. Del mismo modo que resulta evidente que las tropas de Gengis Khan no tuvieron necesidad de estar expuestas previamente a la pornografía de masa.

Pretender lo contrario sería poner en cuestión la mayoría de las teorías habituales sobre la madurez y el desarrollo sexual del ser humano. Llegados a la edad que vuelve legal el consumo de imágenes pornográficas, los adultos normales desde hace mucho tiempo han decidido su orientación, sus gustos e incluso sus fantasmas sexuales, y la pornografía no podrá cambiar gran cosa a ello. Es por esa razón que la descripción de prácticas desviadas no llega a tocar más que a un público siempre restringido: interesa antes que nada a los desviados. Exactamente por esa misma razón, para convencer a cualquiera para quien el mensaje central de la pornografía ordinaria resulta inquietante o insoportable, habrá que demostrarlo en un nivel totalmente distinto, allí donde sus contenidos dan cuenta de un programa social mucho más vasto.

A pesar de sus severas críticas, hay que detenerse todavía un instante en el interés de estas investigaciones empíricas por dos cuestiones que volverán más adelante. Por un lado, las reacciones y las actitudes diferentes de los hombres y de las mujeres frente a la pornografía. Las primeras investigaciones de Kinsey mostraban que la diferencia principal consiste en el hecho de que, en general, todos los hombres reaccionan de una manera uniforme a los estímulos eróticos, mientras que entre las mujeres se encuentran variaciones tan fuertes que vuelven prácticamente improbable la noción de la experiencia común; en otros términos, mientras que todos los hombres son más o menos igualmente receptivos a la pornografía, ciertas mujeres son mucho más sensibles y mucho más excitables que los hombres, al tiempo que otras son totalmente insensibles. Las investigaciones en la actualidad son mucho más sofisticadas, pero la conclusión de Kinsey nunca ha sido refutada. De todos modos, en la actualidad parecería que se encaminara hacia la convicción contraria, según la cual el sexo del individuo sería en última instancia menos determinante que su edad, su experiencia de vida (en particular sus actitudes y comportamientos sexuales), sus opiniones religiosas y políticas, variables que, como todo buen sociólogo sabe, están a su vez vinculadas con la educación, con el medio familiar, con la integración al mercado del trabajo y así seguidamente hasta olvidar por completo de lo que se estaba hablando. El mejor ejemplo de todo ello: parecería que marido y mujer reaccionan a la pornografía de manera coherente y más uniforme que "los hombres" entre ellos y "las mujeres" entre ellas;[69] lo que para algunos tal vez resultará tranquilizador pero que no debería sorprender puesto que la pareja evidentemente sigue siendo el lugar privilegiado de la expresión social de la sexualidad. Sin

embargo, este resultado, como todos los demás, proviene de investigaciones experimentales que no permiten tener aquí como un hecho seguro aquello de lo que se dudará en otro lugar: en la verdadera vida, lejos de los tests de los psicólogos, las reacciones pueden ser muy diferentes.

Por otra parte, es posible encontrar también una breve serie de investigaciones que, antes que intentar medir el impacto de la pornografía en estudiantes, han abordado la misma cuestión de algún modo por el otro extremo, a saber, en individuos ya condenados por crímenes sexuales, con el objeto de ver si estos criminales eran o habían sido consumidores más o menos activos de pornografía que la población en general.

En principio no debería ser necesario volver a decir que un verdadero psicópata no está esperando a la pornografía para actuar. Un ejemplo entre otros: uno de los más salvajes asesinos del siglo XX se convenció mirando la película *Los Diez Mandamientos* de que las mujeres que bailaban alrededor del becerro de oro eran las responsables directas de la desobediencia del pueblo a las enseñanzas de Charlton Heston e inmediatamente decidió perseguir y asesinar a unas veinte mujeres. Este tipo de enfermedad mental resulta fuera del alcance incluso para la pornografía.

Resumidas groseramente, las primeras investigaciones han concluido que los "desviados" sexuales (en este caso violadores y pedófilos, pero también hombres homosexuales y travestis) habían estado en general menos expuestos a la pornografía que los grupos llamados "normales". Puede haber diversas razones para ello: debido a que la inmensa mayoría de la pornografía trata relaciones heterosexuales que no interesan a ciertos "desviados", debido a que los violadores y los pedófilos provienen a menudo de medios familiares que mantenían en la más absoluta ignorancia la sexualidad o que habrían castigado severamente toda introducción de pornografía en la casa y porque los "desviados" no parecen ser particularmente curiosos por los secretos de la sexualidad.[70] Numerosos elementos de estos estudios han sido luego cuestionados (en particular porque tratan esencialmente de la adolescencia y porque más tarde estos ex adolescentes frustrados acompañan a menudo sus crímenes con un consumo demencial de pornografía). Pero todos los observadores, incluso los de la Comisión Meese, a través de la lectura de los más recientes trabajos sobre el tema, llegan a la conclusión de que los consumidores de pornografía no violan ni más ni menos que los que no consumen nada. Sobre este punto, el debate parece clausurado y todos reconocen en la actualidad que la pornografía no es en ella misma una causa suficiente ni necesaria para el comportamiento sexual violento.

Pero de terminarse de este modo el debate, se corre el riesgo de escamotear un detalle sin embargo crucial revelado por los resultados de estas investigaciones: a los violadores y a los pedófilos violentos no les gusta mucho la pornografía. Hay que lamentar que éste sea el tipo de respuesta que raramente se obtiene por la psicología social, demasiado ocupada en medir la importancia del consumo de pornografía como para preguntar lo que por otra parte podría interesar a sus informadores. Ahora bien, los criminales interrogados están de acuerdo en decir que la representación de la sexualidad les parece a menudo más perturbadora o molesta que agradable. La pornografía los estimula como a los demás, pero de una manera

que ellos juzgan desagradable. Por lo demás, estas personas dicen cansarse de manera particularmente rápida frente al espectáculo del sexo, y los artificios de la pornografía les parecen a menudo en general poco creíbles. La violencia sexual que ilustra la pornografía les resulta artificial y en cambio prefieren más bien el realismo de los informes de los procesos de violaciones leídos en los diarios especializados o escuchados en las salas de audiencia. Les gustan las denuncias muy detalladas de la violencia sexual verídica y creíble. Por el contrario, la pornografía es un teatro aburrido por ser demasiado mentiroso.

Después de veinte años de sostenidos esfuerzos por demostrar empíricamente la existencia de una relación causal entre la pornografía y el comportamiento social, se ha vuelto corriente, es decir fácil, afirmar que nada ha sido todavía probado y que no está permitido concluir la cuestión debido a que los mejores estudios llegan a resultados frágiles y a veces contradictorios. En relación con los debates públicos, es el tipo de conclusión que se encuentra en ciertas revistas que se consideran bastante bien pensantes por estar por encima de las peleas, pero que irritan un poco a todo el mundo y provocan un abundante correo de lectores. Pero es también la conclusión a la cual se resignan las más recientes investigaciones públicas. A pesar de premisas muy diferentes y de objetivos políticos radicalmente opuestos, las comisiones de investigaciones Williams (Gran Bretaña), Fraser (Canadá), y Meese (Estados Unidos) concluyen su respectivo sobrevuelo de esta literatura experimental diciendo que hay que tener la honestidad intelectual para admitir que nada ha sido todavía demostrado (lo que de ningún modo impedirá a estos tres informes pasar enseguida a recomendaciones tan divergentes como sus premisas teóricas y sus convicciones políticas originales). El muy moderado comité Fraser llega a decir:

Esta conclusión parece desde luego ir en contra de la opinión de muchos de los testigos que se han presentado frente al Comité, pero ella es el resultado de un atento análisis de la investigación. Nos parece sin embargo muy importante subrayar que ella no significa que la investigación habría probado de manera precisa la ausencia de vínculo entre pornografía y comportamientos antisociales o la existencia de consecuencias positivas de la pornografía, sino simplemente que esta investigación es tan poco satisfactoria y desorganizada que no desemboca en ningún conjunto de informaciones coherentes. Sabemos muy bien que ciertos estudios han podido probar la existencia de efectos negativos o positivos de la pornografía, pero en el conjunto los resultados siguen siendo contradictorios y poco concluyentes.[71]

Lo más sorprendente en esta conclusión es que el sentido común sugiere lo inverso. Más bien debería decirse que todo ha sido probado y que estas investigaciones contradictorias tienen todas razón al mismo tiempo. La pornografía puede conducir a la violación como puede también servir de válvula de seguridad a la violencia. Puede enseñar a hacer mejor el amor como también puede dar cuenta de las prácticas que convienen mal a sus *partenaires* habituales. Pueden hacer creer que todas las mujeres sólo piensan en el sexo,

como también puede volver más tolerable para un hombre el hecho de no lograr nunca acercarse a ellas. Por supuesto, ciertos participantes del debate encuentran allí una ventaja: puesto que todo ha sido probado, nada es concluyente, todas las investigaciones son más o menos comparables, es posible entonces elegir aquélla que conviene más a la propia opinión y esperar clausurar según su interés la discusión o incluso tal vez movilizar a la masa.

Ahora bien, la más desalentadora y sin duda la más pertinente crítica de las ciencias sociales surge de la toma de conciencia de que todo lo que es dicho por la investigación citada ha sido ya varias veces enunciado por los sondeos de opinión pública más ordinaria. Además de afirmar muy claramente que no se trata de un problema social importante,[72] la opinión pública cree que la pornografía informa y educa, conduce a ciertas personas a cometer crímenes violentos, sirve de válvula a ciertas personas que tienen problemas sexuales, anima y estimula la vida sexual de las parejas, conduce a ciertas personas a despreciar a las mujeres, divierte y distrae, libera los espíritus, además de llevar inexorablemente a la decadencia de la moralidad general. Eso es en efecto lo que prueban todas las investigaciones: la pornografía es divertida, sucia, repugnante, útil, amenazadora, fascinante e inquietante. Y como se trata en cada caso de la misma imagen, hay que concluir que la pornografía es comparable a cualquier otra forma de representación y que las diferencias que se señalan en el seno de su auditorio son las primeras causas de sus efectos.

Los verdaderos efectos conocidos de la pornografía no son más fáciles de resumir. En principio se piensa que su consumo estimula el tálamo y el hipotálamo y tal vez el neocortex, [73] lo cual lleva a una modificación del sistema endocrino. En una palabra, el individuo está emocionado. Por el contrario, todavía no se sabe bien cómo esta emoción lo conduce a uno a masturbarse, al otro a enojarse, al tercero a violar y al último a dormirse.

En segundo lugar, la representación pornográfica es una imagen ideal cuya relación con la realidad puede ser evaluada de diversas maneras. Algunos se aburren porque la pornografía es demasiado irreal para ser estimulante, otros se desesperan ante la realidad frente a semejante esplendor imaginado. Parecería que entre los dos, la mayoría de los consumidores encuentran luego el verdadero mundo un poco menos bello pero también un poco más atractivo.[74]

Finalmente, la pornografía es sin duda una enseñanza. Ni más ni menos que cualquier otro espectáculo, ella presenta hechos, evaluaciones, juicios, valores, y así como es excesivo creer que conduce al crimen, del mismo modo sería ridículo creer que no tiene ninguna influencia. Pues entonces habría que sostener según la misma lógica que no se aprende nunca nada gracias a los libros, el teatro o el cine, habría que declarar al arte absolutamente trivial y concluir con la insignificancia moral de toda educación; como decía Irving Kristol, "nadie, ni siquiera un profesor de la universidad, cree realmente en ello".[75] Dudar del poder de la imagen volvería incomprensible la emoción del *amateur* de arte o el gesto del loco que mutila un cuadro. Si la pornografía no tiene ninguna influencia, todo aprendizaje resulta inútil y de nada sirve protestar. Mientras que si se piensa que esta influencia es directa, inmediata y previsible, alcanzaría con enunciar de la manera más banal que la pornografía es mala como

para que todos se abstengan a partir de ese preciso momento.

En una palabra, todo ello equivale a decir que la vida es un aprendizaje continuo en el curso del cual un individuo intenta bien o mal mantener un diálogo más o menos armónico con su entorno. Este entorno le ofrece los modelos que luego deberá imitar, y en la mayoría de los casos felizmente esos modelos son múltiples e incluso contradictorios, de manera que el individuo goza de la libertad parcial de hacer algunas elecciones cuando no, incluso, llegada la oportunidad, inventar él mismo su modelo para someterlo luego a su entorno. En este sentido, el efecto de la pornografía no es diferente del de otros discursos políticos, religiosos o militares. La pornografía ofrece modelos de sexualidad entre muchos otros. Lo que resulta más inquietante es ver a la pornografía enseñar lo que la sociedad en otros lugares condena. Y esta inquietud vuelve a lanzar inmediatamente una crítica que tendría que haberse sentido disuadida ante los fracasos de la investigación empírica.

Los debates, que nunca deberían haber sido limitados al único terreno del utilitarismo falsamente amoral, se encuentran al mismo tiempo rehabilitados en un plano totalmente distinto. No podemos sino lamentar el tiempo perdido: cuántas confusiones y malos entendidos habrían sido evitados si aquellos y aquellas que debaten hubiesen comprendido y declarado antes que la pornografía puede ser condenada por razones puramente ideológicas, las cuales nunca se resumen enteramente en una relación con ciertas formas particulares de violencia. A partir de entonces ya no se trata de pensar muy simplemente que los modelos presentados por la pornografía son adaptados e imitados al punto de modificar el comportamiento. La crítica pretende más bien que la repetición pornográfica implica de algún modo una costumbre que confiere al modelo tal validez que crea la impresión de ser normal, aceptable, surgido de la naturaleza profunda de las cosas, y por lo tanto inmutable. La cuestión así se encuentra desplazada. Mientras que los eruditos vuelven a decir en todos los tonos que hay ruptura entre el texto y lo real, entre lo entendido y lo adoptado, entre lo imaginario y lo vivido, la verdadera cuestión buscaría comprender por qué justamente son ésas las imágenes que excitan y se venden bien. En el centro de dos debates siguientes está la certeza de que el impacto mayor de la pornografía es justamente el de volver menos probable cualquier otro modelo de la sexualidad.

La perspectiva conservadora

Pueden verse…, en todas esas pinturas un lujo de actitudes casi imposible para la naturaleza, y que prueban una gran agilidad en los músculos de los habitantes de esas comarcas, o bien un gran desorden de la imaginación*Juliette frente a los frescos de Herculano. Citado por R. Barthes, Sade, Fourier, Loyola.*

Where everything can be said with a shout,less and less can be said in a low

voice.*Georges Steiner*. *The New Eroticism, Theories, Vogues and Canons*

Durante los años '50, se distribuyó en las escuelas de Quebec un folleto de origen norteamericano que explicaba a los niños en forma de historieta la terrible amenaza del peligro rojo. Se veía allí a comunistas particularmente feos y desagradables tomando el control de toda América. Sobre todo se veía la brutalidad de la violación de las libertades individuales y el pisoteo de muchos crucifijos. A pesar de todos esos horrores, la cima narrativa del relato épico, el momento de mayor tensión, venía cuando algunos niños revelaban a la policía el escondite en donde se habían refugiado sus propios padres. He aquí el colmo del horror comunista: los niños dejan de ser solidarios con sus padres, la policía del estado invade incluso los secretos domésticos, en una palabra, la familia se disgrega. En el espíritu tradicionalista equivale a decir claramente que la sociedad entera se quiebra y que la civilización se apaga.

En este mismo espíritu, la pornografía también constituye una amenaza contra la familia (no hay que sorprenderse entonces si algunos predicadores norteamericanos sospechan que su origen es comunista y que pertenece a un vasto complot cuyo objetivo reconocido sería el de debilitar las fibras morales del Occidente cristiano). Es lo que anuncia a partir de sus primeras páginas el informe de la muy rigorista Comisión Meese: la pornografía es nociva porque ella mina la noción de familia como único contexto de la sexualidad moralmente aceptable para la sociedad. Por lo tanto, ya no es sólo una cuestión de imágenes demasiado crudas, demasiado violentas o demasiado desviadas. En efecto, después de haber considerado y luego condenado todos estos excesos, la Comisión Meese continúa su investigación sobre los límites de la obscenidad y llega a la conclusión de que la representación pública de una relación sexual "intravaginal entre dos adultos casados que encuentran allí mutuamente placer y con el único objeto de procrear" sería totalmente inaceptable y evidentemente nociva para la sociedad.[76] En una palabra, incluso el buen sexo legítimo y moral jamás debe ser exhibido en público. La ideología es rigurosa y coherente y los principios que se desprenden con mucha lógica pueden constituir una guía moral muy precisa.

Pero de pronto, la ideología conservadora plantea cuestiones que luego deja sin respuestas, lo cual provoca algunas contradicciones que vuelven su lucha contra la pornografía menos convincente, por no decir menos eficaz.

Eliminemos antes que nada una o dos características de esta perspectiva conservadora que a veces sorprenden o chocan a algunos observadores sin que por ello se conviertan en verdaderas contradicciones. En principio está la colisión con el movimiento feminista, uno de los más firmes enemigos del conservadorismo, que cuestiona las ideas tanto como las instituciones y todo lo que compone este orden establecido del cual los tradicionalistas se presentan como sus ardientes defensores. La alianza es evidentemente puntual y no merece que se dé lugar a la sorpresa: lo único que se comprueba aquí es una misma denuncia en contra de la pornografía, la cual resulta, sin embargo, de análisis bastante diferentes. Las divergencias analíticas parecen más importantes que la similitud de soluciones propuestas (abordaremos más adelante la dimensión conservadora de cierta crítica feminista). Algunos a

veces han buscado establecer con respecto a ello un paralelo con antiguas alianzas históricas entre la derecha política y los movimientos de mujeres (en particular en el curso de la lucha que llevó a Estados Unidos a prohibir el alcohol). Pero esta comparación parece un poco fácil y no aclara demasiado.[77]

Tampoco hay que sorprenderse de que los que sostienen una posición ideológica no se apuren por respetar los hechos. En buena parte ello es lo que distingue a la ciencia de la creencia religiosa. No hay nada sorprendente, por ejemplo, en que el gigantesco informe de la primera comisión de investigación norteamericana, concluido en 1970 y que reunía a casi todas las informaciones empíricas conocidas en aquella época, haya sido inmediatamente rechazado por el presidente Nixon, quien declaró que ese informe era una "ruina moral"; ni tampoco, en el hecho de que, inmediatamente después, el Senado de Estados Unidos adoptó por 60 votos contra 5 una resolución rechazando los resultados de la investigación y todas sus recomendaciones. Jamás hubo, ni por parte de Nixon ni de los miembros del Senado, un verdadero cuestionamiento de los hechos referidos o de los métodos de investigación utilizados por la comisión (los cuestionamientos serios aparecieron mucho más tarde). Incluso se puede creer que el informe jamás ha sido leído. Lo esencial sigue siendo que no hay discusión posible y que los hechos no inquietan en lo más mínimo a la creencia, sobre todo si los creyentes tienen el poder de defenderse. Tal como lo afirmara con total claridad uno de los redactores del informe minoritario de esa misma comisión de 1970 "para los que creen en Dios, en su supremacía como Creador y como Dador de vida, en la dignidad y en el destino que le hadado a la persona humana, en el código moral que gobierna la actividad sexual, para los que creen en todas esas 'cosas' ningún argumento contra la pornografía debería ser necesario".[78] La posición es irrefutable, salvo por una improbable demostración de la no existencia de Dios. Para todos aquellos que comparten la opinión de Rushdoony,[79] para quien la pornografía y la violencia son con el nudismo y la teoría de la evolución signos de "primitivismo" tardío y que sostiene que el sadomasoquismo es un tema inseparable de toda pornografía, es inútil medir lo real y recordar, tal como lo hacía el informe de 1970, que sólo el 5% de toda la producción pornográfica trata de sadomasoquismo, de fetichismo o de otras desviaciones. Una buena ideología por definición permanece al abrigo del cuestionamiento empírico. Los que se dicen escandalizados por la aparente sordera de los tradicionalistas deberían recordar que los hechos solos no conseguirán nunca contradecir una creencia. Más vale oponer otra creencia que ofrecer nuevas respuestas a las mismas preguntas. O incluso dejar que la ideología que se cuestiona desarrolle y acentúe sus propias contradicciones.

La primera contradicción de la perspectiva conservadora aparece cuando se pasa del ámbito público al ámbito privado. Si desde el punto de vista tradicionalista la familia constituye la primera célula de la sociedad, si ella es el lugar de la educación elemental y de la autoridad última, si se encuentra allí la solidaridad más profunda y lo esencial de lo que hace a la fuerza de toda civilización, es primordial mantenerla y protegerla bien. El respeto por la autonomía familiar se convierte en un derecho fundamental sobre el cual pesa por supuesto la amenaza del crimen y del desorden social, pero también la de una intrusión del Estado. Si, tal como lo dice el viejo refrán, la casa del hombre es también su castillo, éste debe ser inexpugnable. Se comprende entonces que resulte particularmente ofensivo e inadmisible que

se le indique a uno cómo educar a sus hijos, qué moral pregonar en la casa, e incluso cuándo apagar su aparato de televisión. La intrusión del Estado viola entonces un derecho fundamental tanto como la pornografía amenaza los valores familiares. Así como los conservadores creen luchar con justa razón por la preservación de la moral pública, del mismo modo les resulta esencial dejar a cada familia el poder de controlar su propia moralidad.

Esta paradoja aparece aquí y allí, en los debates y en las publicaciones sobre el tema. Puede adivinarse en el informe de la comisión Meese cuando se trata de no buscar la "solución negativa de la ley" o cuando surge bastante sorpresivamente la idea de que, a pesar de todo el horror inspirado por la pornografía, sería preferible que los ciudadanos decidan ellos mismos lo que es apropiado y lo que deben hacer, del mismo modo que "no necesitamos una ley que nos imponga comer con cubiertos y también porque la ley nunca ha molestado a los evasores de impuestos".[80] En una palabra, lo que aquí se pide al Estado es que prohíba la ostentación pública del sexo y que persiga incansablemente a los comerciantes de la pornografía, para luego limitarse a proclamar que la mayoría de la población la encuentra moralmente condenable, antes que decretar una prohibición que siempre resulta más compleja y que correría el riesgo de volverse una asfixia. Como si el conservadorismo dudara de pronto en el umbral del bien individual.[81]

La misma paradoja también permite comprender mejor dos resultados de investigaciones que parecen haber quedado sin ser explicadas. La investigación de Zurcher y de sus colaboradores[82] concluía que el éxito de las organizaciones norteamericanas de lucha contra la pornografía era más simbólico que real: los militantes buscaban antes que nada dar cuenta de su adhesión a ciertos valores fundamentales y asegurarse de que todavía existen en el mundo ciudadanos virtuosos y honestos, listos para dar testimonio de su apego por un mismo modo de vida. Antes de querer implantar los medios de resolver concretamente el programa de la pornografía, su objetivo sería el de hacer valer la importancia simbólica y política de una denuncia oficial (las malas lenguas dirán que el símbolo vale su peso en oro ante un electorado que parece apreciar las caricaturas). La puesta en marcha de medios para delinear la pornografía equivaldría a admitir en efecto que la moralidad necesita ser impuesta por una ley y que no está ante todo en el corazón de los hombres.

Otro resultado inesperado: todas las encuestas muestran que la mayoría, que tal como se sabe por otras pruebas, sigue siendo fuertemente conservadora, rechaza varias formas de pornografía, pero también cree muy firmemente que no debería haber ningún control sobre lo que el individuo puede consumir en privado.[83] A menudo se dice que se trata allí de respuestas diferentes a dos preguntas distintas, pero ellas dan cuenta simplemente de una contradicción profunda: la pornografía es un mal condenable, cuya condena también sería un mal. El problema no es insoluble y se podría decir que la libertad depende del contexto social de su expresión, pero ello obliga de alguna manera a retirarse del debate político, cuando la única solución admisible se encuentra reprimida en el interior estrictamente privado e indiscutible del hogar familiar.

Peor aún, los tradicionalistas saben apreciar la pornografía. Tienen todo para amar la pornografía. He aquí tal vez la contradicción suprema que encierra su crítica sobre el fenómeno, pero ella era previsible.

Después de haber asistido a las audiencias públicas de la Comisión Meese, el antropólogo Carole Vance contaba hasta qué punto los comisarios habían consagrado un tiempo considerable a ver películas pornográficas antes de su distribución, y cómo, en cada sesión, los espectadores se desplazaban en la sala con el objeto de encontrar una mejor visión de la pantalla.[84] El informe de esa misma comisión contiene detalles que algunos juzgarían excesivos: la descripción minuciosa de material pornográfico, los nombres y direcciones de todos los principales distribuidores de Estados Unidos, el relato detallado del argumento de algunos clásicos del cine pornográfico, como *Debby does Dallas, The Devil in Miss Jones,* etcétera. Algunos encontrarán allí informaciones preciosas y una fuente de estimulación sexual sancionada por la burocracia, otros verán el signo de una muy evidente fascinación. En ese mismo tono, algunos críticos tuvieron mucho placer al enterarse de los problemas jurídicos del padre Bruce Ritter, franciscano y miembro de la comisión Meese, calificado de "héroe" por el presidente Reagan en un momento en que fue oficialmente acusado de agresiones sexuales por algunos de los adolescentes que vivían en la institución de ayuda que él mismo había fundado.[85]

El problema nace del carácter muy exigente de la ideología conservadora, que no tolera ni acepta el sexo como normal ni apropiado más que en el contexto de un compromiso profundo marcado por el amor y el reparto de responsabilidades, lo que también exige la capacidad de renunciar al placer puramente egoísta. El código moral es preciso: dicta con quién hacer el amor, cuándo, dónde e incluso cómo. Los numerosos críticos del conservadorismo[86] están de acuerdo en afirmar que es en parte lo que permite fabricar una sociedad francamente neurótica tanto en sus actitudes frente a la sexualidad como en su práctica sexual, lo cual explica por qué el sexo se vuelve para unos una rutina aburrida y un obstáculo para la comunicación. Pero lo que nos concierne aquí es que se trata al mismo tiempo de una estrategia casi ideal para asegurar el valor, el interés y el poder de la pornografía. La censura corre siempre el riesgo de atraer la atención sobre todos los otros posibles. Cuanto más considerable es la prohibición, más cubre una parte importante de la experiencia humana y más se vuelve omnipresente y poderosa. Es por ello que, en una experiencia efectuada en laboratorio, una imagen será juzgada más excitante por un grupo que antes habrá sido advertido de que se trata de una imagen muy obscena y reservada a adultos prevenidos.[87] Es también por esa razón que en los países totalitarios en los que la censura es fuerte, la sutileza de los partidos políticos será siempre mayor que en los países liberales, en los que, como en Hyde Park Corner, es corriente escuchar gritar a ciudadanos cualquier disparate. Si la pornografía invita al pecado también es necesario que los moralistas definan a este último. Y una vez que ha sido definido, el pecado se vuelve instigador.[88]

No obstante, más allá de su fascinación por el mal y sus contradicciones internas, el punto de vista tradicionalista sobre la pornografía busca resolver algunas cuestiones elementales que una sociedad no puede dejar sin respuestas. Y más allá del hecho de que

algunos de sus defensores son una prueba de un talento extraordinario para atraer sobre ellos el ridículo (más cruelmente todavía de lo que podría hacer el más malvado de los caricaturistas), la ideología conservadora refleja en su odio por la pornografía una posición política y filosófica absolutamente seria y en todo caso muy popular. Decir que la pornografía amenaza a la familia es también hacer comprender que ella amenaza al modo dominante de control de la sexualidad, los roles masculinos y femeninos típicos, la organización social de la reproducción e incluso la unidad de base de la producción económica. La pornografía es vista como la afirmación de que la orgía es buena, que todos los placeres son recomendables y que la anarquía es linda. Por lo tanto, los tradicionalistas se dan cuenta de que ella representa una amenaza para todo un modo de vida. Es por ello que hablan tan a menudo de "fibra social" o de "cimiento social": sienten que las partes deben de algún modo ser mantenidas juntas, que el cimiento es indispensable, si no el edificio entero podría caerse. La pornografía será a la vez síntoma de decadencia y agente de putrefacción.

La castidad es… obligatoria desde el punto de vista natural, porque sojuzga, conforme a la razón, la carne al espíritu, pues es necesaria para el honor y la prosperidad de la familia, y porque es una de las causas que mantienen en la sociedad la unión y la paz. La lujuria produce efectos desastrosos en la inteligencia y la buena voluntad y causa males innumerables a los individuos, a las familias, a las naciones mismas.[89]

Los críticos literarios y artísticos van todavía más lejos cuando afirman que el denominador más fácil de comprender y el más universal es actualmente la desaparición del sentimiento de utilidad, del orden y de los estándares, el todo acompañado por una dependencia con respecto al sexo y a la violencia. De lo cual se puede entonces deducir lógicamente que a partir del momento en que la violencia y el sexo gratuitos se infiltran en nuestras imaginaciones y en nuestras creaciones, una concepción empobrecida del ser humano se ve impulsada y popularizada.[90]

A pesar de estas advertencias, el sentimiento de urgencia e incluso de pánico ante la amenaza no parece estar muy extendido. Tal vez sobre todo porque son escasos los voluntarios que adoptan el modelo pornográfico: los tradicionalistas se preocupan sin razón y es muy probable que mañana no habrá copulación generalizada en la calle. Pues el ideal propuesto por la pornografía no concierne más que al sexo y, más increíble aún, sostiene que el resto de la vida podría seguir estando sin que nada cambie: fingir que la sociedad sobreviviría si sólo tuviera los burdeles de Roissy o que los castillos sobrevivirían intactos si las principales posiciones filosóficas del marqués de Sade fueran democráticamente adoptadas. El simple buen sentido enseña que el modelo es un engaño total. Lo cual, por otra parte, la pornografía lo sabe muy bien: ella sólo alcanza su meta ofreciendo la oportunidad de soñar, lo cual presupone necesariamente cierto conservadorismo en su público. Los revolucionarios que consigue son pocas veces soñadores y una verdadera revolución sexual volvería sin duda a la pornografía menos seductora.

Entonces, si la amenaza no es inminente, los críticos se obstinan en preguntar por qué la ideología conservadora insiste tanto en tratar al sexo deferentemente. ¿Por qué se permite comercializar todo el resto de la experiencia humana, desde el nacimiento hasta los funerales,

de Drácula a Jesucristo, y en cambio se niega a aprovechar el valor comercial del sexo?

¿Por qué alentar valores potencialmente tan nocivos como el violento espíritu de competencia del fútbol norteamericano, la mentira y la inmoralidad en los defensores de la seguridad social, la avaricia implacable de las mejores instituciones financieras, las falsas esperanzas de la lotería, la idea de reducir a un ser humano a su única fuerza de trabajo o de medir su valor por sus ingresos, al tiempo que se condena porque sí toda representación del sexo? ¿Cómo preocuparse por el impacto social de la pornografía y no ver el peligro que representan obras que enseñan a servirse de una bayoneta o a torturar a herejes?[91] Los críticos declaran que ya no entienden nada, pues la contradicción es demasiado flagrante entre la explotación de cualquier cosa con el objeto de extraer un provecho y la protesta contra la pornografía. El respeto por el valor humano es tan súbito que sorprende. Pero los mismos críticos concluyen demasiado fácilmente que se trata de resabios de un viejo complejo religioso cuyo efecto más devastador es el de mantener la ignorancia y apoyar el subdesarrollo sexual. La respuesta, sin embargo, parece simple: el sexo debe ser reservado al universo discreto de la vida privada y familiar. Todos los defensores del conservadorismo, que los sociólogos[92] infaltablemente describen como personas sobre todo del campo, mujeres, personas relativamente ancianas, menos educadas que el promedio y buenas cristianas, parecen convencidos de que la vida en sociedad es una lucha sin merced y que el individuo no puede encontrar verdadera paz más que en la tranquilidad del seno familiar. Dicha paz no debe nunca estar amenazada por la brutalidad del fútbol o la avaricia del mercado bursátil. Por lo tanto, resulta fundamental preservar la frontera que marca los límites de la vida privada. De la misma manera que la erotización de la vida ordinaria (un gran tema pornográfico) sería inadmisible, tampoco se podría tolerar ninguna intrusión del exterior que viniera a amenazar el apacible refugio del hogar.

En una palabra, el sexo pertenece a un universo totalmente distinto, incomparable.[93] Puesto que representa uno de los últimos refugios contra la sociedad, contra el público, y contra el Estado, a todo precio hay que evitar una comercialización que lo transformaría en mercadería ordinaria. Su explotación en la plaza pública se vuelve entonces un símbolo particularmente poderoso de la amenaza que pesa sobre el orden moral, cuando no de su ruina. Es por ello que la pornografía seguirá siendo intolerable. Sus consecuencias prometen ser desastrosas y, sobre este punto, tanto los tradicionalistas como los revolucionarios están de acuerdo: el sexo tiene el poder de destruir a la sociedad. Los primeros se alarman, los segundos se alegran.

Más adelante veremos que la historia no es tan simple y que también se encuentran otros motivos. Pero para la conciencia conservadora, la pornografía es declarada inadmisible porque propone modificar el conjunto de la vida en sociedad. Anuncia un cambio que nunca constituyó realmente una justa causa y promete un mundo incierto y más bien inquietante. Se vuelve entonces esencial oponérsele porque ella representa el mal surgido del orden establecido, porque emana de la moralidad conservadora a la cual se mantiene perfectamente ajustada y porque una contradicción interna es siempre más amenazante que una invasión comunista.

Por el contrario, la posición feminista será mucho más delicada: afirmará más bien que la pornografía es conservadora, emergencia y testimonio de la opresión de las mujeres. Mientras que el conservadorismo sostenía que una mujer no se desviste en público porque su lugar está en el hogar junto a sus hijos, no es sin duda cuestión para el feminismo detener el cambio, sino simplemente renegar del que propone la pornografía. A pesar de una misma oposición a la pornografía, el punto de vista es radicalmente diferente. Lo cual no deja de engendrar también sus propias contradicciones.

Las perspectivas feministas

No es tanto que ustedes tomen a sus deseos por larealidad, es más bien que sus deseos se vuelvennuestra realidad.*Nancy Huston, Le genre humain 10, Le masculin*

Sin duda nunca es fácil para una mujer trabajar en un taller o simplemente llevar a reparar su cortadora de césped, cuando las paredes están llenas de fotos de jóvenes y bellas mujeres desnudas, sonrientes, acogedoras o en apariencia totalmente ofrecidas. Si estas imágenes quieren resumir el sexo femenino (más de la mitad de la humanidad) y si ellas definen lo esencial de lo que puede ser interesante o de lo que aparece como más prometedor en una mujer se comprende que la cliente comprenda claramente este mensaje o una proposición para que se saque en seguida sus ropas o el reconocimiento de que ella no es lo suficientemente linda y que únicamente es por el hecho de que hay que ganarse la vida que se le habla de su cortadora de césped (incluso si, en el fondo, a uno le gustaría más que ella fuera bien chancha y poder hacer con ella cualquier otra cosa) o si no, finalmente, que de todos modos, si se quisiera realmente, siempre se podría llegar hasta allí gracias a la suavidad o a la fuerza, exactamente del mismo modo que es posible desnudar a todas esas mujeres que se ven en las paredes.

El pro y el contra

La pornografía parece inexplicable fuera del contexto de las relaciones entre los sexos. Pero antes de llegar a esa cuestión, hay que tomar nota de los debates suscitados por la crítica feminista, al menos para intentar captar cuáles son esas relaciones entre los sexos que se encuentran allí puestas en juego.

Hacia fines de los años '70, el movimiento feminista parecía unánime en su denuncia de la pornografía, que se había convertido de algún modo en el equivalente moderno de la prostitución en el siglo XIX, como ejemplo particularmente manifiesto e inaceptable de la explotación de mujeres para y por el interés exclusivamente masculino. Brevemente, la opinión ya largamente extendida[94] en la mayoría de los debates públicos sugería condenar a la pornografía por ser una amenaza para la integridad de las mujeres, por propagar, por un lado, una imagen de la mujer fácilmente desvestida, abierta y ofrecida, siempre contenta en servir los instintos sexuales masculinos, siempre reducida a no tener más existencia social o moral que la que anuncian sus órganos sexuales. Una diversión para hombres que se divierten y se excitan mirando a chicas desvestidas y que se permiten de este modo penetrar más libremente, y según el simple placer de su mirada, en partes que justamente se llaman "íntimas". Por otro lado, debido a que la pornografía también enseña cierto modo de relaciones entre los sexos, basadas en una definición precisa del papel de la mujer, ofrecida y sometida, obsequiosa e inferiorizada, a menudo vencida y violada, a veces incluso golpeada y maltratada. Y una mujer que, para colmo, vuelve a pedir lo mismo. En la medida en que ella sirve a la educación de jóvenes machos y les ofrece modelos que luego podrán ser imitados, la pornografía es inquietante. Considerada como la propaganda pública que transmite cierta imagen de la mujer se convierte en un insulto. De allí surgen las campañas de lucha contra la pornografía, visión degradante del sexo y violencia hecha a las mujeres y las denuncias de la pornografía como el equivalente sexista de otras formas de literatura odiosa, racista o injustamente discriminatoria que muchos Estados prohíben por ser intolerables y contrarias al orden social.

En el caso de la pornografía, la amenaza es a veces vista como el aprendizaje de la violación o de una violencia generalizada y completamente real contra las mujeres; es precisamente lo que ha inspirado a varias de las investigaciones empíricas acerca del efecto de la pornografía sobre el comportamiento. Para otras observadoras, la cuestión no se limita a esta forma de violencia inmediata: la amenaza viene de la propagación de un modelo de la sexualidad demasiado exclusivamente masculino[95] que ignoraría todo acerca de la sexualidad femenina y llevaría a una incomprensión profunda entre los sexos; Margaret Atwood,[96] de este modo, afirmaba sentirse preocupada por la pareja que formarán un joven educado por la pornografía y una joven lectora de novelas Harlequín.

Desde este punto de vista, la pornografía sería tanto el reflejo como el testimonio de la opresión experimentada por las mujeres en otros ámbitos en la sociedad, o bien una de las herramientas ideológicas para el mantenimiento de esta opresión. O ambos. En el primer caso el fenómeno es percibido como parte integrante de la cultura ambiente. No se trata de un tumor marginal ni de una aberración enfermiza: la producción pornográfica parece normal, comprensible e igualmente previsible que el conjunto de las demás creaciones sociales también sexistas al servicio de los hombres. En el segundo caso, que no contradice necesariamente al primero, se agrega que la pornografía es asimismo una herramienta para la dominación: la fabricación de una imagen distorsionada de la sexualidad femenina y de toda la femineidad, de donde será deducida luego la afirmación clara y no del todo simbólica de que las mujeres pueden ser sometidas y el recuerdo de que la violación sigue siendo una

posibilidad permanente.

Gracias a la afirmación repetida sin fin, habrá que convencerse de que las mujeres son objetos no muy oscuros de deseo de los que hay que aprovechar y de todas las maneras imaginables, y que las verdaderas mujeres consienten a ello, incluso si ellas no siempre están dispuestas a admitirlo. Según esta crítica feminista, ya no se trata de denunciar la obscenidad del sexo de la que hablan los tradicionalistas ni de insistir acerca de la reserva y la modestia necesarias para el mantenimiento del buen orden moral. Más bien, hay que hablar de política y de relaciones de poder entre los sexos. Susan Brownmiller[97] afirmaba que por lo menos es desalentador ver que, en momentos en que tantas energías y esfuerzos son consagrados a humanizar más las relaciones entre los sexos, la pornografía propaga la ignorancia de la sexualidad, el desprecio a las mujeres y que, en resumidas cuentas, favorece que se mantenga la incomprensión. Otras observadoras incluso han señalado que ello no era una coincidencia y que la pornografía constituía una respuesta puntual y defensiva del poder masculino a los avances y a las difíciles conquistas del feminismo.

Estas posiciones han estado apoyadas por ejemplos concretos, así como por la discusión de nociones más abstractas. Pero es esencialmente en torno de este tema central que se forjó el consenso de fines de los años '70 que inspiró la fundación de grupos de lucha contra la pornografía en varias ciudades norteamericanas.[98] En la mayoría de los casos esta lucha era comparable y por lo tanto asociada a otras reivindicaciones que apuntaban a garantizar a las mujeres la igualdad jurídica y política, los plenos derechos económicos y sociales, y la libertad de disponer tanto de su cuerpo como de su espíritu. Todas estas facetas de la lucha para corregir y transformar la condición femenina se volvían indisociables. El argumento, a partir de entonces, se volvió irrefutable: al definir la pornografía como una "violencia hecha a las mujeres", todo estaba dicho y se volvía impensable no anhelar su desaparición, que debía producirse, como la de las demás injusticias, gracias al coraje y a la tenacidad de las militantes.

Sin embargo, el consenso no se mantuvo. El 8 de marzo de 1887, al trazar el balance del movimiento feminista de la última década,[99] la Federación de Mujeres de Quebec se alegraba del progreso en casi todos los ámbitos: objetivos alcanzados, reivindicaciones mejor escuchadas, reconocimiento conseguido, educación popular en progreso, comportamientos que cambian y derechos que son ahora mejor conocidos, cuando no considerados como conseguidos. Salvo en lo que concierne a la pornografía. Los grupos de lucha contra la pornografía habían desaparecido en su mayoría. Sus presiones no tuvieron mucho éxito, la controversia pública parecía mucho menos viva, y su reanimación, gracias a algún informe de comisiones de investigación o como efecto de leyes confusas y siempre en retraso, parecía imposible.

Lo cual no era una simple cuestión de cansancio, pues otros combates feministas duraban desde hacía por lo menos cien años y el movimiento, por otra parte, parecía inagotable. Tampoco había lugar para creer que los adversarios hubiesen sido aquí más tenaces que en otros sectores, en los que las mujeres reclamaban poderes económicos y políticos, domésticos y simbólicos. Incluso se podría decir que tal vez aquí la resistencia a los

propósitos de las feministas había sido más discreta: por supuesto, hubo algunas protestas en nombre de una libertad de expresión que nunca debería ser alterada, pero nadie defendía a la pornografía, mientras que en otros casos no se molestaban en repetir en voz muy alta que las mujeres no tenían lugar en la iglesia, en el gobierno, en la cancha o en el ejército. Incluso menos que resistencia, ni siquiera hubo diálogo. Pues nadie replicó realmente a estas acusaciones, excepto algunos discretos opositores a toda forma de censura, un ínfimo puñado de groseros pornócratas sin credibilidad y algunos ardientes defensores del masculinismo.[100] Más allá de estas voces, siempre aparecía el mismo muro de silencio. De hecho, el único cuestionamiento eficaz y la única réplica pertinente vinieron del interior del movimiento feminista y de mujeres que se consideraban muy comprometidas. Puesto que, una vez más, la interpretación del fenómeno por más lógico y coherente que fuera alcanzaba para engendrar sus propias contradicciones.

Señalemos en principio una crítica particularmente directa y a veces brutal de parte de mujeres que se consideran como "trabajadoras del sexo" y a las cuales sólo en escasas oportunidades se les otorga el derecho a participar en este género de debate público.[101] Algunas mujeres que trabajan en la industria de la pornografía han venido a mostrar su irritación ante el estereotipo corriente en los medios bien pensantes, según los cuales nadie puede hacer ese trabajo sin ser una pobre chica un poco tonta y necesariamente víctima de un medio social difícil, cuando no es el caso de un padre incestuoso que sufrió condiciones económicas brutales, una inmigración forzada o severa narcomanía. La imagen de la coerción es, para estas trabajadoras del sexo, el testimonio de inquietudes malsanas de personas que no saben nada de ese trabajo y que todavía se sienten muy mal frente al sexo. Protestan diciendo que esta imagen es completamente falsa, ya superada e incluso insultante, como lo decía muy claramente la Organiza ción de Defensa de Derechos de Prostitutas (con el muy explícito nombre de COYOTE, por *Call Off Your Old Tired Ethics*). Mujeres que han venido a decir que les gusta trabajar en la industria del sexo, que los salarios son buenos y el trabajo más agradable y menos embrutecedor que en una fábrica de sábanas o en la oficina de un decano, que la gratificación inmediata de saberse bella y deseada es preciosa, en una palabra, que su vida es mucho más tolerable y satisfactoria que lo que se cuenta en la escuela. La protesta a veces rozó la revuelta cuando algunas mujeres acusaron a las feministas que luchan contra la pornografía de ser más violentas y de hacerles más mal que todos los pornócratas;[102] y la revuelta se volvió aun más grave cuando esas mismas mujeres presentaron la lucha contra la pornografía como un feudo exclusivo de "damas de edad promedio que se pasean en Volvo y que se otorgan mutuamente premios, ¡al tiempo que pretenden que la Playmate del mes no es nada más que una banal imagen de LA mujer"![103]

Las contestatarias invocan siempre la ignorancia. La industria del sexo es una subcultura notablemente impermeable, que a menudo debió protegerse del resto de la sociedad y que de este modo desarrolló sus propias leyes, sus propias costumbres y sus propias solidaridades entre trabajadoras. Un mundo casi desconocido de extranjeros y particularmente de mujeres, las cuales, debido a que no son a menudo consumidoras, corren el riesgo de no haber puesto jamás allí los pies. Finalmente, otras mujeres sugieren que la lucha más útil debería apuntar a las condiciones inmediatas del trabajo: formar sindicatos y

negociar convenciones colectivas para el mejoramiento de las condiciones de trabajo, controlando cuestiones tan concretas como la calefacción, la climatización, el ruido, las horas de trabajo, la prevención de las enfermedades transmitidas sexualmente, las cajas de jubilación, etcétera. En una palabra, aportar su ayuda antes que nada dejando de creer que se trata de un trabajo de carácter excepcional.

Por supuesto, en un instante veremos que otras feministas también exploraron, y tal vez con más rigor, lo esencial de lo que expresan estas trabajadoras del sexo. Pero parece siempre sabio seguir un debate empezando por las personas que en un sentido muy inmediato conocen mejor que cualquier otra aquello de lo que hablan. Es útil hacerlo porque las feministas que quisieron defender la pornografía o por lo menos interrumpir las campañas de oposición ya han sido acusadas de ser intelectuales que tenían la parte fácil, pues ellas mismas jamás debieron vender su sexo al público.[104] Finalmente, hay que comprender en qué el relato de una mujer como Linda Marchiano (anteriormente Linda Lovelace, *vedette* de la clásica película pornográfica *Deep Throat),* brutalizada y entregándose a esas actividades contra su voluntad, como lo son muy probablemente decenas de otras mujeres de la industria, puede ser verídica individualmente, al tiempo que puede constituir un insulto a las demás mujeres que hacen ese trabajo. Afirmar que la pornografía es una forma de literatura odiosa explica mal por qué miles de mujeres parecen dispuestas a propagarla aparentemente sin gran preocupación. Ellas se ven en resumidas cuentas brutalmente acusadas de ser las innobles colaboradoras de un mal al que los judíos, los negros, los amerindios y todos los demás despreciados de la historia habrían tenido, por su parte, por lo menos siempre la decencia y el coraje de no asociarse.

Segunda falla del consenso: algunas militantes han vuelto a poner en cuestión la importancia estratégica de la lucha contra la pornografía: en pocas palabras preguntaron si no valía más y si no era más urgente combatir la opresión y la violencia reales antes que los molinos de viento de lo imaginario; pues si la pornografía es el reflejo de un orden social injusto, de ello se sigue que no desaparecerá sino después de la eliminación de ese orden, por lo tanto, sólo cuando el feminismo haya conseguido transformar las relaciones sociales concretas entre los sexos.[105] Thelma McCormack resume este cuestionamiento de manera lapidaria recordando que en la realidad los pezones y los órganos genitales de las mujeres no son mutilados por los editores de *Penthouse* o de *Hustler,* sino por la muy respetable profesión médica, que multiplica las mastectomías y las histerectomías inútiles.[106] Aquí la duda es en principio estratégica: sin contradecir el argumento principal, se busca evitar que el feminismo se desvíe hacia preocupaciones que parecen secundarias. Por el contrario, en un artículo que quería hacer un balance de las discusiones en el interior mismo del movimiento feminista, Lesley Stern afirmaba que temía que la pornografía se volviera un blanco demasiado fácil para un movimiento en decadencia y a punto de estallar.[107] En un mismo orden de preocupaciones, autores tan influyentes como Keith Millett[108] emitieron la opinión de que si el movimiento feminista esperaba seguir siendo una fuerza de cambio jamás debería dejar de luchar contra todas las formas de censura. Puesto que el derecho a la palabra sigue siendo el arma más preciosa de las mujeres, lo que importa es protegerlo a cualquier precio; y porque la censura tiene esa vieja costumbre de atacar antes que nada todo lo que se

desvía de la norma, todos los disidentes o reformadores, por lo tanto, todas las que luchan contra la pornografía.

Contrariamente a estas dudas de naturaleza sobre todo estratégica y, por lo tanto, necesariamente un tanto superficiales, otras militantes han querido desafiar muy directamente los fundamentos mismos del consenso. Así, del mismo modo que cualquier otro movimiento social contestatario, el feminismo ha debido enfrentar la cuestión de determinar quién podía hablar en nombre de qué mujeres, cuestión particularmente vasta cuando se trata de hablar en nombre de la mitad de la humanidad:

Cuando se me preguntó, Pornografía: ¿qué es lo que queremos?… me cuesta contestar porque… ello exigía tratar otra cuestión, la de saber qué somos "nosotras" a fin de cuentas. Preguntar lo que "nosotras" queremos supone que existe un consenso sobre la manera de abordar la sexualidad, la representación del sexo y el trabajo sexual. Sin duda no existe nada semejante frente a este discurso vasto y variado que nosotros llamamos muy globalmente la pornografía. No hay ese tipo de unanimidad… La unanimidad que pudo aparecer en algún otro momento y que funcionaba como un feminismo de "apariencia pública" está en camino de desmoronarse de manera muy sana. Nosotros estamos aprendiendo que si queremos un "nosotras" que funcione verdaderamente para las feministas y sus simpatizantes, habría que volverlo más inclusivo…[109]

Luego de lo cual, la cuestión resultó estar un tanto turbada por esta nueva parte de ese "nosotros" femenino que representaban las consumidoras de pornografía, las cuales, para Nathalie Petrowski, parecían particularmente difíciles de comprender:

En la esquina de Sanguinet y Sainte-Catherine, una fila de unas cincuenta personas espera tiritando a 20° bajo cero. Es martes a la tarde, una tarde como cualquier otra en el este de la ciudad. La fila en la que se nota una curiosa mayoría de mujeres no sorprende a los paseantes. Se ha vuelto un espectáculo corriente durante las siete tardes de la semana en la esquina de Sanguinet y Ste. Catherine. Desde el 14 de abril último la fila no ha disminuido, por el contrario, de una tarde a otra la fila aumenta…[110]

Después de haber juzgado "curiosa" a esta fila de mujeres, la autora entrará, sin embargo, a este club en el que se presentan espectáculos de bailarines desnudos. Luego de haber mirado a un bailarín y desembolsado cinco dólares para una exhibición más privada en su mesa, espectáculo que ella describe como un "frío descenso a los infiernos" y una "tortura", llega a la conclusión de que: "los gogo boys son los símbolos elocuentes de la sociedad falócrata. (…) Erigiendo su sexualidad en verdadero monumento, esperan respeto y veneración… Los gogo boys continúan… a través del regateo de sus cuerpos, aferrándose a los últimos vestigios de la fertilidad viril." Para Nathalie Petrowski, en resumidas cuentas, se trata de otro testimonio de la opresión masculina. Y todo ello es rigurosamente verdadero: ésa es su impresión. Pues ese pene que roza su rostro le recuerda todo lo que ella sabe, por otra parte, de las relaciones entre los sexos en nuestra sociedad y tal vez le traiga a la memoria recuerdos desagradables. Sin embargo, al mismo tiempo, su interpretación muy personal se vuelve profundamente despreciativa y arrogante para todas esas demás espectadoras que

hacen fila en condiciones climáticas difíciles. ¿Debido a qué extraordinaria demencia o perversión masoquista todas esas mujeres que son aún hoy el éxito de esta forma de pornografía habrían desarrollado las malsanas ganas de ser así despreciadas en público?

Las críticas han debido reconocer un secreto hasta entonces muy bien guardado: la existencia de un número significativo de consumidoras empedernidas.[111] Las cifras, tal como se ha dicho, no son necesariamente fiables, pero deberían alcanzar para separar de una vez por todas la fácil idea de que la pornografía es un asunto de hombres que miran a mujeres. Los ejemplos radicales vienen de Karen Jaehne, que dice haber sido la patrona de un comité de selección enteramente compuesto de mujeres que elegía las películas pornográficas para una cadena de televisión de Washington, cuyo público, según todos los sondeos de audiencia habituales, era de un 60% femenino.[112] O también Linda Williams, que estima que las mujeres garantizan en la actualidad el 40% de todo el consumo de la totalidad de los cassettes de video pornográficos de los Estados Unidos, y que una mujer sobre dos se ha vuelto en la actualidad una asidua cliente.[113]

El fin del consenso, que cada vez más parecía haber sido conseguido al precio de una simplificación demasiado grande, estará tal vez asociado en la historia del movimiento feminista con la conferencia "Scholar and the feminist IV", en el Barnard College en 1982.[114] A partir de entonces, algunos han podido hablar de "crisis del feminismo" como otros habían hablado de cualquier otro movimiento político en que se había creído que todo iría mejor después de la revolución, pero del que se despertó constatando que los mañanas no eran siempre lo que había sido prometido.[115]

Como todas las cuestiones realmente difíciles, ésta es notablemente simple: si la pornografía actual es condenable por ser demasiado sexista, una necedad muy aburrida, ¿a qué debe parecerse lo que debería estar permitido?, ¿qué imágenes de la sexualidad humana o, más precisamente, qué imágenes de la sexualidad femenina serían políticamente más aceptables?, ¿qué imágenes estarían más de acuerdo con el esfuerzo ofrecido para transformar la realidad humillante de hoy y conectarla con el proyecto de futuro o de utopía futura? Como lo dicen los filósofos de la escuela de Frankfurt, nosotros sabemos que esas imágenes ya no serán lo que se ve corrientemente en nuestros días, pero seguimos siendo incapaces de definir con certeza las imágenes que ayudarán a la revolución.

El problema perdura por el hecho de que nadie, ni las feministas ni los demás, poseen todavía una respuesta convincente a esta simple cuestión. Muriel Dimen[116] recuerda cómo todo lo que es radical puede dejar de serlo para luego volverse tradicionalista y opresivo al ser reconocido como políticamente "correcto". Gayle Rubin[117] concluye afirmando que el razonamiento feminista habitual contra la pornografía esconde mal una necesidad de exorcizar el sexo y a menudo no deja otra solución más que la de considerar todo acto sexual como repugnante y amenazante, lo cual, según dice ella, y a pesar de todas sus protestas contra el modelo tradicional de la femineidad sexualmente pasiva y receptora, transforma este género

de feminismo en un *partenaire* ideal de la ideología tradicionalista. Mariana Valverde[118] espera que el feminismo, al oponerse a la representación pornográfica de las mujeres como una serie indiferenciada de "cochinas", no vaya a refugiarse por reacción en el estereotipo inverso y proclamar la virtud y la inocencia de las mujeres que buscarían muy naturalmente la suavidad romántica de la Santa Familia. Pat Califia apareció como una interlocutora privilegiada en este debate al preguntar por qué el movimiento feminista, más que la Iglesia o que el Estado patriarcal, debería tener el derecho de prohibirle su placer sadomasoquista, sobre todo si entre lesbianas este goce por la suavidad no implica literalmente ninguna dominación masculina. ¿Por qué negarse a explorar todas las dimensiones de la sexualidad femenina e insistir tan exclusivamente en una sexualidad necesariamente amorosa, suave y llena de ternura, que justamente estaba en el corazón de la opresión burguesa del siglo XIX? Ann Snitow[119] retoma esta alusión al siglo pasado sugiriendo que la crítica feminista habitual a la pornografía simplifica la cuestión, pues una vez más se encuentran allí opresores y víctimas cómodas. Una vez más la horrorosa lujuria no puede ser más que masculina, mientras que el ultraje irreparable es infaltablemente femenino. Para Snitow, el consenso sólo era posible al precio de una simplificación ridícula en torno al mito de la brutalidad masculina universal, lo cual no tiene más mérito que el de actuar como una purificación ritual que permite unir en un instante la asamblea de víctimas.

En resumidas cuentas, el consenso no duró, se rompió y las discusiones continúan. Siempre es demasiado fácil decir con posterioridad que semejante evolución era totalmente previsible, sobre todo si se trataba del género de ruptura de las costumbres, que amenaza todo movimiento social a partir del momento en que debe superar la identificación y la denuncia del mal para ponerse a definir lo que estaría bien. Denunciar la pornografía porque ella presenta una imagen falsa y degradante de la sexualidad femenina era del mismo modo dar a entender que existe en algún lugar una imagen mejor y más verdadera.

En los términos mismos de las feministas americanas, el debate se transformó en una confrontación entre *Bad Girls y Good Girls,* como para recrear la antigua dicotomía entre malas mujeres y buenas mujeres, entre la madre y la puta.[120] Las *Bad Girls* denuncian a las feministas que luchan contra la pornografía como reaccionarias puritanas para quienes las virtudes esenciales de la femineidad siguen siendo siempre la pureza y la moralidad, y que se permiten condenar toda desviación sexual, en particular toda forma de sadomasoquismo como fundamentalmente contrario a la femineidad. Lo cual finalmente sólo deja ser aceptable al igualitarismo y al romanticismo, es decir, un retorno al modelo antiguo, que las *Bad Girls* juzgan mucho más degradante que la pornografía. Las *Good Girls* responden acusando a sus adversarias de haberse convertido de algún modo en las Juliette de Sade, es decir, en mujeres que no temen adoptar el modelo de una sexualidad masculina retrógrada y agresiva que las lleva a defender una posición profundamente antifeminista. Las acusan por lo demás de ser víctimas de un adoctrinamiento social y cultural (incluso se habla de lavado de cerebro) que les presenta como admisible la noción masculina de una unión entre sexo y dominación.

Las acusaciones recíprocas eran graves y los clivajes rápidamente se volvieron profundos. Ann Russo muestra claramente que se trata de un conflicto entre dos puntos de vista sobre la condición femenina. Las *Bad Girls* se inquietan antes que nada por la *represión*

(cuando no incluso por la *supresión)* cultural y social de la sexualidad femenina y querrían sobre todo hacer vacilar la abrumadora noción tradicional de una femineidad pasiva, receptiva, suave, pura y buena. Mientras que las *Good Girls* se preocupan sobre todo por la colonización de la sexualidad femenina en una sociedad que define justamente esta femineidad como siendo antes que nada lo que excita a los hombres, lo que los atrae y lo que los provoca. En este sentido, dice Russo, es que llegan a acusarse mutuamente de ser una "buena madre" y una "puta malvada".

Puesto que las dos inquietudes están fundadas y son demostrables y, sobre todo, porque implican nada más y nada menos que la definición global y universal de una política sexual para la mitad de la humanidad (con consecuencias evidentes para la otra mitad) habría sido sorprendente que el debate pudiese concluir rápidamente. ¿Cuál de estas dos posiciones corresponde de mejor manera a la sexualidad femenina? La única respuesta posible a la pregunta planteada de este modo exigiría que se comprenda con suficiente precisión en qué la sexualidad femenina es diferente de la sexualidad masculina. Ahora bien, comprender cómo los sexos difieren es una obsesión que ha preocupado a toda la historia de Occidente. Pocos temas han nutrido tantos discursos, a tal punto que un día habrá que medir cuánto esta cuestión de la relación entre los sexos se pudo convertir en una verdadera empresa y ofrecer empleos estables a numerosos conferencistas, autores, cineastas o autores. El amor tal vez no esté completamente muerto, a pesar del pesimismo del poeta, pero en todo caso lo masculino y lo femenino se portan de mil maravillas. A través de todas estas investigaciones que ocupan tanto a neurólogos como a teólogos, y más allá de todas las aserciones aparentemente inagotables de comentadores, se encuentra siempre de nuevo la clásica cuestión de lo innato y lo adquirido. No había ninguna razón, por lo tanto, para que los debates sobre la pornografía escaparan a ella durante mucho tiempo.

Contrariamente a otros pequeños mundos ampliamente dominados por los hombres y que se presentan bajo el aspecto de clubes privados, como algunos mundos del alcohol o del deporte profesional, el poder político o la jerarquía eclesiástica, la pornografía no está prohibida a las mujeres. La admisión a los clubes y el alquiler de películas en la actualidad no están prohibidas más que a los menores. Y la industria busca desde hace tiempo duplicar sus ganancias inventando la fórmula que le permitirá alcanzar a las mujeres y transformar el mayor número posible de ellas en fieles consumidoras. En un principio se buscó traducir palabra por palabra: reemplazar a las mujeres desnudas por hombres desnudos.[121] Lo cual resultó un fracaso, y ello fue lo que permitió a algunas comentadoras declarar que las mujeres simplemente no se interesan por este tipo de espectáculo. Luego, los productores, en particular Kathy Keaton, directora de la revista *Diva,* modificaron sus productos esperando que sus modelos se volverían más atractivos para las mujeres si estaban ubicados en un contexto en los que ellos aparecerían activos y comprometidos en una historia antes que simplemente desnudos. Los fracasos continuaban y se reflejaban en quiebras y cierres de empresas. A fines de los años '70 los productos pornográficos que apuntaban específicamente a la clientela femenina parecían consagrados a la completa venta inferior en calidad y en precio; algunos encontraban allí la confirmación de la vieja idea según la cual las mujeres siguen siendo en nuestra sociedad las únicas verdaderas garantes de la moralidad

pública.

En el mismo momento, sin embargo, Bárbara Faust[122] declaraba que lo que corrientemente es llamado pornográfico es necesariamente un producto de consumo reservado a los hombres, pero sólo porque vivimos en un mundo en el cual las leyes están establecidas por los hombres y en el que la prohibición, es decir, lo que es socialmente reconocido como obsceno y demasiado chancho, no puede ser evidentemente más que lo que interesa y estimula a los hombres. Todo lo que atrae y excita a las mujeres, por el contrario, corre poco riesgo de ser declarado pornografía e incluso de ser reconocido como tal por el poder, demasiado ignorante de la condición femenina. Para Faust, la estimulación sexual comercializada dirigida a las mujeres, el equivalente femenino o, si se lo prefiere, la pornografía para mujeres, pertenece al ámbito del tacto (las múltiples cremas para recubrir el cuerpo y los vibradores) y del oído (los conciertos de Sting, de Prince o de los Rolling Stones cuando consiguen hacer gozar a las adolescentes).

Contrariamente a los hombres, que aprecian la representación explícita del acto sexual, las mujeres encontrarían placer en una imagen de la sexualidad en contexto de condicionamiento psicológico. Faust sugiere, por lo tanto, olvidar la definición corriente y sexista de la pornografía. Si se le pregunta en qué sueñan realmente las mujeres habrá que admitir, dice ella, que la pornografía para mujeres existe ya y masivamente. Debe ser buscada en las revistas del tipo *True Love, True Confessions* o incluso *Paris Match,* en las novelas Harlequín que parecen destinadas tan exclusivamente a las mujeres como la pornografía pudo serlo para los hombres. Resulta inútil, en resumidas cuentas, querer traducir para un auditorio femenino el género de desnudez que fascina a los hombres. Como decía Bárbara Cartland, autora de ese género de novelas (quien es tal vez la mujer más leída de toda la historia de la literatura), el hombre verdaderamente seductor está completamente vestido e ¡incluso de preferencia en uniforme![123] Se encuentra también esta pornografía para mujeres en todos los relatos del género que Faust llama "el histerismo histórico" (uno de cuyos mejores ejemplos sigue siendo la serie francesa que cuenta las aventuras épicas de la bella Angélique, "Marquesa de los ángeles"), en los cuales las consumidoras se apasionan por el espectáculo de otras mujeres sexualmente muy activas pero nunca responsables: bellas heroínas que follan mucho y a menudo muy bien, pero siempre por la patria, para salvar de una muerte segura a su gentil marido, por una causa buena o por fidelidad al rey, pero nunca por placer o por ellas mismas. Por otra parte, los hombres parecen despreciar estas historias sentimentales tanto como las mujeres pueden odiar la pornografía.

Bárbara Faust no duda en adoptar la tesis de la diferencia innata. El contraste entre los sexos le parece inmutable. Que se deba al equilibrio hormonal en el útero, a la función reproductora o al erotismo fundamental de la maternidad poco importa, la diferencia no deja nunca de estar. Por lo tanto, según dice ella, siempre habrá pornografía y novelas Harlequín, y la incomprensión que se desprende de ello es el precio que debe pagarse si se espera vivir una relación heterosexual. Por su parte, Helen Hazen encuentra molesta la movilización feminista en favor de la censura y absurda la idea de poder un día construir una pornografía típicamente femenina.[124]

Otros análisis, por el contrario, atribuyen más bien esta diferencia a lo que se llama con bastante vaguedad las múltiples condiciones sociales que han moldeado, a través de una muy larga historia, los modelos de lo que se han convertido los hombres y las mujeres. En resumidas cuentas, el contraste actual sería esencialmente un hecho definitivo. Y para Mariana Valverde, entre otras, nada es más pornográfico ni más degradante que volver "sexy" la dominación psicológica de las mujeres, como lo hacen las novelas rosas, las revistas populares y las telenovelas a menudo escritas por mujeres y para mujeres. Todo ello resulta del hecho de que Occidente ha negado durante demasiado tiempo la sexualidad de las mujeres, las cuales en el siglo pasado debían "cerrar los ojos y pensar en la reina" o tener presente que un "hombre se libera de sus tensiones por el sexo, mientras que una mujer no puede gozar en la medida en que ella no ha logrado liberarse del stress". En una palabra, no se trataría de ningún modo de una diferencia natural ni de un estado inmutable, y a partir de este hecho la liberación se vuelve pensable y posible. Para algunas mujeres, el ideal sería alcanzar una sexualidad tan simple, directa e inmediatamente gratificante como la que nuestra cultura asigna a los hombres: la búsqueda de *Mr. Goodbard* o el *zipless fuck* de Erica Jong. En el mismo sentido, si se quiere comprender por qué las mujeres siguen siendo generalmente poco estimuladas por la pornografía explícita y fuera de contexto, no hay que olvidar que, puesto que se las ha educado para que permanezcan receptivas y pasivas, no saben nunca de entrada lo que pueden esperar de un hombre; debido a que no son nunca dueñas de la situación, las mujeres tienen por lo tanto necesidad de una cierta puesta en contexto psicológica y social. Siempre según el mismo razonamiento, es erróneo suponer que las mujeres no producen pornografía y decir, como dice Alexandrian,[125] que nunca hubo obras maestras de la literatura erótica femenina y que el "genio femenino" se destaca más en el género sentimental, es inmediatamente percibido como un insulto sexista. También habría que agregar que si las mujeres tradicionalmente han consumido poca pornografía es tal vez en principio porque el producto, además de ser para ellas largamente inconcebible, hasta hace poco tiempo era distribuido en barrios de mala fama y en establecimientos sórdidos, en los que una honesta mujer no hubiese podido arriesgarse a entrar. El problema ha sido resumido con humor por Susan Cole: si ubican la revista *Diva* en la estantería junto a *Playboy* o *Penthouse,* no alcanzarán el auditorio femenino; si la ubican junto a *Châtelaine* o junto a *Good Housekeeping* causarán varias crisis de apoplejía a las lectoras de esas revistas típicamente femeninas.[126]

El razonamiento, desde luego, no convenció a todo el mundo. Según algunos, esta manera de ver falsea todo el problema y sería hacer el juego a esa misma educación represiva y querer mantener el culto del falo el imponer ahora a las mujeres una ideología sexual esencialmente masculina, afirmando que ellas aman el sexo del mismo modo que los hombres. Hay que evitar la inversión banal e ingenua del modelo masculino. Y desconfiar sobre todo de un tipo de razonamiento que tarde o temprano conseguiría hacer creer que el horror de la violación es en buena parte el resultado de la educación represiva de las mujeres. Por el contrario, más bien habría que transformar antes que nada la educación de los hombres y eliminar esta pornografía malsana que propaga un modelo simplista, infantil y deshumanizador de la sexualidad. Antes que querer liberar a las mujeres imponiéndoles una aparente libertad sexual demasiado masculina, primero y sobre todo hay que incitar a los hombres a los placeres del erotismo femenino. Es en esta lógica que apareció la urgencia de

crear obras sexualmente estimulantes para las mujeres y que vendrían a dar cuenta en la plaza pública de la existencia de un verdadero erotismo femenino. Borrar de algún modo esta prueba del poder masculino que hace que sólo puede ser oficial la pornografía que es para ellos. Sin duda hubo muchos esfuerzos en este sentido, desde la publicación de uno o de algunos números de revistas feministas enteramente consagradas a la presentación de un nuevo erotismo femenino, hasta la creación de la compañía de cine Femme Distribution por Candida Royal (anteriormente *vedette* del cine pornográfico), con el explícito objeto de ofrecer un producto específicamente dirigido a las mujeres.[127] Linda Williams y Ann McClintock son entusiastas: por fin la pornografía puede ser tomada en mano por mujeres para mujeres; el objetivo ha sido alcanzado.[128]

La cuestión evidentemente sigue estando abierta, pero en cierto sentido la mayoría de estos intentos parece poco concluyente. O bien hay una incapacidad de producción o bien la obra no muestra ningún signo identificable de "femineidad" particular (por ejemplo, el considerable éxito del libro de Alina Reyes, *Le Boucher,* y del libro de Elizabeth McNeil llevado al cine, *Nueve Semanas y Media)*. Sobre todo rápidamente se ha vuelto evidente que sería imposible ofrecer un producto que consiguiera agradar a todas. Pat Califia optó por un sadomasoquismo lesbiano que impresionaría a muchas mujeres, mientras que la cursilería del erotismo tierno y empalagoso de la femineidad de encaje que se esconde según ella en la sombra de tantas críticas feministas de la pornografía actual, según confiesa, la hacen vomitar.

Podría creerse que el debate de algún modo viene a confirmar las primeras investigaciones de Kinsey, que tímidamente proponía que las mujeres reaccionan a los estímulos eróticos de manera menos uniforme que los hombres, en la medida en que el abanico de sus reacciones es mucho más amplio (constatación que otros estudios han venido a corroborar luego).[129] Pero describir no es explicar. Esta diversidad ¿es acaso el reflejo de una plasticidad innata o el resultado conseguido de numerosas maneras de ser mujer? Por otra parte, ¿puede concluirse de estas investigaciones que el modelo cultural de la masculinidad es más estrecho y más restrictivo? Una mujer podría elegir entre diversos modelos, por lo menos entre uno u otro de los dos estereotipos opuestos de la virgen feliz o de la puta contenta, para luego adoptar la relación con el sexo apropiado a cada tipo, mientras que el hombre estaría simplemente embebido por una sexualidad masculina, uniforme y unívoca, en la medida en que el contraste entre el santo hombre y el gigoló depende en lo esencial de su desigual capacidad por controlarse.

Todo ello nos aleja de nuestro tema. Pero había que decir hasta qué punto los principales debates sobre la pornografía en el seno del movimiento feminista han encontrado muy rápidamente algunas cuestiones inevitables que conciernen tanto a las definiciones ideales de la sexualidad humana como a la femineidad misma. Y para no encontrar allí evidentemente ninguna solución fácil. Sobre todo mientras se obstinen en mantener en una misma categoría, que por consiguiente debe ser siempre clara, a un poco más de la mitad del género humano.

A grandes rasgos, es en este escollo donde se clausura el debate. No por falta de combatientes, sino porque el diálogo se volvió imposible. Las concepciones fundamentales de

la femineidad, de la masculinidad y de las relaciones entre los sexos imponían lecturas a tal punto diferentes del fenómeno que toda controversia sobre la pornografía obligaba a renegociar cada una de las premisas de cualquier argumento. Las diferencias se habían vuelto demasiado grandes y, al igual que en la mayoría de los debates públicos modernos, a partir del momento en que se vuelve evidente que la rueda debe ser inventada de nuevo todo el tiempo, resulta más sabio mantenerse en sus posiciones y constatar simplemente la diversidad de los puntos de vista. En abril de 1985, la revista *MS,* durante largo tiempo un portavoz casi oficial del movimiento feminista norteamericano, reconocía el fin del acuerdo y concluía que la pornografía de una podía muy bien constituir el erotismo de la otra. A partir de entonces las luchas contra la pornografía debieron continuarse sin jamás poder legítimamente pretender ejercerse en nombre de todas las mujeres. En fin, las discusiones se transformaron progresivamente en simples constataciones de desacuerdo[130] que traicionaban algunas paradojas: algunas mujeres frecuentan asiduamente los clubes de bailarines desnudos, a otras mujeres les gusta mostrarse en espectáculo, otras perciben en toda representación de la sexualidad la resonancia de una humillación y de una herida,[131] otras incluso están más convencidas que nunca de que el lenguaje popular tiene total razón al afirmar que ser penetrada por cualquier pene es necesariamente hacerse follar, hacerse meter o ser garchada.

La discusión sin duda sirvió para cristalizar estos cuestionamientos, pero no hay que esperar aclaraciones de parte de la pornografía. Todo lo contrario, pues ella no es nunca ni fácil ni unívoca. Debido a que los lazos entre una obra de imaginación y la sociedad que la produce son a menudo tortuosos y oscuros, pero también porque la obra puede generalmente ser leída de muchas maneras, a veces contradictorias. Que una obra sea socialmente reconocida como arte o como pornografía no modifica en nada el hecho de que su éxito depende en parte de múltiples interpretaciones que ella permite. En lo que a nosotros respecta, el caso de *Historia de O* parece ejemplar. Tomar la novela al pie de la letra hace sin duda muy mal y es por ello que a menudo se ha dicho que el seudónimo Pauline Réage escondía necesariamente a un hombre extraordinariamente sádico y despreciable. Susan Brownmiller afirmaba que "el espíritu femenino" no podía concebir tal horror.[132] Por el contrario, Susan Griffin[133] piensa que el autor sólo puede ser una mujer, pues la historia en cuestión exige un íntimo y profundo conocimiento de la educación de las mujeres en nuestra sociedad, es decir, de su reducción lenta y cruel al autismo. En cuanto a Susan Sontag, tal como se verá más adelante, ella ve allí sobre todo el ejemplo de una investigación apasionada del exceso, explorado aquí en el campo de la sexualidad, pero que se encuentra también en cualquier otro lugar en nuestra cultura. También está la lectura de Kaja Silverman,[134] crítica inspirada en los escritos de Luce Irigaray, Julia Kristeva y Michèle Montrelay, por lo tanto, en los trabajos de Jaques Lacan, y para quien *Historia de O* ofrece el ejemplo de lo que ella describe como la "sobredeterminación de la subjetividad femenina por un discurso sobre la materialidad corporal dado como estructurante, pero ante todo preconstruido y externo a la experiencia femenina". Se trata sin embargo en cada ejemplo de la misma novela, de los mismos malos tratos, de los mismos látigos y de las mismas nalgas. Es evidente que los diálogos serán difíciles y el consenso poco probable.

Para realmente volver a encontrar por fin nuestro tema queda por ver cómo esta pelea

entre *Good Girls y Bad Girls* estaba fundada en dos concepciones muy diferentes de la pornografía, pero no necesariamente contradictorias: por un lado, la noción de pornografía como violencia hecha a las mujeres; por el otro, la pornografía liberadora, ruptura de la opresión antigua y elogio de goces del sexo pero al mismo tiempo igualmente inaceptable y, sobre todo, origen de la bronca.

Cuestiones de violencia

Manipular la noción de violencia exige siempre mucho tino. Su mal uso por cierta crítica ha creado malos entendidos que tuvieron por efecto lo contrario de la movilización esperada. El primero de todos los grupos de protesta, impresionado por un afiche publicitario que hacía desbordar el vaso de la tolerancia fastidiada mostrando una mujer golpeada por el simple placer de vender un disco de los Rolling Stones, se llamaba "Mujeres contra la violencia en la pornografía". Tiempo más tarde, cuando modificó su nombre para volverse la agrupación de las "Mujeres contra la pornografía", varios miembros dejaron el movimiento. Porque ya no era para nada la misma causa. Al principio se trataba de denunciar un tipo de pornografía en la que el placer sexual pasa por una violencia sádica en el lugar ocupado por las mujeres: la estimulación por la tortura, los malos tratos, la violación y la muerte, lo que ya se encontraba en la obra del Marqués de Sade pero que se aprovechaba ahora de las capacidades de distribución de los medios modernos. La segunda apelación anunciaba un deslizamiento hacia la generalización, afirmando que toda forma de pornografía constituye una violencia con respecto a las mujeres, lo cual no era sin duda evidente para todo el mundo y que, por lo tanto, fue necesario tratar de probar.

Para algunos críticos de esta posición, basta con mostrar que ella es empíricamente errónea: los malos tratos y la violencia existen indiscutiblemente, pero no representan más que un tema relativamente menor en el mercado pornográfico. La pornografía violenta no agota el conjunto de la producción y no se puede ignorar entre otros géneros distintos toda la producción consagrada al masoquismo masculino ni aquélla relativamente considerable de la pornografía homosexual masculina. Incluso los más convencidos en su condena han debido admitir que el tema de la violencia seguía siendo muy marginal. El informe de la Comisión Meese admite que el uso de la fuerza o incluso de la amenaza normalmente no forma parte de la producción pornográfica corriente. Del mismo modo, mientras que otros estudios exponen que la violencia sexual está mucho más presente en las películas que no están clasificadas como pornográficas, la investigación del gobierno de Canadá sobre las revistas pornográficas más vendidas concluía que la violencia (definida aquí como la violación y el asesinato, el uso de armas o de lazos y la penetración anal) no representa más que el 10% del contenido de estas revistas.[135] La Comisión Fraser llega a la misma conclusión:

Los estudios realizados sobre las revistas y sobre los cassettes de video no confirman la imagen resueltamente horrorosa que nos han presentado algunos testimonios. Por supuesto, admitimos que para algunos toda revista o toda película que presente violencia sexual es demasiado, pero nada nos ha probado que se haga un gran uso de la pornografía violenta o infantil. Se puede afirmar, por supuesto, que la pornografía contemporánea envilece a las mujeres presentándolas como objetos sexuales, lo cual es tan nefasto como la imagen de la violencia sexual, pero nada confirma por el momento la idea de que la mayor parte de la pornografía corresponde (*sic*) a las características del género.[136]

Con toda evidencia, el debate estaba bloqueado por un problema de definición. La noción de violencia ejercida contra las mujeres no era comprendida del mismo modo por todo el mundo, de donde surge una confusión cada vez más evidente. El problema fue admirablemente ilustrado por las reacciones al número de diciembre de 1984 de la revista *Penthouse*. En las páginas 117 a 119 de ese número se podía ver una serie de fotos de Akira Ishigaki que mostraba a jóvenes mujeres maniatadas, atadas a los árboles o colgadas con la cabeza para abajo. En Canadá, esas fotos hicieron escándalo y el procurador general de Quebec incluso llegó a intentar una demanda judicial contra la firma que tiene el contrato de distribución local de la revista. Pero en ese mismo número, tres páginas más adelante, también se encontraba una serie de fotos de Linda Kenton, elegida *Pens of the Year* (la más alta distinción que se otorga anualmente a una modelo) posando en contextos de gran lujo con autos caros y ricos tapados de piel, dispuestos con mucho cuidado con el objeto de no cubrir más que sus hombros. Sin protesta pública y sin que el Señor Procurador General se inquiete. Allí no había violencia, puesto que esa joven mujer no estaba ni maniatada ni golpeada ni maltratada y parecía totalmente a gusto, feliz y no obligada.

A este respecto, es indiscutible que la gran mayoría de imágenes pornográficas no son violentas. Y para apoyar la idea de que toda pornografía es una violencia hecha a las mujeres fue necesario entonces extender considerablemente la noción.

Algunos esfuerzos bastante primitivos no han sido muy convincentes. Por ejemplo, se quiso medir las posiciones del cuerpo y mostrar que en la pornografía las mujeres aparecen más a menudo acostadas, inclinadas o de rodillas, lo cual habría que comprender como un signo de sumisión, mientras que el fotógrafo hablaría más bien de inevitables coerciones anatómicas a las cuales se enfrenta cualquier persona que quiere percibir y mostrar los órganos sexuales femeninos. Otros han querido leer la violencia en las puestas en contexto o en los decorados, en el gesto o en la ropa, en la expresión de los rostros o en el maquillaje. El punto de vista más simple fue expresado por Susan Griffin,[137] que afirmaba que toda pornografía es sádica y degradante porque desvestirse en público sigue siendo en nuestra cultura una humillación. A través de todas esas demostraciones más o menos convincentes, la primera noción no había cambiado y se trataba en cada caso de una violencia más o menos realizada: la desnudez pública constituye el preludio a una cadena que luego mostrará poses degradantes, la ejecución de actos más o menos impuestos, la sumisión a diversos malos tratos, y así sucesivamente hasta las mutilaciones y la muerte real o imaginada. La violencia contra las mujeres siempre es la misma.

Para muchos, este razonamiento era evidentemente muy simple y vulnerable. Como lo explican bastante ampliamente Duggan, Hunter y Vance,[138] la violencia, el sexismo y la sexualidad explícita son en principio tres realidades diferentes. Muchas violencias no llaman de ningún modo al sexo ni al sexismo, el cual por su parte no se limita al sexo y no es necesariamente violento, y el sexo debe poder ser mostrado sin violencia y sin sexismo. Lo que inquieta con justa razón es la conjunción de los tres elementos, cuando el espectáculo de la sexualidad se vuelve violento y sexista. Pero las tres autoras encuentran injustificable en sí y por lo demás muy inquietante para el movimiento feminista que se llegue a pensar que en los hechos esta conjunción es constante hasta el punto de volverse inevitable. Ello querría decir que ya no existen otras formas y, peor aún, que las mujeres serían incapaces de imaginarlas.

Habría habido entonces un rápido deslizamiento semántico que hizo de toda pornografía el equivalente a una violencia hecha contra las mujeres. Ello parece hasta tal punto somero y sorprendente que vale la pena detenerse aquí un instante.

En una entrevista[139] que siguió a la salida de su película *Not a Love Story,* la cineasta Bonnie Klein, respondiendo a la acusación de haber exagerado ampliamente la violencia para convertirla en el eje central de su denuncia de la pornografía, explicaba que el *shock* experimentado por el contacto de este tipo particular de pornografía había sido tan fuerte que le fue luego imposible desprenderse de él. Estas imágenes le habían parecido tan agresivas, tan horribles, que todo el resto se volvía insignificante. En resumidas cuentas, la conjunción del sexo, de la violencia y del sexismo sería de una potencia tal que resulta verosímil olvidarse de todo el resto.

Razón todavía más elemental, es muy probable que la pornografía como mercadería durante mucho tiempo reservada a los hombres a menudo fuera mal conocida por la mayoría de las mujeres que la denunciaban. En su comentario sobre los trabajos de la Comisión Williams,[140] A. W. Simpson exponía que algunos alegatos feministas hacían tan poca distinción entre los tipos de pornografía presentes en el mercado que resultaba difícil creer que sus autoras hubiesen visto alguna vez algo. Lejos de ser inverosímil (lo contrario es lo que es escaso y sorprendente) esta ignorancia explica las generalizaciones a partir de uno o de algunos ejemplos particularmente insoportables. Por el contrario, hay que desconfiar de los efectos sociales de la ignorancia sobre las mujeres que trabajan en la industria de la pornografía, sobre las consumidoras y los consumidores, pero también, como lo muestra admirablemente Simon Wattney,[141] sobre todos aquellos y aquellas que, homosexuales o desviados, siempre tienen mucho que temer de la censura.

Última constatación que, sin embargo, habría podido tener un eco: la denuncia de la pornografía como violencia ejercida contra las mujeres no ha sido sino muy poco retomada fuera de América del Norte. Los movimientos feministas europeos muy activos y presentes en Italia, en los Países Escandinavos, en Francia y en otros países, jamás han querido otorgar la misma importancia a la lucha contra la pornografía y todavía menos a la asociación pornografía-violencia.[142] Dos razones vienen a la mente. En principio no hay más que la

violencia, lo que los norteamericanos comprenden realmente bien: mientras que el sexismo sigue siendo un concepto turbio y que la sexualidad sigue siendo todavía una noción ampliamente incierta, la violencia es inmediatamente reconocida y constituye a menudo incluso una experiencia familiar y cotidiana. La pornografía se volvería entonces violencia del mismo modo que el deporte norteamericano, la política norteamericana, la televisión, la bolsa de Nueva York o las calles de Washington. No se trata de saber si la pornografía norteamericana es más violenta, sino de pensar que demuestra ser más fácilmente reconocible y comprendida en el interior de parámetros más familiares. Todo se volvía así más simple y se sabía realmente de qué se trataba.

La otra razón aparece a partir del momento en que se deja esta literatura norteamericana para encontrar en otras partes una noción de violencia pornográfica radicalmente diferente, aparentemente más sutil y a veces invertida. Al desplazarse hacia Europa, sobre todo, uno siente que el debate oscila: mientras que el movimiento feminista norteamericano se preguntaba sobre lo que debe ser la mujer, en otros lugares la pornografía servía en principio para explorar los misterios del erotismo masculino.

Las inversiones de lo imaginario

Incluso el más malvado de los amos no puede sólo soñar con el placer de fustigar a sus esclavos, pues podría consagrar sus días enteros a ese sueño. Lo contrario es más atrayente: soñar con castigar al amo. Para encontrar placer en imaginarlo, es necesario que la violencia apunte a otro, a quien se le reconoce por lo menos un mínimo de poder. Alcanza por ejemplo con estar convencido de que las mujeres son la fuente absoluta de todos los males de la tierra o, al menos, saber que ellas pueden rechazar una proposición.

Cualquiera que conozca algo el universo de la pornografía en seguida ha visto que su tema favorito no es el de las mujeres encadenadas, humilladas y golpeadas. Esta violencia existe sin duda alguna, pero los títulos de las películas de la producción pornográfica más corriente anuncian por el contrario una continuación ininterrumpida de "colegialas en calor", "enfermeras en la locura" y de "suecas de vacaciones". Prometen mujeres que, lejos de estar maniatadas, muestran todas las intenciones de desatarse lo más posible. Mujeres cuya presencia es todavía más grande que en cualquier obra de Fellini o de Rubens[143] y que ante todo son la encarnación carnal de una evidente y muy profunda fascinación. Pero, además, se trata de mujeres con ganas desbordantes, que aman el sexo y que vuelven a pedir siempre más. Mujeres todo el tiempo satisfechas y raramente agotadas. Mujeres insaciables, activas al punto de dar los primeros pasos y volverse agresivas y que multiplican los orgasmos tan rápidos y evidentes como los del macho (las heroínas de Sade "descargan" al gozar). Y para darle un toque más al placer, el hombre ideal de la pornografía será antes que nada el amante

soberbio y perseguido que tiene éxito todas las veces en satisfacerlas a todas. El que todas ellas desean y que nunca se niega, el que manipula y que tiene el poder de satisfacer todas las voluntades, hasta matarlas a todas si ése es su buen placer.

Un simple vistazo más allá de todas esas mujeres desvestidas permite alcanzar la parte del universo masculino que queda allí develado y, puesto que la pornografía expone sin ningún pudor el mundo de los fantasmas, era una buena oportunidad para reflexionar acerca de la condición masculina.

Ante todo hemos señalado cuánto la imagen de la mujer ofrecida por la pornografía le daba, llegado el caso, aspectos masculinos. Es una mujer imaginada más a menudo por hombres y para hombres y es sobre todo una imagen que describe la sexualidad femenina en términos comprensibles para los hombres porque le son familiares. Este milagro de masculinización constituiría un esfuerzo totalmente parcial de mistificación:

Doble subterfugio de la pornografía: naturalizar la masculinización de la mujer; reinvertir el resentimiento (impotencia y rencor) que engendra su autonomía erótica en exigencia de liberación. Dictar a la mujer, y con ese dictado, darle el poder de una norma y el valor de una emancipación.[144]

En resumidas cuentas, habrá que creer que el hombre está dotado de un imaginario más bien miserable y sobre todo limitado en su impotencia por agarrar aquello que Malraux recomendaba explorar como el único verdadero misterio, el erotismo del otro sexo. Sin gran imaginación, los hombres se encierran en lo conocido y lo previsible para imaginar el otro mundo a su imagen.

Al resultar la pista rica, otros han llevado más lejos el análisis de la condición masculina. Ann Marie Dardigna constata, al final de una larga lectura que no cubre el campo entero de la pornografía sino las obras (particularmente violentas) de Klossowsky, Bataille, Réage y Robbe-Grillet, que el punto final de todo ello no es tanto la dominación de la mujer - o una puesta en lugar cualquiera- sino su exclusión de un mundo compartido entre hombres:

Sobre la escena erótica el intercambio no se produce entre un hombre y una mujer sino entre dos hombres, y el ser femenino no interviene más que como instrumento de este "intercambio".[145]

Ya se ha dicho que la pornografía era igualitaria puesto que los dos sexos son allí fálicos. Para Dardigna, la mirada pornográfica no desprecia a la mujer, la extermina:

Desde este punto de vista, el cuerpo femenino desaparece en la inversión y el travestismo: lo que es visto en su lugar es una mujer fálica, portadora de un clítoris-falo, una mujer-macho que se excita, eyacula y a la que se sodomiza… lo que un hombre desea encontrar enfrente de él es otro hombre.[146]

Lo que se siente es una cólera contra las mujeres y unas ganas muy profundas de venganza que pueden ser comprendidas como una necesidad de liberación contra la obsesión de la femineidad o bien contra la obediencia educada y respetuosa que imponía el modelo del amor cortés, o también como una reacción angustiada de los hombres frente a la amenaza de un matriarcado imaginario o real, o incluso, según Dardigna, como uno de los efectos de una tentativa para establecer una relación entre padre e hijo, un esfuerzo por dar placer al mayor, el cual se realiza en detrimento de la mujer que se convierte en la figura de obstáculo. En todos los casos, todas estas cuestiones no tienen nada de femenino.

Siguiendo una cierta corriente de inspiración psicoanalítica se llega a leer en la pornografía la expresión de un temor masculino por la castración que llevaría al hombre a sentirse seguro a través del espectáculo de la ausencia de pene en la mujer. En consecuencia, Elizabeth Wilson[147] no ve en la pornografía ninguna celebración grandiosa del poder de los hombres sino más bien su necesidad mórbida de sentirse seguros y de atenuar sus angustias de impotencia. En una tesis recientemente entregada en la universidad de Carleton, Berkeley Kaite va todavía más lejos agregando que la imagen pornográfica invita al espectador a una transgresión de la diferencia sexual: el modelo femenino, según dice ella, se encuentra cargado de signos que connotan el pene (sandalias con tacones altos, develamiento de un solo seno, accesorios fálicos, etc.) y que vendrían de este modo a invitar al mirón a olvidar el suyo, para dejarse penetrar por la mujer en la pantalla y luego vivir la experiencia suprema de la femineidad.[148] En resumidas cuentas, la pornografía no sería la visión tonta y simplista de mujeres imaginadas por hombres que no sabrían nada acerca de ello, sino un esfuerzo, por supuesto todavía muy masculino, pero mucho más profundo, por hacer la experiencia del otro, aproximarla y conocerla.

Frente a toda interpretación psicoanalítica, el reflejo muy condicionado del etnólogo lo lleva a buscar, a comprender lo que pensarían los Maorí. Rápidamente resulta evidente que los detalles de la mayoría de sus análisis parecen demasiado a menudo excesivos a los infieles y que las interpretaciones propuestas no agotan desde luego el conjunto del fenómeno de la pornografía.[149] No obstante, el razonamiento sigue siendo coherente y la pista es tal vez segura. Y para traducir el psicoanálisis y llevarlo a un terreno más familiar se diría, en resumidas cuentas, que la pornografía funciona a la manera de un buen mito: pues ofrece una exploración imaginaria de todos los posibles, con el efecto de poner el mundo en un cierto orden y afirmar algunas verdades profundas, mientras se permiten los juegos que nos atraen y que nos incitan a volver a mezclar todas las cartas, y todo ello en una maravillosa ilusión de libertad. Resulta por lo tanto plausible que la pornografía, después de haber mostrado superficialmente a qué se parece una mujer, inexorablemente lleve hacia una profundización de este conocimiento que puede desembocar en las ganas de una inversión. Por el contrario, lo que sería sorprendente es que este encadenamiento se cumpla plenamente en cada acto pornográfico y además que todo ello no concierna más que a los hombres. Algunos protestarán diciendo que la vida no es siempre tan compleja y que el estado psíquico de cada consumidor de pornografía tiene pocas posibilidades de corresponder a la interpretación dictada por el psicoanálisis. Otros notarían que estas interpretaciones hasta ahora propuestas sobre todo por mujeres no han tratado a menudo más que de la condición masculina; tal vez porque la pornografía para mujeres era todavía inexistente. Lo que se puede decir ahora

permite creer que la pista era, en efecto, prometedora, pero que no era necesario llamar al psicoanálisis. Alcanza con comprender el aprendizaje de los más elementales modelos culturales.

He aquí un ejemplo. En el tiempo en que todavía funcionaba, el club Britania de Saint Romuald en el suburbio de Quebec ofrecía a su clientela dos salas de espectáculo en que se producían en una segregación completa, mujeres y hombres haciendo *strip-tease*. En un breve informe etnológico Marie-Claude Dionne[150] describía que más allá de las constantes del género (sobre todo la lenta progresión del desvestirse ya notada por todos los observadores, desde Roland Barthes hasta Jean Baudrillard) en especial había notado el muy fuerte contraste entre los bailarines ofrecidos en espectáculo a las mujeres y sus colegas en la sala vecina. Los bailarines jóvenes y atléticos se pasean por la escena, se contonean al compás de la música, retiran sus ropas con un gesto preciso y decidido, muestran su pene y sus nalgas mientras miran al auditorio con un repertorio de aires que va desde el cómplice-sonriente al solemne-arrogante. En la otra sala, las bailarinas proceden con más suavidad y sobre todo con más lentitud. Las ropas son deslizadas sobre el cuerpo para ceñirlo, los ojos semicerrados y las bocas entreabiertas. Fuera de cuestión aquí contonearse durante mucho tiempo. Más bien hay que extenderse en el suelo y expresar todos los sonidos reconocidos de la lascividad ideal. De un lado, bailarines de los que se ve el pene, que jamás debe estar en erección. Del otro, bailarinas en un estado de excitación sexual manifiestamente avanzado.

Este género de espectáculo no tiene sentido y no puede obtener éxito más que en una sociedad que inculca los modelos contrarios. La educación tradicional de las jóvenes les enseñaba algunos valores claramente definidos:

La suavidad, la bondad, la modestia, la humildad, la obediencia, el orden, la economía, la caridad, la reserva, el pudor, la pureza, son las virtudes específicas de la joven ideal, pero entre ellas, la pureza es la virtud por excelencia, y por esta razón es que se la llama simplemente la Virtud , con V mayúscula.[151]

Ayudad a sus compañeros en sus luchas. Evitad toda actitud lánguida, toda vestimenta inmodesta, toda palabra provocante, sabed que una bestia inmunda duerme en los más virtuosos, lista a saltar a la menor provocación. Aconsejad el recurso al rezo y a los sacramentos.[152]

El modelo es conocido. Las jóvenes aprenden a ser siempre pudorosas. Jamás debían desvestirse, incluso para hacer su *toilette* en un aislador en el interior de un convento reservado exclusivamente a las mujeres y dirigido por religiosas. En el contacto con los jóvenes de su edad había que tener cuidado de mantener este pudor con el objeto de no despertar los instintos más o menos bestiales que duermen siempre en el hombre. Y luego, había que desconfiar de los desconocidos, esperar las proposiciones respetables y encontrar el mejor partido posible. Del otro lado de la frontera, los jóvenes aprendían que debían respetar a esas jóvenes de las cuales una se volvería un día la madre de sus hijos. No había que buscar ver el cuerpo de las jóvenes. Y tomar más bien algunas duchas frías para calmar la bestia que dormita. Había que desconfiar de la brutalidad que lleva a la violación y no hacer

sino proposiciones honestas que merecerían el respeto de la mujer y el amor verdadero. No era abiertamente una cuestión de homosexualidad, se habían olvidado el *David de* Miguel Ángel, y nunca se habría pensado en enseñar a los muchachos que el propio cuerpo podía atraer al otro sexo. Con el resultado de que la mujer que sería exhibida en la esquina de una calle habría sido aplaudida por el grupo, mientras que el hombre habría sido puesto en prisión. Con la consecuencia, por lo tanto, de que los hombres están abiertamente fascinados por Salomé y consumen pornografía: por placer aprendido y porque se han visto conferir la entera responsabilidad de los asuntos sexuales, una responsabilidad pesada que bien debe ser aprendida en algún lugar.

Las bailarinas del Britania dicen cuán agradable sería la vida si las mujeres amaran el sexo. Si ellas estuvieran dispuestas al amor sin que los hombres debieran asumir los gastos, el aburrimiento y los riesgos inherentes a todo esfuerzo de seducción. Si ellas estuvieran ya excitadas, lánguidas y voluptuosas, sin preliminares. Si ellas estuvieran todo el tiempo en calor, bestiales, siempre al borde del orgasmo sin que se corra el riesgo de la humillación de verse rechazadas. Mientras que en la otra sala los bailarines sorprenden al mismo tiempo al hacer soñar en un mundo en que los hombres podrían estar completamente desnudos en presencia de mujeres pero sin excitarse y sin necesariamente saltarles encima, sin violencia posesiva. Cuán bello sería el mundo del sexo si no hubiera nada que temer y si el cuerpo del hombre, contrariamente a todo lo que se sabe, se volviera atrayente al dejar de ser una amenaza. Este mundo sería incluso mejor que los contextos seguros y amanerados de las novelas Harlequín. Incluso la frustración causada por un espectáculo que deja necesariamente mucho que desear puede transformarse en placer para el hombre que se alegra de cambiar de papel en la conducta de los asuntos sexuales y que puede por fin mantenerse pasivo, mientras obtiene el derecho de mirar sin correr riesgos, puesto que no tiene ninguna obligación de su parte.

Es, de algún modo, el placer de soñar un instante que las cosas no son ya lo que ellas son normalmente y que el mundo sería viable también a la inversa. Medir la distancia que nos separa todavía de la felicidad: para un hombre, ya no tener que seducir y por fin volverse él mismo objeto de deseo; para una mujer, soñar con un hombre a la vez consciente de la atracción sensual de su cuerpo y sensible a la seducción. Bailarines y bailarinas están seguramente hechos para entenderse bien, al menos tanto como sus imágenes invertidas de la vida cotidiana. ¡Y qué aburrimiento habría si el espectáculo repitiera la cotidianeidad!

La inversión no se hace siempre sin peligro. Para completar la tesis de la inversión habría que considerar que el modelo de bailarines que se contonean enseña también a las mujeres que la femineidad puede ser muy atrayente, lo cual puede conducir a la exclusión de tos hombres. Sería sin duda una tontería decir que, por lo tanto, era normal que fueran mujeres (Dardigna, Wilson, Kaite, etc.) quienes señalan que el desenlace lógico de la pornografía actual es todo el tiempo la exclusión de las mujeres. En seguida sin duda alguien vendrá a agregar que las consumidoras están empeñadas en la misma vía: la película *Devil in Miss Jones,* que explota el muy conocido tema del desenfreno sorpresivo y tardío de una mujer formal y púdica, termina con su caída en el infierno que toma la forma de una habitación en la que ella, siempre sobreexcitada, tiene por único compañero a un hombre (Damiano, el realizador, según dicen) cansado, agotado e impotente para siempre; la heroína

ha sido perfectamente masculinizada pero la contrapartida ha vuelto a su *partenaire* masculino enteramente pasivo y receptivo como la mujer que ella era antes.

Todo ello se ha vuelto posible en resumidas cuentas porque la lógica del sistema es muy simple. Una cultura que divide la humanidad y define dos sexos diferentes A y B como poseedores, uno de los atributos 1, 3, 5, 7, y 9 y el otro de los atributos opuestos y complementarios 2, 4, 6, 8 y 10, engendra al mismo tiempo las series de permutaciones que animarán sus sueños, sus fantasmas y su pornografía. Se tendrá entonces a hombres que desean volverse niñas maltratadas o que sueñan ser mujeres dominadoras y penetrantes con *partenaires* masculinos suaves y gentiles; y luego, mujeres reservadas que quieren ser seducidas por otras mujeres emprendedoras y que se imaginan piratas violadores o prisioneras seductoras; y así hasta el agotamiento de las permutaciones posibles.

Lo cual no quiere decir que el juego sea enteramente gratuito. Por supuesto, la pornografía -en la que se encuentra de todo- quiere divertir a todo el mundo, pero algunas permutaciones son más populares y se venden más porque convienen más a ese momento particular de la evolución de la sociedad. Desde otro punto de vista, el juego no es gratuito tampoco porque toda inversión del modelo deja sus huellas: masculinizar a las mujeres y feminizar a los hombres no se limita simplemente a decir lo contrario de la norma o lo contrario del buen sentido; no se trata simplemente de trasvestir la realidad para reírse de ella o para cometer el pecado con más precisión. La inversión corre el riesgo de debilitar el modelo. Si las mujeres pueden ser pudorosas pero también desencadenadas y estar perpetuamente calientes, y si los hombres son bestias violentas que se contonean encontrándose sexys, ya no se sabe muy bien en dónde se está. Lo cual ya en algunos casos se ha vuelto muy frustrante.

Las razones de la rabia

Para obtener lo que nos importa, tal vezserá necesario perder todo lo demás.*Bernadette Devlin. The price of my soul*

Para dar término a este sobrevuelo, hay que agregar una palabra acerca de un rasgo particular y característico de ciertos debates feministas con el objeto de comprender cómo la pornografía llega a veces a inspirar en algunas personas que no encuentran en ella ningún placer o ninguna diversión, más allá de la impresión o del escándalo, más allá del asco o la repugnancia, la rabia:

¿Es posible curarse completamente de la herida que inflige esta violencia? Felizmente jamás he experimentado o he sufrido una violación física, pero presentí todo su horror por esa violación psicológica que fue para mí ese "curso" intensivo en los cabarets y en los

magazines porno. Y sin embargo, no vi ni conocí lo peor… todavía estoy despellejada viva… me vuelvo irritable… me pongo rabiosa incluso a veces cuando escucho denunciar el sexismo en la publicidad, la explotación de mujeres en el trabajo, la suerte de las víctimas de la violación, la de las prostitutas, de las mujeres golpeadas, de todas las demás mujeres, mientras que educadamente se calla cuando yo hablo de la violencia cotidiana sufrida por… mujeres tomadas en el engranaje de las agencias de placer y de cabarets… De las diversas facetas de mi experiencia la más dolorosa ha sido el espectáculo de las trabajadoras a merced de rapaces pornófilos tanto como pornócratas.[153]

Quería venir aquí en tanto que militante, orgullosa y con una cólera enorme. Pero cada vez más la cólera me parecía como la sombra pálida del sentimiento de duelo que me invadía. Si una mujer tiene alguna idea de su propio valor, ver una pizca de pornografía puede llevarla efectivamente a una rabia útil. Estudiar la pornografía en cantidad y en calidad como lo he hecho durante más meses de lo que me gustaría recordar, llevará a esta misma mujer al duelo.[154]

Los ejemplos podrían ser multiplicados, pero no dirían mejor hasta qué punto ciertas mujeres se sienten profundamente turbadas por la pornografía. La miseria y el horror no faltan sin embargo en el mundo, pero raramente se encuentran términos tan duros para describir una rabia tan entera. A tal punto que los debates se enconan y los intercambios de ideas se vuelven prácticamente imposibles. Muchos otros aspectos de la condición de las mujeres, desde el salario desigual hasta la amenaza de violación, son considerados no sólo como indisociables sino literalmente como equivalentes de la pornografía. Incluso hasta el momento en que, tal como lo reconocía Bonnie Klein, toda demostración empírica y toda verificación se vuelven inútiles. Y si otras mujeres se disocian de esta posición se las acusará simplemente de no ser "verdaderas mujeres". Se llega a hacer creer que nada es más horrible que la pornografía.

Esta actitud radical no es el fruto del azar. Las críticas más acerbas evocan muy fácilmente la ingenuidad y la estrechez de un espíritu obsesivo. Y tampoco es el efecto habitual de segmentación interna, que tan a menudo afecta a los movimientos sociales reivindicadores y que hace nacer peleas a veces feroces entre sectas de la ortodoxia política o religiosa (pensamos evidentemente en los primeros cristianos, pero también en los principios del psicoanálisis, sin hablar de los cismas en los monárquicos en Francia). Más bien hay que preguntarse si esta cólera no depende del descubrimiento de que todo el debate sobre la pornografía toca algo esencial. La pornografía misma era tal vez insignificante, pero es como tomar conciencia de que su apuesta era fundamental.

En primer lugar no hay que olvidar que el movimiento feminista apuntó mucho a una revalorización radical de la sexualidad. Debido a que habían sido reducidas durante tanto tiempo a su sexo, las mujeres debían necesariamente pasar por una liberación sexual y definirse como seres dotados de una sexualidad propia y retomar el control de su cuerpo con el objeto de ya no ser sometidas a las voluntades libidinosas y reproductoras de los machos. Resultaba urgente denunciar el modelo tradicional de la sexualidad femenina que era violento

contra las mujeres.

Luego de lo cual había que explorar las soluciones. Y es muy precisamente lo que proponía la pornografía: una subversión de la ideología conservadora del amor romántico y de la monogamia heterosexual que había encajonado siempre a las mujeres en el rol de madres y de domésticas. Como lo mostró Ángela Cárter[155] y otras después de ella, los primeros modelos de mujeres liberadas de la literatura europea fueron *Fanny Hill de* John Cleland y *Juliette* de Sade; mujeres que por fin se desprenden de la sexualidad exclusivamente procreadora y que son la figura de heroínas al utilizar egoístamente su sexo para su provecho y con el objeto de asegurar su propio éxito social; mujeres inteligentes que renuncian al matrimonio, al amor y, sobre todo, a la maternidad y que consiguen en su carrera, a golpes de trampa, de cinismo y de maldad, lo que hace de ellas iguales a cualquier hombre; en una palabra, mujeres que ya no son la copa de los hombres sino que, por el contrario, dan la prueba de un talento considerable para la manipulación. Así, el modelo de la sexualidad femenina dominante de la pornografía moderna ofrece una contestación radical al modelo antiguo y una respuesta al cuestionamiento feminista: allí se presentan mujeres que no demuestran ninguna molestia en hablar del sexo y ninguna vergüenza de su cuerpo, que viven plenamente su sexualidad siendo activas al punto de volverse agresivas y transformarse en violadoras de hombres, que se permiten todo, que no se traban ante ninguna exclusividad sexual, que no tienen ninguna necesidad de vínculo sentimental y que parecen no tener ningún temor al embarazo. En este sentido, pornografía y feminismo tienen de hecho un mismo discurso: terminada la era de las víctimas pasivas, es tiempo de que el sexo de las mujeres se afirme.

Salvo que la pornografía goza de una cabeza de ventaja ofreciendo una solución ya lista. No sólo ella repite como el feminismo que son las mujeres quienes son interesantes, sino que desde hace mucho tiempo dice que hay que abandonar toda reserva opresora para explorar y expresar el conjunto de la sexualidad humana, intentar todas las combinaciones, todas las perversiones imaginables, incluso llegada la oportunidad, intentar las experiencias más inquietantes. Mientras que el movimiento femenino duda en hacer su cama entre un conjunto de respuestas complejas y muy a menudo paradójicas.

Pues el cuestionamiento del modelo antiguo descansa necesariamente en un juicio moral, el cual explica sólo por qué el modelo era malo, mientras que al mismo tiempo transpone y retoma sus mismas contradicciones. Muriel Dimen[156] da un ejemplo de ello al señalar la ambigüedad que persiste en declarar como políticamente aceptable el rechazo a ser un objeto sexual y por lo tanto ya no tener que preocuparse por su apariencia física; y, al mismo tiempo y a todo precio, querer seducir con el objeto de ya no ser definido como un ser que no tiene derecho al apetito sexual, con el fin de tener la posibilidad de explorar todas las formas de esta libertad nueva. Querer abolir la pornografía pero preservar el espectáculo. Para Gayle Rubin,[157] este debate en torno a la pornografía ha llevado al feminismo moderno a sus límites, provocando el impacto de dos tendencias que parecen inconciliables. La primera insiste en la importancia de liberar la sexualidad femenina y tiende a minimizar la significación de la pornografía; por ejemplo, Liza Orlando aprecia ver erigidas en modelos a mujeres que exigen su derecho al placer y que lo toman tal como les gusta, contradiciendo

con ello todo lo que toda chica bien educada debería saber; Paula Webster[158] propone dejarse guiar por la pornografía en la exploración de un universo maravilloso que siempre ha sido negado a las mujeres; Sara Diamond[159] declara que sería necesario que las mujeres reconocieran por fin que la exposición pública de su sexo no hace necesariamente de ellas unas putas y que no sólo los hombres pueden ganar poder por medio de su sexo. Como mucho se llega a pensar que si la pornografía actual es a menudo sexista, no lo es ni más ni menos que el resto de la sociedad y que si es tan importante hay que transformarla, pero por sobre toda las cosas, no abolirla.

Según la otra perspectiva, la de la mayoría de los adversarios de la pornografía, esta liberación de la sexualidad femenina no es más que una peligrosa ilusión, puesto que no puede ser más que una extensión de los privilegios masculinos, sobre todo si la vía a seguir está definida por un universo tan tradicionalmente masculino como el de la pornografía. Joan Hoff[160] señalaba, en efecto, que el "estándar" de la sexualidad individual sigue siendo una construcción masculina, pero sin indicar lo que podría reemplazarlo. En esta óptica, la pornografía es importante porque está en el corazón de las relaciones de poder entre los sexos que determinan necesariamente todo análisis de la condición femenina. Por el contrario, la sexualidad se vuelve a partir de entonces menos central y se llega a menudo a un nuevo conservadorismo sexual. Según Gayle Rubin, que declara abiertamente su preferencia y para quien esta segunda tendencia constituye nada menos que una demonología tan terrorífica como el más opresor de los patriarcas, la censura de la pornografía lleva al absurdo reaccionario de una clasificación a partir del orden de comportamientos sexuales políticamente preferibles: el peor, la promiscuidad general y las relaciones sadomasoquistas (sean cuales fueran los sexos concernidos), en el medio la heterosexualidad y como mucho la monogamia lesbiana. Evidentemente, esta respuesta sigue siendo discutible (como lo sería cualquier otra del mismo modo, puesto que se trata de una paradoja) pero ella muestra bien cómo la cuestión de la pornografía finalmente obliga nada más ni nada menos que a la adopción de una cosmología general, que sirve para definir los sexos y la naturaleza de sus relaciones.

La fuerza de cierta crítica llamada feminista corre el riesgo en realidad de volverse contra las mujeres. Al hacer de la pornografía un objeto de horror, fácilmente se puede dejar entender no sólo que la intimidad sexual debería estar siempre rodeada del mayor de los secretos, sino que, además, se corre el riesgo de impresionar a mucha gente insinuando que allí está de nuevo el bien más preciado de toda mujer, volver a decir en otros términos que lo esencial hay que encontrarlo en el misterio de las profundidades de la matriz. El argumento ha sido entrampado. Resulta embarazoso tener que explicar que es el sexo mismo quien marca la diferencia y quien motiva el hecho de considerar que una mujer está más reducida al rango de un "objeto" en la pornografía que cuando es modelo, reina del carnaval o esposa del ministro; pues si los tres casos no son comparables no es sin duda en razón de su relativa pasividad.

Lo más molesto a veces es que la pornografía tiene el aspecto de haber prevenido todos los golpes y de tener todas las respuestas. En los debates en el seno del movimiento feminista norteamericano, los intercambios más acerbos a menudo tuvieron lugar entre lesbianas. Tal vez porque, de un lado, las lesbianas comprenden mejor que nadie lo que propone la pornografía cuando ella elogia los méritos del sexo por el sexo, sin procreación y

sin otro objetivo que el del placer; mejor todavía que los homosexuales masculinos, que ya han aprendido en tanto que hombres que el sexo es necesariamente agradable y que el descanso del guerrero debe ser jovial. Por lo tanto, para algunas lesbianas la pornografía puede convertirse en una aliada ideológica en la lucha contra la discriminación. Mientras que para otras, que erigen su orientación sexual como gesto político en las relaciones de fuerza entre los sexos, los caminos propuestos por la pornografía parecen particularmente detestables. No necesariamente porque ella haga mucho caso a la heterosexualidad, sino porque presenta habitualmente a mujeres que se preocupan todavía por garantizar el placer de los hombres. Como si los hombres hubieran inventado y moldeado la futura sexualidad de esas mujeres liberadas según la imagen de su propio deseo. Debe haber otra salida, pero las discordias son tan profundas que ya no son del todo evidentes. Poco a poco se llega a comprender algunas de las razones que puedan explicar la rabia que marca a esos debates. Primeramente, el hecho de que la pornografía describe el antiguo modelo de la mujer sabia, modesta y prudente, doméstica y virtuosa, para quien el sexo era un deber conyugal, lamentablemente necesario para la multiplicación impuesta por la familia, la nación o la especie. La pornografía se opone a ello, afirmando como el feminismo que las mujeres también son seres sexuados. Pero propone una solución que hace inclinar el mundo en el sentido contrario: la aparición de mujeres desencadenadas que asumen el rol tradicionalmente reservado a los hombres, los cuales se convierten entonces en mirones pasivos o violados voluntarios y contentos. La idea puede parecer ridícula y puede ser ofensivo ver a los hombres pretender conocer lo que procura placer a las mujeres. Se puede también sentir la frustración de no tener ninguna otra solución aceptable que sirva para burlarse de todas las mujeres. Pero todo ello no basta para explicar la rabia.

Señalemos, para dejarlo de lado, un razonamiento poco convincente. Ya se ha hablado de los celos como motivo principal de esta rabia. Lo cual equivale a decir que en una sociedad en que las relaciones de pareja son todavía importantes y en donde la tradición cultural quiere hacer creer que una mujer es menos atractiva a partir del momento en que un lápiz puede sostenerse bajo su seno,[161] la visión omnipresente de cuerpos perfectos (que desde hace mucho tiempo han dejado de ser los cuerpos de mujeres desdeñables por ser de "mala vida", vulgares y a menudo feas, para ser reemplazados por los cuerpos de chicas jóvenes, ricas e inteligentes) crea una competencia absurda e insostenible. Ya no es necesario intentar probar que los hombres aprenden de la pornografía toda suerte de exigencias inaceptables. Alcanza con pensar que constantemente tienen en la cabeza la imagen demasiado perfecta de Bo Derek.[162] Sin ni siquiera tener que volverse celosa, una mujer tendría el derecho de concluir que la estupidez es exasperante…

Pero no hay nada nuevo en esta referencia a celos nacidos de la infidelidad imaginaria. Nada que fuera limitado a un solo sexo y nada que no existiera probablemente ya en el paleolítico inferior. Se puede comprender que la mayoría de las personas se sienten incómodas frente a la idea de que su *partenaire* sexual tenga la costumbre de recurrir a la masturbación, pero el argumento sigue siendo demasiado incompleto[163] y la rabia bien debe tener otras fuentes.

Tal vez, la rabia de esas mujeres viene del riesgo de sentirse atrapadas entre dos

modelos de la femineidad tan inaceptables uno como el otro. Por un lado, el modelo tradicional, que incluso en la actualidad no es fácil cuestionar y que consagra a las mujeres infieles al desprecio y al ostracismo. Por lo demás, las mujeres saben por experiencia que el estereotipo tradicional de la femineidad está íntimamente ligado con la sexualidad, lo cual las obliga a transformarse en un espectáculo permanente de seducción (que si alcanza su objetivo provocará los silbidos admirativos en la calle) pero que ellas al mismo tiempo deben seguir siendo pudorosas y nunca dejar parecer que se están ofreciendo en espectáculo. Y por otra parte, el otro modelo todavía vago e inquietante que les propone la pornografía, centrado en el alto voltaje sexual y la satisfacción total de todos sus caprichos (terreno que los hombres parecen conocer mejor y sobre el cual pretenden estar más cómodos).

El malestar sería todavía mayor en la medida en que el papel tradicional de la mujer después de todo le atribuía cierto poder, y que el amor cortés, a pesar de toda la opresión que traiciona, definía también el atractivo y la seducción sobre el cual una mujer podía apoyarse - manteniéndose como "un oscuro objeto del deseo"- para garantizar su seguridad social.

Ahora bien, justamente ya no queda nada oscuro en la pornografía. Ninguna reserva o discreción. La femineidad se ha vuelto profana y perdió todo misterio. Y el único poder que propone el nuevo modelo será el de la conquista que, según se decía antes, estaba reservada a los hombres. Por lo tanto, adoptando una sexualidad unisex habrá que invadir el terreno de los hombres y de algún modo darles confianza, pero sin por ello pedirles que modifiquen su propio modelo, que se encuentra incluso ajustado: más libertad, más *partenaires,* más oportunidades, en una palabra, todo para satisfacer a la "fiera".

En esta perspectiva, algunas mujeres se vuelven nostálgicas por el modelo antiguo y las intrigas amorosas más discretas. Otras, por el contrario, buscan en efecto quitar a los hombres la iniciativa de la conquista y la conducta de la sexualidad, exactamente de la misma manera que ellas quieren invadir todos sus cotos vedados y apoderarse de cualquier puesto de alta dirección. Algunas proponen más bien ganar en los dos tableros, siendo lo suficientemente fuertes y hábiles como para sacar provecho de los dos modelos. Pero evidentemente también corren el riesgo de perder en los dos tableros, provocando la ruptura con el poder tradicional de la atracción y de la fascinación obsesiva, pero sin adquirir por ello nuevos poderes en una sociedad que no los cederá fácilmente. Perder el poder que estaba inscripto en el derecho a la diferencia, en el intercambio que significa el privilegio de declarar a los hombres seductores. Volverse víctimas en el campo de la sexualidad, totalmente comparables a esas mujeres que en el universo doméstico se vuelven responsables del esencial ingreso adicional, mientras continúan cumpliendo con la mayoría de los trabajos hogareños. Mientras que tienen lugar estas discusiones, las soluciones aún no han sido inventadas y corren el riesgo de ser poco unánimes. Incluso la hipótesis de la homosexualidad como refugio parece inaceptable o demasiado multiforme. Visto de este ángulo, la situación puede parecer desesperada y de la desesperación puede nacer la rabia.

¿A quién proteger, entonces?

La conclusión de estos debates deja en suspenso una importante cuestión que ha sido muy brevemente indicada por Murray S. Davis,[164] cuando señalaba que la pornografía representa tal vez el único fenómeno social acusado de ser simultáneamente peligroso, asqueroso y aburrido. ¿Cómo la pornografía puede ser a la vez insignificante y amenazante? Y aquí no se trata de un peligro que pueda representar el aburrimiento: se dice que la pornografía es insípida y repulsiva, pero al mismo tiempo, también es nociva.

Podría verse aquí una crítica fácil que sirve a los intereses de los censores, preocupados por conservar el derecho a imponer su voluntad y que, al mismo tiempo, pretenden actuar para el mayor bien del pueblo (hay peligro), pero que su gesta no constituye de ningún modo un abuso de poder (hay insignificancias). También se podría concluir que la pornografía molesta porque ella, por respeto a la imagen, debe separarse peligrosamente de lo real, proponiendo, por ejemplo, nociones tan ridículas como el poder de los feos y los miserables de contemplar la intimidad de los bellos y los seductores; sería entonces peligroso soñar demasiado. También se podría argüir que la pornografía es una mancha y que así se explican los procesos por obscenidad que han atraído tan a menudo toda la atención sobre las obras de autores serios (Sade, Miller, Roth…), mientras que se habría manchado a la corte, la verdadera pornografía, grosera y brutal, era vendida justo al lado y siempre bajo la mesa. Finalmente, se podría seguir el ejemplo de Alan Soble y hundir a algunas personas en la inquietud, dando una respuesta a una pregunta que nadie plantea: ¡sí, habrá pornografía en la sociedad comunista ideal de mañana![165] Pero no es realmente de esos peligros de lo que se trata. La pornografía no agrega nada o muy poco a la explotación de las masas y a los privilegios de los censores. Ella sobre todo no hace más que confirmar lo que ya había sido comprendido en una cosmología que incluía una definición de la sexualidad y una buena idea del lugar que le corresponde; es en este sentido, protesta Simón Watney[166] que una parte del movimiento feminista necesariamente ha interpretado la pornografía como un elemento de revuelta de un sistema global en que los hombres dominan y explotan a las mujeres, mientras que la ideología conservadora vio allí del mismo modo necesariamente una exposición carnal, inadmisible por ser totalmente obscena. El sentido atribuido a la pornografía viene a confirmar la interpretación del mundo ya estructurada, en los adultos capaces de afrontar la contradicción. Y si es necesario aclarar en qué resulta peligrosa, antes que nada se responderá que constituye la expresión de un malestar difuso, al cual ella no puede sino contribuir: el estado inquietante de las relaciones entre los sexos o la decadencia de la moralidad pública.

Puesto que no tiene nada nuevo por decir, se comprende entonces que la pornografía puede ser aburrida y asquerosa. Pero su carácter amenazante (la razón por la cual hay que quemar un libro o apagar el aparato de televisión) debe fundamentarse de manera más clara y más rigurosa. A la vez aburrida, asquerosa y peligrosa. En principio porque en la actualidad está admitido que la pornografía no tiene un efecto unívoco previsible y que sus consecuencias, a veces totalmente contradictorias, dependen esencialmente de las

predisposiciones de su auditorio. Como dice David Freeberg[167] en su libro sobre el poder de la imagen, nunca es la imagen misma la que es inquietante, sino la reacción que ella puede suscitar. Sólo tenemos miedo de nuestras reacciones. O más bien es la reacción de los otros la que nos asusta. Dado que se cree que ciertas personas pueden llegar a reaccionar mal, la inquietud frente a la amenaza pornográfica se convierte en la de su impacto sobre esos pocos otros, determinados de manera bien precisa, un grupo particular o una categoría social cuyas reacciones son de temer o que habrá que proteger.

Porque esas personas estarían más afectadas por la pornografía, mientras que nosotros evidentemente no tenemos nada que temer, salvo, por supuesto, convertirnos en víctimas de esos "otros" que reaccionan mal. Es muy interesante notar que desde hace cerca de un siglo la amenaza se desplazó y las categorías sociales más vulnerables han cambiado radicalmente.

En principio, siguiendo la interpretación de Freeberg, volvamos a señalar la importancia de conservar el pleno control de sus emociones y de su expresión pública. La pornografía es un asunto de imágenes públicas (todos los debates hablan de censura) y sería intolerable dar muestras en público de reacciones demasiado sinceras y demasiado íntimas. Desde hace mucho tiempo, es esencial para el mantenimiento de una vida pública civilizada el hecho de que cada uno sea capaz de controlar sus emociones de manera de poder considerar el mundo con la distancia que exige la frialdad de la sociedad moderna. En todo caso, eso es lo que las buenas maneras del siglo XIX inculcaban. Así, casi inmediatamente después de su descubrimiento por una arqueología naciente y apasionada, los escabrosos resultados de las excavaciones de Pompeya fueron prontamente encerrados en el silencio de un "museo secreto" (el Museo Borbónico de Nápoles) cuyo acceso fue inmediatamente prohibido a las mujeres, a los niños y a los pobres de los dos sexos y de cualquier edad. Puesto que se sabía entonces que no había nadie más que los hombres adultos y educados que eran capaces de resistir al poder de esos objetos y de esos frescos obscenos. La civilización podía contar con ellos, pues eran los únicos que tenían la fuerza para permanecer calmos, dignos y moderados, mientras que un ser más frágil, una mujer, un niño o un pobre habrían sido incapaces de resistir al poder desestabilizador de la pornografía y sin duda habrían caído inmediatamente en el desenfreno. Peor aún, como lo explica Walter Kendrick,[168] todos esos bárbaros mantenidos en la ignorancia corrían el riesgo de descubrir en esas obras eróticas la llamada de sus propias necesidades y ganas, y un contacto con la pornografía podía llevarlos a alimentar sueños de liberación sexual que habrían podido a continuación desbordar en otras exigencias, para finalmente estremecer ni más ni menos que tres milenios de civilización. Frente a un riesgo tan considerable, sólo se podía confiar a los gentiles hombres, que evidentemente no tenían ninguna intención de destruir el edificio que habían contribuido ellos mismos a erigir.

La pornografía es siempre inquietante para el poder cada vez que ella cae en manos de otros. Como lo afirmaba muy claramente el presidente Nixon, la relajación sexual lleva inexorablemente a toda suerte de otros desenfrenos, y finalmente a la redistribución de la riqueza y a la división igualitaria de la propiedad.[169]

Más de un siglo después de las primeras excavaciones de Herculano y de Pompeya,

las jerarquías ya no son las mismas y la amenaza pornográfica se desplazó. Antes que nada, algunas técnicas nuevas (principalmente la fotografía) han permitido un acceso más democrático a la pornografía y ya nadie tiene el poder de prohibirla a los pobres y a las mujeres. Es entonces que el fenómeno se vuelve un "problema social", a partir del momento en que ya no está reservado sólo a los gentiles hombres, cuyas reacciones son previsibles, pues saben mantenerse claramente por encima de las amenazas y de las leyes. Pero también hay que aclarar que el contexto ha cambiado y que en la actualidad sería bastante mal visto discurrir sobre las líneas de conducta que deben ser dictadas a los pobres y a las clases trabajadoras. Por otra parte, parecería que las mujeres ya no tienen nada que temer directamente de la pornografía, puesto que aparentemente no les interesa. Ellas pueden, por lo tanto, fácilmente considerarla sin emoción y no expresar otra reacción más que un cierto asco. La amenaza y la vulnerabilidad están ahora en otras partes.

El blanco y víctima más probable de la pornografía es en la actualidad indudablemente el sexo masculino. Ya no necesita ser particularmente joven ni de origen modesto, pero deberá ser un poco débil de espíritu, un poco salvaje, y a menudo brutal. De alguna manera es el nuevo idiota de la era planetaria, el que aprende todos los días cuán fácil es la violencia y, por lo tanto, aquél sobre el cual la pornografía podría tener el efecto más amenazante para la comunidad. A la manera de los antiguos gentiles hombres, que podían tenerle miedo a las mujeres y a los miserables, un mundo que se imagina socialdemócrata no concibe más terrible peligro que la barbarie y ahora es de ella de donde viene la amenaza al buen orden y la revolución temida. El monstruo toma un aspecto grosero, vulgar, racista, *skin head,* fascista, brutal, y en varias oportunidades manifestó una capacidad inquietante para ajustar la realidad al fantasma, de manera muy tonta y por medio de la fuerza. He aquí la nueva clientela vulnerable entre la cual la pornografía amenaza con hacer más estragos. Es por ello que se busca prohibirla, con el objeto de proteger a esos nuevos bárbaros de aquello que los volvería todavía más insoportables.

Finalmente queda el único lugar de unanimidad total y que no cambió desde hace un siglo: los niños son siempre particularmente vulnerables y los adultos no tienen ningún derecho a abusar de ellos, mostrándoles obscenidades o, lo cual es mucho peor, sirviéndose de ellos en la pornografía. Es así que al término de los debates más acerbos o de discusiones más complejas, a pesar de las divergencias radicales de miradas y de opiniones, se consigue muy generalmente ese consenso. Y es también porque todas las comisiones de investigación que quedan en aguas de borraja consiguen a pesar de todo salvar la cara adoptando con el mayor de los brillos posibles la única conclusión sin duda popular: no debe haber nunca conjunción entre infancia y pornografía. Y todo buen gobierno dará la impresión de mantener una política dura si promete que por lo menos allí todo contraventor será severamente castigado.

Lo cual parecerá sorprendente, pero todavía se puede sostener una vez más que la amenaza ha sido en parte invertida y que en el fondo la prohibición busca tal vez menos proteger los niños que neutralizar un peligro provocado por la sociedad. Primeramente, es indiscutible que los niños son reconocidos como seres todavía muy frágiles y que un abuso de poder de parte de un adulto constituye un crimen particularmente indecente. Sobre este punto no hay ninguna discusión y los incestuosos, los violadores de niños e incluso la

mayoría de los pedófilos parecen a menudo vergonzosos frente a la humanidad entera, además de tener que vivir bajo la amenaza de leyes muy severas o con el temor de hacerse masacrar por sus codetenidos. Por el contrario, como ya lo señaló I. C. Jarvie,[170] el problema social engendrado por el muy pequeño número de individuos que encuentran su placer sexual en niños sigue siendo siempre ínfimo, y no hay razón para creer que podría crecer bajo el efecto de una pornografía infantil que no le interesa a casi nadie. Mientras que su prohibición no cambiará con toda evidencia nada en un mundo perfectamente marginal y ya acostumbrado a vivir en la más total ilegalidad. Todas las investigaciones están de acuerdo al decir que este sector de la industria ha sido siempre en todos los sentidos excepcional. Es por ello que tomarse el trabajo de declarar muy fuerte que la pornografía infantil es un mal, no será probablemente ni más ni menos eficaz que proclamar que está igualmente prohibido violar a los niños para luego asesinarlos. Por lo demás, obligar a los niños sin defensas a participar en espectáculos obscenos constituye un abuso de poder tan generalmente condenado que toda discusión parece superflua. Ahora bien, justamente se sigue hablando mucho y los niños se encuentran de algún modo promovidos al rango de víctimas por excelencia. A tal punto que uno puede preguntarse por qué otorgarle, más allá de la necesidad de encontrar algún terreno de entendimiento al término de largas controversias, tal importancia a la cuestión de los niños en la mayoría de los debates sobre la pornografía. Sobre todo cuando hay un deslizamiento evidente: al no tener nada que agregar acerca del horror de servirse de niños en la pornografía, se insiste en la necesidad de proteger a nuestros niños de la pornografía, lo cual ya no es para nada lo mismo.

Mencionemos en principio que algunos participantes en las discusiones tienen a veces el aspecto de conocer bastante mal a los niños. Imaginar que estos se precipitarán a las estanterías de revistas obscenas equivale a suponer de manera sorprendente que habría en los niños un interés pronunciado por temas sobre los cuales sin embargo son mucho más abiertos y francos que los adultos. Mientras que algunos gobiernos quieren limitar el acceso a la pornografía, ubicándola en los estantes más altos, en los Países Bajos y en Dinamarca, en que las distribuidoras automáticas de revistas pornográficas se encuentran en la calle al alcance de todo el mundo y donde tos establecimientos escolares se muestran particularmente tolerantes, se ha constatado que los niños se interesan muy poco en ello.[171] Luego de las audiencias de la Comisión Williams, A. W. B. Simpson[172] expresaba su sorpresa frente al testimonio de adultos que hablaban de niños con gran seguridad "como si alguien algún día les hubiese descrito uno"; e incluso se pretendió que si los niños gastaban su mensualidad para comprar pornografía, la consecuencia más inmediata sería el mejoramiento de su higiene dental. Es evidente, los niños se sienten en general mucho más cómodos que los adultos cuando hay que hablar de pene, de vulva, de ano, de pipí y de caca, mientras que la molestia es uno de los elementos esenciales que fundan el atractivo de la pornografía.

Jarvie sugiere que, justamente, es esta familiaridad de los niños con el sexo lo que es percibido como molesto y que viene incluso a constituir una amenaza para el mundo adulto. Hoy ya sabemos (no sin sorpresa y con alguna resistencia): los niños no viven para nada esa especie de pureza virginal que a los adultos les gusta atribuirles. Son más bien perversos polimorfos, a la vez exhibicionistas y mirones, atraviesan períodos homosexuales, coprófilos y zoófilos. La sexualidad infantil busca explorar todas las variantes y se niega a las barreras

de lo masculino y de lo femenino, de lo oral y de lo anal, hasta los límites mismos de la especie. No reconoce todavía ninguna regla ni ha aprendido la normalidad ni los buenos modales. En una palabra, la sexualidad infantil es un insulto a la civilización.

En resumidas cuentas, la sociedad siente la necesidad de protegerse, y su autodefensa toma una vez más la forma de una protección impuesta al otro. Se pretende proteger a los niños de la sexualidad de los adultos, pero es el mundo civilizado el que necesita protegerse de la sexualidad de los niños. Puesto que la sexualidad infantil, tanto como antes la de las mujeres, de los pobres o los salvajes, presenta un desafío que podría desmitificar el sexo, demostrar el carácter represivo de la sexualidad de los adultos y tal vez dentro de poco significaría correr el riesgo de poner en peligro a la familia, a la escuela, a la religión y luego finalmente a toda posibilidad de llevar una vida formal. En una palabra, de nuevo esta misma pornografía, que no tiene efecto sobre nosotros, deberá ser prohibida a los otros, los cuales podrían reaccionar mal, pero que, por sobre todas las cosas, son nuestras más fecundas fuentes de preocupaciones.

Es posible, por lo tanto, clausurar este largo sobrevuelo de los debates públicos subrayando una evidencia: la pornografía se vuelve un problema cuando ella amenaza con dar rienda suelta al enemigo público, a los desviados, a los retrasados, a los incultos, a los bárbaros y a todos los demás parias del buen orden social. Y si la mayoría de los contendientes que discuten de pornografía aprovechan para atraer la atención acerca de todos los peligros que ella representa, es que sólo se habla verdaderamente de pornografía bajo la amenaza.

SEGUNDA PARTE

LECTURAS NOTORIAS

CAPÍTULO 3

UN VISTAZO A LA HISTORIA 1500-1900

"Pornografía" es el nombre que le dierona esa zona extraña en que el caossubsiste en el interior del orden.*Walter Kendrik* [173]

A primera vista, la pornografía parece incomprensible para quien no conoce también la historia de la sexualidad, del erotismo, de la censura y de las relaciones entre los sexos. Pero también está la historia de la belleza y de la seducción, del pudor **y** del conjunto de las relaciones con el cuerpo. Luego habría que agregar la historia del espectáculo, de las artes en general y la de los sistemas de comunicación. También la historia de la familia, de la educación y la creación cultural de la adolescencia, la historia de la vida privada, de la moral **y** del derecho. Siguiendo así se llegaría a trazar con bastante facilidad un lazo entre el origen de la pornografía y el día en que Colbert decidió volver más derechas las calles de París y más geométricos sus barrios, lo que tuvo por efecto acelerar la circulación, tanto que la vía pública se volvió poco segura para los niños y el cuidado y la educación de estos últimos, anteriormente garantizados por la colectividad, fueron progresivamente ocupados por la familia, lo que pronto alentó una forma de aislamiento moderno que constituye tal vez un jalón esencial del fenómeno actual de la pornografía. De alguna manera, el fenómeno no es probablemente separable de la evolución de los sistemas de calefacción, puesto que la falta de confort de las casas antiguas incitaba poco al libertinaje. En una palabra, es toda la historia social que subyace en nuestro tema y nada de lo que pasó le es totalmente ajeno. Pero al mismo tiempo, siempre hay que desconfiar de las correlaciones, pues la pornografía evidentemente se desarrolló al margen, paralelamente a centenares de otras transformaciones sociales que no entablan con ella una relación de causalidad. Las fuentes y las causas de la pornografía jamás serán dadas por la historia, la cual no puede sino ofrecer materiales brutos que el análisis debe luego comprender. Una primera estupidez sería creer que la pornografía siempre existió y que alcanzaría con adivinar el secreto y vencer la discreción, para encontrarla en todas las épocas y en todas las culturas. A partir de los primeros perfiles que nos dejó la humanidad naciente, cubriendo sus grutas con ilustraciones de animales y de mujeres gordas desnudas, y sin querer perjudicar las intenciones de los escultores de Cro-Magnon, pretender que el erotismo existe desde los orígenes sería un grosero pleonasmo para una especie animal cuya reproducción biológica es sexuada y que debe, por lo tanto, para sobrevivir, asegurarse de que haya atracción entre un número suficiente de sus miembros machos y hembras. Por supuesto, todas las culturas han hablado de sexo en todos los tonos.

Y algunos discursos como la pornografía parecen no haber tenido nunca otra meta que la estimulación. Si son necesarios los ejemplos, se cuenta que en el año 513 antes de nuestra era, un funcionario chino enredado en un proceso envió al juez, con la esperanza de corromperlo, un conjunto de bailarinas desnudas;[174] todos conocen la anécdota de la hija de Herodes, que por una danza sin duda muy lasciva consiguió hacer perder la cabeza a Herodes y luego a Juan Bautista; en la tradición occidental, la primera obra francamente pornográfica sería los *Diálogos de Cortesanas,* de Luciano, redactados entre 150 y 180 después de Jesucristo.[175] En una palabra, excavando la historia de las obras eróticas de la humanidad se encontrará con bastante facilidad todo lo que se busca. Pero al diluirla, se perderá por el contrario lo que hace a la especificidad de la pornografía moderna, un producto de consumo de masa exclusivamente centrado en la estimulación sexual. Es como si se sostuviera que alcanza con hablar de alimentación para comprender lo que distingue realidades tan diferentes como la de comer un animal salvaje que ha sido cazado por uno mismo, una verdura de su jardín o el alimento vendido en una bolsa de plástico. En efecto, hay que considerar como un hecho adquirido el que la pornografía constituye un fenómeno moderno debido a dos rasgos principales, que, por lo demás, son muy simples: su disponibilidad masiva y la separación que ella ejerce entre el sexo y el resto de la experiencia humana. Mientras que la mayoría de los productos eróticos de otras épocas eran o escasos o reservados a los poderosos, o inscriptos en contextos de celebraciones religiosas, de victoria militar o de carnavales, dándoles así un sentido muy distinto.

Parece posible contar el nacimiento de la pornografía de al menos dos maneras que no son históricamente del todo concordantes. Se la puede tratar como una etiqueta, es decir como un reconocimiento social, y hacer la historia del uso de la palabra o definir las características principales del fenómeno para luego intentar situar su emergencia.

Los que siempre han sospechado que la etimología no era muy a menudo más que un ejercicio después de todo fútil, deberían interesarse en el caso de la palabra "pornografía". Corrientemente se repite que el origen de la palabra es griego, pero sin precisar siempre que su redescubrimiento moderno proviene de una única mención en el *Deipnosophistai* del cronista Athenaeus, el cual, como su título lo indica, ofrecía un "banquete" de comentarios eruditos y sofisticados sobre su época. Puesto que entre otros temas, Athenaeus trata la prostitución, se convierte así en un grafista del porno. Sin embargo, no se sabe realmente si el sentido original de la palabra griega hacía referencia a historias contadas por prostitutas (que gozan todavía de la reputación de estar bien informadas acerca del verdadero rostro de los ciudadanos) o incluso a los relatos de las prácticas de la prostitución, o si se trata más bien de obras que tratan acerca de la prostitución. Es en este último sentido (pero tal vez sin conocer a Athenaeus) que Restif de la Bretonne publicó en 1769 una obra titulada *El Pornógrafo,* en donde proponía discutir un programa de control social y la regulación estatal de la prostitución. Comprendidos como textos que tratan acerca de la prostitución, el informe de la Comisión Fraser y sin duda varios otros informes en los anaqueles de muchos ministerios serían en resumidas cuentas obras pornográficas por excelencia. No obstante, la palabra es ambigua y de la descripción de la prostitución era fácil pasar a la descripción de las prostitutas y de sus actividades.

Según Walter Kendrick,[176] la palabra ha sido retomada en el siglo XIX por la historia del arte y por la arqueología, que necesitaban un término nuevo para designar todos esos objetos obscenos que las excavaciones de Pompeya descubrían a un ritmo inquietante. De allí a la aceptación del término "pornografía" como producción de cosas obscenas que la Academia Francesa reconoce en 1842. Y así, durante casi todo el siglo XIX, diversas obras (entre ellas los principales diccionarios y los tratados de medicina) retoman el segundo sentido de la palabra con, a veces, la distinción (muy precisa en el *Littré* de 1866 y en el *Oxford English Dictionary)* entre el pornógrafo, como comentador de la prostitución, y la pornografía, producción de obscenidades. El sentido de la palabra se reduce progresivamente y sin desviarse a lo largo del siglo XX a la única representación de cosas obscenas. Por lo tanto, concluyó Walter Kendrick, el fenómeno que designamos con el término "pornografía" es una invención, reciente puesto que el diccionario de Samuel Johnson de 1755 no hace en lo más mínimo mención de él. Y las sociedades no denominan habitualmente más que lo que las concierne.

Si se procede no ya por etiqueta sino por el género y contenido de las obras, el origen de la pornografía es un poco más alejado.

David Foxon afirmaba que la historia de la pornografía moderna empieza con la obra de Pietro Bacci, llamado el Aretino, nacido en el famoso año 1492[177] y del que Alexandrian habla como de "la encarnación del erotismo literario".[178] Personaje notable, amigo íntimo del Papa Clemente VII y de varios de los Médicis, autor temido por mala lengua, mentiroso y experto en chantaje, escritor obsecuente que habla bien de quien le paga, gozador desenfrenado y ciudadano generoso, todo el mundo sabía que era cobarde, pícaro e indecente, pero todo el mundo se dirigía a él con el sobrenombre de "Divino". Sus pocas obras eróticas tuvieron un considerable éxito más allá de las fronteras de Venecia y varios años después de su muerte en 1556. Hizo escuela, por lo menos en el sentido de que después de él numerosos autores buscaron vender sus propias obras pretendiendo que habían sido escritas de la mano del maestro y mereció incluso la paternidad de un género literario llamado aretinesco, el cual, un poco en todas partes en Europa, se había vuelto sinónimo de relatos escabrosos de acrobacias sexuales. Pero la importancia del Aretino, primer autor popular de la era moderna, no se limita a su fama. Su obra marca un giro crucial y hace entrar a la pornografía en una vía de la que no se desvió nunca desde hace quinientos años. Y justamente es en esta novedad, que continuará afirmándose después del Renacimiento italiano, que se descubre la originalidad de la pornografía moderna y, por lo tanto, lo que la distingue de todas las demás expresiones del erotismo. Ahora bien, notemos en principio que, a pesar de lo que dicen a veces los historiadores del género, en vano se buscaría esta novedad en el contenido: por supuesto, la lengua y las expresiones cambian, los temas no son ya los mismos y algunos aspectos de la descripción se vuelven a menudo más precisos, pero el Renacimiento italiano no inventó nuevas formas de hacer el amor, y el sexo que cuenta el Aretino no es realmente diferente de lo que ya habían dicho Boccaccio, Luciano e innumerables canciones atrevidas de la Edad Media. La novedad está en otra parte y ella se vuelve más impactante a partir del instante en que se deja por un momento el género erótico.

El 31 de octubre de 1517, Martín Lutero daba cuenta de sus tesis protestantes en la

puerta de la capilla de Wittemberg. Y si era necesario elegir un gesto ejemplar para marcar el principio de la era moderna, éste sería probablemente más elocuente que la publicación de las obras del Aretino. Porque el éxito popular instantáneo que conoció Lutero ofrece uno de los primeros testimonios de la muy profunda revolución que provocó la imprenta: en quince días Alemania entera sabía quién era Lutero y se conocía en todas partes su célebre retrato.[179]

Las comunicaciones se encontraban trastornadas, pues por primera vez una obra podía ser rápidamente diseminada, traducida y conocida más allá de las fronteras. Pero, sobre todo, la obra estaba investida por una permanencia contra la cual no podían nada los censores más feroces ni los quemadores de libros. La imprenta confería a la vez un poder nuevo y considerable, de manera que, gracias a las placas tipográficas, la pluma se volvía por fin más fuerte que la espada. Es lo que permitió a Martín Lutero lanzar la Reforma y al Aretino enriquecerse. Sin imprenta, Lutero y su recuerdo probablemente habrían perecido como tantos otros desconocidos en alguna hoguera, y el Aretino habría desempeñado el papel del obsesivo del pueblo.

Evidentemente, el gesto de Lutero marca además el nacimiento del protestantismo, que proponía una filosofía religiosa y una cosmología que no son tal vez ni la fuente ni el reflejo del espíritu del capitalismo, pero que se acomodaron no obstante muy fácilmente a las transformaciones que debía conocer Occidente. Con Lutero, aparecen algunos de los primeros jalones de una separación entre la Iglesia y el Estado, incluso los de una distinción más estrecha entre religión y política que se acentuará progresivamente en los siglos siguientes. La producción de obras eróticas debía seguir esencialmente el mismo camino.

Sería absurdo querer resumir en algunas líneas más de cuatro siglos de historia, ¡sobre todo en momentos en que la ciencia histórica ha avanzado suficientemente como para consagrar mucha energía al estudio de lo infinitamente pequeño! Pero lo esencial consiste aquí en decir justamente que es poco lo que pasó desde fin de octubre de 1517, y que la producción pornográfica moderna ya estaba allí, si no dada, por lo menos previsible a partir del Renacimiento. Hubo progresión e intensificación considerables, pero siempre en la misma dirección.

Hay que decir que la pornografía era más bien limitada. Hasta hace muy poco las obras de arte, los grabados, las ilustraciones y los espectáculos eróticos eran escasos y sobre todo costaban muy caros. Alexandrian, a pesar de su noble prejuicio hacia la "gran literatura", tiene razón al afirmar que "toda la literatura erótica europea puede limitarse a un centenar de obras de arte griegas, latinas, francesas, italianas, inglesas, alemanas. Una vez que se las ha estudiado, todo el resto no parece más que inútiles repeticiones: sus autores han fijado las leyes del género."[180] Los límites parecen haber sido alcanzados muy rápidamente y se podría decir que la pornografía conoció un desarrollo de algún modo similar al del cine, que desde Eisenstein no sería más que inútiles repeticiones. Desde que el Marqués de Sade decretó que el único verdadero placer en la vida era culearse a alguien a quien al mismo tiempo se le corta muy delicadamente la cabeza de manera de provocar algunas deliciosas contracciones del ano, parece difícil agregar algo a ello. En lo que concierne al contenido, es decir, tanto las acrobacias complejas como las simples relaciones humanas, se diría que el

agotamiento llegó muy rápidamente. Sin olvidar que la mayoría de los grandes temas estimulantes y las obsesiones particulares siguieron siendo el reflejo bastante estable de una concepción occidental de la sexualidad, que probablemente apenas cambió desde el siglo XV. Siempre la misma fascinación por el cuerpo, sobre todo femenino, el atractivo del voyeurismo, la importancia del pudor que multiplica las escenas de baño y las miradas escondidas, el fetichismo de los senos, y así seguidamente, hasta mostrar, como lo dice Jaques Solé, la represión y el temor del sexo, la ignorancia, la culpabilidad que dan cuenta de una cultura prisionera de una sexualidad encarcelada y que traiciona las secretas obsesiones de los machos de su clase dirigente.[181] A lo largo de toda la historia de la pornografía occidental, estas mismas historias vuelven, se desarrollan y se responden. Habría allí materia para muchos análisis del contenido y todo un psicoanálisis. Lo que cambió, por el contrario, es a veces el tono del relato pero, sobre todo, el lugar que la pornografía llega a ocupar y su prodigioso éxito social.

Como para muchos otros placeres, según lo que dicen los historiadores, entre 1500 y 1750 la pornografía parece haber sido un lujo reservado a una élite muy restringida. La imagen que se pinta de su consumo muestra una sucesión de aristócratas, de cortesanos y de gentiles hombres, de gente rica y a menudo ociosa que ya no tiene más que la preocupación de divertirse y de pasarla bien. Las anécdotas se parecen y son conocidas: el Papa Alejandro VI, que al final de un banquete en vísperas de la fiesta de Todos los Santos de 1501 se dedica a mirar a unas cincuenta cortesanas desnudas mientras juntan en cuatro patas las castañas que les tira; el duque de Alençon, que hace beber a sus amigas en una copa cincelada que representa escenas de bestialismo; los bailes en la corte de Enrique IV, quien estimula el *strip-tease;* hasta el teatro erótico clandestino en el París del siglo XVIII, que presentaba comedias burlescas en que los gestos y las tiradas dejaban entender todo.[182]

Todos estos detalles pueden ser interesantes pero no tienen nada de sorprendente, pues desde siempre las personas ricas y poderosas pudieron esquivar las leyes de la conveniencia y de la moralidad. Los juegos eróticos de los caballeros de la Fronda y las marquesas libertinas de Luis XV no tienen el mérito de haber realmente innovado mucho con respecto a los espectáculos que ya apreciaba en su palacio el gran turco Solimán II, llamado el Magnífico, o mucho tiempo antes el emperador Tiberio. La revolución pornográfica evidentemente vendría de otra parte.

Mientras la Regencia se libraba al desenfreno, otros europeos se convertían en peregrinos y ponían un pie en Nueva Inglaterra para comenzar allí una nueva vida regida por austeras reglas morales fundadas en el respeto por la familia y el amor al trabajo. Esas personas estaban avanzadas en su época. Mientras Europa se estaba formando a golpes de guerras atroces y de nacionalismos impuestos, mientras la Reforma y las múltiples contrarreformas luchaban y los censores oscilaban entre la represión severa y la despreocupación aparentemente total, la familia progresivamente se volvía la célula social elemental e indivisible. Mientras que las élites se transformaban por aburrimiento o por buen gusto en apóstoles del libertinaje, el 80 por 100 de la población de Francia estaba compuesta por campesinos que todavía llevaban una existencia muy exigida en un país en el que la esperanza de vida no superaba los veintidós años; el 80 por 100 de los franceses no tenía

medios para ofrecerse un teatro erótico ni copias ilustradas de las obras del Aretino ni tampoco libros de ninguna especie, y el único recurso, la obscenidad, todavía tenía la forma tradicional de canciones gallardas y de chistes verdes.

El giro esbozado con el Aretino arrastró a la literatura erótica en dos sentidos a veces contrarios, pero que más tarde iban a transformarla en consumo de masas. Por un lado, hay en su obra un lado crítico y burlón de las costumbres de la época, lo cual lo convierte en uno de los primeros chismosos escabrosos del mundo moderno. Muchos otros antes que él se habían burlado del poder y de los poderosos, mostrándolos desnudos, impotentes o perversos, pero el Aretino se distingue de sus competidores por ser el primero en alcanzar el éxito social mientras muestra el desatino por el sexo. El cambio es todavía más aparente en Inglaterra, cuando cerca de mediados del siglo XVII Carlos II abolió los tribunales eclesiásticos y decidió que a partir de entonces el Estado tratara los divorcios y asuntos matrimoniales.[183] El crimen entonces está separado del pecado a partir del momento en que los procesos se vuelven públicos, el auditorio puede conocer todos los detalles de los adulterios, de las impotencias y de las perversiones invocadas para obtener el divorcio. Al mismo tiempo, nace una prensa especializada que cuenta todos esos crímenes con mucha minucia y cuando ello es insuficiente para sobrevivir en un medio en que reina un feroz espíritu de competencia, dicha prensa no duda en adornar los relatos agregando algunos detalles y dejando mucha libertad a la imaginación pornográfica. Incluso se publican ilustraciones que sirven para hacer comprender mejor; un ejemplo que causó mucho ruido en la época muestra cómo se las arregló el duque de Cumberland para cometer el imperdonable adulterio con lady Grosvenor. Había allí una mezcla infalible de ganas y de escándalo, y esos procesos parecen haber apasionado a la opinión pública durante semanas, al punto tal que a fines del siglo XVIII los kioscos de Londres rebosaban de diarios de ese tipo.

A los informes judiciales se agregan numerosos reclamos por burdeles, servicios de prostitución de los dos sexos y para los dos sexos, afrodisíacos y remedios milagrosos contra las enfermedades venéreas. En la misma época, la prostitución londinense estaba en su apogeo y se practicaba a menudo en lugares públicos y aparentemente sin gran cuidado por disimularse. La moda vestimentaria quería ser lo más sexy posible, los clubes privados ofrecían servicios de flagelación para gentlemen, y en el teatro deMme. Hayes se prometía el espectáculo de "doce ninfas soberbias, vírgenes sin mancha que presentarán la famosa fiesta de Venus como se la celebra en Tahití según las enseñanzas y bajo la dirección de la reina Oberea (cuyo rol será actuado porMme. Hayes en persona)".[184] Finalmente, las actas de los procesos ya no alcanzan, y en el siglo XVIII también se da nacimiento a las primeras verdaderas novelas pornográficas de la literatura inglesa, entre las cuales debe citarse una obra completamente ejemplar, la célebre *Memoirs of a Woman of Pleasure,* de John Cleland, al que volveremos después de un corto paréntesis.

Esta aparente omnipresencia de la pornografía en el Londres de fines del siglo XVIII termina por atraer la atención y suscitar la inquietud no sólo de los grupos habitualmente opuestos a toda expresión pública de la sexualidad, sino de aquellos a quienes la época preocupaba por la demografía. Thomas Malthus acababa de mostrar de manera muy convincente que el crecimiento de la población era más fuerte que el aumento de fuentes

alimenticias, y todos sabían, por lo demás, que los pobres se reproducen más rápidamente que los ricos. Fácilmente se comprendía el riesgo social que significaba dejar deteriorarse sin límite las condiciones de vida de los pobres, para quienes los niños representan un fardo cada vez más pesado, y que, por lo tanto, se dirigen inexorablemente hacia la miseria y el hambre en una economía nacional que ya no tenía la capacidad para absorberlos. Por lo tanto, había que convencer a los pobres de limitar el número de sus embarazos por la contracepción o reduciendo su actividad sexual. Ahora bien, he aquí justamente lo que encontraba una desgraciada estimulación en todo ese ambiente pornográfico. Estas preocupaciones nacionalistas de la clase dirigente han contribuido en Inglaterra a poner un freno brutal a las actitudes liberales del siglo XVIII, período al que los británicos bautizaron orgullosamente con el nombre del *Enlightenment*.

Durante ese tiempo, en Francia, la irrisión del poder se volvía evidentemente mucho más seria. Se describía con detalles las costumbres sexuales verdaderas o imaginadas de las personas de la corte y principalmente la impotencia de Luis XVI y el lesbianismo de María Antonieta, con la esperanza de hacer fortuna o con el objeto de ayudar a la marcha de la revolución. Esta debía pasar por el odio hacia esos dirigentes, que no pensaban más que en divertirse, en el hundimiento, mientras comían bollos cuando el pueblo se moría de hambre. Alexandrian cuenta que el rey envió a Beaumarchais en marzo de 1774 a comprar a precio fuerte los 6.000 ejemplares de cuatro volúmenes ilustrados de las *Memorias Secretas de una Mujer Pública,* que daban todas las razones para creer queMme. du Barry estaba en la cama con una persona muy vulgar.[185] Cuanto más se acerca el triunfo de la revolución, menos medios tiene el rey para soportar los escritos sediciosos y las obras se vuelven más atrevidas y explícitas: *Los furores uterinos de María Antonieta, mujer de Luis XVI* (1791), *La vida privada escandalosa y libertina de María Antonieta desde la pérdida de su virginidad hasta el primero de mayo de 1791* (en dos volúmenes), etcétera. Cuando finalmente la revolución pase a los actos, a veces hará sufrir a los culpables allí justamente en donde más gozaron; es así como en septiembre de 1792 a la Princesa de Lamballe le cortaron la cabeza, y sus órganos sexuales fueron cortados y luego arrastrados hasta frente a la prisión en donde su buena amiga María Antonieta estaba detenida.[186] El buen pueblo de París se había apoderado de los valores, de los placeres y de la libertad sexual del antiguo régimen aristocrático; se había pasado del simple y muy antiguo placer de imaginar la desnudez de los poderosos al de decir abiertamente aquello que mucho les gustaría hacer, hasta las azotainas públicas y la exhibición de su sexo al pie de una estaca. Fuera atacando los conventos de religiosas o sodomizando a los jóvenes de Bicêtre en septiembre de 1792, la revolución daba el ejemplo de que la reestructuración política del país podía expresarse a través del sexo y que el poder de seducir y de violar había en efecto cambiado de campo. Pero otros, que tenían sueños más utópicos, incluso creyeron que la revolución democratizaría el libertinaje y que el pueblo entero podría a partir de entonces entregarse a los placeres refinados de la decadencia aristocrática. El siglo XIX rápidamente iría a calmar los ardores y a apagar esas grandes esperanzas. No sólo simplemente por una suerte de reflujo puritano contra la inmoralidad del Antiguo Régimen, sino como continuación a la otra innovación y la segunda ola de fondo inscritas en el corazón de la obra erótica del Aretino.

Poco importa aquí la justeza de las denuncias obscenas de numerosos panfletos

revolucionarios. Luis XVI tal vez era sobre todo un aburrido personaje, y es posible que se haya exagerado un poco en cuanto a los excesos aristocráticos del siglo. Lo esencial reside en el hecho de que se había vuelto posible ganarse la vida vendiendo pornografía. Debido a que se imponían ahora nuevos medios para imprimir y para distribuirla, y debido a que ya no era ni siquiera necesario estar bajo la protección del poder, pero sobre todo, debido a que existía un vasto mercado de compradores dispuestos a pagar a menudo caro ese tipo de obras. Se asistía a la conjunción de dos tendencias: mientras que desde siempre había sido divertido aunque arriesgado denunciar el poder burlándose de él, es el sexo mismo quien poco a poco se volvía atractivo. Aparentemente las dos tendencias se contradicen, puesto que en el primer caso la persona es más importante que su sexo, mientras que en el segundo caso basta con que el sexo en sí mismo sea bello, poco importa a quién pertenece.

En 1749 aparecen en Londres las *Memoirs of a Woman of Pleasure,* las que más tarde se recordarán como las Memorias de Fanny Hill, de un autor cuya importancia no siempre será apreciada por los críticos (sobre todo franceses). John Cleland cuenta en su novela las aventuras de una joven campesina, que, huérfana, llega a Londres, y en su infinita ingenuidad y sin darse cuenta al principio, se convierte en una prostituta. Fanny Hill lo logra notablemente bien, y a pesar de numerosos obstáculos y de innumerables aventuras termina su carrera muy rica y muy amada. El tema desde entonces fue retomado mil y una vez, pero el texto original de Cleland marca una innovación capital. Por un lado, tal como lo demostró Douglas J. Stewart,[187] las descripciones eróticas de Cleland dejan de lado toda referencia a los pequeños pájaros para más bien extraer sus metáforas a los muy improbables mundos de las minas, de la manufactura y de los bancos. El sexo del hombre se vuelve un "arma", una "herramienta", una "palanca", un "resorte", el de la mujer una "mina", las relaciones sexuales son la "ingeniería" el "trabajo" y el "laburo". La prostituta se transforma en "máquina" y sus actividades pertenecen al mundo de la inversión y de la colocación: Fanny Hill describe cómo la encargada del burdel en el que ella trabaja vigila el mercado con el objeto de reclutar nuevas "mercaderías" para "el uso" de sus "clientes" y su propio "provecho"; ella "regatea" la virginidad de sus empleadas; habla de la necesidad de asegurar una viva "circulación" de chicas para el bien del "comercio". Y así sucesivamente. Lo importante es que Cleland emplea todos esos términos y describe el nuevo orden social 20 años antes de que Adam Smith escribiera *La Riqueza de las Naciones*. Las descripciones de los jugueteos sexuales de la heroína tienen el tono de los *time and motion studies* que más tarde iban a trastornar de manera tan profunda el trabajo en las fábricas. Como si el sexo hubiera sido industrializado antes que todo lo demás, lo que confirmaría el hecho de que la prostitución realmente fue un oficio precursor.

El mundo occidental se estaba encaminando hacia una profunda transformación, ya anunciada por la segunda innovación del Aretino, que fue la de detenerse para describir (fríamente dirán algunos) el sexo en sus gestos y sus detalles como una actividad autónoma y atrayente que podía ser extraída de su contexto moral, jurídico y social. Y ello al mismo tiempo que se observaba en los siglos XVII y XVIII la ruptura progresiva de los lazos que habían unido siempre a las personas ordinarias y a aquellos para quienes trabajaban y que, por primera vez en la historia, el trabajador dejaba también de ser el hijo de un amigo y de un cuñado potencial, un aliado político y un buen creyente. Hecho nuevo, el hombre es juzgado

ahora en principio y antes que nada en base a la cualidad de su trabajo. Todo buen trabajador debe ser en principio eficaz y regular, lo que garantiza que su producto será de calidad. A partir de entonces, el resto tiene menos importancia: el trabajador se distingue de su empleador, pues su relación social, al volverse contractual, se simplificó mucho y también se separó de su producto que, a partir de entonces, le importa menos que su salario. La ruptura en el mundo del trabajo lleva a otras rupturas: la mano de obra y el capital se vuelven más móviles, el dinero y los empleos se desplazan y las personas están forzadas a seguirlos. Las familias parecen más frágiles, las comunidades se desmoronan. Fanny Hill pertenece al mundo industrial, una trabajadora del sexo cortada de sus orígenes, que se preocupa por su eficacia para procurar placeres y que sabe que será evaluada según su capacidad profesional. El sexo está así transformado en competencia técnica, en la medida en que la pequeña campesina ingenua la adquiere para luego perfeccionarla, al punto de acrecentar considerablemente su valor comercial.

Fanny Hill se vuelve al mismo tiempo indiferente frente a sus clientes y a sus patrones y ya no la preocupan sino su propia carrera y su propio progreso. Mide sus gestos, evalúa los riesgos y calcula las probabilidades pues está planificando su futuro. Da cuenta entonces de un notorio cambio en las mentalidades que lleva a los trabajadores especializados del siglo XVIII a comprender por primera vez de manera concreta que verdaderamente tendrán la posibilidad de mejorar su suerte y de progresar socialmente gracias a su única competencia, sólo si logran vender su trabajo lo más caro posible. La historia tiene un final feliz y la pequeña huérfana alcanza relativamente rápido un retiro tan confortable en el plano material como apacible en el plano moral. Fanny Hill representa tal vez la primera imagen moderna de una *self made woman*.

El hecho de que se tratara de una mujer llama a otro comentario. Es en efecto la aparición de un personaje femenino hasta entonces desconocido: liberada de su familia de origen, Fanny Hill no sufre ningún encierro doméstico. La maternidad no entra en sus planes, sus relaciones con los maridos potenciales son siempre esencialmente financieras y ella se preocupa en principio y antes que nada por su carrera, sin molestarse en juzgar todo acto a la luz de sus intereses. Para Angela Carter, que sobre todo se interesó en los personajes de Sade, se encuentran en la obra de este último los primeros ejemplos de mujeres liberadas de la literatura moderna;[188] la célebre e infame Juliette de Sade comprende enseguida que su sexo puede servirle de mercadería y que no se puede escapar a la esclavitud más que volviéndose uno mismo un tirano. En una palabra, a través de todas esas páginas en que están descriptos los jugueteos sexuales, las heroínas afirman sin descanso el credo de un individualismo que será bautizado "burgués" algunos años más tarde. Lo que más sorprenderá es que ese discurso típicamente moderno sobre la eficacia objetiva y la competencia técnica de hecho habría aparecido en el campo pornográfico varios años antes de volverse la doctrina oficial de la industrialización económica. Como si enseguida se hubiese comprendido que la revolución industrial llevaba inevitablemente a la conmoción de la sexualidad y de las relaciones entre los sexos.

Es justamente a ello a lo que parece reaccionar el siglo XIX. A pesar de que a menudo es descrito como el período más glorioso del puritanismo burgués, a pesar de los vaivenes, de

la censura y de la moralidad victorianas, finalmente no pasó casi nada en el siglo XIX que pudiera hacer desviar la pornografía de su curso. Por el contrario, hubo una verdadera explosión de la producción pornográfica, que marca el principio de su consumo masivo y verdaderamente universal. Pero sobre todo, el siglo XIX muestra cómo es posible acomodarse con la contradicción.

La abolición del Antiguo Régimen y los principios de la revolución industrial planteaban una cuestión crucial que el dramaturgo Peter Weiss ha puesto de manera muy económica en la boca de los residentes del asilo de Charenton cuando le preguntan a Marat: "¿Para qué sirve una revolución sin copulación general?".[189] ¿Por qué el nuevo modelo industrial de la fría eficacia y del fraccionamiento de las experiencias no valdría también para el sexo? ¿Cuál es el proyecto sexual de esta revolución que transfiere a sus desviados de la Bastilla al asilo o al manicomio? La cuestión era de una lógica rigurosa que impedía toda escapatoria. El nuevo orden parece dudar, luego responde al mismo tiempo "sí y no". Esta respuesta contradictoria es la que marcará la mentira y el doble estándar durante casi todo el siglo XIX.

Por un lado, a través de las rápidas transformaciones sociales de la organización y de la industrialización aparecen nuevas formas que tienden a debilitar la familia y a minar las solidaridades tradicionales: el trabajo ya no se hace en la casa sino en la fábrica, el mercado del empleo es incierto **y** a menudo volátil, las fábricas abren y cierran según el juego del capital y los trabajadores deben desplazarse. Y como el trabajador típico se vuelve aquél que puede producir al menor costo, se toma a niños, a mujeres y hombres corriendo el riesgo de separar a las familias. Por otra parte, sin embargo, a través de esas mismas modificaciones del orden antiguo o de todas las nuevas jerarquías sociales, la familia sigue siendo un engranaje esencial del sistema. No sólo sirve para mantener intacta la riqueza de los nuevos ricos, sino que se ocupa de los trabajadores cuando son demasiado jóvenes, demasiado viejos o demasiado enfermos para ir a la fábrica. En dos palabras, en el corazón de la ideología política del siglo XIX, la familia funciona como la cuasi totalidad del régimen de seguridad social; y es por ello que las obras literarias más emocionantes del siglo cuentan la suerte de personajes a quienes la desgracia los dejó "sin familia".

Por lo tanto, lo que querían los locos de Charenton y aquello con lo que soñaban algunos utopistas parece impensable. Pero la cuestión sin embargo no desaparece, pues el razonamiento de los locos era imparable: si el ser humano puede trabajar según un horario regular, transformarse en fuerza de trabajo y automáticamente olvidar todo el resto de su existencia, también debe poder follar de la misma manera y con la misma mentalidad.

El dilema fue resuelto en principio por una redefinición de la distinción entre lo público y lo privado, distinción que terminaría marcando un contraste radical. La plaza pública era cada vez más una zona de tensión en que la competencia era absolutamente feroz y donde el éxito venía a comprobar la ley universal de la supervivencia de los más fuertes y de los más adaptados. Mientras que el universo doméstico representaba más que nunca el lugar apacible del confort y de la seguridad moral que procura el amor familiar. El contraste se encarna en la muy clara distinción entre el buen Dr. Jekyll y el malvado Sr. Hyde: por un

lado, la decencia y la moralidad inquebrantables de la familia piadosa y respetuosa de los valores fundamentales, el único lugar de expresión legítimo del amor verdadero; y por el otro, un mundo duro e inmoral, un mundo de vicios en donde todos los golpes están permitidos, que no tolera más que la victoria.

Las consecuencias de este nuevo modelo aparecieron rápidamente. La redefinición llevó naturalmente a la emergencia de nuevas instituciones y de nuevos comportamientos, de los que la larga lista incluiría tanto el nacimiento del fútbol moderno y la invención de la lencería fina, como la idea de una casa que sirve también de fuerte al hombre y si es posible debe estar separada por un cerco. Uno de los efectos más sorprendentes de esta separación fue que a lo largo de todo el siglo, al tiempo que aumenta considerablemente el conocimiento científico de la sexualidad humana, producto de la investigación de un saber racional y analítico, por lo tanto público y frío, la ignorancia privada de todo lo que se conoce con respecto al sexo sufre una progresión paralela. Con el resultado de que al final del siglo el cuerpo humano se había vuelto un objeto extraño, cuando no asqueroso, y de que una importante proporción de la población no sabía casi nada acerca de los mecanismos de la reproducción humana, salvo lo que contaba el folklore o lo que se dejaba entender a través de los silencios molestos de la buena compañía; y ello mientras que en otro lugar, ya en 1864, Gregor Mendel describía los principios fundamentales de la genética moderna.

No sólo la sexualidad no escapó a esa mezcla revolucionaria de las ideas, sino que se hizo de ella un lugar privilegiado para la puesta en orden de la sociedad. Por ejemplo, fue realmente en el siglo XIX que se terminó de definir plenamente el contraste ideal y más o menos permeable entre la mujer de la casa, reproductora a pesar de su falta total de sexualidad, madre casta y esposa virtuosa, sólida guardiana de la moralidad, preservadora de la cultura y piedra angular de todo el edificio social y, por el otro lado, la chica pública, la chica de la calle, indecente y desvergonzada, mujer sexy y estéril, seductora, sensual y fatal. La sexualidad doméstica debía servir a la reproducción y, tal como lo afirmaba Alice Stokham, un marido que exigía el acto conyugal con otros fines que el asegurar su posteridad, transformaba a su esposa en una vulgar prostituta.[190] En el mismo momento había en Londres tantas prostitutas que el oficio constituía la cuarta fuente más importante de empleo para las mujeres.[191] Mientras que el rol del hombre consistía en ser menos virtuoso que la mujer de la casa y demasiado débil para resistir a la chica de la calle. Estaba condenado a admirar y a desear a las dos a la vez, pero también a ser el único en gozar de una movilidad que le permitió frecuentar a las dos mujeres a veces en el curso de un mismo día.

A menudo se acusó a la moralidad burguesa del siglo XIX inglés de haber sido profundamente hipócrita. Porque en el momento en que se sostenían los discursos oficiales más perfectamente púdicos y jansenistas, Londres nutría a miles de prostitutas de todo tipo, las enfermedades venéreas tomaban la amplitud de epidemias y varios burdeles se especializaban en los servicios de flagelación para antiguos estudiantes nostálgicos. Debido a que bajo el reino de la muy severa reina Victoria la pornografía conoció un desarrollo muy considerable, y debido a que Sir William Gell y John P. Gandy lograron la considerable hazaña de publicar una guía ilustrada de las expediciones de Pompeya en dos espesos volúmenes, sin hacer ni una sola mención a las obras eróticas de la antigua ciudad,[192] todo

ello lleva a ciertos comentaristas a afirmar un poco rápidamente y sin ninguna prueba convincente, que en general la pornografía se aprovecha de la censura o, por lo menos, como lo indica claramente el título de la célebre obra de Steven Marcus,[193] que existían otros victorianos además de Victoria.

En realidad, parece más bien que la hipocresía aparente de una doble y evidentemente contradictoria solución haya sido aceptada, sobre todo porque servía para esconder y volver tolerable una contradicción mucho más profunda. El puritanismo rígido y la pornografía no representan más que dos inseparables aspectos de una medalla que se responderán eternamente según el azar de la historia. Constituyen los dos términos de una contradicción que el siglo XIX había construido y que no conseguía resolver.

En primer lugar, había que afirmar que es más importante trabajar que hacer el amor. Esperar convencer a las personas, que creían cada vez menos en la predestinación inmutable y en una voluntad divina, que el progreso era un objetivo válido, que el desarrollo económico ofrecía el único destino pensable y que el éxito material aportaría la verdadera recompensa (es entonces que apareció la idea según la cual la "economía" no sólo era importante sino que existía verdaderamente como el sector distintivo de la actividad.) Estas ideas han sido tan a menudo repetidas en todos los tonos desde hace ciento cincuenta años, que se olvida hasta qué punto podrían haber aparecido descabelladas para los desenfrenados ojos de la Regencia. Pues la clase burguesa que tomó entonces el poder adoptaba una moralidad que en gran parte buscaba reaccionar a los excesos condenados de una aristocracia que ya no conseguía justificarse. Puesto que tanto el placer como la haraganería no pueden ser más que perjudiciales para la productividad y que, para otorgarle al trabajo y al esfuerzo honesto su verdadero valor, había que prohibir el derecho a lo superficial y enseñar a desconfiar de lo que no es más que un gasto inútil. Desconfiar del gesto que no sirve para nada. (En Quebec, como en muchos otros países, uno de los efectos más irremediablemente visibles de esta revolución fue erigir la fealdad en sistema, tanto en arquitectura como en urbanismo, puesto que la estética pertenecía entonces a lo superfluo.)

Por otra parte, en el preciso momento en que emergía la inmoralidad total del mercado capitalista, la sociedad parece haber tenido más que nunca necesidad de confirmar la muy profunda moralidad de la suavidad del hogar familiar. Era posible consolarse por los centenares de trabajadores hambrientos y por enviar a los niños a las profundidades de las minas siendo en la casa un buen padre cristiano y misericordioso. La idea habría parecido extraña sin duda a César Borgia.

A partir del momento en que se sostiene que la economía constituye un sector autónomo motor de todo el resto, se insiste -sin que nunca se den cuenta- en la importancia de ese "resto". Y puesto que probablemente es siempre difícil hacer creer a cualquier persona que la sexualidad humana es secundaria, el siglo XVIII a menudo tiene el aspecto de un siglo obsesionado por el sexo. Había que conjugar la amenaza, definir las prioridades y restituir el sexo, del cual se aprenderá a hablar demasiado o demasiado poco en el orden económico nuevo. Nunca el sexo habrá sido tomado tan en serio. Michel Foucault sostenía que es en esta época en que el sexo se volvió más que un medio de reproducir la especie o la oportunidad de

procurarse placer para adquirir el status de una dimensión esencial de la experiencia humana en que se creía poder encontrar alguna verdad profunda. Los comportamientos sexuales, a partir de entonces, son percibidos como reveladores de todo el resto de la personalidad, y la actividad sexual se vuelve el lugar ideal para la expresión del orden social:

En el siglo XIX, la sexualidad es perseguida hasta en el más pequeño detalle de las existencias; es acosada en las conductas, perseguida en los sueños; se sospecha de ella en las menores locuras, se la persigue en los primeros años de la infancia; se vuelve la clave de la individualidad, siendo a la vez lo que permite analizarla y lo que vuelve posible adiestrarla. Pero también se la ve convertirse en el tema de operaciones políticas, de intervenciones económicas (…), de campañas ideológicas de moralización o de responsabilización: se la hace valer como el índice de fuerza de una sociedad, revelando también su energía política, así como su vigor biológico.[194]

La represión alcanza su apogeo invadiendo toda la vida, desde la religión hasta la vestimenta, ante la desconfianza por los posibles o imaginarios abusos del cuerpo. Y todo lector de Foucault aprendió a reconocer allí un siniestro complot: la regulación del sexo era la ocasión perfecta para alcanzar a los individuos tanto en su cuerpo como en su espíritu, con el objeto de controlarlos mejor para luego manipularlos. Pero el mismo lector también puede desconfiar de Foucault por haber creído sinceramente en la existencia de un poder trascendente, largamente indefinido y a menudo invisible, pero que está allí, en algún lugar y en todas partes y que, sin ser Dios, extrañamente se le parece bastante.

Cuando, en realidad, la explicación más simple es tal vez la mejor. Recordando que los libertinos de los siglos precedentes habían erigido los juegos de seducción y del sexo al rango de ocupación principal, y habían creído así que la vida debería idealmente ser consagrada a los mejores desenfrenos, se quería guardar en la memoria que el pueblo había juzgado muy severamente la profunda obscenidad de tal comportamiento, en el cual la encantadora ociosidad y todos los placeres dependían de la miseria de las masas. El comportamiento sexual se había convertido así en el símbolo fácil de un rango social y de un orden político. Las nuevas clases dirigentes se veían encargadas de instaurar una reforma que comenzaba por afirmar que la vida no es un chiste y que el sexo, como todo el resto, debe ser tomado en serio; es sin duda por ello que la historia conservó y volvió famosa la tan característica cita de Victoria: "*We are not amused!*" La diversión, lo superficial y lo gratuito no encuentran su lugar en un mundo que sabe que está en un período de mutación. Un mundo que se está buscando y que a todas luces duda entre varios proyectos de sociedad, pero que por lo menos está seguro de no querer volver a ver los errores del pasado. Tomando el mismo tono que sus predicadores antiguos, que hacían creer que todo lo que no sirve para la gran gloria de Dios pertenece a lo superfluo, la revolución industrial erige como dogma la indiscutible primacía del progreso y del desarrollo. Todo gesto, cualquier acto, debe obligatoriamente dar cuenta de un objetivo y servir eficazmente a una meta, como toda buena máquina. El acto sexual a partir de entonces es menos importante que aquello para lo que sirve: la procreación, el buen entendimiento, la salud, etcétera. La historia toma un nuevo sentido y es toda la vida que se vuelve grave. El placer superficial parece fácilmente secundario, cuando no sospechoso. A partir de entonces, se comprende mejor que la obra de

Sade haya sido erigida en arquetipo de horror, que Casanova haya parecido malsano y que se haya hecho de Napoleón un héroe nacional.

Esta evolución no es simplemente la creación ideológica de una burguesía que accede al poder y que busca acaparar los privilegios del Antiguo Régimen. Es toda la sociedad que se transforma y que se inventa. Y como ha sido muy bien mostrado en algunas historias británicas,[195] para poder comprender bien la ideología dominante del siglo XIX no hay que olvidar la emergencia ampliamente autónoma del obrero especializado, habitante de nuevas ciudades industriales del norte de Inglaterra, profundamente religioso y respetuoso de lo que considera como los valores fundamentales, prudente y de una moralidad muy conservadora, orgulloso de su trabajo y de su empresa, orgulloso de sus costumbres de domingo y de la limpieza de su salón, orgulloso de su familia, de su esposa que no tiene que trabajar y de sus hijos, a quienes estarán dirigidos todos sus sacrificios y que estarán bien educados con el objeto de tener un éxito todavía mayor que sus padres. Es la imagen del proletariado respetable, que trabaja bien y al que sólo le falta estar convencido de que el trabajo debería servir de medida social suprema y que el progreso vendrá a recompensar a aquellos que respetan el esfuerzo.

Por lo demás y por contraste, todavía era necesario convencer a las masas de pobres de que abandonaran la promiscuidad de sus viviendas insalubres y olvidaran su inmoralidad grosera para adoptar las normas de la clase media. Había que ayudarlos a aprender a trabajar bien y a respetar la importancia fundamental de la familia. Es con este noble objetivo que fueron fundados el Ejército de Salvación y una gran cantidad de organismos de caridad con misiones evangélicas. Es en este mismo sentido que deben comprenderse la mayoría de las leyes modernas contra la obscenidad y los esfuerzos de los miembros de diversas organizaciones de moralidad pública que, sobre todo hacia finales de siglo, han dirigido las luchas a veces épicas contra la pornografía y la prostitución. Entre otras organizaciones en Inglaterra estaban la Society for the Reformation of Manners in London (fundada en 1690) y la Society for the Suppression of Vice (1802), en Francia la Liga Francesa de Relevamiento de la Moralidad Pública (1877), en Suiza la Asociación Suiza contra la Literatura Inmoral (1883), luego en Estados Unidos, la infatigable determinación de Anthony Comstock, quien durante cincuenta y tres años (de 1862 a 1915) consagró una parte importante de su vida a perseguir sin descanso todo lo que le parecía un poquitito erótico. Todas estas campañas sin duda no podían estar limitadas al sexo. Ello se inscribe en realidad en aquello que rápidamente se resumió como la perspectiva conservadora: debido al hecho de que el sexo se había vuelto desde hacía mucho tiempo en el símbolo mayor del orden social, era todo un modo de vida lo que estaba en juego, y las críticas eran unánimes en su convicción de que siempre se trataba de conservar la civilización. Por ejemplo:

Una pareja de obreros honestos vivía cómodamente. El marido lamentablemente le tomó el gusto a la lectura de novelas y consagró una parte de sus noches a ella, cuando no la mañana entera. Poco a poco el asco del trabajo, el descontento de su posición lo fueron atrapando. Se consideraba como un hombre desclasado. La pareja se separó; la madre murió minada por la tristeza; en cuanto al miserable padre de familia, terminó gastando el dinero que

todavía le quedaba viviendo entre borrachos y haraganes.[196]

Resulta más fácil comprender estas luchas contra la pornografía si antes que nada se plantea que, para reinventar o reconstituir el mundo el siglo XIX, antes se debía poner allí un poco de orden. Había que identificar las cosas, nombrarlas y distinguirlas, definir las especialidades y separar los ámbitos, con el objeto de evitar toda confusión: los museos y los zoológicos hacen su aparición, las universidades son divididas en facultades, y luego según las múltiples y nuevas disciplinas científicas, se inventan sistemas de clasificación de libros para las bibliotecas, se discuten abundantemente las fronteras entre las diversas ramas del saber, aquello que distingue verdaderamente la biología de la zoología, o las relaciones que mantiene la filosofía con las demás ciencias. Los campos de actividad se vuelven cada vez más especializados y se guarda la esperanza de que sean cada vez más productivos. Es en este contexto que aparece la palabra "pornografía" al mismo tiempo que la "ninfomanía", el "autoerotismo", "el narcisismo", "la "*urolagnie*"* e incluso la categoría moderna de la homosexualidad.[197] También se inventa la noción de "sexualidad", concebida y manipulada de la misma manera que cuando se trata de la "economía", de lo "social". Más que nunca el sexo adquiere la autonomía de una actividad que, como todas las demás, podrá ser objetivamente distinguida y separada del resto de la vida.

Por supuesto, la sociedad desde hacía mucho tiempo había reservado lugares precisos y muy delimitados, burdeles o barrios "calientes", al pecado y al comercio del sexo. La separación del sexo no es realmente una novedad, que más bien corresponde a una creciente hiperespecialización de ciertos establecimientos. La innovación consiste en poder hablar cada vez más solamente de sexo, en describirlo y en soñar con él sin tener que deshacerse de la moral, de la religión o de la legalidad. El sexo se vuelve imaginable en sí, y a partir de ahora, es más posible que nunca contar una orgía sin dolores en los riñones y sin gastos de alquiler, pero sobre todo, sin un compromiso social y sin que el poder encuentre en él algo de qué burlarse. El sexo se transforma en objeto de contemplación y de disección intelectual, como una industria, como Dios, como la cultura y todo lo demás. Ahora es pensable considerarlo con cierta distancia.

No obstante no es fácil situar adecuadamente esa forma muy particular de este tipo de literatura de carácter sexual, y la paradoja de la crisis de la pornografía justamente vendrá del hecho de que le falta un lugar socialmente sancionado. La calle, los burdeles del siglo XIX ofrecen todos los servicios, salvo el de salas de lectura y de bibliotecas respetables en las que se pueda encontrar este tipo de obras. Los personajes de Zola pueden apasionarse mucho por una provocadora bailarina de los teatros famosos. No hay lugar en que el lector pueda emocionarse a causa del texto de Zola. Las calles del burdel siempre han sido lugares poco propicios para la masturbación y la pornografía que se encuentra allí jamás sirvió más que como un accesorio muy secundario. La pornografía no tiene realmente un ámbito propio en el espacio público, que sin embargo es el único lugar reconocido por la inmoralidad y por el desenfreno. Es evidente que ella está incómoda allí: se busca un nicho entre el lugar de trabajo y la casa, en la frontera de lo público y de lo privado. Lo cual no podía durar y más bien tuvo que invadir el universo privado, al principio con la mayor de las reservas y en el estante más alto de la biblioteca, fuera del alcance de los niños y de los domésticos. Pero, una vez más,

esta invasión de la pornografía viene a poner en peligro la frontera entre la decencia íntima y la depravación necesariamente pública.

Finalmente, tal vez no es inútil volver a decir que la pornografía sobre todo inquietó a los censores, que veían en ella el presagio de desórdenes peores debido al hecho de que se estaba convirtiendo (cerca de mediados de siglo) en un producto realmente accesible a todos los públicos. Mientras que anteriormente las comedias satíricas podían permitirse todas las obscenidades justamente porque el lugar era apropiado y el auditorio era controlable, la pornografía moderna estaba menos ligada al mundo del espectáculo público que a la literatura discreta y disponible en cualquier momento. Es decir, que había un riesgo de confusión de géneros, de lugares y de momentos; y que los progresos de la educación popular tanto como la abundancia de libros y el aumento fulgurante de su tirada amenazaban atenuar todavía más las distinciones de clase y de sexo. Si se volvía imposible prohibir las obras eróticas a las masas populares, ¿cómo esperar seguir haciendo de ellas buenos trabajadores o buenos soldados? ¿Cómo controlar sus ganas de acceder a otros saberes y su voluntad de invadir la escena pública para adquirir por lo menos una parte del poder político y tal vez incluso algunos derechos de propiedad? Es efectivamente todo el orden social que parece amenazado y la pornografía, tanto como los debates que ella provocaba, participaba en el bullicio social de la época. Es así como algunos historiadores le han descubierto vínculos con el movimiento radical y han mostrado hasta qué punto su censura se mantiene indisociable de los proyectos militares de Europa,[198] y es también por ello que se ha visto cómo apareció periódicamente durante un siglo la expresión de una constante preocupación por ver a la pornografía llevándonos irremediablemente hacia el caos y la anarquía.

La revolución industrial ha construido en resumidas cuentas una paradoja que progresivamente se volvió insostenible. Pues la sociedad, que le otorgaba cada vez una mayor importancia a la sexualidad y que a menudo la toleraba en ciertos lugares especializados y bajo todas sus formas, incluso las juzgadas más perversas y condenables, al mismo tiempo no reservaba casi ningún lugar al consumo de la pornografía, que sin embargo producía en cantidad creciente. Los lugares públicos no convenían; mientras que la pornografía en la casa era una hipocresía malsana que no tenía sentido más que entre manos de adolescentes repletos de granos. Todavía no existía ni un lugar ni un uso socialmente aceptable y comprensible de la pornografía. Habrá que esperar algunos años para encontrar ese lugar en el interior de casilleros metálicos de los pilotos de los cazabombarderos. En la imaginería popular, los soldados eran los únicos que tenían derecho a pellizcar públicamente a las *pin-ups,* porque después de todo se trataba de personas infinitamente solas y que tenían a la muerte por tarea cotidiana. En resumidas cuentas, muy parecidos a los personajes que el siglo XX iba a inventar.

CAPITULO 4

BREVE MIRADA SOBRE LA MODERNIDAD

El individualismo es una expresión reciente provocada por el nacimiento de una idea nueva. Nuestros padres sólo conocían el egoísmo. El egoísmo es un amor apasionado y exagerado a sí mismo, que lleva al hombre a referirse sólo a sí mismo y a preferirse ante todo. El individualismo es un sentimiento reflexionado y pacífico que cada ciudadano dispone para aislarse de la masa de sus semejantes y para retirarse a un lugar apartado con su familia y sus amigos; de manera tal que, después de crearse así una pequeña sociedad según su gusto, de buena gana abandona la sociedad*Alexis de Tocqueville*. *De la démocratie en Amérique*

El cielo ya no cae sobre nuestras cabezas, lo que se desliza son los territorios*Jean Baudrillard*. *Les Stratégies fatales*

Nunca antes una sociedad se había ofrecido tanto como objeto de estudio y no había alimentado tanto los comentarios sobre ella misma. La sociedad moderna alienta las miradas y le encanta mantenerse bajo vigilancia constante. Ella sí que ha engendrado toda clase de individuos que no descansarán, según parece, hasta haber sido invitados a comentar el acontecimiento, y hasta que un amplio público -mejor dispuesto que nunca a escuchar esos autoanálisis que quieren decirnos todo acerca de la vida moderna- haya gritado a cuatro vientos su perspicacia y su inteligencia. Hipótesis fácil pero defendible, la productividad de artistas, sociólogos, periodistas y filósofos daría cuenta antes que nada de esta extraordinaria pasión de sí que caracteriza a la sociedad moderna. La idea de la modernidad irremediablemente marcada por la progresión del individualismo sin duda no es una moda. Tocqueville lo había previsto desde hacía tiempo. La plena expansión de este individualismo es mucho más reciente, pero lo que aquí importa es que ella coincida muy precisamente con el período de máxima presencia de la pornografía actual.[199]

Los comentarios evidentemente no son siempre del mismo calibre. Mientras que algunos someten el resultado de estudios eruditos y análisis nuevos, otros comentan lo efímero afirmando candorosamente que la suerte de la humanidad entera se juega en torno a la reflexión que le inspiraba antes de ayer la última encuesta de opinión, el tema de algunas discusiones de moda en los cafés de la metrópolis o las más recientes fluctuaciones de la moneda. Numerosos entre ellos no hacen a menudo más que retomar trabajos más antiguos, mientras que los subproductos abundan; los diarios como las ondas y las revistas de sociología retoman la tesis de Tocqueville creyendo descubrir cada día algún nuevo detalle de esta modernidad. Cada uno tiene su comentario justo y más o menos pertinaz, como si tuviera la palabra y una opinión válida. Justamente es de ello de lo que se trata.

El etnólogo primeramente debe dejar la palabra a sus informadores, que en nuestro caso son numerosos y elocuentes y limitar sus propias intervenciones a algunas anotaciones (que serán indicadas por paréntesis). La tesis principal de esta etnosociología es relativamente simple y ampliamente conocida puesto que se representa corrientemente y bajo todas las formas. No obstante, hay que correr el considerable riesgo de resumirla.

Comencemos enseguida por la conclusión: *grosso modo,* ¡las cosas van más bien mal! La mayoría de los pensadores y casi todos los artistas están de acuerdo en afirmar que el mundo moderno se ha vuelto un hábitat difícil (en el cual incluso es corriente hablar hoy de "mal de vivir") y que entonces no es sorprendente ver aparecer entre muchas otras aberraciones a la pornografía. Finalmente hemos llegado a una época caótica, desordenada y sin valores pero que glorifica la duda y que no deposita su confianza más que en lo incierto. Un mundo que se ha vuelto demasiado móvil, impersonal y anónimo (a un punto tal que incluso la señora Jeanine Deckers, la suave y ejemplar "Soeur Sourire" de nuestra infancia, se ve llevada al suicidio). Una época en la que tal vez todo no está permitido, pero en la que por lo menos vale la pena hacer la experiencia. Mientras que los conservadores temen una decadencia y los optimistas esperan que nosotros estemos en el umbral de una revolución, la cuestión es saber cómo hemos llegado hasta aquí.

En principio hubo una transformación radical del espacio público y lo que Richard Sennett llama la caída y destrucción de la persona pública.[200] La revolución industrial modificó totalmente el sentido de la vida pública, abandonándola enteramente a las reglas del mercado capitalista, y a partir de entonces el trabajo se volvió cada vez más eficaz y más alienante. He aquí lo que marca el principio de los tiempos modernos, decía Charles Chaplin. El trabajo toma la forma de una carga obligatoria, una tarea necesaria pero a menudo aburrida y a la cual se sobrevive soñando en las vacaciones, en los niños, en los amores, en el deporte, en una palabra, teniendo la cabeza en otra parte. Muy rápidamente, puesto que había que dejar la cabeza en la puerta de la fábrica, se tomó conciencia de que el medio de trabajo jamás podría responder a todas las necesidades y que la "verdadera vida" debía encontrarse en otro lugar. El trabajo, a partir de entonces, es reducido a un medio para ganar esa otra vida.

Se volvió evidente que el mundo del trabajo constituiría a partir de entonces un universo demasiado parcial y demasiado estrecho para ocupar más que una fracción del ser entero, que debía ser salvajemente rechazado para dejarse captar por lo que importa a la industria: atornillar bulones, vender seguros o alfombras, gritar ofertas en el piso de la bolsa o redactar un plan trienal. Al mismo tiempo, como cada persona con quien se trabaja está forzadamente en una situación idéntica, las relaciones humanas en el seno de la empresa se encuentran inevitablemente fragmentadas. Y puesto que todos los demás trabajadores de todas las empresas viven experiencias similares, rápidamente el conjunto de la vida pública toma el aspecto de un vasto sistema de obligaciones a las cuales se someten los individuos pero sólo hasta cierto punto. La reserva aparece cuando resulta evidente que la vida pública no dice toda la verdad, que ella no ocupa toda la vida y por lo tanto que sigue siendo siempre un poco falsa, porque ahora se sabe que las personas a las que encontramos, o que se dirigen a nosotros en público, se ocultan necesariamente detrás las conveniencias, porque uno está convencido de que todos estos individuos pertenecen más o menos conscientemente a un

mundo que nos obliga a actuar por interés o por conformismo y que todos deben esconder una verdad más profunda que la que quieren revelar en público. Cada uno se convence por experiencia personal: el mundo del trabajo es ahora impersonal, duro, impiadoso, y el individuo se encuentra cada vez menos satisfecho de tener que definirse refiriéndose en principio exclusivamente a los papeles que le atribuyen sus actividades públicas.

Si la verdad está en otra parte resulta normal buscarla en todo lo que no es público. La intimidad de la familia y de los grupos de amigos, como lo predijo Tocqueville, es decir, allí donde las personas pueden permitirse ser más sinceras y sobre todo allí donde son más enteros. Cuando la industrialización disloca el orden público y le quita una parte demasiado grande de sentido común, en la casa es donde el ciudadano encuentra refugio, convencido de tener allí un confort psicológico y un modo de vida que le permitirán por fin expresarse mejor y alcanzar el placer, esa dimensión tan importante de la vida que jamás debe ser confundida con el trabajo.

Y es así que la vida privada, la de las *vedettes* como la de los demás, se ha vuelto más cautivante y sobre todo más verdadera que todas las apariencias públicas; a partir de entonces nada es más encantador que la visión de un personaje público en la intimidad.

Lamentablemente, para la tesis de Tocqueville la familia era siempre una institución social, y en este sentido seguirá siendo ella misma pública. En la medida en que el hogar familiar era definido como el reflejo invertido del mundo del trabajo, ese pequeño universo no podía sino sufrir un empobrecimiento de la vida pública. Mientras que, en el fondo, lo opuesto a lo "público" nunca fue lo "privado", sino más bien lo "personal". En un mundo exterior cada vez más inestable por haber orientado el cuerpo tanto como el alma hacia el progreso y hacia un crecimiento generalizado comprendido como una perpetua superación, la verdad profunda, permanente e inmutable, no podía sino venir del interior del ser. Había entonces que volverse hacia sí, estudiarse, descubrirse, alcanzar la conciencia de sí mismo, comprenderse con el fin de realizarse para luego medir el resto del mundo según los sentidos que toma para uno. Es, en resumidas cuentas, el nacimiento del individuo moderno:

A medida que las tierras se compran y se venden, que la propiedad privada se vuelve una realidad social ampliamente extendida, que los intercambios de mercancía, el salario, la industrialización y los desplazamientos de población se desarrollan, se produce una conmoción en las relaciones del hombre con la comunidad que lo encuadra, una mutación que puede resumirse en una palabra, el individualismo, que va a la par con una aspiración sin precedentes por el dinero, la intimidad, el bienestar, la propiedad, la seguridad, que indiscutiblemente trastrocan la organización social tradicional. Con el Estado centralizado y el mercado, el individuo moderno aparece como el que se considera aisladamente, como el que se aborda en la dimensión privada, como el que se niega a someterse a reglas ancestrales exteriores a su voluntad íntima, como el que ya no reconoce por ley fundamental más que su supervivencia y su propio interés.[201]

Abramos sin embargo enseguida un primer paréntesis pues la tesis que acabamos de resumir corre el riesgo de parecer un poco demasiado fácil. En principio no se trata aquí de

una transformación histórica que caería cual cascada: industrialización, trabajo alienante e impersonal, refugio en la intimidad, individualismo. Es más bien un rompecabezas con cosas inseparables unas de las otras y con relaciones de causalidad imprecisas, pero que hay que describir de manera lineal. Por el contrario, demasiados comentadores parecen creer que esta aparición del individualismo moderno constituye una novedad y significa el inevitable resultado de una transformación social de sentido único, lo que no es pensable más que en una perspectiva histórica bastante corta. De hecho, este movimiento de péndulo hacia el narcisismo es conocido por todas las sociedades humanas, que siempre deben componer un equilibrio cualquiera (y a veces frágil) en las relaciones entre el individuo y su comunidad. En todas partes y siempre surge la cuestión de la balanza entre las obligaciones públicas y los derechos privados, entre el orden social y la voluntad individual, entre la tradición y la invención, entre el dogma y la libertad de pensamiento, cuestión que constantemente vuelve a lanzar el debate moral en torno del libre arbitrio. Todas las culturas humanas deben resolver la contradicción entre el hedonismo y el estoicismo y sin poder nunca adoptar enteramente una u otra solución. Sería por lo tanto demasiado fácil esperar resumir la historia reciente como un simple movimiento en favor de los intereses y de los derechos individuales, y como el debilitamiento inverso de la autoridad de lo social. Lo que caracteriza realmente a la época moderna es probablemente menos este movimiento hacia el individualismo como la aparente aceleración del ritmo de péndulo, que aumenta considerablemente el riesgo de alcanzar más fácilmente uno después del otro los dos extremos opuestos, el del autoritarismo opresivo y el del hedonismo desmovilizador. El siglo XX sin duda ya conoció los dos y es una historia que continuará.

Luego de cerrar este paréntesis, queda que el individualismo moderno es un fenómeno muy real del que hay que comprender los efectos considerables que se hunden muy directamente en el fenómeno pornográfico.

Por lo tanto, inquieto y decepcionado por un mundo exterior cada vez más inestable e insatisfecho, aconsejado por los yoguis y los psicoanalistas, el ciudadano moderno se dirige hacia sí mismo con el objeto de buscar allí algunas verdades fundamentales. Sus mayores preocupaciones se vuelven estrategias de supervivencia individual: la salud para el buen estado y la paz interior para la relajación y la meditación. En el silencio y en la paz, en la salud y en el descanso se encontraría la verdad. Deja de indagarse si la felicidad está lejos o cerca porque está convencido de que se encuentra en el interior de uno y que habrá que construirla. La frase de Serge Provost, "uno vive de tal manera que el propio yo se convierte en un proyecto"[202] resume al menos tres siglos en el curso de los cuales el occidental trabajó en la construcción del sujeto que le permitiría por fin conocer el lugar desde donde él piensa.

La actitud ha sido mil veces descripta por el conjunto de los comentadores, y desde que el análisis original de Cristopher Lasch[203] tuvo un éxito popular considerable en los Estados Unidos, ya no se encuentra diario de domingo que no examine algún aspecto particular del narcisismo moderno. El sujeto se compone según la moda y los análisis se suceden, pero la mayoría de las veces se repiten, como si todo no hubiese sido ya dicho del modo más serio por las películas y los monólogos de Woody Allen. En todas partes se encontrarán pruebas y cada uno es libre de citar las propias: por ejemplo, la progresiva

transformación de los relatos de viajes que describían antaño las maravillas del mundo y que en nuestros días traen primero las impresiones de los estados de ánimo del autor en contacto con esas mismas maravillas.

Una condición elemental y al mismo tiempo tal vez el primer efecto del narcisismo moderno fue el descrédito progresivo de la cultura como referencia suprema. El mundo exterior, la vida pública y por fin, todos los discursos públicos empiezan a sonar cada vez más falsos. Mientras que Marx demostraba el papel mentiroso y manipulador de las ideologías, Freud proponía que se escondía algo muy real más allá de las solas apariencias que alienta la decencia. Puesto que el Siglo de las Luces había tenido tiempo para explorar las grandes verdades que podrían alcanzar la revolución ideal, el siglo XIX fue una gigantesca decepción. Rápidamente se comprendió que el capitalismo industrial no tendría respeto más que por la ley del más fuerte y del más alertado.

Debido a que todos los demás discursos sobre los buenos modales, la moralidad y la solidaridad social se transforman en groseras mentiras, todos los comisarios del pueblo deben ser denunciados como ladrones e incompetentes. Cada vez más son sólo sostenibles las posiciones extremas: la progresión constante de las diversidades individuales fragmentadas y la rígida estrechez de las ideologías militares. Entre ambas, todo lo que todavía sigue siendo discutible y que debía ser colectivamente agregado resulta demasiado incierto. En este sentido, no es sorprendente que Sherlock Holmes se haya convertido en ese preciso momento en un personaje tan popular: como lo repite tan a menudo el Dr. Watson, lo esencial se encuentra en las apariencias, hay que saber leer y comprender los más ínfimos signos. Pues todo eso es lo que queda de un mundo cuyo sentido común se reduce progresivamente a sus aspectos más superficiales, un mundo en el cual la cortesía quiere decir no molestar más a las personas respetando la creciente esfera de su intimidad; un mundo en que las apariencias se vuelven centrales y en que los menores detalles merecen la atención. Como dice Richard Sennett, he aquí por qué el siglo XIX se volvió tan radicalmente prudente.

No sólo la cultura ya no puede ofrecer una respuesta existencial satisfactoria, sino que se transforma en el primer enemigo de la tan esperada realización de la persona. El individuo debería poder explorar libremente sus talentos y sus elecciones, pero para ello necesitará denunciar el universo público que muy a menudo lo estorba, y luchar contra una tradición indebidamente coercitiva de costumbres llenas de prejuicios inadmisibles, de hábitos en la actualidad superados, así como contra modos de vida demasiado limitativos. El enemigo es público. Hay menos razón que nunca para frenar las aspiraciones legítimas de la persona, que ahora adquirió el derecho al respeto y que ya no tolera que se le impongan compromisos inútiles. Nada externo justifica retardar el logro de un objetivo individual razonable y legítimo. Si se desea comer, lo ideal será poder hacerlo enseguida gracias al *fast food o* al horno a microondas, sin tener que tardar en la preparación, en la decoración o en los buenos modales que no son más que simulacros superfluos; pero si, por el contrario, se desea un festín será necesario inventar con la misma facilidad ropas, decorados y manierismos. Para conocer el placer de consumir, la tarjeta de crédito es una máquina de viajar en el tiempo. El objetivo importa menos que la eficacia y la duración se vuelve la herramienta para medir el éxito. En una palabra, la seducción lenta ya no tiene mucho encanto y a pesar de lo que

pretenden la medicina y los demógrafos, el ritmo se aceleró y la vida se ha vuelto más corta.

Segundo paréntesis: no se dispone de una medida absoluta de la noción del tiempo, y es posible convencerse con la misma facilidad de que las cosas van muy rápido o, por el contrario, que nada avanza, o incluso simplemente que el tiempo pasa. La muy extendida idea de que la vida nos apura porque el mundo moderno ya no da tiempo para esperar, puede también ser comprendida como una ilusión invertida:

La lentitud de nuestra vida es tal que no nos consideramos viejos a los 40 años. La velocidad de los vehículos quitó la velocidad de nuestras almas. Vivimos muy lentamente y es por ello que nos aburrimos tan fácilmente. La vida se nos ha convertido en una especie de campo. No trabajamos lo suficiente y pretendemos trabajar demasiado. Nos desplazamos muy rápidamente de un punto en el que nada se hace a otro punto en el que no hay nada para hacer y llamamos a ello la precipitación febril de la vida moderna. No se trata de la fiebre del apuro, sino del apuro de la fiebre. La vida es un ocio agitado, una reducción del movimiento organizado para la agitación (Fernando Pessoa).[204]

Dicho lo cual, volvamos a nuestro tema. Las coerciones exteriores no serían sino barreras temporarias construidas por las sociedades humanas y contra las cuales es necesario emprender otras tantas luchas de liberación (un poco como lo anhelaba toda una corriente existencialista). Puesto que la única verdadera coerción insuperable vendría del interior del ser, resulta más que nunca esencial conocernos bien a nosotros mismos y definirnos explorando los límites que determinan nuestra identidad. Para decirlo todo, revelarnos plenamente a nosotros mismos percibiendo algunas experiencias que nos volverán conscientes de nuestros límites. Verificar, como diría Tom Wolfe, si uno posee el *right stuff,* aprender a tocar la cítara, escalar una montaña, seguir un curso de español o practicar tai-chi. Cualquier actividad puede aportarnos la satisfacción de aprender quiénes somos. Saber hasta dónde nos es posible ir, por supuesto, pero más modestamente apreciar las múltiples emociones esenciales para toda autoconstrucción, aprender a conocer mejor nuestras reacciones y lo que nos es agradable tanto como todo lo que nos es desagradable y que nos hace mal. La revolución industrial ha minado profundamente la idea antigua según la cual existía una naturaleza humana más o menos inmutable y repartida a veces de manera muy desigual por la voluntad divina o real, para hacernos entrar en la fase moderna de la autofabricación, del *self made man*. Idealmente, habría que llegar de este modo hasta el fondo de sí mismo -o por lo menos tomar conciencia de los extremos que sería posible alcanzar. Pues es la única manera eficaz de tocar los límites, los cuales en última instancia son los que nos definen. Ya no podemos abandonar al mundo exterior la tarea de establecer el individuo y de imponerle esos límites que, por el contrario, deberá descubrir en su propio recorrido. Fuera de la persona privada, las únicas coerciones hoy reconocidas como indiscutibles y universales, la salud y el entorno, superan muy ampliamente al individuo y sobre todo ya no pertenecen al universo social: el ciudadano, antaño dominado por obligaciones vinculadas a sus semejantes, ahora se preocupa por sus deudas cosmológicas.

Otra aparente paradoja de la modernidad es el hecho de que este individuo ampliamente abandonado a sus propios fantasmas es al mismo tiempo un ser más invadido,

mejor vigilado y más colonizado que todos sus ancestros juntos. Sufrimos la invasión masiva de la intimidad a través de sorprendentes herramientas de tratamiento de la información, que a veces parecen alcanzar la omnipotencia: desde los satélites geoestacionarios capaces de agujerear un cielo nublado y que tienen a 25 km del suelo la capacidad de leer un diario, hasta la ecografía, que prohíbe la evasión incluso en el vientre de la madre. En el instante mismo en que el espectador obtiene la libre elección entre las decenas de canales de televisión y otros tantos programas que cambian cada treinta o sesenta minutos, se inventa el aparato que permitirá medir con precisión y en todo momento lo que cada persona está mirando. El individuo moderno vive en libertad vigilada y los evolucionistas dirían probablemente que esta libertad sería impensable sin vigilancia y que inversamente la fuerza de los medios de control sería insostenible sin un mayor margen de maniobra individual. Por esa razón, la impresión personal del ciudadano es a menudo doble y aparentemente contradictoria: se siente a la vez la víctima inocente de potencias infinitamente superiores que deciden su destino y que lo manipulan, mientras sigue estando profundamente convencido de ser una "persona" autónoma y libre de realizarse cada día un poco más.

Por otra parte, la persecución tras lo íntimo siempre tuvo por apreciable ventaja la de ser generalmente más creíble y concluyente que la experiencia de la vida pública. En la mayoría de los casos, está permitido evaluar en seguida y juzgar con seguridad si una experiencia personal tuvo éxito, mientras que en el mundo exterior, demasiado incierto y mentiroso, es imposible alcanzar rápidamente alguna certeza acerca de lo que sea. La experiencia íntima goza del inmenso beneficio de parecer auténtica, en un mundo en el que se teme por encima de todo no ya la peste, sino la mentira. La autenticidad se ha vuelto la condición absoluta y, al mismo tiempo, el criterio supremo en un mundo que ha generalizado el enfoque científico como modo privilegiado de conocimiento y que ya no podría satisfacer con simples aproximaciones. Es esencial alcanzar lo verdadero allí en donde se esconde y captar todos sus secretos. En una palabra, más allá de la ciencia, es la modernidad en su totalidad quien ha desarrollado una pasión por un tipo de certeza que, aunque se la señale como frágil y en perpetua autodestrucción, ofrece la mejor garantía para llegar hasta lo auténtico. Es la única verdad que queda pero ella no dura nunca mucho pues, tal como dice Lipovetzky, "el modernismo prohíbe el estacionamiento".[205] La certeza adquirió la movilidad de la moda y se la deja de lado para cambiarla como algunos reemplazan a sus expertos y otros a sus parejas.

Nuevo impacto del individualismo: los intereses particulares se multiplican y se vuelven cada vez más precisos. Hemos entrado en una era de reajuste a medida. John Naisbitt [206] preguntaba si se guardaban recuerdos del buen viejo tiempo en que todas las bañaderas eran blancas y todos los teléfonos negros. Y cada uno sabe cuánto el universo del consumo y de la publicidad se ha vuelto hiperespecializado para alcanzar blancos cada vez más precisos; así, ha sido posible ver la aparición de comercios que no venden más que barriletes o alimento para perros y Naisbitt menciona un negocio de Nueva York que se dedica exclusivamente a las bombitas eléctricas (hay 2.500 tipos diferentes, según decía). En el momento mismo en que la integración vertical de las empresas hace que un mismo consorcio financiero controle un número a veces alucinante de compañías manufactureras al ras del piso, la mayoría de los productos están ahora subdivididos en géneros, tonos, tinturas,

espesores, fuerzas, o clasificados según muy particulares estilos de vida y según las virtudes, todas individuales, de las que cada compra vendrá a dar cuenta. Y los observadores subrayan que las solidaridades sociales modernas se apoyan en aproximaciones cada vez más precisas, y que los grupos que se desprenden de ello son cada vez más microscópicos: los motociclistas cristianos, las lesbianas monoparentales, los antiguos jugadores de la liga Depression, los laringectomizados, los coleccionistas de trenes a vapor y así seguidamente hasta el infinito.[207]

A medida que el círculo de la sociedad pública se agranda hay que esperar que se cierre la esfera de relaciones privadas: en lugar de imaginar que los ciudadanos de las ciudades nuevas van a terminar por vivir en comunidad, temo más bien que no lleguen finalmente más que a formar pequeñas camarillas.[208]

Nunca una sociedad había dejado que sus miembros fueran tan libres a la hora de seguir individualmente o en pequeños grupos los intereses más diversos y más inusitados. La prensa ofrece cotidianamente ejemplos de ello: el Cabo primero Daniel Fournier, del Décimosegundo Regimiento Blindado de Canadá, consagró desde noviembre de 1985 más de 2.000 horas a la fabricación de una réplica de un tanque de asalto Léopard 1A-4, totalmente equipado, utilizando 139 cajas de 450 escarbadientes cada una; en los juegos olímpicos de Calgari, en 1988, el mexicano Roberto Aldo Alvarez Ogel se clasificó 85 en la prueba de 30 km en esquí de fondo, feliz de terminar siete minutos antes que Arturo Quinch de Costa Rica; el año pasado se lanzó en California una revista no médica, la Foreskin Quartely , totalmente dedicada a las cuestiones que tienen que ver con la circuncisión. El ciudadano ordinario no siempre tiene la imaginación de los grandes artistas, que desde hace tiempo pintan latas de sopa Campbell (Warhol); escriben una pieza de teatro sin diálogos ni actores, llena de suspiros y de jadeos, y que dura los 36 segundos correspondientes a una variación de intensidad de la luz (Beckett); declaran "música" al ruido de la calle, de la fábrica y del silencio (Cage); o envuelven islas en la Bahía de Biscayne con 600.000 m^2 de cinta rosa (Christo). Menos ambicioso, el ciudadano ordinario se contentará con querer hacerse cargo de sí mismo. Se pondrá contento con la impresión de poder aprender casi todo y probarlo todo, gracias a la multiplicación de manuales que prometen enseñarle cualquier cosa sin demasiado esfuerzo, como por ejemplo, fabricar armarios antiguos, cuidar su forma, hacer la experiencia de zen, pilotear un avión, hacer amigos, pintar paisajes, hacer gozar al otro sexo, hablar japonés. Si fuera un día posible asimilar todos esos manuales sin duda encontraríamos al proverbial hombre del Renacimiento. Pero la sociedad moderna no consigue realmente más que producir originalidades.

Lo cual sin embargo no quiere decir que el individuo moderno viva como un ermitaño. Continúa frecuentando el mundo, salvo que ahora le es más fácil construir en él e insertar su propio sentido. La noción de obediencia civil se ha achicado mucho, al tiempo que los universos personales se han vuelto mucho más autónomos y originales. La vivienda se transforma en un muy personal conjunto de objetos diversos, recuerdos de vida y de viajes, una mezcla que a menudo no tiene más sentido que para su propietario (la colección de libros y de discos, la sucesión de afiches de recitales viejos, caracoles traídos de las vacaciones, la botella vacía, los tópicos). El espacio interior termina reproduciendo el espacio urbano, esa

mezcla de imágenes desordenadas y rápidas. El individuo sabe que debe elegir y construir él mismo su propia experiencia auténtica porque las imágenes públicas son demasiado numerosas y porque la mentira de la ciudad se ha vuelto demasiado incoherente para ser creíble. Los antiguos se habrían sentido sorprendidos, pero es en este universo de *bricolaje* donde debe navegar el ciudadano moderno, imponiendo en él por lo menos el orden suficiente como para sobrevivir. Más importante sin duda es el hecho de que esta construcción de sí y del mundo por sí mismo se presenta como actual e intemporal, inmediata y permanente, sin duración y sin visión a largo plazo.[209] Es el ciudadano del instante que habla todo el tiempo de su edad.

A las descripciones del individuo moderno que fabrica su propio conocimiento de lo real con una facilidad que desconcertaría a todos los formalistas, se agrega a veces que la evasión en el sueño y lo imaginario se ha vuelto un estado más o menos normal y que la conciencia humana parece haber sido alterada por la modernidad más eficazmente que por todos los alucinógenos que se pueden encontrar corrientemente. Los que se burlan de los paganos supersticiosos y crédulos que creen que sólo los locos creen que son el Zorro, deberían escuchar atentamente cómo George Bush se esfuerza por hablar como el actor Clint Eastwood en el papel del inspector Harry "el Sucio" con el objeto de seducir a un electorado que escucha televisión un promedio de ocho horas por día (o 121 días enteros por año, o incluso 23 años sobre 70).*[210]* Después de la verdadera roca de Plymouth y el parque del Antiguo Testamento cerca de Mobile en Alabama (el cual, entre varios sitios sagrados, ofrece una visita por el interior de la ballena en donde Jonás quedó prisionero), las compañías Disney, MGM y Universal acaban de abrir un museo del cine en Florida, allí en donde las películas no son jamás filmadas, con el objeto de permitir a los turistas ver de cerca una réplica del falso motel utilizado en *Psycho,* y copias de falsas junglas en donde Tarzán se paseaba y así seguidamente, una larga serie de verdaderas imitaciones de lo falso. Estos ejemplos son demasiado exagerados como para no ser fuente de preocupación: la pasión por la autenticidad lo vuelve a uno terriblemente crédulo, y las personas parecen tener cada vez menos medios para distinguir la realidad de la ficción. Por su parte, el etnólogo diría que la primera novedad está en la preocupación misma: la "realidad" tiene ahora valor de exclusividad y lo falso de pronto se ha vuelto intolerable.

Otro aspecto y corolario directo de esta licencia del individuo: los progresos de la soledad son realmente increíbles. La sociedad moderna produce y tolera un número cada vez mayor de personas que viven solas, es decir que habitan espacios privados (en los cuales pasan dos tercios de su vida) que ya no son compartidos de manera permanente por otros; en los Estados Unidos, se estima que entre 1940 y 1980 la proporción de esas personas solas pasó de menos del 8% a más del 22% de la población.[211] En Francia, entre 1962 y 1982 el número de personas que viven solas aumentó un 69%;[212] en las principales ciudades canadienses el número de solitarios se habría duplicado entre 1971 y 1981 y representarían en la actualidad alrededor de un tercio de la población total del país.[213] Mientras que el tamaño promedio de los "hogares" canadienses pasaba de 3,9 personas en 1961 a 2,8 en 1986, los arquitectos y los promotores inmobiliarios, mucho antes de la aparición del SIDA y de la violencia urbana endémica, se habían ajustado rápidamente a estas nuevas soledades,

poniendo en el mercado departamentos cada vez más pequeños salvo en lo que concierne al cuarto de baño, de aseo y de cuidado íntimo, que es el único que crece. El celibato adquiere cada día un poco más de respetabilidad social y de popularidad. No es indiferente por supuesto el hecho de que un niño americano sobre cuatro viva hoy con un solo padre a causa sobre todo de la tasa de divorcios y del aumento del número de mujeres-madres (antes chicas-madres), pero también hay que tomar nota de los resultados de ciertas investigaciones que muestran que las conversaciones y los contactos humanos entre los miembros de una misma familia (tradicional o no) se reducen en promedio a algunos minutos por semana. Es fácil tomar por sintomático el éxito del libro de Cristopher Lage, *El Complejo de Narciso,* el cual en los Estados Unidos se mantuvo durante bastante tiempo en la lista de libros más vendidos. Hay que presumir que Lage tocó una cuerda sensible con su descripción del descompromiso progresivo del individuo moderno, que duda cada vez más frente a los peligros de las relaciones interpersonales y que, en última instancia, elige huir frente a sus propios sentimientos, por temor a la pasión por supuesto, pero también por temor a toda forma de compromiso con el otro, que sería en nuestros días percibido indefectiblemente como un inevitable empobrecimiento de sus propias potencialidades.

Pero el fenómeno de la atomización de las relaciones sociales es global. Los observadores se encuentran en el aprieto de tener que elegir entre una numerosa cantidad de ejemplos. Retomemos el de la música: antaño escuchada solamente en unas pocas y grandes oportunidades, constituía un *divertimento* que trastornaba el cotidiano de toda la comunidad; en la actualidad puede ser fabricada por un Mike Oldfield que trabaja solo en un estudio en el campo, para ser luego transmitida a un auditor bloqueado a los demás sonidos del mundo gracias a su *walkman*. También pensamos evidentemente en la revolución que causarán tal vez los microordenadores y que modifica ya el conjunto de las relaciones sociales en todas las oficinas del mundo, que tal vez mañana no solo transformará la pedagogía y matará luego al mundo de la edición para exclusivo provecho de los autores, sino que transformará sin duda muchas otras cosas más. Luego están todos esos microprocesadores, ventanillas automáticas, transmisores y transportadores a distancia que disminuyen todavía más las oportunidades de contacto entre las personas. A algunos incluso les resulta significativo que en la estima general el perro fiel pero exigente ceda ahora su lugar al gato orgulloso y más autónomo, tanto en el imaginario popular, en que Garfield reemplaza a Snoopy, como en la práctica doméstica, según lo que señalaba el censo norteamericano de 1988, que indicaba que, por primera vez, el número de gatos en el hogar (56 millones) superaba al de los perros (52 millones). Finalmente, de manera más indirecta, señalemos que ya no existe realmente temporada para las frutillas, porque ahora es posible conseguirlas en pleno invierno; en otras épocas, hasta el individuo que comía sólo una frutilla tenía no obstante por cierto su ajuste a la vida colectiva y al ritmo de la naturaleza.

Abramos un último paréntesis para insertar en él la hipótesis de que la historia declarará mañana que los abundantes debates muy de moda sobre las relaciones entre los sexos finalmente tenían bastante poco que ver con las diferencias sexuales. Una buena parte de lo que es erigido y comprendido como perteneciente a las relaciones entre lo femenino y lo masculino podría no ser en los hechos más que un nuevo síntoma del proceso de aislamiento: por la fuerza de las relaciones sociales tradicionales, el ser más íntimo, del que uno se separa

en última instancia, será en la mayoría de los casos una persona del otro sexo.

Tocqueville había previsto la primera fase de la atomización de las relaciones sociales, cuando la vida pública no ofrece ya satisfacciones suficientes y el individuo se encierra en la intimidad de lo privado. Pero cuando lo privado se encuentra reemplazado por lo personal, resulta entonces previsible que toda relación con el otro tome la forma de un compromiso forzadamente limitativo. Puesto que es mucho más restringido que el público, en el cual el individuo las más de las veces podía disimularse, cuando no perderse, lo privado se vuelve enseguida tiránico. El individuo se siente al principio maltratado porque el otro, con quien comparte lo íntimo, se ha vuelto un ser tan profundo y complejo como él; por lo tanto, una persona humana que ya no se dejará imponer una definición fácil y que no puede ser realmente descubierta o alcanzada más que al precio de largos esfuerzos. Luego, nos enfrentamos a la paradoja de una búsqueda del otro y de un intercambio con él que jamás podrán tener éxito si se exige alcanzar la comunicación perfecta que da el sincero y totalmente honesto complemento: el éxito de toda relación humana como conocimiento y aprendizaje del otro no puede jamás ser completo si se quiere evitar la triste impresión de no tener nada para decirse, pero en contrapartida lo incompleto, el secreto y el misterio se vuelven pretextos de frustración y son fuente de inquietud, de preocupación y de un sentimiento de fracaso. La certeza del otro crea rápidamente el aburrimiento, su misterio es un agravio. El círculo está viciado: la modernidad inventa y quiere explorar toda la pesadez del ser para luego encontrar la experiencia insostenible.

De este modo, los padres son dejados en un asilo de ancianos, si es posible mullido, y los cada vez más escasos niños son enviados a la guardería, a la escuela o abandonados frente al aparato de televisión. La atomización corre en círculos concéntricos: de la vida pública a la familia restringida, de los padres y amigos alejados a los próximos. Pronto ya no queda más que la pareja aislada (heterosexual u homosexual, ello no tiene importancia) en la cual se encuentra reinvestido todo lo social. El individuo se descubre entonces frente aun único *partenaire* social más allá del cual no hay más que las personas de la calle o la electrónica. La intensidad aumenta en el interior de la pareja y un tercio de la población se niega o no logra esta relación y se encuentra solo; en otras palabras, la tendencia actual lleva a creer que la última persona en compartir la vida del individuo ya lo ha abandonado o está con toda evidencia a punto de hacerlo. Pero también es igualmente probable que otro tercio de la población viva en el mismo instante lo que sin duda es la vida de pareja más intensa de la historia. Mientras que el último tercio acapara todos los debates preguntándose todavía qué es lo que está ocurriendo.

Volviendo a los principales comentadores de la modernidad, rápidamente se comprende que su evaluación global es en general negativa. El juicio de valor final denuncia, se muestra preocupado o condena. Por un lado, es factible escuchar al conjunto de los humanistas de todas tendencias que, convencidos de estar siempre reconociendo la naturaleza verdadera del ser humano, temen que la sociedad moderna los margine peligrosamente. La modernidad les parece inhumana porque produce individuos descarnados y alienados, seres muy disminuidos y profundamente desgraciados; en pocas palabras, estaríamos en plena decadencia, y desde el *Ciudadano Kane,* que no pudo sino morir solo en la nostalgia del trineo de su infancia, el cine profundizó esa imagen del hombre moderno pasando al *Taxi*

Driver que vive solo, ama la pornografía y se propone matar todo lo que lo enoja. A este ritmo, el cine pronto no tendrá temas "sociales" más que los que extraerá del folklore. El tema es conocido por haber sido escuchado y retomado en varias oportunidades.

Por su parte, los sociólogos se preocupan a menudo más por el repliegue sobre sí del ciudadano moderno y por su indiferencia creciente hacia los demás. Más allá de la deshumanización personal, se asistiría también a una crisis de la desmovilización social, a una avería en la sociabilidad. (Notemos al pasar que ya se ha dicho que estos sociólogos tan preocupados, como todas las élites, se parecen mucho a esos creyentes más o menos declarados que aspiran al militantismo de la "práctica social" y que parecen temer sobre todo que nadie responda ya y encontrarse con una causa desesperada en las manos.) Las ideologías del momento se han vuelto *soft,* según el término de Huyghe y Barbès, y el Estado moderno se reduce al rango de socio comanditario de un equipo de fútbol y de una sociedad anónima fundada en la memoria de un vago contrato social.[214] Otros incluso perciben los signos de otra forma de decadencia y entonces, mientras que Lasch y Nesbitt se unen a Hobbes prediciendo que una atomización de las relaciones sociales no podrá sino conducir a la guerra generalizada en un clima de indiferencia total, Lipovetzky prefiere hablar de una "indiferencia pura" que, por el contrario, es más bien suave, generosa y para nada agresiva:

> Dios está muerto, las grandes finalidades se extinguen, pero *a todos les importa un bledo*, he aquí el límite del diagnóstico de Nietzche…[215]

Como si hubiese estado durante mucho tiempo aturdido por la constante amenaza del aniquilamiento planetario; el individuo, al explorarse a sí mismo, habría descubierto a la vez su propia riqueza interior y su gran fragilidad, que imputa luego a los otros. Uno llega a convencerse de que la mayoría de esos otros ha dejado de ser amenazante, porque ellos ya no pueden alcanzarnos a lo recóndito de esa nueva profundidad. Que no inquieten más que los maníacos y los drogados, los locos y los dementes, los violadores y los asesinos, contra los que hay que proteger a los débiles y a los imprudentes. Habría allí en resumidas cuentas la unión de dos corrientes contrarias. En un sentido, está el alejamiento por aislamiento, y en el otro el acercamiento psicológico. Al tomar conciencia de todas nuestras diferencias nos pareceremos más. El ciudadano moderno sería más bien un ser más suave y apacible, una suerte de "jubilado" social, más sensible que nunca a todos esos otros con los que ya no tiene nada que ver. Un individuo que se siente silenciosamente solidario de todos esos extraños solitarios que cruza todos los días en la calle y de los que desconfía. La paradoja no es más que aparente: en la escena pública, los otros pueden ser una constante oportunidad de disgusto y un obstáculo para el desarrollo personal; es por el lo que hay que tomarse el trabajo de denunciar a los padres incestuosos, a los turistas groseros, a los analistas estúpidos, tanto como a los políticos turbios; por el contrario, al mismo tiempo estamos más que nunca convencidos de que detrás de cada una de esas fachadas imperfectas vive un ser humano entero y complejo que merecería ser amado.

Habría entonces un vínculo (aunque muy discutido)[216] entre el individualismo y la igualdad: cuánto más progresa el aislamiento, menos se confía en los discursos sagrados, en los movimientos de masa y en los valores superiores, que aquí son siempre jerárquicos y

coercitivos, pero al mismo tiempo se vuelve importante para el individuo esperar que pronto ya no habrá desigualdades en el mundo o, por lo menos, estar seguros de que todos los humanos serán, a partir de algún momento, tratados equitativamente. Lo que equivale a decir que la persona moderna ya no quiere hacerle daño ni siquiera a una mosca y que ya no admite causas sociales más meritorias que la lucha incesante por el respeto de los derechos de las personas. El proyecto de la modernidad exige que se trabaje en la creación de una sociedad de extrema tolerancia, que se defienda a los indios tanto como a los cowboys, que se muestre tolerante tanto hacia el Papa como hacia el Dalai Lama, el buen sentido y la demencia marginal. Se la percibe con claridad, la modernidad propone modificar en profundidad lo que había sido siempre una de las funciones elementales de la sociedad humana. Para Huyghe y Barbès es claramente un complot político (que no durará): "se trata de prohibir todo lo que podría ser un obstáculo para el desarrollo de la sociedad de comunicación apolítica y a-histórica".[217]

Para Jean Baudrillard, que une con el tono sociología y humanismo, habríamos entrado en la fase terminal:

Es en esta perspectiva de gestión de residuos que lo social puede aparecer hoy por lo que es: un derecho, una necesidad, un servicio, un puro y simple valor de uso. (…) Una suerte de espacio fetal de seguridad que viene a atender en todas partes la dificultad de vivir, ofreciendo en todas partes la cualidad de vida, es decir, como el seguro contra todo riesgo, el equivalente de la vida perdida (forma degradada de la sociedad glorificante, aseguradora, pacificante y permisiva) forma más baja de energía social: la de una utilidad ambiental, comportamental, tal es para nosotros la figura de lo social, forma antrópica, otra figura de su muerte.[218]

El veredicto es formal, pero no llega a convencer. Lo social antiguo tal vez esté muerto, pero ¿sus funerales fueron tan tristes? Parece impensable creer que la vida moderna ya no ofrece más que disgregación. A menos que se erija como prueba indiscutible la convicción de que vivimos realmente en un mundo de locos.

Para algunos teóricos más conservadores, el anuncio de la victoria moderna del individualismo era prematuro. Sus progresos se han frenado y el movimiento de péndulo ya se invirtió hacia la búsqueda de valores más seguros que permitirán encontrar sentido al "nosotros" y a la sociabilidad antigua.

Notemos que esta crítica es a veces de una ligereza desconcertante cuando sigue las modas necesariamente contradictorias y toma como pretexto la menor fluctuación de la tasa de divorcio o de nacimientos para anunciar sin pudor que las costumbres cambian, que la pornografía está muerta y que acabamos de entrar en una era nueva que obliga a pensar todo de nuevo. La crítica parece, sin embargo, más seria cuando denuncia el carácter profundamente nostálgico de la mayoría de los análisis recientes. Los denunciadores del individualismo moderno serían antes que nada unos románticos de un humanismo anticuado, que jamás pudieron perdonar a lo que imaginan ser las masas populares y silenciosas el no haber querido seguirlos en la vida que nos lleva hacia un mundo mejor. Es posible

comprender, gracias a la lectura de la confesión tardía de Cristopher Lasch[219] (que se considera culpable y quisiera disculparse) que esos mismos humanistas, en el fondo, jamás pudieron perdonar la falta de fervor revolucionario de las masas y todavía menos el profundo mal gusto del pueblo.

La tesis de Baudrillard parece terminar en un callejón sin salida, mientras que otros buscan lo humano tan deseado en los intersticios entre lo social vuelto gigantesco y el individuo individual ahora insondable, allí en donde sobrevive una pequeña esperanza de sus habilidades, en el exotismo de los movimientos cooperativos o en el poder local. Por el contrario, sería igualmente ridículo pretender, como lo esperan los más conservadores, que todos estos análisis sean exagerados y que nada fundamental haya cambiado; pretender simplemente que la crisis del individualismo haya sido a lo sumo una fase pasajera, que haya un renacimiento tanto del matrimonio como de la fe y que todo volvería a ser normal porque, en el fondo, la sociedad es sana y más sólida de lo que dicen sus detractores.

Cuando no se puede generalizar sino la diversidad, el análisis social llega fácilmente a demostrar una y otra tendencia eligiendo bien sus ejemplos. Se asiste entonces a un debate de opiniones que opone dos nostalgias y en el curso del cual las críticas se destruyen mutuamente y a menudo se disminuyen como todo el resto, por efecto de inflación.

Mientras se evita este tipo de debate, antes de concluir hay que insistir más sobre una característica de la modernidad que explica sin duda muchas cosas, pero a la cual los comentaristas pocas veces hacen alusión, probablemente porque se trata de una grosera evidencia. El ciudadano aprovecha hoy un contexto social que le ofrece una protección del espacio privado y un confort íntimo probablemente sin igual en la historia. Fuera de los medios de la publicidad, se ha dicho poco hasta qué punto el walkman representa una obertura sobre el mundo planetario de la música y una evasión de la pequeñez de los ruidos ambientes. ¿Cuántas conferencias televisivas son más interesantes que las conversaciones de un tío abuelo? ¿Hasta qué punto el aislamiento moderno constituye en realidad una liberación de la tiranía de los próximos y una puesta en relación con la humanidad entera? El individuo ya no tiene tiempo para hablar a cualquier persona porque tiene demasiado para escuchar (y dentro de muy poco porque tendrá demasiado para decir). Ya no hay tiempo para detenerse con las obligaciones de lo inmediato. Resulta inútil salir de su casa cuando el universo privado se vuelve más espectacular que la escena pública. El empobrecimiento progresivo de los discursos oficiales ("políticos", dirán algunos) que todavía ayer englobaban todo, desde Dios hasta la cocina, tuvo por contrapartida el enriquecimiento comparable y equivalente de la vida privada, la persona que come mejor, lee mejor y, por qué no, piensa mejor que antes. Algunos aprovechan ya todas esas ventajas, varios esperan obtenerlas mientras que otros protestan vigorosamente anhelando otra cosa o prefiriendo volver atrás. Y se encuentra inscripto en el programa de la modernidad de no buscar imponer sus conclusiones.

A fin de cuentas, la imagen global de la modernidad sigue siendo imprecisa. Lo que nos resulta una certeza se resume a bastante poco: la multiplicación de maneras de vivir feliz y de detener la desesperanza, la libertad más grande de elegir entre los dos y la intensificación de las dudas. En lo que respecta al resto, la modernidad no hace sino retomar los temas

antiguos que cada cultura humana debe debatir, pero de una manera evidentemente original y, según muchos, peligrosa.

Porque la gran esperanza de la modernidad puede fácilmente volverse un drama. Cuando se llega a la paradoja última del individuo que progresa incansablemente hacia la contemplación de sí mismo como objeto, convencido de que es la única manera de conocerse bien y de asegurar su individualidad y de que se desalienta al descubrir la imposibilidad de hacer la experiencia interior del análisis exterior. El drama de una marcha hacia el individualismo que toma el aspecto de una grosera ilusión para aquellos que descubren con tristeza que el ser humano se revela vacío y que la investigación desesperada en el fondo de sí mismo no procura necesariamente una verdad profunda.[220] Peor aún, cuando descubren hasta qué punto nuestros sentidos nos engañan y hasta qué punto nuestras emociones son poco fiables. La solución fácil consistirá en conformarse con los pocos valores aparentemente fundamentales, los únicos que uno querría que sean indiscutibles y que ofrecerían finalmente la medida del bienestar, en particular de la salud, de la buena forma y la larga vida. Para otros, la salud no alcanza y el drama se vuelve todavía menos soportable cuando la búsqueda de la autenticidad interior llega al vacío y desencadena un pánico angustiado. A partir de entonces no habría ninguna otra salida posible salvo el suicidio o la falsa conciencia. Porque a pesar de los esfuerzos por encontrar un modo de vida y valores más tradicionales o la ilusión moderna de un encierro en el grupo familiar, ya no se puede esperar sinceramente alcanzar como antes una sociedad que, en la actualidad, se reconoció como un universo de simulacro y una cultura a la que ya no se considera más que como una mentira ahora inútil.

CAPÍTULO 5

LA PORNOGRAFÍA, PLACER MODERNO

Si se acepta la imagen de la modernidad presentada en el capítulo precedente a partir de la mayoría de las personas (no todos) que hacen y viven esta sociedad, la pornografía no tiene nada de sorprendente. Desde hacía tiempo era previsible que el sexo siguiera a todo el resto y tomara tarde o temprano un nuevo sentido, transformándose a veces en mercadería reservada a la industria y a algunos negocios altamente especializados. A pesar de todas las resistencias, era inevitable que el sexo se volviera comercial (al mismo tiempo que el comercio se daba un aspecto sexy), pues las reglas del mercado no prohíben vender el sexo del mismo modo que se vende el talento, el trabajo o la sinceridad. La sexualidad se dota entonces del status de un saber particular, que se adquiere y al que se da cumplimiento siguiendo normas bien establecidas. Y puesto que el sexo toca precisamente el margen de la moralidad pública, la pornografía rápidamente reveló ser un muy buen negocio, como cualquier otro comercio que ocupa las fronteras sociales de lo legítimo y de lo criminal. Para muchos, la situación es clara y la pornografía aparece cuando una sociedad pierde su sentido moral, cuando ya no llega a controlar sus desechos y comienza a declinar (Paul Virilio habla incluso de "putrefacción" de las sociedades).[221] Se pierde entonces toda reserva y ya no se reconoce lo sagrado; según la fórmula de Ross Wetzsteon,[222] Freud había apuntado correctamente cuando dijo que en el momento en que dos personas hacen el amor siempre hay por lo menos seis personas en la pieza, y también se sabe que muy bien puede no haber más que una sola, pero nunca 120 personas a 10 pesos por cabeza. Otros sostienen que la pornografía era igualmente previsible, pero por otra razón: a partir del momento en que el ciudadano obtenía el derecho a la palabra y una mayor libertad de expresión, su aparición se volvía más probable; lo que equivale a decir que la pornografía existe porque por fin la democracia se aproxima.

Por lo tanto, la causa está entendida y la pornografía es comprensible. Queda claro, sin embargo, que los análisis que se detienen aquí no dijeron todavía nada esencial: la pornografía es excitante, agradable, atrayente y divertida. Ofrece un placer enorme que asegura su éxito, el cual no puede, por lo tanto, ser silenciado. En primer lugar, por supuesto, está el placer de la excitación sexual, con todas sus interconexiones fisiológicas y psicológicas, pero hay más (lo que nos interesa particularmente), vale decir, las formas específicas de la pornografía y, por lo tanto, la construcción cultural del placer. O, si se prefieren los términos de la cuestión planteada por Nancy Houston, también hay que intentar comprender por qué son precisamente esas imágenes las que son excitantes.

La paz

Cuando me puse a veces a considerar las diversas agitaciones de los hombres y los peligros y las penas a los que se exponen en la corte, en la guerra, de donde nacen tantas peleas, pasiones, empresas, atrevidas y con frecuencia malvadas, etc., a menudo he dicho que todas las desgracias de los hombres vienen de una única cosa y es de no saber permanecer en reposo en una habitación. Un hombre que tiene lo suficiente para vivir, si supiera permanecer en su casa con placer, no saldría para ir al mar o al banco de una plaza. Sólo se busca la conversación y las diversiones de los juegos porque uno no puede permanecer en su casa con placer…*Blaise Pascal*[223]

Sabía únicamente que estaba solo, tal como nosotros nos esforzamos porignorar que uno puede estarlo. Impiadosamente solo.Por lo tanto, para él fue la eficacia aterradora de esta soledad.*Annie Le Brun (hablando del marqués de Sade)*[224]

El modelo del hombre nuevo de la modernidad se encarnó hacia mediados de siglo en el personaje de Hugh Hefner, fundador y durante treinta años director del imperio *Playboy*. Hefner era a la vez fabricante, buen vendedor y excelente consumidor. Además, y más allá de las fotos de las lindas chicas desnudas, la revista ofrece todo un estilo de vida, una filosofía social y una moral política, modas vestimentarias y gastronómicas, una manera de consumir la sociedad de ocios infinitos, millares de chucherías costosas, en una palabra, una imagen muy clara de múltiples signos del éxito, cuya mayor recompensa y supremo trofeo sería la *Playmate* , renovable cada mes. Emprendedor por excelencia de la modernidad, Hefner pasó casi toda su vida en dos palacios, uno en Chicago y el otro en Los Ángeles, cuyo lujoso confort le resultaba inigualable y que parecían animados por una fiesta perpetua en la cual todo el bello mundo del *jet-set* quería ser visto. Algunos historiadores leerían tal vez en ese fasto algún signo de un retorno al tiempo de la Regencia, a través de una revolución a contrapelo de los rigores puritanos de la burguesía y de la aparición del derecho de ostentar públicamente su fortuna a dos pasos de la más abyecta miseria urbana. *Playboy* es absolutamente un producto de la sociedad norteamericana, y otros comentadores encontrarían muchas cosas a agregar a ello, pero aquí alcanza con señalar el carácter típicamente moderno del personaje Hefner. He aquí a alguien que se erigió a sí mismo como modelo de éxito comercial, social y sexual y que, sin embargo, según la opinión de todos los periodistas y según las confidencias de sus íntimos, siguió siendo un hombre particularmente discreto y reservado, que prácticamente nunca sale de su lujosa residencia y que finalmente se mezcla bastante poco con sus invitados, con los que mantiene relaciones de negocios o de sexo breves y, a sus ojos, plenamente eficaces y satisfactorias. La imagen favorita de Hugh Hefner (varias veces publicada por sí mismo en su propia revista) muestra a un hombre solo, sentado en una gigantesca cama circular, en una habitación sin ventanas, en donde trabaja sobre todo de noche. Como lo señalara Tom Wolf, no hay en esta imagen ninguna *Playmate,* ninguna mujer, sólo su paraíso íntimo: una cama grande, una fortaleza revestida de madera preciosa,

paredes sin ventanas, y un montón de aparatos electrónicos llenos de decenas de botones y teclas.[225] Es la imagen de un aislamiento mullido, apacible y totalmente hedonista. El solitario dispone de todo aquello que reconoce como una necesidad, incluso la garantía de una fiesta permanente en el piso inferior en la que podrá ir a dar una vuelta si en algún momento lo roza el aburrimiento.

El marqués de Sade escribía encerrado en una prisión, mientras que la soledad de Hefner es un modelo de vida propuesto por un hombre que la opulencia y la felicidad reconocidas han transformado en héroe cultural envidiado y adulado. La diferencia es importante. Mientras que el marqués de Sade vivía en una celda, Hefner se encierra en una habitación. Mientras que las mujeres han luchado desde el principio de la revolución industrial contra la división entre el espacio público y la esfera doméstica que las confinaba a una inferioridad abrumadora, Hefner logra trabajar sin dejar su cama. Se confina voluntariamente a sí mismo a la domesticidad perfecta. Su brillante éxito público, su victoria sobre la economía política y su conquista del mundo, todo sirve para permitirle irse a acostar a su habitación. Y si la marca suprema del éxito consiste en alcanzar esa soberbia *Playmate* (que todavía se define como alcanzable, puesto que ella se obstina en presentarse como "la chica de al lado") entonces aquél con quien se han acostado miles de *Playmates* aparece necesariamente como el mejor y el más grande de todos.

Como era de esperar, fueron muchos los críticos precipitados que cuestionaron y a menudo incluso ridiculizaron el estilo de la buena vida de *Playboy* como un ejemplo perfecto de la despersonalización de la sociedad actual y de la deshumanización del ser moderno: el ejemplo de una mirada que transforma a los demás en simples objetos o en vulgares mercaderías, la expresión consumada de una mentalidad de emprendedor capitalista que sólo respeta el provecho.[226] Hugh Hefner es considerado como la síntesis del efecto más pernicioso de la pornografía moderna: la creación de seres fragmentados y alienados que esconden bajo el confort su profunda indiferencia hacia los demás. Todas estas evaluaciones han sido a menudo expuestas[227] y el veredicto es desde hace mucho tiempo pronunciado, mientras que lo esencial sigue siendo el simple hecho de que ese modelo de ideal existe realmente: Hefner era realmente muy rico, vivía solo y concentraba la mayor parte de su energía en la realización de sus propios deseos, sin necesitar obligatoriamente a los demás. Hay que dejar a los sociólogos y a los psicólogos la tarea de medir hasta qué punto el sueño comprado cada mes concernía menos al sexo de las *Playmates* que a las ganas de ser Hugh Hefner.

He aquí según parece un caso ejemplar de la modernidad como estilo de vida, tan atrayente para unos como repugnante para otros y, al mismo tiempo, un notable ejemplo de autoproducción de un discurso y de su efecto. Pero Hefner no ha hecho más que realizar la función de algunas tendencias características de la vida moderna, que hacen que la pornografía actual sea lo que es y que, justamente por esa razón, en gran parte la explican.

El exceso

El 11 de agosto de 1984 un despacho de la agencia France Presse señalaba este acontecimiento:

El viernes por la mañana, en el patio del castillo barroco de Prinzendorf, la endecha tocada por un centenar de músicos se convierte en el Himno a la Alegría para saludar el amanecer: las "orgías misteriosas" del pintor austríaco Hermann Nitsch han comenzado.

Matanza de animales en el lugar, procesiones, crucifixiones, rituales de sangre, se suceden en medio de olores de entrañas mezcladas con perfumes de rosas, durante tres días y tres noches. En su casa, a unos 3 kilómetros al norte de Viena, Hermann Nitsch ha realizado este fin de semana la más larga performance de su larga carrera de veinte años.El espectáculo, actuado por 200 actores y 100 músicos, necesitó 3000 litros de sangre fresca, 1000 m 2 de tela blanca inmaculada, 3 camiones de vísceras de animales, un camión de pulmones, 15 puercos, 20 ovejas, 15 cabras, 7 toros, 6 vacas, 5 terneros, 5 caballos, etc., y un volquete de pétalos de rosas. El ritual es repetitivo, pero no sádico. Un ternero, por ejemplo, es llevado a la muerte al son de una orquesta de cuerdas, abatido por carniceros profesionales y bajo control veterinario para evitar protestas por parte de las asociaciones de defensa de los animales.El animal, colgado de un gancho de carnicero sobre un fondo de tela blanca, es descuartizado y despellejado. El ceremonial continúa con la llegada de actores completamente desnudos, los ojos tapados por una venda blanca, depositados en una camilla a los pies del animal o en cruz. Metáfora de purificación o de reencarnación, varios actores vestidos de blanco hunden sus manos, por no decir una parte de sus cuerpos, en las entrañas todavía calientes para masajear y limpiar las vísceras del toro, con la sangre que salpica después a los cuerpos desnudos.Hermann Nitsch, maestro de ceremonias todo vestido de negro, vierte entonces en la boca de los crucificados sangre que va descendiendo sobre su piel en un largo reguero rojo: la música lineal de los cobres y de las percusiones infla y estalla en ese punto supremo de la acción volviendo, según dice él, al misterio de la eucaristía.Lo más espectacular, pero tal vez lo más ingenuo, sin duda será la entrada en el patio del castillo de un carro de asalto, rociado de sangre y de flores, pisando con sus orugas los intestinos de animales, frente a un Edipo Rey con los brazos en cruz tirados por cuerdas.

La única verdadera preocupación del periodista encuentra respuesta en las palabras "carniceros profesionales" y "control veterinario". Todo el resto no es más que el expresionismo vienés, un poco extraño tal vez, pero no obstante legítimo.

Porque es legítimo ser excesivo en una sociedad orientada hacia un progreso que, por definición, sólo puede ser alcanzado en la superación. El exceso no comienza sino más allá de los límites. Y cuando una sociedad reduce sus límites al rango de obstáculo, nutre la fascinación de récords de los "*citius, altius, fortius*", y todos aprenden allí la urgencia por intentar ser siempre un poco mejor. Cuando el progreso es un sagrado patrón universal, la

satisfacción y la felicidad vienen de la capacidad por superarse para alcanzar el límite de sus aptitudes (de sus talentos, diría el Nuevo Testamento), lo cual se vuelve al mismo tiempo la única receta para conocerse realmente y sobre todo la única manera de garantizar su pleno desarrollo, sea personal o nacional. Resulta a partir de entonces lógico e incluso recomendable querer perseguir toda experiencia humana hasta sus límites y apasionarse por el fondo de las cosas.

En un artículo notable y aparentemente demasiado mal conocido,[228] Susan Sontag había hecho comprender que la pornografía pertenece a ese vasto *corpus* de literatura y de arte modernos que está intensamente consagrado a la exploración de las situaciones extremas. El estallido del arte moderno es en gran parte el resultado de la persecución apasionada de múltiples experiencias; una búsqueda, en arte como en ciencia, que se define sin límites y que pretende no tener frenos. El extremismo de John Cage, de Samuel Becket, de Christo o de Nietzche, no es verdaderamente separable del extremismo pornográfico. Al decidir explorar cada proposición hasta su extremo límite, se encontrarán necesariamente los escenarios del *Imperio de los Sentidos* o de la Historia *de O:* la degradación total, querida o anhelada, para convertirse en un objeto, la negación total de la personalidad y de sí mismo hasta la muerte. Lo que en principio decía Sontag es hasta qué punto esta obliteración de sí no es propia del personaje de O ni siquiera de las mujeres a quienes nuestra sociedad a menudo así se la exige, sino que es también lo que se espera de los novicios entre los jesuitas y entre los monjes zen. Se puede agregar que ello recuerda también la reconstrucción exigida a muchos aprendices de chamanismo y que probablemente era el punto al que habían alcanzado al preguntar: "Dios mío, Dios mío, ¿porqué me has abandonado?"

En una palabra, nuestra sociedad se encuentra en una situación un tanto embarazosa frente a una búsqueda del exceso que ella misma ha erigido en principio fundador y garantía del futuro. Si hay que intentarlo todo y todo explorarlo, desde las galaxias hasta el interior de la célula, si es bueno perseguir todas las experiencias humanas con el objeto de saber siempre más, también habrá que admitir que muchas verdades pueden ser sospechosas e incluso a menudo peligrosas, bajo pena de nunca llegar a justificar la censura del único campo de la sexualidad. La pornografía moderna busca superarse constantemente y mantenerse excesiva, lo cual está perfectamente a tono con lo impuesto a todas nuestras empresas. Toda superación y toda expansión de la experiencia humana, tanto en el mundo del deporte como en ingeniería genética, constituye obligatoriamente un riesgo desconocido, y una vez que se decidió correr tal riesgo no hay que admirarse de encontrar sorpresas.

Pero, una vez más, esta investigación del exceso aparece como un efecto de la distinción y del aislamiento modernos. Pues el exceso es necesariamente altamente selectivo: la hazaña impone las peores coerciones y las naves espaciales todavía siguen siendo pequeños habitáculos. Para la mayoría, (es decir, todo el mundo salvo el héroe), la única verdadera superación consiste en ser el testigo de las experiencias llevadas a cabo por otros, en leer el relato o absorber los sonidos y las imágenes de esos otros. Y las cifras sobre la invasión cotidiana por la televisión permiten concluir que la vida prácticamente se ha vuelto un deporte-espectáculo. Al mismo tiempo, cada relato de una experiencia particular debe luchar para retener la atención de un espectador que recibe información de todas partes y de

todas las formas. Hay que llegar hasta un espectador que vive la aparente paradoja de estar perpetuamente al borde de la saturación y que al mismo tiempo está angustiado por el temor del silencio. Por lo tanto, hay que llenar el vacío, aprovechar cada instante para imponer y vender sus sonidos y sus imágenes. Pero sobre todo, hay que ser más ruidoso, más lúcido, más rápido, más directo y explícito, más puerco que la competencia.

Ya ha sido dicho, la pornografía se llama desde hace mucho tiempo "porno" y el *fast-sex* no es más que la pendiente sectorial del *fast-food*. Mientras que Roland Barthes hablaba de la importancia de la lentitud lánguida del desenlace en el *strip-tease,* el espectáculo moderno debe alcanzar sus objetivos mucho más rápidamente. Puesto que la noción de preámbulo haría perder demasiados clientes, hoy sería demasiado arriesgado exigir que aquel que quiere música espere pacientemente que todos los instrumentos de la orquesta estén afinados; y durante todo el tiempo que el *junk-sex* haga vender, parece bastante inútil reintroducir en él una larga puesta en escena que no haría más que retrasar la instancia. Es tal vez por ello que la película pornográfica se ha vuelto más popular que la literatura del mismo género, sin duda más rica, pero que exige más trabajo y también porque el video le gana a la película, la cual exige ir a una sala pública. Jean Baudrillard decía que nos hemos transformado en cultura de la eyaculación precoz, una cultura que quiere "que todo esté producido, que todo se lea (…), que todo sea dicho, acumulado, clasificado, enumerado (…). Nunca seducción allí, ni en el porno, porque se trata de una producción inmediata de actos sexuales, feroz actualidad del placer (…), pero ni siquiera la sombra de seducción, tampoco en el universo de la producción: objetos, máquinas, actos sexuales o producto nacional bruto".[229] Excepto que hay que reconocer allí un cambio radical y que habría sido imposible sin el aislamiento creado por la modernidad: el sexo que tenía el aspecto de recompensa a aquello que debía exigir largos y a veces laboriosos esfuerzos, se transforma en contemplación pornográfica obtenida de inmediato por el solo precio de entrada o de venta. Los debates públicos en torno a la cuestión lo subrayan muy claramente: el sexo y la pornografía son dos géneros radicalmente diferentes que no deben ser confundidos.[230]

Por otra parte, es probablemente injusto afirmar que "la cultura" se rindió allí y que los placeres de la seducción se han perdido. En principio, el ciudadano moderno simplemente vio que se le ofrecía la elección de eximirse de los rigores de la seducción. Si desea conocer las costumbres alimenticias de una especie cualquiera de macacos puede como antes montar una costosa expedición o si no, mirar la televisión. Por supuesto, hay que admitir que el afán creado por una competencia feroz lleva a revelar todos los detalles de cualquier tema de la manera más perfectamente explícita, y ello en todos los ámbitos y para todos los espectáculos. Cuando la prevención del mundo se hace ampliamente por el consumo de imágenes tratadas como mercaderías, la vida ya no tiene ni derecho ni razón de guardar sus secretos, mientras que cada uno obtiene la posibilidad de reclamar, a partir de ahora, el derecho a ver todo y enseguida. Pero, sobre todo, el ciudadano moderno dispone del placer de conocer el exceso, la excitación que se siente al explorar las experiencias límites, allí en donde se siente que los territorios se deslizan y en donde se conoce la dulzura ebria de la pérdida del control y del éxtasis. Lo cual nunca se hace sin riesgo, pues más allá del peligro de ir tontamente demasiado lejos, también está el punto de no retorno, cuando todo debe ser excesivo y, por lo tanto, nada lo es. Es a partir de ese momento que está permitido predecir con confianza que

vendrá el tiempo en que el aplastamiento de intestinos de animales bajo las orugas de un carro de asalto parecerá banal.

Verdades y mentiras [231]

François Truffaut decía que las películas eróticas "constituyen una expiación o por lo menos una deuda que pagamos a sesenta años de mentiras cinematográficas acerca de las cosas del amor".[232] En un sentido brutalmente inmediato, el cine pornográfico es mucho más verdadero que la mayoría de las metáforas de uso corriente. Negándose a hacer deslizar la cámara en un hogar ardiente antes que mostrar un océano desencadenado, la lluvia sobre trigos ondulantes, o incluso un tren penetrando un túnel, el cine pornográfico no deja a los protagonistas. Por el contrario, se acerca a el los a partir del momento en que ello se vuelve interesante, y consagra toda su atención en las partes del cuerpo que en Occidente son comprendidas como los constituyentes esenciales del acto sexual. En resumidas cuentas, se trata de una mentira invertida: mientras que el cine cortaba de la vida toda referencia demasiado directa a la sexualidad, la pornografía deja entender que no hay más que eso y que todo lo demás, tramas y dramas, personajes y sentimientos, no son más que detalles para la puesta en escena.

La pornografía promete muy honestamente mostrar una verdad franca y entera: todos los detalles, bajo todos los ángulos, todas las posiciones, todas las combinaciones posibles y todas las perversiones conocidas. No hay otra verdad más allá del campo cubierto por la pornografía moderna, a menos que se pase a la cirugía, lo cual de ordinario excede la frontera de lo sexual. Su única gran promesa es la de alcanzar esta verdad que normalmente se esconde bajo las apariencias, a la inversa de la imagen pública y más allá de la vida ordinaria. La pornografía actúa como una máquina para vencer el pudor y la vergüenza y garantiza que el secreto será develado. Puesto que su éxito descansa en la autenticidad, ella busca pruebas indiscutibles: multiplica los planos de eyaculación difíciles de trucar y, por lo tanto, testimonios convincentes del éxito del acto y de un estado de éxtasis interior difícilmente mostrable;[233] le gusta describir los jugueteos sexuales lesbianos y penetrar así en un secreto que no debería nunca ser accesible a los machos; es conducida hasta el dolor, cuyos efectos (como repetía Sade) son siempre evidentes e indiscutibles, contrariamente a los misterios discretos del goce femenino; finalmente, en numerosos relatos o en la película *Snuff,* la misma pasión es perseguida hasta la muerte, comprendida como la única experiencia humana plenamente y totalmente auténtica.

Otra verdad profunda, en un mundo incrédulo que exige cada vez pruebas más concretas y que no tolera más plazos, la pornografía goza de la gran ventaja de ofrecer un efecto inmediatamente verificable. No hay ni espera ni duda: o bien el espectáculo procura o no la estimulación prometida o bien adormece, impresiona o produce asco, poco importa,

pero se lo constata en el instante siguiente.

Lo cual alcanzaría casi a explicar muy tontamente por qué la pornografía existe: el interés por vencer el pudor para alcanzar lo auténtico. Vencer las convenciones hipócritas de la mascarada cultural y lograr mostrar lo que siempre tomó el aspecto de gran secreto. Saber que finalmente se está tocando lo innegable y lo fundamental: aquello que ya nada puede esconder. Una convicción particularmente atrayente para la sociedad que se puso a detectar la mentira, creyendo de pronto percibirla por todas partes. Ya se ha dicho, así como el ciudadano moderno insiste en conocer todos los detalles de lo que está en sus alimentos, también busca no satisfacerse sólo con las reproducciones, ver la Mona Lisa, tocar la verdadera montaña de Plymouth, entre todas las rocas de la costa atlántica, o compartir una comida con algunos verdaderos indios de los Andes. Siempre la misma convicción de que existe una vida todavía más verdadera, algún lugar, allí, más allá de las apariencias.

En ese contexto, lo falso toma un aspecto ingenuo y grosero, y la mentira se vuelve imperdonable. En los tiempos antiguos la cultura podía construir la mentira y luego erigirla en espectáculo, con el objeto de ofrecer un contraste al orden normal, que, a la vez, mantendría sus derechos. Es lo que sugiere toda mención del efecto de catarsis de la pornografía y es también lo que pensaba antes que nada Baudrillard, para quien: "el porno dice en el fondo: hay buen sexo en algún lado porque yo soy la caricatura. Hay una medida, porque yo soy el exceso."[234] En resumidas cuentas, es hacer que la pornografía tenga el papel de un carnaval de los excesos previstos y limitados o, si se prefiere, el de un ritual de inversión de la vida normal, ocasional y temporal, que serviría para reafirmar esta normalidad habitual, pues la mentira pasajera sería inmediatamente visible y reconocida por todos. Pero un juego tal de contrastes, la capacidad de decir lo falso para así apreciar mejor lo verdadero, exige en el seno de la sociedad una distinción suficientemente estrecha entre verdad y mentira, lo que justamente en la actualidad parece a menudo incierto. Apasionado de lo auténtico, el ciudadano moderno se vuelve particularmente vulnerable y, tal vez, es quien, a lo largo de toda la historia, más creyó en mentiras, a pesar de todo lo que cuenta acerca de la candidez supersticiosa de los salvajes o la tonta credulidad de sus ancestros. La fabricación de verdades falseadas es, en la actualidad, una empresa planetaria. Los vendedores de frutos de mar decoran sus establecimientos con redes de pescadores, otros restauradores ubican su cocina en la vidriera y algunos *yuppies* se procuran la imagen de un perro en un cassette de video antes que el animal, demasiado acaparador: la distinción, que nunca había sido fácil, se vuelve directamente imposible. Edmund Carpenter creo, ya contó cómo el ataúd del presidente Kennedy, que llegó al aeropuerto de Washington, pasó casi desapercibido detrás de una hilera de personas que seguían el acontecimiento en las pantallas de televisión. Los especialistas en comunicaciones modernas buscan todavía saber si el medio es más o menos verdadero que el mensaje, y si desde un principio puede ser útil querer distinguir a uno del otro. Se preguntan hasta qué punto el individuo sigue siendo libre de adoptar la verdad que le conviene. Y el dramaturgo Edward Albee[235] decía que en la adolescencia la pornografía sirve como sustituto de la experiencia sexual, mientras que en la edad adulta la experiencia sexual se vuelve sustituto del fantasma.

Dicho esto, la pornografía sin duda también es mentira. Antes que nada, está lo más

grosero y lo más evidente: cuando ella anuncia el sexo para no ofrecer en realidad más que un estimulante masturbatorio y, por lo tanto, una forma mínima de sexualidad; cuando pretende que es posible eyacular ocho veces en 30 minutos; cuando muestra en la pantalla órganos sexuales de tres metros de largo; cuando pretende sobre todo que el sexo es fácilmente disociable del resto de la experiencia humana y no sólo de todos los sentimientos distintos al deseo bruto, sino disociable de las cuentas que hay que pagar y de la cuestión del lavado de las sábanas. Estas mentiras surgen en la evidencia. Por el contrario, es tal vez necesario abrir un muy breve paréntesis para decir que no hay que tomar, sin embargo, por mentira aquello que no lo es. El hecho de que en la vida verdadera las enfermeras no estén todas calientes, que los *truckeurs* no se exciten necesariamente todos y muchísimo, que las colegialas pueden estar muy bien de vacaciones sin volverse locas, todo ello no es una trampa, sino simplemente la inversión fantasmática y perfectamente fiel de lo cotidiano que toda buena pornografía debe poder lograr.

Se agregan a estas evidencias otras tres formas de mentiras características de la pornografía y que, a un plazo más largo, tal vez corren el riesgo, si no de causar su pérdida, por lo menos de transformarla radicalmente.

Primeramente, es sabido que la pornografía debe ofrecer una verdadera transgresión al pudor y una invasión seductora de lo privado. Pero es todavía necesario que haya pudor. Los cuerpos y los jugueteos sexuales de individuos ficticios o de actrices o actores que ganan su vida mostrándose desnudos delante de una cámara sólo pueden suscitar un interés pasajero y efímero. Y si no ocurrió ya, dentro de poco se habrán leído y visto todos los cuerpos imaginables haciendo cualquier cosa. Lo que atrae todavía y tal vez por mucho tiempo no es el actor pornográfico sino la promesa de ver a alguien, por otra parte reconocible, sorprendido con los calzoncillos bajados, desnudo o "haciendo cosas". Nalgas con rostro conocido. Es a condición de la existencia de una vida pública creíble que el descubrimiento obsceno de lo privado se vuelve posible e interesante. Es por ello que los pornógrafos ofrecen millones a las *vedettes* de Hollywood y que es posible vender a precio de oro las fotos de Madonna desnuda, o de Miss Estados Unidos o incluso de Pierrette Le Pen o Jackeline Kennedy. No es el sexo sino la obscenidad lo que atrae. Pues resulta un tanto difícil retener durante mucho tiempo la atención en el sexo de personas que parecen por otra parte siempre incómodas en sus ropas y que, por otra parte, dejan la muy clara impresión de no tener una vez más nada qué decir.

Hay, por lo tanto, una paradoja. La pornografía que se define como la representación del sexo en sí mismo, sin contexto, sin referencia y sin excusa, o como dicen los norteamericanos, sin "valor de retroventa social", en estos términos tampoco tendría futuro. Se pueden reconocer dos principales razones a esta falla. La primera surge de recortar al ser humano en pedazos ampliamente autónomos, un recorte que sigue siendo una de las principales características del trabajo en la fábrica y de la pornografía. F. W. Taylor decía que el trabajo industrial debía volverse tan estúpido que el trabajador terminaría por desarrollar una mentalidad de vaca. El cine pornográfico ofrece performances de toros, de sementales y de conejitas. Ahora bien, la mecánica del trabajo industrial propone infaltablemente un espectáculo muy aburrido o, incluso, el espectáculo de una mecánica a tal punto adherida a lo real que se vuelve divertida, lo cual es totalmente desastroso para el efecto erótico de las

malas películas pornográficas que incitan a los espectadores a reír.[236] Lo que resulta interesante, por el contrario, y tal como lo mostró brillantemente Chaplin, es la reunión de lo que la industria había separado. Es volver a decir que el menor gesto no es estúpido cuando está ligado a un sentido más amplio que ordena la sociedad y la vida entera: la visión de los bulones, como el sexo, fascina sobre todo cuando se sabe que sirve para ganar el amor, para nutrir una familia, para hacer temer a los suegros o incluso para mantener la vana esperanza de volverse rico. En sí al gesto le falta sentido. No es exactamente lo que Baudrillard quería decir pero la cita siguiente sirve para el tema:

De una figura a la otra, de la seducción al amor, luego, del deseo a la sexualidad, finalmente del puro y simple porno más se avanza, más se va en el sentido secreto menor de un enigma menor, más se va en el sentido del reconocimiento, de la expresión, del develamiento, de la liberación -de la verdad, para decirlo de una vez por todas- que pronto se vuelve, en la obscenidad de nuestra cultura, la expresión forzada de la verdad, el reconocimiento forzado, el develamiento forzado… ¿de qué, por otra parte? De nada, justamente no hay nada que develar.[237]

La lógica de la persecución hasta los límites extremos de cualquier aspecto de la vida tomado aisladamente conduce inevitablemente a descubrir su desconsoladora pobreza. La lectura del libro Guinness de los récords es al principio fascinante, antes de volverse el ejemplo del más perfecto absurdo. Al apuntar a todos los récords del sexo, la pornografía se aproxima a lo insostenible: el descubrimiento y la demostración del hecho de que lo que había sido contado discretamente como el último secreto, el placer por excelencia y el lugar de una verdad suprema, revela ser en su demostración una banalidad desconcertante. Y luego, ya es demasiado tarde, no se puede volver camino atrás y esperar hacer creer de nuevo que queda algún secreto rico en promesas. Así nace la paradoja: después de haber luchado tanto contra todas las modestias para finalmente liberar el sexo puro, la pornografía descubre que se trata de una falsa promesa y que la cosa no tiene mucho interés. Por lo tanto, tiene que volver hacia atrás por el único camino posible y encontrar otros atractivos que vendrán a reubicar el sexo en contexto e incorporarle sentidos que, en realidad, no le pertenecen.

Porque, y esta es la segunda razón de la falla, la pornografía no es tanto una contemplación del sexo como una experiencia de poder. El goce que ella procura viene de la satisfacción que provoca la seducción garantizada, del poder asegurado de romper el pudor y de la invasión de la intimidad. De donde surge el gran placer para un público masculino de poder contemplar los jugueteos sexuales de dos o varias mujeres, uno de los temas favoritos de la pornografía: el poder de penetrar una intimidad tan secreta que se sospecha que en ella debe haber aspectos de un complot contra los hombres. He aquí también por qué los primeros cuerpos desnudados tan a menudo han sido los de los más vulnerables y de los más débiles, mujeres de orígenes alejados, negras, mulatas o asiáticas.[238] Ahora bien, la pornografía moderna ofrece muy poca resistencia. El producto debe respetar las reglas elementales del consumo mercantil, pero incluso en la actualidad los *strip-teases* más lentos y lánguidos son totalmente predecibles, puesto que la conclusión ya es conocida desde hace mucho tiempo y no deja lugar al pretexto o al simulacro. El objetivo será sin duda alcanzado o el dinero deberá

ser devuelto. Y he aquí lo que prepara una segunda mentira.

Mostrar un sexo auténtico se ha vuelto evidentemente fácil, y es el poder lo que trae problemas. Por supuesto, en toda sociedad jerarquizada, desvestir a los poderosos siempre constituyó el pasatiempo favorito, y burlarse de su sexo sigue siendo una forma clásica de burla del poder y de venganza por parte de los dominados. Pero la pornografía no siempre tiene los medios para ofrecer a su clientela los poderosos de este mundo. Y su problema justamente viene del hecho de que, apoyándose en una tecnología audiovisual que miente mal, ya no logra presentar a personajes tan poco creíbles que toda relación de poder y toda seducción parecen necesariamente inauténticas. En los antiguos tiempos de la escritura, siempre era posible pretender que el sexo tenía un rostro conocido y dejarse soñar pensando que la persona que se libraba a los peores desenfrenos era una bailarina célebre o un arzobispo. En la actualidad, la imagen es demasiado real, el medio demasiado fiable y, sobre todo, el espectáculo demasiado extraordinario como para hacerlo creíble. Todos los esfuerzos para convencer que se trata en efecto de una intrusión verdadera parecen en realidad sin esperanza de legitimidad; la célebre "chica de al lado" a fin de cuentas se ha vuelto literalmente increíble.

No hay que sorprenderse, por lo tanto, si en el mismo momento las personas ordinarias toman la posta. En Alemania del oeste, desde hace mucho tiempo uno de los países más importantes en la producción y en el consumo, el tipo de pornografía que tiene mayor expansión es el de los videos hechos por *amateurs* que luego se intercambian sus productos. [239] En Francia, la pornografía parece estar en camino de privatizarse y a punto de pasar cada vez más por los ordenadores domésticos o simplemente por el trueque:

> El circuito amateur no era más que un tímido primer paso. En la actualidad, el non plus ultra son los videoclubs "especiales" que alquilan cámaras a los apasionados del voyerismo mutuo… por intermedio del "club", intercambian luego sus muy privadas proyecciones con las de otros pícaros de su clase. Como en el póker: ¡para ver![240]

A ritmos diferentes según los países y, sobre todo, según el desarrollo de las comunicaciones por fibra óptica, las personas que se dicen ordinarias intercambian mensajes, textos o imágenes escabrosas y obscenas. La tendencia es bastante fuerte como para que la industria pornográfica se preocupe, y lo que ella dice es no comprender cómo su clientela puede interesarse tanto en espectáculos y en textos producidos por *amateurs,* los cuales, la mayoría de las veces, son de muy mala calidad y, después de todo, están bastante por debajo de los estándares que los profesionales pueden ofrecer en la actualidad. Sin embargo, si los cuerpos son a veces feos, las iluminaciones a menudo deficientes y los diálogos se hunden en la incorrección, estas nuevas formas de pornografía tienen la ventaja totalmente decisiva de ser comprendidas (y apreciadas) como más auténticas.

Los consumidores de algún modo se unen progresivamente a la opinión de los grandes criminales sexuales, los cuales, lejos de consumir esta pornografía comercial que les resulta ridícula por ser demasiado evidentemente teatral, dicen estar mucho más estimulados por los comentarios de los procesos por violación o por películas o programas televisivos que

denuncian la violencia sexual en términos que les parecen más auténticos y creíbles. Si se separa todo recurso al crimen y toda noción de violencia, queda que la verdad ofrece el mejor excitante. O, parafraseando a Henry Kissinger, que decía que "el poder sigue siendo el afrodisíaco supremo", hay que creer que no se puede estar plenamente seducido más que por su propio poder.

El poder del ojo

El tercer tipo de mentira pornográfica abre una perspectiva más vasta. Entre las bellas cosas para mirar que ofrecen las buenas librerías, están los álbumes de David Hamilton que muestran a todas esas jovencitas suaves en su baño o en la bañadera, tomadas en una intimidad en la que a todas luces no podía haber ni cámara ni fotógrafo. Pero también se encuentra, y a menudo al lado, esos álbumes de fotos sobre los animales que nos hacen penetrar en la intimidad de la guarida de los zorros o del juego de los pequeños cachorros de león. En los dos casos, el poder del derecho a ser testigo es impresionante.

John Berger, que reflexionó mucho acerca del voyeurismo como sistema social de comunicación, concluye diciendo que nada es más tristemente moderno que un zoológico.[241] El visitante se presenta y mira los animales pero no ocurre casi nada entre ambos. El visitante observa pero los animales ya no se comunican, ¡puesto que ya han visto demasiado! Hace no mucho tiempo, estos mismos animales decían tanto más porque representaban nuestro principal vínculo con la naturaleza: además de ser nuestro alimento, nuestra ropa y nuestros medios de transporte, incluso servían a menudo como nuestros mejores útiles para expresar toda suerte de ideas. Ahora bien, los zoológicos aparecieron en el momento preciso en que los animales se volvían cada vez menos interesantes para la sociedad humana, justamente cuando, más allá de las relaciones sociales, la revolución industrial modificó nuestro vínculo con los animales, transformados en productos manufacturados y en mercaderías cada vez más eficaces, estandarizadas y provechosas. Ya no queda más que el adiestramiento de animales industrializados, las caricias y conversaciones amorosas con animales tan artificiales como domésticos, y luego las pequeñas aves, alimentadas en el balcón durante inviernos demasiado duros. En cuanto a los demás animales todavía naturales, la sociedad industrial, de nuevo autosuficiente, guarda un buen recuerdo de ellos. Hasta se llega a amarlos, se los protege de la exterminación y los empleados de Disney se permiten incluso fabricarlos. El animal moderno es un espectáculo (la carne comestible sale de embalajes de plástico y ya no tiene para nada el aspecto de un origen animal). Los animales, reducidos al papel de objeto de nuestra mirada y de nuestro saber, ofrecen el ejemplo de la ruptura y dan al ciudadano moderno la ilusión de dominar el mundo. Y esa mirada fascinada -a veces lánguida- expresa bien nuestro poder: cuanto más podemos penetrar en lo privado de esos animales, más tenemos el poder de distanciarnos de él. Susan Kappeler reescribe palabra

por palabra el texto de John Berger, y reemplaza todo el tiempo "animal" por "mujer".[242] Las chicas que se desnudan en los *peep shows,* las que bailan sobre las mesas, incluso las ricas *vedettes* del cine pornográfico son comparables a los animales de un zoológico. Miradas, observadas, escrutadas, ellas en contrapartida no miran nada ni a nadie, pues vienen clientes todos los días y ellas ya han visto demasiado. Entre ellas y el mirón no hay ninguna comunicación. Kappeler dice, a menudo mejor que muchas otras feministas, hasta qué punto la pornografía presenta imágenes de mujeres que no son más que objetos que deben ser contemplados bajo todos los ángulos y en todas las posiciones que les gustan a los hombres. Sin embargo, se puede lamentar que limite su análisis a las relaciones entre los sexos, lo que la lleva a gritar su desasosiego: la vida en esta sociedad es injusta y opresiva para las mujeres que, sobre todo, deben soportar un poder masculino del cual la mirada pornográfica es un ejemplo particularmente grosero. Dicho esto, el análisis parecía estar a punto de sugerir algo mucho más desconcertante. Antes que creer que la pornografía moderna refleja tontamente lo que siempre ha sido o, incluso, que constituye una violenta reacción a la crecida del feminismo y es la revancha de un poder macho nuevamente cuestionado por éste, Kappeler habría debido mantenerse más fiel a la tesis de Berger: la pornografía se vuelve posible en la medida en que las mujeres, como los animales del zoológico, se han vuelto mucho menos significantes.

Mirar los tigres del zoológico ya no es muy arriesgado y las fotos no transmiten el SIDA. El poder de la mirada es también el de crear una distancia protectora, una perspectiva que protege del compromiso inmediato, y la nueva mirada que nuestra sociedad ubica en los animales, también vale para las relaciones humanas. Las personas miradas y a no son aquellas con las que sigue siendo posible mantener una relación, por lo demás normal y tradicional; las *vedettes* de la pornografía ya no son al mismo tiempo nuestras sobrinas, un cuñado, el vidriero, o la cirujana. Esas *vedettes* no tienen por otra parte ningún sentido. Pero si los dos últimos siglos hicieron emerger un ciudadano nuevo, cada vez más aislado -y al mismo tiempo más libre y poderoso- y si este distanciamiento era sin duda necesario en el nacimiento de la pornografía moderna, su evolución, sin embargo, no anuncia nada bueno para el cine pornográfico. La libertad y el poder del espectador se medirán todavía mañana según su capacidad por conocer todo y enseguida, pero el demasiado fácil espectáculo fantasmático de Marylin Chambers, de Nina Hartley, de John Holmes o de Samantha Fox deberá dejar lugar al placer más creíble, el que consiste en invadir la intimidad de personas más ordinarias o más próximas. Pero a su vez, este tipo de espectáculo más verídico tal vez no sea demasiado prometedor, porque la última contradicción de la pornografía (y del zoológico) es la de sólo poder presentar personas ordinarias y creíbles cuando pertenecen a un universo social que, por su parte, ya no es más que un recuerdo un poco artificial y sin demasiada importancia.

El otro sexo

Las producciones pornográficas son siempre el reflejo más o menos distorsionado de la sociedad que las produce y no hay ninguna razón para creer que las ideas dominantes de la cultura no encontrarán allí la oportunidad de expresarse y de ocupar allí como en otras partes todo el lugar. Por un lado, el peso de dos milenios de cristianismo, por el otro, el sentimiento de volver a partir de cero en el candor liberado del individuo soñador. La pornografía no es finalmente nada más que un *bricolaje* de temas conocidos en torno a personajes familiares, de estereotipos fáciles y de nociones bien establecidas. Ni más ni menos que la economía, que el arte o que el diseño, la pornografía no inventa mucho. Y no hay que subestimar la capacidad de supervivencia de construcciones antiguas o sorprenderse al constatar que los contenidos de la pornografía no hacen más que reproducir nociones e imágenes mil veces vistas en otros contextos. Lo que a veces resulta menos evidente es hasta qué punto esas mismas ideas también sirvieron a los análisis de la pornografía.

Hay un primer ejemplo que ya ha sido mencionado: casi todas las discusiones o los debates acerca de la cuestión prefieren ignorar la existencia sin embargo muy visible de una pornografía homosexual (para uno y otro sexo), como si la cultura hubiese decretado que era apropiado pensar el sexo en los términos exclusivos de una relación entre mujeres y hombres. Segundo caso todavía más evidente: los análisis y sus conclusiones tienden a tomar caminos divergentes (al punto de no volverse a juntar nunca más) según que la perspectiva adoptada privilegie la condición de las mujeres-espectáculos o la de los hombres-mirones. Por un lado se habla de mujeres reducidas al rango de objetos de contemplación al servicio del buen placer de los machos y por el otro se muestra a los hombres como víctimas crédulas e ingenuas de una notable manipulación. Estas dos lecturas son menos contradictorias que complementarias, y deben ser revisadas brevemente, aunque sólo sea para notar hasta qué punto la modernidad puede en los hechos ser comprendida y vivida muy diferentemente por las mujeres y los hombres de esta sociedad.

La imagen de una bailarina desnuda frente a su espectador es un caso clásico de pornografía. Ella, movediza y activa, que se revela haciendo caer los límites de su intimidad. Él, inmóvil y contemplativo, su principal signo de vida discretamente disimulado en su pantalón demasiado apretado. La relación entre los dos constituye un intercambio comercial totalmente corriente en un lugar social restringido y preciso en que los dos sexos se reúnen. Mientras que en otros lugares, las luchas contra el sexismo tienden a atenuar la distinción sexual, la pornografía por el contrario quiere reafirmar que cada sexo existe indiscutiblemente y -sobre todo- que existe para la felicidad del otro. Limitándose a este único ejemplo, se ve aquí el cuerpo de la mujer que se ofrece en espectáculo beneficioso. El cuerpo del hombre, del otro lado, no tiene derecho a moverse. Y debe concluirse que uno y otro sexo se encuentran entonces en una situación precaria que puede razonablemente ser sentida por cada una de esas dos personas como una alienación; es por ello que no se trata de decir que hay que "estar loco para hacer eso" sino más bien que cada uno se vuelve extranjero para sí mismo, no se pertenece más y deja de ser su propio dueño volviéndose esclavo de una fuerza exterior. La razón por la cual los análisis divergen para no unirse nunca más depende del hecho de que a partir de esta misma escena pornográfica la alienación de la bailarina y la de su mirón viajan

en direcciones opuestas.

Resultaría banal repetir que el papel de la bailarina tiene por principal función la de responder a las necesidades de su cliente. Su comportamiento, su aspecto, sus gestos y todo lo que la hace sexy y deseable son casi enteramente definidos por lo que el mirón podrá comprender en ellos, por lo que quiere y espera. La cosa es conocida: la bailarina tiene el aspecto de una mujer reducida al rango de objeto sexual para el único placer del cliente. Si no fuera más que ello y si no hubiera más que el placer procurado por el sexo opuesto, uno encontraría probablemente lugar de alegrarse por tal celebración y toda crítica podría ser considerada proveniente del puritanismo. Pero esta reducción es también experimentada como despreciable: la creación de un ser servil, que siempre está disponible, que cada vez obedece y que además expresa lo esencial de sí mismo exhibiendo su sexo. Y uno comprende fácilmente que el objeto sexual inventado por la pornografía se parece en realidad a esa misma mujer que, en otros lugares de la sociedad, sufre el acoso, la violencia, la violación, la violencia conyugal, la desigualdad salarial y en el mejor de los casos la condescendencia paternalista. A primera vista, por lo tanto, está el derecho chocante de los hombres a representar a las mujeres como bien les parece, totalmente desnudas y simpáticas, como los animales del zoológico o como *bunnies* que parecerían haber salido frescos de los estudios Disney. En una palabra, la pornografía consigue resumir, en una imagen simple y totalmente cruda, lo que las mujeres temen que sería lo esencial de la manera según la cual los hombres las miran.

En el peor de los casos los mirones parecen preocupados, inciertos y agresivos. La pornografía, según piensa Nancy Huston[243] es en última instancia una revancha contra el cuerpo de la madre, la más sagrada de las femineidades. Susan Griffin[244] afirmaba que la definición de las mujeres como seres diferentes, a la vez que inferiores y amenazantes, debe ser reconocida en su justo valor, es decir, como una de las constantes del pensamiento judío, de la tradición cristiana y de la civilización griega y, por lo tanto, como una de las nociones más fundamentales de la cultura occidental. Al afirmar que "nosotros" los hombres, dueños de la cultura, ocupamos el centro del universo, y al declarar en un mismo sentido que las mujeres siguen estando más cerca de la naturaleza (porque sangran, porque tienen niños, porque siguen a la luna… las razones particulares importan poco), la cultura inventa un orden que hará de las relaciones entre los sexos la expresión de un proyecto cosmológico. Cuando las relaciones entre hombres y mujeres se vuelven traducibles en los términos de una relación entre el *espíritu* y el *cuerpo* o entre la *cultura y* la *señora naturaleza,* la apuesta se vuelve considerable. Erotismo y cristianismo no son necesariamente antagónicos, pero toda la tradición cristiana sigue estando no obstante centrada en la dominación de la naturaleza por el ser humano y en el control de las pasiones del cuerpo por el espíritu. Poco importa la razón, a partir del momento en que la mujer es llamada más "natural" o más "corporal", ella puede ser transformada lógicamente en una amenaza de la que habrá que desconfiar. Ella puede poner en cuestión la buena marcha de las cosas y, por lo tanto, es una amenaza contra la cual la violencia se volverá legítima. Desde Eva, la seductora, y sin que sea necesario citar los textos obsesivos del apóstol Pablo o los términos misóginos de San Jerónimo, de San Agustín o de una larga serie de papas, es indiscutible que la noción es muy antigua; la Biblia se repite abundantemente a ese respecto y (rasgo significativo) a menudo se cita este pasaje del

Eclesiastés VII, 26:

Y he encontrado más amarga que la muerte
a la mujer, cuyo corazón es una trampa y una red,
y cuyas manos son lazos;
el que es agradable a Dios le escapa,
pero el pecador queda enlazado por ella.

Con tales palabras, las mujeres pueden estar excluidas del centro del universo, de la jerarquía de la Iglesia y del mundo de los negocios. Mientras que los hombres deben vivir bajo la amenaza:

No detengas tu mirada en una joven mujer
porque corres el riesgo de sufrir castigos
a causa de ella.
(Eclesiastés IX, 5)

Incluso habría que sorprenderse por el hecho de que la pornografía no sea mucho más violenta. En principio porque pertenece a una cultura que permite que la violencia se exprese con mucha libertad en ámbitos tan diversos como el deporte, la religión, la industria, y la diversión; no es la pornografía que, llegado el caso, se vuelve violenta, sino que la violencia es la que también a veces toma una forma sexual; en nuestra cultura que está empeñada en una exploración de los límites de la experiencia humana, y que busca ir a verificar el fin de las cosas; en nuestra sociedad que se ha dado tanto confort que llega incluso a valorizar el dolor y la violencia. Por otra parte, como lo recordaba George Bataille[245] no hay que sorprenderse ante la violencia porque toda exploración de la vida conduce inevitablemente al descubrimiento de que ésta lleva a la muerte; al respecto, la pornografía, una vez más, no es muy original, pues se trata de uno de los grandes temas de la literatura, que puede verse en Kafka, Proust, Baudelaire, y sobre todo en aquello que Bataille llama "la más profundamente violenta de las historias de amor", vale decir, *Les Hauts de Hurlevent,* de Emily Brontë (otros preferirían sin duda *Macbeth, La Guerra de las Galias, El Evangelio según San Juan* o la obra completa de la condensa de Ségur). Por otra parte, sería igualmente comprensible que la pornografía sea violenta en un contexto en que el sexo es definido como un pecado que hay que expiar, una falta que merece castigo, y que llama a una redención a través del sufrimiento. Todo ello en una cultura que expresa corrientemente su violencia con ayuda de expresiones de connotación sexual: "ser follado", "¡te voy a romper el culo!", "*¡fuck you!',* "puto", etcétera.

Y sin embargo, probablemente se dirá un día que la pornografía de nuestra época era sorprendentemente simplista, ingenua y suave. Pues la producción actual no es sádica y alcanza para convencerse de ello con leer las obras del marqués de Sade (y el sadismo de

expresión corriente no es pornográfico ni tampoco sexual), mientras que las razones para odiar a las mujeres son claras y están bien enseñadas. Los análisis de Anne-Marie Dardigna, de Susanne Kappeler, de Andrée Matteau[246] y de muchas otras parecen convincentes: lo que importa es dominar a las mujeres y a menudo también adueñarse de ellas hasta hacerlas desaparecer. Lo que a veces incluso llevó a concluir que la pornografía era un club privado donde los hombres hablan de mujeres y en donde ellos sostienen entre sí nada más que un largo diálogo cambista, una conversación en la cual la mujer no es más que un cómodo instrumento.

Ya se ha dicho que esta interpretación nunca logró convencer ni unificar al conjunto del movimiento feminista y parecería que no es satisfactoria, en principio por ser incompleta. Uno siente que la pornografía no es tan unívoca (sin agregar que ninguna cultura podría erigir tal modelo de relaciones entre los sexos y esperar sobrevivir). En términos muy generales habría que llevar más lejos el análisis y explicar por qué la dominación de las mujeres, tan profundamente inscripta en la tradición cultural, en los hechos es mucho menos violenta y destructora que la de la selva tropical, de las especies animales y de la naturaleza en general. Simone de Beauvoir decía bien que si los libertinos tuvieran la autorización de maltratar a las prostitutas con tanta impunidad, la prostitución se convertiría en un oficio tan peligroso que nadie querría ejercerlo.[247] En el caso más limitado que nos concierne, lo que nos queda por comprender es a la vez la participación de mujeres en la industria pornográfica y la fascinación del mirón que, inmóvil, contempla a la bailarina.

Sin embargo, hay que abrir un pequeño paréntesis acerca de la mirada. Bastante corrientemente se repite que la pornografía transforma al ser humano, más a menudo a la mujer, en objeto. Robert Hatch decía incluso que sólo se puede fotografiar al sexo degradado puesto que la fotografía degrada. Y significa insultar cruelmente a alguien invitarlo a ir "a hacerse ver". Pero ello a menudo es dicho sin precisar la naturaleza exacta de la diferencia entre mirar una bailarina desnuda y mirar a alguien haciendo otra cosa. Si la persona mirada se vuelve un objeto a causa de su silencio y de su insignificancia o porque es reducida a las apariencias más superficiales, entonces habría que denunciar a los guardias del palacio, al ratón Mickey y a todos los subdiáconos. La sociedad ofrece demasiados ejemplos de personas que no son más que miradas y cuya función oficial consiste en ser vistas. Habría que ser ciego para no reconocer que la mirada es en sí invariante: todo lo que es visto se vuelve objeto o nada de nada. Por supuesto, la pornografía moderna está profundamente marcada por lo visual y con ello está dando cuenta sin duda de una cultura que descuida los demás sentidos y que comunica mucho por los ojos (uno piensa evidentemente en las artes o incluso en la música, que en la actualidad está en vías de volverse televisiva, sin olvidar la importancia muy central de la lectura). Pero hay que ser más explícito y precisar que lo que confiere su poder al sujeto y lo que transforma a los demás en objetos de su divertimento no es la vista misma sino la capacidad y el poder de mirar cualquier cosa y de verlo todo. La posibilidad de contemplar todos los lados, todas las facetas y bajo todos los ángulos como bien nos parezca, como si se examinara un objeto en la palma de la mano. Es la violación lo que importa. El poder dominador de la pornografía no viene de la mirada sino de la posibilidad de penetrar a voluntad intimidades que querían permanecer secretas y de mirar allí lo que efectivamente se quiere ver. La mirada marca por el contrario un límite, establece una

distancia que prohíbe tocar. Y de hecho es la mirada lo que marca el fin del poder de la pornografía. Pero ello no aparece más que si se adopta otro punto de vista y si se considera la otra mitad del fenómeno.

Todo ello nos lleva evidentemente a la Edad Media. La posición del espectador moderno recuerda a la del trovador sometido a las pruebas de amor cortés que debía sin cesar demostrar su valor a través de múltiples pruebas, una de las cuales era la de contemplar impasiblemente la desnudez de la bella a la que él ansiaba desde hacía meses.

Inspirándose principalmente en los trabajos de George Duby y de Renée Nellí sobre la Edad Media, Dominique Grisoni describió hasta qué punto la aparición de ese trovador cortés representaba una reducción de la masculinidad[248]. Y su relato toma el aspecto del descubrimiento de un complot. En principio hay que recordar que antaño la figura del caballero no sólo expresaba al hombre feudal por excelencia sino que constituía un modelo absoluto de humanidad: perfectamente valiente, leal y sin reproche, de un coraje y de una fidelidad sin fallas, él, de quien se oía el roce de la armadura antes de percibir el yelmo, encarna la rectitud y el honor, y no es nada menos que a través de quien todo valor social y toda vida son medidas, a quien cada uno está ligado y a quien cada uno se compara. El caballero es el centro del universo y todo converge hacia él y sus comparsas de la mesa redonda: lo que él quiere lo toma y las que él desea las viola o las compra. No conoce otro temor más que el caballero enemigo o la cólera de los dioses. Se llama Perceval o Lancelot, y pertenece al grupo de los siete samurais o de los "Magnificent Seven". Encarna la virilidad que decía Nicole Loreaux, "se lee a cuerpo abierto, como si las heridas del guerrero hablaran en favor de la calidad del ciudadano".[249] Las mujeres evaluadas según el mismo criterio de vigor o de talla de músculos aparecen evidentemente como menos fuertes y menos valientes. Nada puede llenar su déficit; Grisoni habla de misoginia absoluta.

Teniendo sólo por papel específico el de tener hijos y el divertimento que podían ofrecer al guerrero, las mujeres (esta vez según Duby) aprendieron entonces a bordar, a cantar, a bailar y, sobre todo, cada vez más aprendieron a leer. En resumidas cuentas, inventaron nuevos medios para distraer mejor a los guerreros, volviéndose al mismo tiempo interesantes e incluso indispensables. A través de la servidumbre la mujer se forjaba progresivamente una existencia autónoma. Cumpliendo mejor su función de esposa sometida se estaba convirtiendo en *esa mujer y* no en cualquier otra. En contrapartida, el caballero debería inspirar el amor absoluto a esta esposa, pues ya no podía simplemente reclamar lo que se le debía y ella, entre tanto, había ganado el poder de "darse" a su marido. Por lo demás, al mismo tiempo aparece en esta historia el nuevo personaje del trovador: más joven que el marido caballero y mucho más seductor, sorprende a la esposa que ya no creía que los hombres pudiesen amar tanto. Ella exige pruebas, quiere saber hasta dónde, para él, es posible ir. Ella no se cansa de escuchar las loas del trovador que le confieren un poder que compensa la rudeza del grosero caballero, el cual la trata como un bien. Se divierte en verificar su pasión imponiéndole pruebas. Poco a poco va fabricando un prisionero, un amante dominado, captura su deseo para transformar al trovador en marioneta con la que ella se divierte tirando metódicamente cada hilo. Los hombres se vuelven humildes en su disposición para encontrar todos los caprichos de la bella dama, e incluso llegan a considerar

como un privilegio las humillaciones que ellas les hacen soportar. La estrategia tiene éxito: ella obtiene un macho sometido, fiel, y cuya admiración parece sin límites. Al ofrecerse como objeto de su deseo, al volverse déspota del amor, la mujer adquiere un poder considerable y el complot termina por reducir al caballero al rango de trovador cortés. Lo cual dará algunas de las más bellas páginas de la historia de la poesía.

El caballero que se abastecía a sí mismo con sus amigos de la mesa idealmente redonda, descubre que no tiene otro recurso más que el de someterse y se transforma por lo tanto bien o mal en un trovador que ahora debe probar su valor de otro modo que atravesando con estocadas a los dragones. A partir de entonces, seducir a la mujer se vuelve una etapa necesaria y crucial en la demostración de la masculinidad. Pues es ahora ella quien confirmará su valor. Sentado algunos siglos más tarde frente a la bailarina desnuda, dándose un aspecto de mitad caballero, mitad trovador, el mirón también viene a verificar el alcance de su propia existencia. Con las palabras de Ferdinando Camon como insignia: "Es difícil ser una mujer, todas se quejan de ello. Es imposible ser un hombre, ninguno lo consigue".[250]

De todo esto por supuesto nada es cierto. En el sentido en que ningún hombre nunca fue plenamente caballero y ninguna mujer pudo ser reducida a su solo sexo. Lo importante es que sea perfectamente posible, legítimo y fácil dejarse tomar y creer en tales modelos abstractos y reductores que siempre hacen el juego de la cultura y cuyo papel consiste justamente en imponer un orden entre las cosas del mundo, con el objeto de ponerle a la vida un mínimo de sentido. Los modelos son solamente aquello hacia lo cual está permitido tender, pero ese mínimo alcanza para animar los debates públicos. Sea que sueñe con el caballero venido a menos, con el poder de la mujer y con la influencia de la cortesía o, más bien, que sueñe con su propio poder sobre ella, con su capacidad por desvestirla para verla completamente y someterla a su buen placer, el mirón vivirá de la tristeza, de un patatús, del desprecio o la satisfacción, según que se perciba a sí mismo como el prisionero del sexo o dueño del mundo. La bailarina, por su parte, tendrá todas las razones de creerse o vergonzosamente humillada, en tanto que ser humano, en tanto que mujer, o la invencible domadora de algunos grandes animales salvajes. Las conclusiones son contradictorias pero cada uno encuentra las pruebas que alcanzan para volverlas plausibles y que permiten así a cada sexo persuadirse de que el otro tiene el mejor rol y que tiene el mayor privilegio. Pero los caminos que conducen a la ambigüedad del espectáculo pornográfico mantienen su diferencia radical: la bailarina desnuda ha logrado salir de la insignificancia gracias al poder de sus atractivos, mientras que el mirón impotente sigue siendo un héroe disminuido. El espectáculo de la bailarina desnuda podría ser alegre para una mujer como oposición a la violación, es decir, la miseria potencial de la condición femenina. Mientras que el mirón macho goza del mismo espectáculo comparándolo con la imperfección y la impotencia de su poder de seducción en la vida ordinaria, por lo tanto, comparándolo con la miseria real de la condición masculina. De la misma manera, se vuelve desesperante para quien se preocupe por la condición femenina, ver que ciertas mujeres se reducen a participar de un fantasma semejante que debería nuevamente ser inconcebible, mientras que un hombre no puede sino lamentarse por la pérdida de su poder caballeresco de violar. Subyacente a esas combinaciones, el denominador común es revelador: el punto de referencia femenino es la miseria de la nulidad, el masculino es la potencia incuestionada. Los puntos de partida están

infinitamente alejados uno del otro.

Hay un abismo entre la bailarina y el mirón que la crítica juzgará según el camino recorrido. O bien, que la pornografía aleja a los seres, limitando únicamente las relaciones a la mirada, y entonces se dirá que es un ejemplo de sexo minimalista, detestable e inhumano por ser demasiado parcial y restrictivo. O bien que la pornografía acerca a ciertas personas que saben que, por otra parte, no podrán jamás ser más íntimos y entonces se vuelve la prueba del máximo poder de seducción de los feos, de los viejos y de los repulsivos.[251] En un caso, se lamenta que el amor se reduzca al espectáculo. En el otro, se constata que con eso ya es bastante, y que un "mirá vos" vale más que nada, pues aquí no hay ningún "la tendrás".

Por temor a ser mal comprendidos debemos tal vez repetir que esta representación particular entre la bailarina y el mirón no es más que la constatación de una construcción cultural, y que los caballeros, los trovadores y todo el amor cortés de sus descendientes siguen siendo creaciones ampliamente imaginarias, aunque se las puede reconocer en la historia en ciertos momentos precisos. Nada parece inmutable y sin duda estamos lejos de la naturaleza humana. Las invenciones y las muy diferentes maneras de ver a otras sociedades lo prueban, pero más cerca de nosotros, no hay que olvidar los esfuerzos constantes - seguramente mucho más antiguos que lo que se cree- para escapar al imperialismo de modelos culturales tan simples; casi siempre hubo varios sexos y muchos matices. No hay que caer, por lo tanto, en la trampa ya anunciada, olvidando precisar que las mismas relaciones de seducción y de poder entre el espectáculo y su público pueden ser reproducidos y del mismo modo tanto en el contexto de un auditorio femenino como en una pornografía estrictamente homosexual.

No obstante, queda claro que, en el seno de esta tradición cultural particular, la pornografía ha sido y sigue siendo una producción muy mayoritariamente destinada a machos heterosexuales a quienes se les ha enseñado que está en la naturaleza de las mujeres fascinar y que también hay que desconfiar de ellas. Ellas representan la tentación en la puerta del cielo y en vísperas a un partido importante. Llevan la responsabilidad de la falta original, de la caída de Sansón y de la muerte de Juan Bautista. Las pruebas de los peligros que ellas hacen correr a los hombres abundan.[252] Por el contrario, resulta raro que se explique verdaderamente por qué esas mujeres deberían ser tan preocupantes y no se precisa tampoco cómo hacer para encontrar la fuente profunda de su poder. Lo cual deja el campo libre a todas las interpretaciones, de la más simple a la más desconcertante, de la superstición a la sociología, las cuales luego son traducidas en diversos sentimientos sobre el abanico completo de los posibles, desde la maravilla beata y respetuosa hasta el odio aparentemente sin límites. El mirón a los pies de la bailarina puede soñar con ser él mismo mujer, mientras que su vecino anhelaría hacerla morir, y estas dos actitudes extremas dejan entender unánimemente que la femineidad está cargada de una fuerza tal vez superior a la de la masculinidad, y que en todo caso la vuelve amenazante. Es en estas perspectivas que la pornografía sexista merece ser vista como una elaboración acerca del tema elemental de la venganza.

En principio, está la frustración ante la injusticia que hace sufrir a los hombres un amor demasiado cortés hacia las mujeres que controlan perfectamente su sexo, frías y sin

deseos, y que estos últimos deben hacerle la corte sin descanso y por la eternidad. De allí, según se dice, las invenciones perversas del marqués de Sade que sirven como antídoto a la opresión de la cortesía.[253] Luego, también están las frustraciones preocupantes causadas por la afirmación de una potencia masculina mentirosa frente a una sexualidad femenina que en realidad no necesita de ella (¡todo criador lo sabe!) sino de un semental ocasional, y que si un día debiera manifestarse plenamente y tomar el control, conseguiría como mucho en algunas horas agotar a todos los machos.[254] Hay que agregar, luego, la frustración del escándalo: examinar de muy cerca el sexo de la mujer que fascina desde hace siglos porque se creía que escondía el misterio supremo y la verdad más profunda para descubrir, finalmente, que allí no hay nada más para ver.[255]

Las frustraciones son de todo orden y las palabras para decirlo cambian, pero cada vez dan cuenta de una puesta en orden del mundo que sufre por ser demasiado fácil, demasiado mentirosa o demasiado ilusoria. La femineidad se vuelve la víctima de una lectura simplista de la condición humana. Pretender que la naturaleza es diferente de nosotros y que hay que dominarla es al mismo tiempo tener que admitir la terrible noción de que la lucha será para siempre desigual y que ella siempre saldrá ganadora.[256] Es alimentar la frustración frente a lo inevitable. Y se diría que en Occidente estas cuestiones fundamentales han encontrado su expresión en lo que toca a la noción de madre. Es en su vientre donde todo ha sido dicho. Puesto que el padre está ausente, desconocido, demasiado débil o demasiado distante, es en mamá que toda la reprobación recae. Le tendremos rencor por habernos expulsado, por habernos detestado, por habernos obligado a volvernos machos y por lo tanto a alejarnos de ella, o si se prefiere incluso, por la afrenta de habernos traicionado al acostarse con papá. Peor aún, llegaremos a esperar poder un día vengarnos de una madre cuya última promesa fue darnos la muerte.[257]

En suma, las ideas no faltan. Su expresión moderna toma el aspecto de una espiral filosófica probablemente sin fin, lo que permite agregar cada vez algún nuevo detalle a las interpretaciones de la pornografía. Pero lo esencial en todo ello no es moderno, pues la pornografía tradicional no hace más que pegotear viejos materiales, y sus discursos, la mayoría de las veces, no hacen más que retomar algunos postulados elementales de una muy vieja cultura que cree que las mujeres son diferentes de los hombres, que ellas tienen un cierto secreto de la vida, que en su seno el ser humano alcanza el confort total y la seguridad perfecta, que el sexo es apasionante, que las mujeres son seductoras, que la juventud es bella, y así según la memoria y el talento de los autores. Sin duda alguna la innovación debe estar en otra parte. Pues lo que es verdaderamente nuevo y aparentemente único es la existencia misma de la pornografía y el hecho de que, desde hace algunas décadas, estas eternas cuestiones puedan ser expuestas crudamente en la plaza pública aparentemente sin reserva alguna, sin límites y en todos los sentidos. Como si el secreto y lo privado se hubiesen vuelto en la actualidad inútiles. Y como si no tuviera consecuencias explorar y permitir las imágenes de la multiplicidad de los posibles, construir y demostrar todos los argumentos y reinventar más libremente que nunca todos los mundos, bajo el único pretexto de borrar las coerciones demasiado opresivas de un modelo burgués.

La libertad

El último de estos placeres viene a calmar la mayoría de las nociones corrientes de modernidad. El libro de Alan Soble se convierte en un antídoto contra la depresión y constituye una excepción a todo lo que ha sido dicho hasta ahora en ausencia de una defensa de la pornografía.[258] A Soble le gusta la pornografía. Desgraciadamente, la encuentra todavía demasiado imperfecta. Le gustaría mejorarla para volverla más aceptable y todo ello porque no hay razón para que no pueda volverse agradable. Porque el sexo es bueno y la vida es bella.

Su vocabulario, lamentablemente, ha sido tomado de un marxismo caído en desuso, pero la tesis sigue siendo traducible. Primeramente hay que criticar a la pornografía actual evidentemente sexista y sobre todo miserable, pero que no es sino el reflejo de la miseria del trabajo, del aburrimiento y de la alienación del ciudadano moderno. Para Soble, las críticas habituales de la pornografía son inadmisibles porque se limitan a cuestionar una forma particular que cobra sentido en ese momento de la historia y porque no responden casi a la cuestión de saber si hay que preservarle un futuro.

Engels no sabía nada de ello, pues creía imposible predecir la sociedad ideal: la revolución tendría consecuencias insospechables. Reich respondía claramente que la pornografía moriría pronto porque a sus ojos no era más que una respuesta fútil y pasajera a la represión sexual, y que la revolución aboliría la necesidad de ese género de compensación grotesca. Por el contrario, Soble piensa que la pornografía bella y de buen gusto sería sin duda posible en el seno de una sociedad en que las relaciones sociales se hubiesen vuelto más respetuosas y más igualitarias. La pornografía se volvería entonces un producto de placer sin molestia ni coerción ni obsesión, una celebración del sexo en donde ya no sería cuestión de alienación ni, sobre todo, de comercialización vulgar. Una pornografía que ya no sería nunca un recorte irreal de la experiencia humana, y que no se volvería ni más ni menos deshumanizante que una visita al dentista o una competencia deportiva.

Por supuesto, Soble quiere compartir su sueño utópico. Pero su reflexión sirve para comprender hasta qué punto los análisis modernos de la pornografía, tanto las críticas como los comentarios, siguen estando estrechamente vinculados a la figura histórica particular de la producción pornográfica occidental del siglo XX. Para Soble, los modos de relación entre los sexos, la definición corriente de la sexualidad, incluso el aislamiento confortable que procura la modernidad y el fin de lo social, todos esos detalles parecen modificables y corregibles. De donde viene su buen humor. Y había que guardarlo para el fin porque parece útil, en el momento de llegar al tratamiento más antropológico de la cuestión, ver a un autor adoptar una mirada un poco más amplia y soñar con una sociedad tan exótica como el comunismo futuro.

El resto de esta obra puede por lo tanto dedicarse a mostrar cómo otras sociedades alejadas ya han tratado estas mismas cuestiones y a intentar ver cómo en otros lugares se comprendieron las consecuencias del sueño de Soble y, por lo tanto, las verdaderas apuestas de la pornografía.

TERCERA PARTE

HACIA EL GRADO CERO

CAPÍTULO 6

INDIA O LA "ENCASTRACIÓN" DEL SEXO

En el siglo XIII, en el momento mismo en que Tomás de Aquino reflexionaba acerca de la homogeneidad fundamental del alma y de la materia y en que Roger Bacon proclamaba la importancia de conocer la naturaleza por la experimentación, en la otra punta del mundo medieval, es decir, en la costa oeste de lo que es en la actualidad India, el rey Narasimha I (1238-1264) hace construir el más bello de los templos, con el objeto de celebrar dignamente su reciente victoria militar sobre los yavanas musulmanes y marcar para la posteridad toda la importancia del acontecimiento. El templo debía ser vasto, espléndido, glorioso y admirablemente decorado. En doce años el rey invirtió la totalidad de sus ganancias y un ejército de trabajadores empezó el proyecto. Es posible imaginar fácilmente la vasta obra en construcción en donde un escultor tan anónimo como los que tuvieron por tarea decorar el conjunto de las fachadas del templo necesitó todo su genio creador para cincelar una primera figura en la piedra: la imagen de un hombre encorvado que pone sus labios sobre el sexo de una mujer extendida de espalda y que chupa su pene mientras que, parada al lado, la que parece ser una sirvienta le mete un dedo en el ano.

Una vez acabado, este relieve no será más que un detalle entre las decenas de esculturas eróticas que ornan el templo de Surya en Konarak y que proponen exponer la sexualidad humana bajo formas que varían desde el exhibicionismo solitario a la orgía, y que ponen en escena a hombres, mujeres y algunos animales, en posiciones a veces simples, a veces acrobáticas. El templo mismo no es más que un edificio en el conjunto de templos de Konarak, todos igualmente decorados con riqueza, y la región, aunque reconocida como un lugar importante de la arquitectura medieval india, no es la única en haber manifestado su interés por las representaciones sexuales. Pues en toda la India durante cerca de cinco siglos (del 900 al 1400) se construyen templos ornamentados con esculturas eróticas. No sólo se muestran imágenes del sexo a todos los públicos y en casi todas sus variaciones, sino que encima se los ha puesto en los mejores lugares, en las paredes del templo, allí donde no hay lugar más que para lo sagrado y lo venerable. El sexo era central y debía ser ostentoso.

Siguiendo las descripciones y los análisis de Devangana Desai,[259] es posible comprender hasta qué punto el ejemplo de India puede ser iluminador. Por un lado, porque estamos frente a un tratamiento de la sexualidad que contrasta con el que es propuesto en Occidente, pero sobre todo porque esos mismos templos más tarde se volverán

pornográficos: atractivos turísticos para una sociedad puritana que encuentra allí materia para el cosquilleo y el escándalo. De este modo, hay que apreciar este tipo de ornamentación con tema crudamente sexual que, después de todo, constituiría una respuesta original a las mismas cuestiones que preocupaban con tanta justeza a Tomás de Aquino.

Lo antiguo

Si es necesario fijar el principio de esta historia, se lo encontraría tal vez en el clima de la ecología de una península en donde hay mucho para preocuparse en cuanto a la fertilidad. Por supuesto, todo lo que rodea a la fertilidad de las plantas y de los animales interesa siempre a las sociedades rurales, pero el equilibrio parece a menudo menos frágil en otros lugares que en India, en donde el peligro lo constituyen sus grandes precipitaciones, demasiado fuertes o demasiado débiles, con desastrosas consecuencias. Sean cuales fueren las raíces profundas, cierta inquietud por la fertilidad determina uno de los principales temas de la cultura hindú. Es por lo menos lo que pretende la arqueología toda vez que necesita explicar todas las representaciones de actos sexuales encontrados en amuletos del siglo VII antes de nuestra era, o en las ilustraciones de escenas de orgías producidas unos cinco siglos más tarde.[260] Habría que ver en ellos los instrumentos de un culto centrado no en el sexo sino en la fertilidad. Por lo demás, se habla allí de esa maravillosa "noche de los tiempos" que ha precedido a las primeras religiones védicas.

Toda religión funciona como una máquina para preservar la vida: ella quiere favorecerla, ayudarla, como también quiere separar las fuerzas negativas que podrían amenazarla. Y cuando esta preciosa "vida" es comprendida como la potencia de la fertilidad, la fuerza creadora de una perpetua renovación, lo que hace crecer a las plantas y a los animales y lo que hace nacer todo lo que viene a reemplazar lo agotado y lo inerte, la fertilidad adquiere el status de principio canónico: ella se vuelve esencial para la supervivencia y la única manera concebible de escapar al fin de la condición humana. De pronto, la fertilidad se vuelve también el seguro indispensable para el bienestar colectivo. Queda todavía expresarla, afirmarla y enseñarla repitiendo cuán importantes son las lluvias que fertilizan la semilla y el sol que hace crecer la planta. De allí nacen los símbolos y los ritos. Desde el casamiento ritual del Sol y de la Tierra, hasta la pareja campesina que se une en el campo que él acaba de sembrar. No sólo la religión propone interpretar el mundo, sino que también tiene que definir los objetivos que deben perseguirse y, sobre todo, los mejores medios para alcanzarlos. El caso indio inventa entonces los medios para asegurar la fertilidad: rezos, encantamientos y letanías, comportamientos y disciplinas, himnos y celebraciones. La lógica de la magia religiosa se desarrollará luego en forma espiral: hacer lo que es exigido es una promesa de éxito, omitirlo puede arrastrar lo contrario, y si rezar trae la gracia y la felicidad, no rezar es correr el riesgo de atraer desgracias y castigos. La apuesta es prometedora pero arriesgada,

pues queriendo darse los medios para garantizar la lluvia fertilizante es posible del mismo modo por omisión convertirse en el responsable de la sequía.

Evidentemente, es más fácil celebrar la fertilidad tomando por símbolo inmediato la sexualidad y la reproducción humana que intentar dominar la lluvia o el sol. El sexo puede ser celebrado como un himno a la fertilidad; las religiones de la India antigua imponían así ritos y ceremonias que comprendían el espectáculo o el cumplimiento de actos sexuales. Y encima se aclara que la copulación próxima a un templo tenía efectos particularmente poderosos y que toda mujer debía hacer el amor en el interior de un templo por lo menos una vez en el curso de su vida. Según esta misma lógica, la indecencia y el lenguaje obsceno podían ser prescriptos y obligatorios en ceremonias religiosas, con el objeto de estimular los poderes generadores de la naturaleza; pues a menudo se afirmaba que a los dioses les gusta "el sonido de la obscenidad". Y luego estaban los diversos medios para protegerse de las amenazas o bien llevando amuletos contra el "mal de ojo" o talismanes de suerte que representaban órganos sexuales. De allí también la práctica eficaz y relativamente fácil de traducir esta celebración de la fertilidad en su representación artística y reemplazar el acto sexual por su abstracción; con el resultado de que un templo bien decorado con motivos obscenos será mejor escuchado por los dioses y también mejor protegido contra los malos espíritus del rayo y del relámpago.

La cultura y la religión hindúes serían herederas de esta antigua tradición de creencias y de prácticas ligadas a la agricultura y a la fertilidad, la cual debía ofrecer como toda buena tradición religiosa una mezcla más o menos lograda de espiritualidad abstracta y de conceptos filosóficos, de gusto por el espectáculo y de ritos, de fiestas y de peregrinajes. La corriente se mantuvo aparentemente siempre a través de las situaciones de la historia de las religiones. Hacia el siglo V aparece el tantrismo (bajo una forma suficientemente localizable) que viene para volver a afirmar la existencia de un vínculo primario entre el sexo y la religión y que pronto se volverá muy popular e influirá bastante profundamente, a la vez, al hinduismo, al budismo y al jainismo, en una palabra, a toda la cultura de la India. Originario de las regiones más alejadas de la península, donde las religiones más oficiales estaban tal vez menos establecidas y donde las creencias antiguas seguían siendo muy vivas, el tantrismo propone en principio lo que todo buen budista o hindú ya conoce, la unión última con el ser supremo, la unión final y perfecta de dos identidades. El objetivo es el de volver a encontrar el estado de unidad originaria y final del mundo, logrando la unión de lo Negativo y de lo Positivo, del Reposo y de la Acción, de Chiva y de Chakti, del Método y del Saber. Todo ello, en el mundo material en el cual nosotros estamos, puede ser representado por la unión de los principios hembra y macho. Es la totalidad de esta búsqueda religiosa y cosmológica que está en juego en la relación sexual tántrica. La unión sexual es un acto sagrado que une a los dioses y que se vincula con el acuerdo supremo con el mundo.

Sin embargo, es en otro lugar donde el tantrismo innova. Antes que nada, por su método original de alcanzar más fácilmente objetivos que el budismo y el hinduismo no dejaban esperar sino luego de una larga disciplina y de modificaciones que llevan al verdadero ascetismo. El tantrismo propone de algún modo algunos atajos hacia la liberación que sigue siendo la meta de toda vida: rezos, reencarnaciones, amuletos, gestos y dibujos, en fin, útiles que, a menudo, serán luego adoptados por las otras religiones. A partir de entonces,

el pensamiento religioso apunta más a la eficacia de la magia. De nuevo se puede constatar un efecto doble, cuando las ofrendas se vuelven útiles: es obligatorio ofrecer a los dioses carne, arroz, pescado y acoplamientos, y serán desgraciados todos aquellos que no lleven a cabo estas obligaciones. Por un lado, las ilustraciones ganan en poder y en importancia y superan ampliamente la simple representación, pues ahora son capaces de producir ellas mismas un efecto. Las imágenes alcanzan a los dioses, transmiten mensajes y expulsan a los espíritus malignos. En suma, la influencia del tantrismo habría sido la de retomar la tradición y volver a lanzar la dinámica de la eficacia mágica del sexo. Por lo tanto, es plausible que los ornamentos eróticos de los templos hayan sido concebidos como otras tantas ofrendas a dioses, que exigían una celebración del sexo y su lote de obscenidades, dioses a quienes se les atribuía el poder de ser muy amenazantes.

He aquí muy rápidamente expuesta una de las condiciones que explicarían la aparición de todos esos templos ornamentados con motivos sexuales en el seno de una cultura hindú que tantos observadores han sin embargo caracterizado por su espiritualidad y su pasión por lo etéreo y lo sublime. Una cultura que a menudo tuvo tendencia a considerar la sexualidad como una distracción marginal, cuando no como un obstáculo para la plena realización del ser. Pero semejante conclusión no sería suficiente. Primeramente debido a que la idea de exponer a la vista de todos un interés ritual por el sexo parece completamente contrario al tantrismo, que siempre quiso permanecer discreto y que insiste únicamente, para reservar sus ritos a los iniciados, en que deben practicarlos resguardados por la noche y lejos de las miradas indiscretas. Es concebible que la necesidad o la obligación de dar lugar a la magia religiosa haya sido apremiante, pero en general el tantrismo no lleva a ilustrar la moral en la piedra. Luego, según Desai, la idea de querer crear una imagen de la no dualidad de una realidad mística y superior encuadra mal con la grosera indecencia de numerosas ilustraciones que ornamentan los templos; en otros términos, la unión material de los principios Macho y Hembra como símbolo de la unidad fundamental del universo explica mal la imagen de la sirviente que hunde su dedo en el ano del cogedor. Por lo demás, no hay que olvidar que la sexualidad, por más que haya sido central en el orden cosmogónico, estaba infaltablemente sometida a reglas estrictas y a un código moral que proscribía la orgía, el sexo oral y muchas otras prácticas que, sin embargo, se encuentran corrientemente ilustradas en las paredes de los templos. Finalmente, Desai explica por qué ciertas hipótesis más antiguas también deben ser rechazadas, y afirma que esas esculturas no servían como manuales de educación sexual, ni tampoco que pueda tratarse allí de un test acerca de la fuerza moral de los fieles o de un separador entre lo exterior profano y carnal y el interior del templo más casto y puro.[261]

Estas hipótesis inadecuadas nos llevan por un lado a recordar que a todas luces había otros determinismos además de la religión. Por ejemplo, el estilo de los templos traduce menos la secta religiosa como la influencia de la moda artística regional. Los templos están decorados según el estilo de la región. Los artistas integraron motivos o temas que eran muy populares, sin preocuparse demasiado por las distinciones particulares que aportaban las religiones o las sectas; como si el mensaje religioso hubiera sido retomado por su propia cuenta por un artista que se habría permitido introducir diversos elementos exteriores a la religión porque para él también el arte era lo que daba su sentido al gesto de una decoración. Por otra parte, parecería que en esta misma época el erotismo encontró mil maneras de

expresarse en un arte secular que aparentemente no tenía ningún vínculo con la vida religiosa (pero del que sabemos muy poco, aparte de la literatura, puesto que las casas y muebles decorados de esta manera sobre todo eran de madera, evidentemente perecedera). En resumidas cuentas, habría dos corrientes, una religiosa y la otra artística, a la vez autónomas y vinculadas, y que valorizan la ilustración franca de la sexualidad. Más importante sin duda, estos templos no pudieron ser construidos más que en un mundo que toleraba y que incluso alentaba la exposición pública de todas las facetas de la sexualidad humana. Pues necesariamente era imprescindible que esos esfuerzos estuviesen fundados en un interés cultural por la sexualidad y que al mismo tiempo estuvieran garantizados por autoridades religiosas y civiles que permitían tales exposiciones. Pero primeramente había que tener razones y medios para construir esos templos.

Para comprender esas razones también tenemos que hacer un salto bastante considerable. La caída del Imperio Romano, que sin embargo parece muy lejos de lo que nos ocupa, trastornó profundamente el conjunto del mundo. El acontecimiento no dejó de tener sus consecuencias en la escultura erótica. Es sabido que la India siempre mantuvo relaciones comerciales (generalmente con mucho provecho) con el Imperio Romano, y su sociedad se había ajustado a este comercio hasta el punto de depender de él; por otra parte, los principales puertos de la India estaban en contacto con Roma, la China y probablemente todo lo que constituía el mundo desde por lo menos los siglos V o IV antes de nuestra era. Incluso se señala la existencia de un tráfico internacional de objetos eróticos fabricados en India (del cual se ha encontrado un ejemplar en las ruinas de Pompeya), lo que tendería a demostrar, o bien que los marinos de todos los tiempos se aburren, o bien que los viajeros antiguos ya servían para escapar a la censura local. Por lo tanto, la caída del Imperio Romano constituyó para la India la pérdida de un importante socio comercial y el fin de una época. El comercio exterior disminuyó considerablemente desplazándose hacia Bizancio, China y el mundo árabe; en India incluso este nuevo comercio exterior pasaba bajo el control de mercaderes árabes y chinos que reemplazaron progresivamente a toda la clase mercantil autóctona. La desestabilización del orden social tradicional tomó entonces la forma de un vasto movimiento de descentralización. La estructura política piramidal se desmoronó; el poder político central se fragmentó en provecho de pequeñas potencias regionales cada vez más autónomas; la reorientación de la economía fue provechosa para las regiones, y sectores tan cruciales como la irrigación pasaron a manos de autoridades locales; las actividades comerciales se redujeron en todas partes. En una palabra, las regiones se encerraban en sí mismas y es fácilmente comprensible que ciertos historiadores hablen de un "feudalismo" indio, a pesar de todas las controversias que suscita semejante analogía.

Al margen de la aparición de estas autonomías políticas, la India tuvo un crecimiento marcado por conflictos entre las regiones y la emergencia de una clase militar importante que, de alguna manera, vino a reemplazar a la de los mercaderes en la jerarquía del poder. No sólo los militares hacían la guerra sino que detentaban cada vez más el poder de decidir si ella era necesaria, y cuándo. Lo cual evidentemente volvía la vida de los campesinos todavía más difícil: los impuestos aumentaban y estos se veían obligados a trabajar para las autoridades regionales y ser el alimento del ejército cada vez que pasaba (a menudo) por el pueblo. Al mismo tiempo, apareció una nueva ideología guerrera que, por un lado, parecía valorizar la gloria militar (además de buscar aparentemente siempre la pelea y el conflicto) y que, por otra

parte, introducía la extraordinaria noción del orgullo de servir y de morir en el campo de honor. Los historiadores notan también que los espíritus se volvieron "estrechos". Las preocupaciones principales se regionalizan al mismo ritmo y en el mismo sentido que el poder, dando nacimiento a lo que se llama, en los lugares donde hay iglesias "el espíritu de campana". Este movimiento se refleja en la creación de toda suerte de modas regionales, de estilos, de acentos y de mil otras maneras de ser que distinguen a los vecinos de los extranjeros.

Las autoridades locales recientemente llegadas al poder tomaban aspectos de nuevos ricos y de líderes a quienes todavía les faltaba seguridad. A menudo no eran hindúes, y buscaban magnificar sus orígenes inciertos y apoyar su poder en una base más sólida y creíble que la simple fuerza de un ejército. La astrología se volvió entonces muy popular y la literatura de esta nueva clase dominante buscaba muy libremente su repertorio en las supersticiones. Pero sobre todo, necesitaba fundarse en algún valor tradicional indiscutible. Como resulta fácil no innovar manteniéndose conservador, las nuevas élites buscaron la aprobación de los bramanes, los cuales, en tanto que personas de cultura, les inspiraban el mayor de los respetos. Y como sólo la sanción de los bramanes podía realmente legitimar y confirmar el status social de esos nuevos ricos, resultaba importante respetar las enseñanzas de la religión, las cuales se reflejaban concretamente en la obligación de hacer dones de caridad. Pagar para la construcción de un templo constituía un don ejemplar, un testimonio impresionante de fe y de generosidad, y como lo afirman plenamente los textos religiosos oficiales, uno de los mejores medios para alcanzar rápidamente la liberación última. En suma la construcción de un templo mataba tres pájaros de un tiro con un edificio: mientras satisfacía la necesidad ostentatoria de afirmar su propia grandeza, el templo respetaba las exigencias del orden religioso y social superior, al tiempo que calmaba las inquietudes de una creencia profunda en la eficacia de la magia religiosa en el seno de una sociedad que apreciaba más que nunca las incertidumbres de la guerra.

Mejor todavía, estos nuevos ricos tenían mucho dinero. Debido a que el país era próspero y a que los campesinos trabajaban duramente, pero también porque al haber demasiados obstáculos y barreras al comercio, las economías locales engendraban un excedente que, luego, la mayoría de las veces era reinvertido en el consumo ostentoso y que así se encontraba transformado en prestigio. Esta sociedad ofrece así un ejemplo muy clásico de la emergencia de un grupo restringido de individuos que muy literalmente ya no saben qué hacer para gastar su buena fortuna. Y como todos los miembros de todas las aristocracias locales (del mismo modo que la mayoría de los que pertenecen a la antigua clase de mercaderes reciclados ahora en el modelo feudal) poseían tierras, algunos territorios o incluso varios pueblos en los que era posible construir, los templos se multiplicaron muy rápidamente. Y como la empresa seguía siendo forzadamente competitiva, pues se trataba la mayoría de las veces de hacer algo mejor que su ancestro o que su vecino, se construyeron templos cada vez más imponentes, lo cual facilitaba la tarea de los escultores, a quienes se les ofrecía así mayor superficie de trabajo.

La capacidad de gastar sin reservas lleva siempre hacia el lujo que por definición debe mantenerse fuera de precio. En el caso hindú, esta prosecución llevó al gusto del sexo y de la lujuria. Respetuosa de las antiguas tradiciones, toda una clase acomodada decidió que ya no

había mejores medios para probar su valor como la guerra y el amor. Para ocuparse de algo, la aristocracia encontró el placer de actuar como mecenas y el sexo entonces fue elevado al rango de arte que merecía gran atención, una actividad que había que cultivar y estudiar con minucia. Los ricos disponían de medios que les permitían consagrar mucha energía a ello. El sexo había sido transformado en fuente de prestigio y estaban convencidos de que era totalmente inútil ser competente y conquistar el mundo si se ignoraba cómo hacer correctamente el amor. Los sabios redactaron entonces manuales que buscaban decir todo lo que hay que saber para comprender el sexo, y sus lectores se pusieron rápidamente a dudar del aburrimiento, lo cual estimuló la invención de numerosos afrodisíacos y dio nacimiento a un vasto mercado de productos de lucha contra la saturación. En suma podría resumirse diciendo que la antigua tradición religiosa se vio degradada en el proceso de regionalización y que sus enseñanzas fueron secularizadas al punto de transformarse en un hedonismo sin límites y sin tormento. La noción de moderación, sin embargo, tan esencial para el tantrismo y para todas las demás religiones de la India, dio lugar a una cultura de nuevos ricos de la sexualidad, que dejó una profunda marca en la arquitectura, en el amoblamiento, los objetos pequeños, la literatura y en casi todas las artes de este largo período que va del siglo X al XV. Las personas que financiaban la construcción de todos esos templos sin duda estaban influidas por el tantrismo, pero sobre todo reflejaban sus enseñanzas y sus doctrinas en términos mucho más profanos. De las nociones cosmológicas de fertilidad y de renovación perpetua se pasa fácilmente a la cuestión de la potencia sexual y a los afrodisíacos. Lo que en un principio era una noción metafísica se vuelve un comercio de lujuria; el precepto religioso, la preservación de la semilla y del control de esperma que no debe ser eyaculado se transforma en su corolario, una inquietud acerca del agotamiento que se cambia a su vez en temor por la impotencia, la cual da nacimiento luego a un comercio lucrativo de todo lo que puede pasar por afrodisíaco. El canon religioso se seculariza y el sexo como medio para alcanzar lo Absoluto se transforma en un juego divertido para una clase suficientemente ociosa y rica como para ya no preocuparse más que de su aburrimiento y de los límites de su potencia sexual.[262]

Durante todo este tiempo, las funciones sociales de los templos cambiaban diversificándose. Concebidos como los regalos de generosos donadores, preocupados por la gloria y la salvación, los templos permitieron en principio el alistamiento de algunos sacerdotes, astrólogos y ascetas. Luego, todas esas personas trataron de volver a su templo atractivo para una clientela potencial de peregrinos y de turistas dispuestos a llegarse hasta allí y a gastar su dinero. El recibimiento de estos peregrinos exigió entonces la creación de áreas de servicio en torno a los templos, en donde se instalaron todavía más sacerdotes y adivinos, pero también numerosos barberos, músicos y vendedores de recuerdos y finalmente de todo y de cualquier cosa. Se podían encontrar incluso a veces una escuela y albergues. Los mejores lugares eran reconocidos por su esplendor y la potencia ritual de su templo, pero también debido a que la fiesta allí era perpetua y los conciertos se sucedían sin interrupción. En algunos casos, el templo representaba incluso el único lugar seguro donde el ciudadano podía depositar sus ahorros con total seguridad. La suma de todo ello muestra que los templos se habían convertido en importantes fuentes de empleo y en el centro de muy diversas actividades. Además, como había impuestos al peregrinaje y al trabajo de los barberos y de algunas otras profesiones, los templos constituían además una fuente

importante de beneficio para las administraciones locales. Y en los casos en que el territorio consagrado al culto era lo suficientemente grande como para que se pudieran ofrecer allí todos esos servicios, la autonomía administrativa de los responsables del templo hacían del lugar y de su "comunidad" un verdadero feudo independiente y a veces muy rico.

Por otra parte, cada templo debía mantener un grupo de bailarinas y de prostitutas sagradas, cuyo papel original parece haber sido el de ofrecer un espectáculo viviente que correspondía de algún modo a las ilustraciones eróticas que ornamentaban las paredes. Como era particularmente propicio a los ritos de fertilidad que los más grandes ascetas tuvieran relaciones sexuales en un lugar tan próximo a los dioses, les era necesario por lo tanto encontrar *partenaires*. Ahora bien, esta prostitución "sagrada" parece haber descuidado progresivamente un poco su adjetivo: los templos daban espectáculos "lascivos" que buscaban ilustrar las variaciones de la sexualidad humana pero cuyo sentido filosófico y función religiosa se volvían cada vez más oscuros y secundarios. Mientras que al lado, algunos albergues ligados a los templos servían de morada, pero también hacían las veces de burdeles para peregrinos y turistas.

En resumidas cuentas, sería fútil querer distinguir aquí a todo precio lo religioso de lo profano. No sólo las imágenes del sexo se encuentran en los más grandes y famosos templos de Khajuraho, Konarak o Bhubaneswar, sino que también están grabadas en casi todas las paredes de casi todos los templos construidos en India en la época medieval. Es evidente que su papel social y cultural excedía ampliamente las necesidades de la práctica religiosa. Lo que retenemos y que creemos comprender de algunos testimonios de este período lleva a concluir que hubo una conjunción de una religión que permitía el erotismo y que hacía de él un uso teñido por la magia con una tradición cultural que valorizaba la sexualidad y que alentaba el gusto por la ornamentación, todo ello en el centro de una sociedad suficientemente rica y dominada por una clase aristocrática que no tenía realmente otros proyectos más que construir templos y vivir agradablemente.

…y lo moderno

Quinientos años más tarde, estos mismos templos fueron generalmente declarados pornográficos. El encuentro (brutal) del ascetismo hindú y del colonialismo Victoriano, produjo una simbiosis notablemente puritana, y las grandes obras del período medieval a veces han contrariado a los más eminentes ciudadanos de la India moderna. El rumor dice que entre los innumerables secretos de los archivos administrativos de Nueva Delhi, estarían escondidas las cartas del Mahatma Gandhi en las que proponía disimular las esculturas e incluso revocar los templos de Khajuraho. El proyecto habría sido abandonado bajo la recomendación de Nehru, sin duda más liberal, que por el contrario proponía abrir esas

regiones al turismo internacional.[263] Desde mediados de siglo, las visitas turísticas aumentan sin cesar y los visitantes llegan hasta allí entre otras razones confiando en la famosa guía *Fodor* que, al mismo tiempo, advierte que las esculturas son "demasiado explícitas y demasiado provocativas para los delicados" y promete que "el adulto verdadero juzgará sin duda el viaje muy satisfactorio".[264] La mayoría de esos adultos se lleva algún recuerdo bajo forma de una réplica de escultura erótica en yeso, en madera, en cobre o simplemente algunas tarjetas postales (la fotografía no está autorizada). Las visitas a los templos son breves y ya no se encuentran allí ni músicos ni prostitutas sagradas. Los recuerdos probablemente serán ubicados en el fondo de un cajón o en el estante más elevado de la biblioteca, para luego ser mostrados a algunos amigos socarrones o intimidados. En resumen, volvemos a encontrar el pequeño mundo de la pornografía.

¿Donde situar la diferencia entre la India medieval y la edad moderna sin levantar una banal lista de numerosos detalles que la caracterizan? ¿Y sin decir simplemente que las nociones occidentales de pudor, de obscenidad y de escándalo se acomodan mal a lo que es comprendido como la extravagancia desenfrenada de las esculturas eróticas? La insistencia del cine pornográfico en mostrar planos de eyaculación es evidentemente muy contraria a toda la visión tántrica de la sexualidad.

Sin querer aquí continuar más la comparación entre dos culturas y sociedades sin duda muy alejadas, habría que sugerir a cualquier investigación el contraste más fundamental, aquello a partir de lo cual todo lo demás se desprende, es decir, considerar en principio el concepto filosófico de individuo. En la tradición de la India, el individuo sigue siendo por definición un ser incompleto que debe unirse al otro con el fin de realizarse plenamente. Mientras que para la filosofía occidental, el individuo se ha convertido en un ser entero, que a menudo debe desconfiar de los demás. En un primer caso, el acto sexual es necesario y propicio para la plena satisfacción de sí. En el segundo, el sexo representa esencialmente un riesgo y una amenaza para la integridad del ser. Los primeros lo alientan, los segundos desconfían de él.

No obstante, esta oposición fundamental no alcanza a explicar el nacimiento de la pornografía ni qué es lo que, en el caso de la India, ofrece un buen ejemplo del contraste entre la época moderna y todas las demás sociedades conocidas, en las que no se encuentra nunca un verdadero equivalente de la pornografía actual. No alcanza con invocar el relativismo cultural y pretender que los rasgos aparentemente comparables no son nunca verdaderamente parecidos por ser extraídos de contextos sociales e históricos demasiado diferentes. Y todavía hay que tratar de comprender por qué algunas similitudes no son más que aparentes, mientras que las diferencias esconden a menudo algún denominador común.

Los contenidos pueden ser no sólo comparables sino idénticos, y muchas otras sociedades han ilustrado el sexo exactamente del mismo modo que la pornografía moderna. La etnografía mundial tiene numerosos ejemplos de dibujos y esculturas eróticas, de cantos y bailes lascivos, de cuentos verdes y de un humor atrevido, de hazañas sexuales y orgías públicas y, en la mayoría de estos casos, a pesar de todo el color local inscripto en los cuerpos y en razón de los límites de la sexualidad humana, lo que es dicho, hecho o

mostrado, sigue siendo precisamente idéntico a las imágenes que proponen las obras de la industria pornográfica actual (un autor poco inspirado decía que "la redundancia comienza alrededor de la variación número 69"). Acerca de este punto, el ejemplo de la India es instructivo: decoraciones que podían hace cinco siglos ser alentadas, financiadas, miradas, admiradas y tal vez incluso veneradas por todos, se transforman más tarde en objetos de escándalo o de vergüenza. Las ilustraciones sin embargo no han cambiado. Más bien han sido simplemente desplazadas en el contexto social, de suerte que el espacio cultural que ocupan en la actualidad ya no es para nada el mismo.

Para ser pornográfico en principio hay que poder volverse marginal. No pertenecer más que al mundo del ocio frívolo y de la distracción ociosa, a menudo malsana y grosera. Las esculturas eróticas de la India medieval, por su parte, eran inseparables de la religión o de la economía. El lugar que decoraban era a la vez un templo y un banco y ello no impedía en lo más mínimo al lugar ser ilustrado copiosamente con motivos escabrosos y tolerar el lenguaje obsceno y alentar el acto sexual bajo el concepto de ritual benéfico. El erotismo tenía allí su lugar entre las cosas serias de la vida: el dinero y la salvación del alma. Y es justamente esta característica, que también se encuentra en otros lugares, en diferentes sociedades, las cuales sin haber tenido la excepcional omnipresencia de la sexualidad de la India antigua, sin embargo han designado momentos del año, lugares y ocasiones en que el espectáculo del sexo estaba permitido, cuando no era directamente obligatorio. En todos esos casos, el discurso sexual, a menudo puntual y excepcional, sigue siendo al mismo tiempo una declaración política, un gesto social, un rezo ritual y un comentario cosmogónico. El espectáculo pertenece a la vida normal de la comunidad y da cuenta de valores centrales de la cultura; incluso si, como a veces es el caso, la orgía obligatoria sirve como enseñanza para el mal ejemplo mostrando lo que justamente es definido como lo contrario del buen sentido y del orden normal. Mientras que la pornografía se mantiene marginal, no hay que confundir aquí nunca la obscenidad sexual y la política, la religión o los negocios bancarios. La pornografía, en resumidas cuentas, sería comparable a una forma de marginalidad sexual que los etnógrafos han encontrado en casi todas las sociedades humanas: el caso del obsesivo que no habla más que del culo o el del idiota que se masturba aparentemente sin descanso bajo el gran árbol en la entrada del pueblo. Todo el mundo reconoce que se trata allí de la separación de conductas extrañas y secundarias, y que la verdadera vida social está en otro lugar. La única diferencia vendría de la amplitud del fenómeno, es decir, del hecho de que la sociedad moderna alienta esta marginalidad y permite ganarse con ello cómodamente la vida.

A su vez, semejante marginalidad parece impensable sin la creación de géneros distintos y ampliamente autónomos. Antes de estar empujado hacia el margen, la sexualidad tendría primero que ser reconocida como un dominio distinto, lo que debería permitir a los artistas trabajar en un género particular. Mientras el arte siga siendo obligatoriamente a la vez religioso, político, económico, social, etcétera, es inútil esperar lanzar una producción tan específica y unidimensional como la pornografía. Era necesario crear los géneros ("político", "económico", "social", "deportivo", "médico", etc.), porque había que distinguir y que separar antes que poder decir que un gesto, un objeto o una palabra podía ser eso y nada más que eso. No se podía aislar al sexo de la religión y de las finanzas sin al mismo tiempo aislar religión y finanzas: la autonomía es adquirida en grupo y todos los géneros se crearon en un mismo momento. Era necesario poder hablar de sexo sin otra referencia al contexto social y

cultural, porque es justamente lo que engendra la pornografía y lo que la vuelve obscena.

Para ello era necesario entonces que el sexo pudiera volverse abstracto e intelectualizado, una manera de ver que parece haber empezado en el Renacimiento. Era necesario que la revolución industrial clasificara a los géneros en categorías distintas y ampliamente autónomas. Era necesaria, en fin, la muy moderna convicción que dice que es posible lanzarse con cuerpo y alma en un detalle muy parcial de la experiencia humana y de consagrarle a él la totalidad de una vida. Ahí está precisamente lo que sólo la sociedad moderna parece haber logrado plenamente y lo que hace que hoy en India o en otra parte se haya vuelto fácil mantener un discurso religioso o financiero que será reconocido como un género particular. Es entonces probable que el mismo proceso estimule también la emergencia de un discurso sexual específico, el cual no tiene más que ocuparse del resto. Mientras que la India medieval no tenía que preocuparse de lo parcial y de la totalidad a los ojos de los modernos, ella se permitía mezclar la Iglesia, el Estado y el sexo, todos los géneros, sin distinciones, en una confusión que recientemente se ha vuelto realmente intolerable. Mientras que la India medieval diría que es más bien la separación lo que es llamativo.

CAPÍTULO 7

LA RAZÓN DELA SERPIENTE

(o cómo la impudicia está ligada al crecimiento fulgurante del número de extraños)

A pesar de la muy mala reputación del diablo, si hubiera que confiar en las primeras palabras que Dios dirige a Adán y Eva, es más bien él quien parece mentiroso y maligno. Pues, hablando del fruto del árbol que está en el medio del jardín, Dios les dice muy claramente: "el día que comieres de él, morirás sin remedio" (Génesis II, 17); "no comáis de él, ni lo toquéis, so pena de muerte" (III, 3). La serpiente pretende, por el contrario, que se trata de una falsa amenaza, de la mentira de un avaro preocupado: "De ninguna manera moriréis. Es que Dios sabe muy bien que el día en que comáis de él, se os abrirán los ojos y seréis como dioses, conocedores del bien y del mal" (III, 4-5). Sin embargo, todo el mundo sabe que Eva y luego Adán sucumben a la tentación, pero quizás hemos notado menos que todo lo que sigue tiende a confirmar muy exactamente las predicciones de la serpiente: "se les abrieron… a ambos los ojos (III, 7)" y, lejos de morir enseguida, Adán vivió hasta la muy respetable edad de 930 años (V, 5). Dios tuvo finalmente que reconocer él mismo: "¡He aquí que el hombre ha venido a ser como uno de nosotros, en cuanto a conocer el bien y el mal! Ahora, pues, cuidado, no alargue su mano y tome también del árbol de la vida, y comiendo de él viva para siempre" (III, 22). En resumidas cuentas, parece que Dios les ha efectivamente mentido y que la serpiente tuvo razón. En efecto, lejos de verse inmediatamente fulminados por la justicia divina, Adán y Eva, por el contrario, habían llegado a un punto en que solamente tenían que extender el brazo para lograr alcanzar el otro árbol prohibido y, por lo tanto, la vida eterna.

Más extraño todavía es el hecho de que toda esta transformación se exprese por la desnudez. Antes de su desobediencia, "estaban ambos desnudos, el hombre y su mujer, pero no se avergonzaban uno del otro (II, 25). Apenas comen el fruto del árbol prohibido "se les abrieron a ambos los ojos, y se dieron cuenta de que estaban desnudos; y cosiendo hojas de higuera se hicieron unos ceñidores" (III, 7). El texto cuenta que luego se esconden porque Dios se dirige hacia ellos y que su primera pregunta es: ¿"Quién te ha hecho ver que estabas desnudo?" (III, 11).

Nunca se habrá repetido lo suficiente la importancia del incidente. Se habla ahí del pecado original, un tema central en una de las grandes religiones de la humanidad, una tara

fundamental de la condición humana, una pecado cuya redención constituye la causa primera de la venida de Jesucristo y de sus discípulos, una desobediencia a un Dios que acaba de demostrar su poder de crear el universo entero en seis días. Algunos dirán que se cuenta ahí el acontecimiento más importante de la historia. Se podría haber temido que el cielo iba a oscurecerse, que los mares se separarían, que las velas del santuario se romperían, o que la tierra temblaría. Por lo menos Dios había predicho que morirían… pero lo único que ocurre es eso, dos seres que de pronto están desnudos y que se apuran en fabricar ceñidores.

Algunos exégetas, que consagraron su vida al examen atento de los textos bíblicos, sostuvieron a veces que esta mención de la desnudez marcaba simplemente la pérdida de cierta inocencia original.[265] Adán y Eva así habrían sido desprovistos de cierta virtud (la "gloria divina", la "justicia", u otra cosa) que les permitía ignorar su desnudez; una virtud que enturbiaba sus vidas, pues el texto dice claramente que sus ojos se abrieron. Y la prueba es que, al margen de la Biblia, diversos personajes corrientemente se "visten" y se "revisten" de gloria, de justicia, de equidad, de juicio sincero y de casi cualquier otra virtud reconocida. Ahora bien, habría que prevenir a esos exégetas acerca de que su interpretación se atreve a contradecir al propio Dios, que en ningún momento dice que Adán y Eva perdieron algo, sino que afirma que, por el contrario, los culpables se convirtieron entonces en "uno de nosotros". No se puede a la vez perder una virtud y volverse más parecido a Dios. Encima, esta historia de la pérdida no explica por qué, entre las centenares de consecuencias imaginables del acto crucial de comer el fruto del árbol prohibido, la Biblia eligió muy precisamente hablar de pudor. Y cuando Adán y Eva se fabrican una vestimenta, no son ni sandalias ni sombreros sino "ceñidores", que todos los exégetas están de acuerdo en describir como vestimentas que sirven para esconder los órganos sexuales.

Adán y Eva evidentemente debían sufrir una transformación; se nos había prometido su muerte, el aprendizaje del bien y del mal, su acceso a la divinidad. Y los dos descubren ni más ni menos que el pudor. Mientras que antes estaban totalmente "sin vergüenza" a pesar de su desnudez, de pronto helos aquí que están incómodos, púdicos, vergonzosos y discretos. La continuación del relato pone al mundo en el orden que conocemos, definiendo lo esencial: los hombres asegurarán la producción con el sudor de su frente y las mujeres la reproducción con los dolores del parto. Pero antes había que conocer el pudor, sin el cual el orden del mundo sería imposible y sin el cual no habría ni reproducción ni producción, por lo tanto no habría sociedad.

Otros exégetas presentan una interpretación bastante distinta y dicen que los ojos de Adán y Eva estaban más bien cerrados a la sensualidad, pues vivían en el paraíso en un estado de inocencia bastante comparable con la infancia. Al descubrir la sexualidad, se vuelven inmediatamente conscientes de la impudicia de su desnudez, del mismo modo que un niño que crece descubre el sexo. Los numerosos discípulos de Jean Piaget tendrían en cuenta esa interpretación, pero no es evidente que la Biblia se limite a ofrecer un tratado analógico sobre el desarrollo del niño. Y parece bastante increíble que este sorpresivo descubrimiento de la sexualidad pueda volver a Adán y Eva más parecidos a Dios, un personaje que en ningún lugar es reconocido por sus necesidades sexuales. Debe poder interpretarse de manera

más respetuosa el texto bíblico.

En su beatitud paradisíaca, lo que sin duda falta a Adán y Eva, esa falta que los distingue de Dios y que consiguen llenar al comer el fruto del árbol prohibido tal vez no es ni más ni menos que la capacidad de crear. Les era necesario adquirir una parte de ese poder que muy evidentemente pertenecía a la infinita potencia divina. Volverse capaz de crear trabajando la tierra para nutrirse de ella pero, sobre todo, volverse a sí mismo capaz de crear seres vivos. Volverse más parecido a Dios es también adquirir la autonomía y distinguirse de aquél que, hasta ese momento en la historia, construyó todo, absolutamente solo. La vida paradisíaca, como la del cielo que nos espera, se resumía a la felicidad de la contemplación ideal y perfectamente invariable: allí en donde nada se pierde y nada se gana por la eternidad. Eva y Adán rompen esta beatitud estéril y aprenden a conocer el deseo de la necesidad, el bien y el mal. A partir de entonces, van a poder crear cosas del mismo modo que ese Dios de pronto decidió inventar el mundo porque tenía ganas, porque ello le parecía una buena idea, o incluso porque se aburría y decidió una mañana que todavía no existía que sería bastante entretenido cambiar todo. Todo lo demás es historia.

Sin embargo, resulta esencial el hecho de que la Biblia permanece bastante prudente y recuerda un tanto sorpresivamente en los últimos versículos del capítulo (versículos que se olvidan muy a menudo) la existencia de un segundo árbol en el medio del jardín. De manera tal que se concluye el episodio precisando que Adán y Eva, aunque ahora se han convertido en creadores, no alcanzaron el otro árbol, que además les habría procurado la vida eterna y que entonces nos habría vuelto perfectamente idénticos a Dios, en una palabra, podrán reproducirse, pero sin escapar a la muerte. La única inmortalidad será la de sus obras y la de su descendencia. La mayor gloria vendrá de una abundante progenie y del esplendor de sus contribuciones al progreso de la humanidad. Pero ellos mismos deberán morir. En este sentido Dios no había mentido. El interés aquí es que este episodio de la historia es relatado (con la característica economía del Génesis) por el ejemplo del pudor y de la vergüenza. Como si todos los lectores necesariamente debieran comprender que la sola mención de "se les abrieron a ambos los ojos, y se dieron cuenta de que estaban desnudos" alcanza a expresar que Adán y Eva ahora tienen acceso a la sexualidad creadora, que un contrato social debe establecerse, pues la vida en sociedad a partir de ahora se ha vuelto necesaria, pero sus manos tendrán ya la libertad de decidir y de asumir su propio futuro y que el precio de esta nueva autonomía será la muerte. Es necesario que la noción de pudor sea rica, poderosa y literalmente fundamental, pues el Génesis dice claramente que es por allí que todo comienza, Y no se puede comprender la pornografía sin apreciar la importancia del pudor ni explicar por qué los tuareg se cubren el rostro.

El pudor

El pudor va mucho más allá del sexo. También hay que considerar como tal esa frase que es mejor no escuchar, ese olor que es mejor no percibir, ese brazo que es mejor no tocar. En realidad, toda la cultura es la que se encuentra marcada y que utiliza al pudor como una carta magna del comportamiento social o como un cimiento social cuyo elemento activo sería la beneficencia y la mundología. Inútil por lo tanto repetir que algunas sociedades o ciertos grupos sociales parecen ser notablemente púdicos, mientras que otros lo son mucho menos. Lo esencial es que ninguna sociedad escapa al pudor y que cada una de ellas necesariamente debe definir e imponer la forma que tomará aquél. Freud decía que era el fundamento de la civilización y es normal y razonable que los moralistas de toda índole proclamen tan a menudo que faltar al pudor acarrea la catástrofe y la desintegración social. Es la amenaza al cimiento que se desmorona. El pudor, al igual que el erotismo, es un asunto de buen gusto y de cultura.[266] Sería simplista limitarlo a una cuestión de obscenidad sexual, pues la apuesta siempre ha sido mucho más considerable.

A menos de buscar desesperadamente un tema de conversación para alguna noche mundana, es posible permitirse desatender casi todos los detalles de la etnología comparativa del pudor, a tal punto resulta flagrante que sus formas siempre hayan sido muy maleables.[267] Puesto que el pudor da cuenta del beneficio, de los buenos modales y de la conveniencia, de la cortesía y de la mundología en buena compañía, es seguro que la forma particular que ella reviste en una sociedad y en una época dadas, evolucionará constantemente, lo que dará siempre lugar a comparaciones tan variadas como contrastadas. En tal sociedad, las mujeres adultas son las que monopolizan los chistes obscenos, que siempre tienen como objeto los órganos sexuales masculinos. En otros lugares sería grosero ofrecer a una dama un muslo de pollo y es preferible cubrir las patas del piano. Mientras que las jóvenes mujeres zulú de la edad de las vírgenes podían desvestirse con el objeto de dar cuenta públicamente de su indiscutible pureza, aquí la desnudez en público connota generalmente la virtud contraria.

Mientras que los norteamericanos tienen una fijación con la amplitud de los senos de sus heroínas, los hombres de la isla de Mangaia dicen que esta parte del cuerpo femenino sólo puede revestir interés para los bebés hambrientos. Allí donde la casi totalidad de las partes del cuerpo está enteramente disimulada por la vestimenta, resultará a menudo más inquietante la obscenidad de algunas miradas, y las personas que viven enteramente desnudas imponen pudor en las maneras de sentarse y en la sutileza de los movimientos del cuerpo. Y así se podría seguir todavía mucho tiempo, pues la lista parece interminable: en todas partes, el pudor es modulado según la ocasión y las circunstancias, según el momento y el lugar, la edad y el sexo, los lazos de parentesco y de política, en una palabra, según las distinciones culturales y la naturaleza de las relaciones sociales. Su sentido y su expresión varían por lo tanto entre las culturas como entre las épocas:

¿Qué palabra venía a la mente al ver pasar a un hombre o a una mujer desnudo? En la Edad Media se pensaba "herejía"; en el siglo XVIII "desenfreno"; en el siglo XIX se pensará "locura"; y en el siglo XX, "provocación".[268]

El caso de la sociedad tuareg ofrece un ejemplo muy privilegiado de la importancia del

rol social que adquiere el pudor, porque en ella toma una forma fácilmente discernible, pero también porque Robert Murphy hizo un análisis muy esclarecedor.[269] Todo el mundo sabe que los tuareg viven como pastores nómadas y recorren el Sahara de oasis en oasis con sus camellos y su ganado, y que esas personas a menudo tocaron el imaginario occidental por su traje azul índigo y, sobre todo, por el turbante que llevan los hombres y que se termina con un velo que cubre casi todo el rostro, con excepción hecha de los ojos. Lo que tal vez es menos conocido es que el velo no sólo significa el respeto por una costumbre tradicional y que no es una simple protección contra la arena del desierto. Sobre todo lo que importa es comprender que ese velo no sirve en principio para esconderse de sus enemigos o para disimularse ante los extraños: frente a estos últimos, los tuareg a menudo son muy abiertos y hasta descubiertos, es entre amigos muy próximos y en el seno de su propia familia donde se cubren con más cuidado. En otros términos, los tuareg hacen abiertamente lo contrario de lo que generalmente cae bajo nuestro sentido común y lo que se enseña a los niños: permanecer discretos y más reservados sobre todo con los extraños, reservar algunos temas y la mayoría de las indiscreciones a los íntimos, mostrarse prudente y desconfiado en la misma medida que la distancia social aumenta y saber siempre retenerse frente a las personas que no se conocen bien, para otorgar una mayor confianza a los mejores amigos. A través del uso del velo, los tuareg afirman por el contrario que el pudor y la reserva son particularmente importantes en el contacto con personas con las que mantenemos las más estrechas relaciones.

A partir de este ejemplo, Robert Murphy reconstruyó una teoría general de las relaciones sociales[270] muy libremente inspirada por los trabajos de Georg Simmel, George Herbert Mead e Irving Goffman. Según esta tesis, el pudor inherente a toda relación social se sitúa entre lo ya visto y lo imprevisible. Por un lado no habría posibilidad de una interacción social si los demás ya nos fueran completamente conocidos: la vida en sociedad no presentaría entonces ningún interés, puesto que todo el mundo sabría todo acerca de todos; no sólo ya no habría ningún misterio, ningún atractivo hacia lo desconocido, sino que tampoco habría distinción ni diferencia, y se volvería entonces demasiado fácil abandonar al otro sin incluso tomarse el trabajo de seducirlo. En el otro extremo, la vida social sería también impensable si ella estuviera fundada en una ignorancia total: si cada encuentro constituyera una experiencia enteramente nueva y si cada persona fuera única y misteriosa, la interacción social sería en cada caso demasiado imprevisible, a menudo demasiado arriesgada y por lo menos demasiado onerosa, pues habría que volver en cada caso a cero y reinventar el mundo. Por lo tanto, la única vida social posible debe mantenerse entre estos dos límites. Desde un punto de vista ligeramente diferente, la misma tesis significa que el individuo siempre debe conservar cierta reserva, con el objeto de garantizar su identidad personal y su autonomía, las cuales son las únicas cosas que le permiten actuar de una manera diferente a la obediencia de un robot dominado y programado. Pero es necesario que este individuo pueda al mismo tiempo revelarse a los demás, descubriendo lo que podría interesarles y atraerles, ofreciéndoles, en resumidas cuentas, ciertos indicios de lo que en él pudiere servir como moneda para ese intercambio. Goffman decía correctamente que un encuentro social "consiste por lo tanto elementalmente en reivindicar un yo aceptable y en confirmar demandas parecidas de parte de los demás. Es justamente allí donde cada uno dirige y asienta su contribución".[271] En los dos extremos (habitualmente vinculados con la pornografía) hay o bien demasiada discreción y rechazo por revelar sea lo que fuere y encontrarse con los demás,

hasta el autismo del ermitaño, que rompe todos sus vínculos con la sociedad, o bien el develamiento demasiado entero que lleva a la anulación alienada de toda identidad autónoma. En este caso, el individuo se encuentra aniquilado bajo la presión social y en el primer caso, la sociedad, ella misma, desaparece. Entre esos extremos, la vida social normal propone como ideal la capacidad de actuar sintiéndose perfectamente cómodos en el corazón de la ambigüedad y de la ambivalencia; la capacidad de preservar un sí sólido, a pesar de la obligación de tener papeles sociales muy a menudo contradictorios, y la capacidad de volverse interesante al mismo tiempo que se cuidan las reservas.

Las negociaciones, las amenazas, las promesas, que se refieran al comercio, a la diplomacia, ala guerra, a cartas o a relaciones personales, son otras tantas ocasiones en que cada uno de los oponentes puede confrontar su habilidad en disfrazar sus intenciones y sus posibilidades con la capacidad de los demás en descubrirlas, por medio de la violencia o por adulación. Cuando ciertos individuos hacen o exigen excusas, presentan o reciben cumplidos, causan o limpian una afrenta, a menudo va dirigido a quien sabe dominarse mejor.[272]

En este sentido, toda relación social lleva directamente al conocimiento del bien y del mal. El individuo se crea, y obtiene su derecho a una existencia autónoma y a una identidad personal solamente a través de sus relaciones con los demás. De allí viene la aparente paradoja del individuo como invención social. En la práctica, la vida representa una negociación permanente, en donde toda interacción social es a la vez estimulante y creadora de identidad personal, pero también una penetración a uno mismo, una invasión y una amenaza constante para esta misma identidad. Este juego fundamental de toda relación social es, por lo tanto, inevitable, esencial y peligroso, y es siempre de él que da cuenta el pudor.

El ejemplo de los tuareg sirve para hacer comprender antes que nada, que el pudor es una herramienta de ajuste del distanciamiento social, cuyos usos particulares muestran bien cómo se clasifica a los "demás" y cómo se distingue a los parientes o amigos próximos de los alejados. Desde los más íntimos hasta los perfectos extraños. Luego, y contrariamente a las demasiado corrientes apariencias, los tuareg agregan que no es una razón suficiente el hecho de que el otro nos sea menos conocido para que importe conservar la mayor reserva, bajo el pretexto familiar de que el resultado de la interacción sería todavía más imprevisible. Por el contrario, el pudor resulta sobre todo necesario con los próximos y los más íntimos, es decir, con personas que ya saben mucho acerca de nosotros y que, por este hecho, están mejor ubicados para alcanzar y amenazar la identidad personal. En otros términos, los tuareg (que probablemente no se sorprenderían demasiado al saber que existe en otros lugares una crisis del matrimonio y de la mayoría de las relaciones sociales íntimas) afirman que la dificultad nacerá precisamente donde el derecho a saberlo todo alcanza su cima pero choca con la necesidad igualmente poderosa de respetar el secreto del otro; el punto preciso en que una relación se vuelve la más íntima de todas y en donde por ese hecho hay más riesgo de destrucción de sí mismo o del otro.

Cuando la penetración de la intimidad es una amenaza, y cuando la sexualidad se encuentra definida como íntima, el sexo debe ser prudente: numerosas sociedades, desde los navajos hasta la agencia británica a la que pertenecía John Profumo, han pretendido que todos

los secretos inevitablemente son revelados en el momento de hacer el amor; pues después del amor ya no hay prohibición posible, e incluso las demás reservas toman un aspecto de malestar torpe y de falsa invulnerabilidad.

El velo de los tuareg se vuelve así el detalle exótico por el que pasa un hecho social inevitable. E incluso su exotismo toma un aspecto muy conocido al utilizar los ojos y la boca como marcas de distancia social, pues para toda comunicación y relación social la boca y los ojos constituyen sin duda los primeras herramientas y los mejores medios para codificar el pudor;[273] en otros contextos culturales, un baile de disfraces permitirá el desenfreno por el solo hecho de que los ojos están tapados y se hará el púdico gesto de cubrirse la boca con una mano o con un abanico, se bajarán los ojos por incomodidad o se mirará al otro "fríamente" como desafío o -marca suprema de la discreción- se llevarán anteojos de sol al tiempo que se está completamente desnudo.

El pudor, en resumidas cuentas, es un arma y el campo de un combate incesante. Su ambigüedad está inscrita en el seno de toda relación social y representa el inestable resultado de una relación de fuerzas en que cada uno intenta no mostrar nunca a los demás ni demasiado ni demasiado poco sus fuerzas y sus debilidades. En un contexto de galantería sexual, a menudo se habla de ella como si se tratara de un juego: develar un poco más e ir un poco más lejos con el objeto de llamar la atención, captar y mantener el interés del ser deseado, o más bien querer disimularse y reservarse más, con el objeto de rechazar a los inoportunos. Tanto en sociedad como en política, se dirá que es un asunto de regateo y de estrategia: hacer algunas confidencias para alcanzar cierta confianza, mientras se conserva el mayor margen de maniobra. En términos religiosos, se pretende "aproximarse" a Dios confesando todas las faltas o "alejarse" de él negándose a abrirle el fondo de su alma. En la perspectiva marxista, es la lucha entre el hermetismo de la conciencia de clase y la necesidad de penetrar y de comprender la ideología dominante. Y así sucesivamente. Se trata siempre de la misma ecuación delicada: revelarse en la acción, la cual es imposible sin la autonomía creada por la reserva.

El pudor pertenece por lo tanto a la forma elemental del poder. En el principio, dice el Génesis, Dios hizo todo. Y su omnipotencia resulta admirablemente conveniente por el hecho de que nos da el ejemplo de un pudor infinito. No se sabe casi nada acerca de Dios. El texto se limita a contar que en el principio creó el cielo y la tierra, luego pasa enseguida a la descripción de esa tierra sin ya referirse al personaje que será eternamente un misterio teológico:

¿Cómo creó Dios el cielo y la tierra? Dios creó de la nada el cielo y la tierra por su única palabra, es decir por un solo acto de su voluntad omnipotente. ¿Por qué Dios creó todas las cosas que vemos? Dios creó todas las cosas que vemos para manifestar su potencia, su sabiduría y su bondad.[274]

Mientras que Superman, Batman y el Zorro son héroes que consiguen parte de su poder gracias a una doble identidad que todos los malvados de la tierra ignoran, nadie puede pretender conocer la doble identidad de Dios. Es omnipotente e infinitamente pudoroso. Y

jamás se sabrá tal vez si Dios también estaba desnudo en el jardín, si verdaderamente era un anciano con barba blanca o, como lo quiere la conocida ocurrencia, se trata más bien de una mujer de piel negra. Resultaba por lo tanto lógico y previsible que Adán y Eva, en el momento mismo en que adquieren por desobediencia una parte de la potencia divina, descubran al mismo tiempo un poco de su pudor. Y Dios, que evidentemente se dio cuenta de todo enseguida, plantea sin dudar la pregunta pertinente: "¿quién te ha hecho ver que estabas desnudo?" (III, 11).

La seducción

Según indica un popular refrán utilizado para poner cómodos a los invitados, "donde hay malestar no hay placer", pero resulta una tarea ingrata tener que contar el número de sabios que unánimemente han venido uno tras otro a sostener lo contrario. Incluso se ha vuelto un lugar común afirmar que si no hay pudor el placer disminuye. Como si ese placer viniera en parte o principalmente de una transgresión. Lo que hace creer, por ejemplo, que el goce del sexo puede ser secundario en relación al que procura la conquista, y que el goce repetitivo corre el peligro de caer rápidamente en el aburrimiento. No habría verdadera apuesta más que la seducción a través de todas esas relaciones de fuerza y esas luchas de poder.

Que la palabra "seducir" sea comprendida en el sentido de "encantar", "fascinar", "gustar", o más bien "abusar", "hacer desviar", y "desenfrenar", siempre se trata de conseguir atravesar la barrera de la discreción y pasar más allá del pudor para penetrar en la intimidad del otro. Sin duda alguna hay maneras suaves o violentas para seducir, pero se trata siempre de conseguir una victoria sobre un pudor que retrocede. De la seducción grosera y demasiado fácil del amo que desde siempre tiene el poder de dominar a su esclavo, hasta la tan improbable seducción del sapo que consigue recibir un beso de una princesa, en cada caso siempre hay cierta aproximación. Muchos otros ya han pintado el fresco alegórico de la vida en sociedad como un vals de individuos que avanzan y retroceden, se aproximan y se rechazan, se olvidan y se reconocen, con la esperanza de encuentros agradables, animados por un deseo compartido y recíproco, con el temor al malentendido y a la agresión, al sentido único o al rechazo. Toda vida social estaría modulada a partir de este mismo movimiento, y se resumiría en una larga serie de esfuerzos de aproximación, yendo hacia el otro o atrayéndolo hacia sí, y de estrategias de alejamiento, por retrocesos o evasivas. Y todo sistema armónico de relaciones sociales parece querer actuar de manera que ya no haya ni demasiada seducción ni demasiado poca, y que las distancias no sean en ningún lugar ni demasiado grandes ni demasiado pequeñas; pero una vez más, la sociedad aceptaría al mismo tiempo el peligro de las patologías excesivas y contrarias; el contraste absoluto entre el asocial hecho y derecho y, en el otro lado, el extremo límite de un proceso de seducción que, si lleva a término su triunfo sobre el pudor del otro, provocará de manera completamente lógica la mortal exterminación

de este último.

Sin querer defender ni discutir los méritos de esta teoría general, no obstante es posible servirse de ella para aclarar algunos aspectos del fenómeno pornográfico. En principio, si el placer proviene esencialmente de la seducción, se comprende mejor que los consumidores no sólo miren una revista (lo que tiene sentido) sino que se tomen el trabajo de suscribirse (un sentido totalmente distinto). Puede deducirse de ello también que el placer del seductor dependerá de la amplitud de su triunfo, el cual se transformará instantáneamente en testimonio adulador de su potencia. Si el pudor es una forma elemental de potencia, el placer será (a menudo visto como) proporcional a la fuerza de resistencia del pudor vencido. Es por ello que los héroes seductores no deberían interesarse más que por los desafíos dignos de su fuerza: las vírgenes temerosas o la madre abadesa, el piloto que no puede dejar su volante o el millonario que cree ser impotente. Es según la amplitud de la resistencia que se mide la hazaña. Y es por ello también que se ha pretendido que el tobillo de una mujer virtuosa era más excitante que un cuerpo desnudo de una prostituta; porque el mérito del mirón no es el mismo y porque efectivamente lo que está aquí en juego es el poder, por lo menos tanto como el sexo. Los pobres, que desde siempre han sido vistos desnudos en la calle, son claramente menos interesantes a la hora de desvestirse que los poderosos que dominan perfectamente los medios de disimularse a las miradas de los intrusos. En el cuento de H. C. Andersen, cuando el emperador se presenta completamente desnudo delante de su corte, a todos les parece que está vestido y, por lo tanto, disimulado gracias a su sola potencia; mientras que los pobres, incluso si están vestidos, son denominados "totalmente desnudos" o por lo menos "*sans-culotte*".

Sin pretender considerar las múltiples denominaciones de la psicología del voyeurismo, podemos afirmar que una parte importante tanto de la apuesta como del placer del mirón parece provenir de una capacidad por vencer los esfuerzos protectores del pudor, y de lograr ver lo que el otro quería esconder. Que se trate de un pedazo de piel percibido por descuido o gracias a la minuciosa observación desde un edificio entero y con ayuda de un poderoso telescopio, la recompensa del mirón y su placer están en la medida de la indiscreción que logra cometer. El triunfo depende ampliamente del pudor del otro y de la convicción de que este último no tenía ninguna intención de exhibirse y que estaría sinceramente impresionado por saberse observado. He aquí por qué, más allá de cierto límite, cuando el esfuerzo de seducción se vuelve superfluo, cuando se descubre que lo que es visto sólo buscaba hacerse ver, y cuando habría sido evidente desde el principio que la intimidad revelada evidentemente no tenía ya nada de íntimo, el interés se diluye y muere. Resulta por lo tanto crucial para la pornografía entretener y conservar al menos la ilusión de que su poder es una demostración del poder del consumidor, a quien como mucho se le facilita el rol de mirón, feliz por penetrar una intimidad protegida.

Ahora bien, la mentira es siempre más fácil en lo que respecta a los extraños. Y es menos probable que la pornografía sea criticada por sus espectáculos de ilusionismo, en la medida en que presenta a personajes desconocidos y distantes que, por otra parte, no revisten la menor importancia para la vida de las personas que los miran. En un primer tiempo, la pornografía confirma por lo tanto la enseñanza de los tuareg: la impudicia frente a los extraños es más fácil, precisamente porque ella comporta muy pocos riesgos y casi ningún

costo social. Como corolario, la ilusión pornográfica sería impensable si buscara poner en cuestión a los próximos, a los amigos y a los parientes, a las personas que son realmente conocidas y que por supuesto vendrían a poner fin a todo ello brutalmente. Se alcanza entonces la paradoja perfecta de la que se ha hablado precedentemente: tal como dicen los tuareg, el pudor es esencial para el mantenimiento de la vida social y su pérdida haría estallar todo, pero en contrapartida, la pornografía tiene una absoluta necesidad de encontrar algún pudor por vencer.

De este modo, el círculo se vuelve vicioso. Todo ser humano es lo suficientemente complejo como para ser seductor durante por lo menos cien años y resulta totalmente idealista esperar poder agotar la riqueza y alcanzar la dominación completa, como podrían dar cuenta de ello los innumerables torturados y mártires que jamás renunciaron a su fe o a su dignidad. El único verdadero medio de seducir (o de ser seducido) plenamente exigiría en primer lugar reducir esta complejidad inicial, fingiendo creer que un individuo es efectivamente reductible a sólo algunas dimensiones, atractivos, cualidades o competencias comprendidas con más facilidad. Facilidad aun mayor justamente en la medida en que el individuo es mal conocido y que se ignora casi todo acerca de él, salvo aquello que nos interesa directamente. Sólo los extraños son verdaderamente reductibles a ese modo por ser menos complejos, porque corresponden a estereotipos más groseros que pueden ser resumidos en algunos rasgos fácilmente distinguibles para nuestra mayor satisfacción. Es la seducción fácil, sin medios para resistirse y por lo tanto sin revestir peligro. La ignorancia mantiene la ilusión del poder y más vale no acercarse demasiado a los extraños. Mientras que la cortesana de *Las mil y una noches,* que deja de ser cortesana para convertirse en una admirable contadora, demuestra un poder de seducción irresistible que le garantiza la salvación al marcar el límite de la dominación del amo. En la mejor tradición antigua, sus relatos fabulosos se vuelven rápidamente tan apasionantes como su sexo. Y la pornografía fracasa cada vez que se encuentra de pronto obligada a enfrentar a Scheherezade.

Los tuareg tienen de nuevo razón en el hecho de que los extraños jamás son durante mucho tiempo una prueba suficiente de nuestro poder. Es necesaria una intimidad por penetrar para satisfacer el deseo de poder, pero la intimidad no es alcanzada sino luego de un considerable trabajo; los verdaderos íntimos lo saben y se apuran en cubrirse con un velo, con el objeto de sustraerse a toda amenaza de seducción fácil y unilateral. La pornografía llega por lo tanto a una paradoja que durante un tiempo pareció insuperable, pues se encontraba atrapada entre el espectáculo de unos desconocidos manipulables pero sin interés, y el de los íntimos fascinantes pero inalcanzables; entre el poder infinito de conquistar muy poca cosa y el poder limitado de seducir lo infinito.

La pornografía tradicional a menudo no logra sino presentar personajes tan poco creíbles que toda relación con el poder y toda pretensión de seducción parece evidentemente demasiado poco auténtica. Se vuelve rápidamente imposible pretender que hay allí algo de pudor y que el espectador tiene derecho a sentirse orgulloso por haberla penetrado. La trampa es demasiado grosera, se alcanzan los límites de la ingenuidad y el sexo se vuelve triste. El problema no viene por el hecho de haberse lanzado demasiado lejos en una vía sin salida, sino de haber elegido la ruta más fácil y la menos interesante, el mundo de los extraños alejados carentes de interés por ser demasiado irreales, inconcebibles y sin importancia; fotos

de tribus tan desnudas como indígenas, relatos de la vida sexual de los salvajes, espectáculos apenas menos exóticos de castillos, monasterios, burdeles para sádicos; el mundo de las personas demasiado ricas y famosas.

El relevo debe venir de otro lugar. Puesto que el poder se imita mal y que la mentira no dura nunca demasiado, más vale ocuparse francamente de la verdad. He aquí por qué la pornografía privada, ordinaria y sin artificio ejerce semejante fascinación: el consumidor que mira un video "casero" o que se comunica por medio de su MINITEL, cree alcanzar así a seres humanos verdaderos, personas de las que fácilmente puede imaginarse el pudor y que ofrecen por lo tanto una prueba tangible y satisfactoria del éxito de su seducción. Mejor aún, el acto mismo se vuelve más creíble cuando el espectador habitualmente pasivo se transforma él mismo en un igual, en alguien que bien podría a su vez hacer la misma cosa. Se trata de acercarse al verdadero juego de la seducción y revelarse a sí mismo descubriendo a los demás para llegar a ser íntimos. Es exactamente lo que los tuareg quieren hacer comprender: los próximos son mucho más fascinantes precisamente porque nos conocen mejor y nos tocan más de cerca, y también porque a pesar de las amenazas de violación o de asesinato impersonales perpetuadas por extraños, en la vida ordinaria la apuesta no se vuelve seria sino con los próximos. No sólo la mayoría de los violadores y de los asesinos se recluían entre los amigos, sino que sólo los próximos son capaces de vencer nuestro pudor para penetrar en nuestra intimidad. Inversamente, es en esas personas donde se vuelve agradable consolidar su propio poder.

Sin embargo, es también igualmente importante leer la lección de los tuareg en el sentido contrario: si el pudor es una exigencia para toda vida social, la impudicia no será permitida sino a continuación del desmoronamiento de la sociabilidad. Si la pornografía amenaza el orden social, hay que comprender la tolerancia social de semejante amenaza por la disolución de este orden o incluso por una reducción de la amenaza. Si el temor se esfumara, entonces es porque queda menos por amenazar o menos sociabilidad del género que los tuareg quieren proteger.

Mientras que la impudicia no era tolerable sino en el lugar de los desconocidos y de los extraños, su límite se acerca progresivamente, e incluso las personas más ordinarias, nuestros vecinos inmediatos, parecen más que nunca dispuestos a revelarlo todo. Simplemente, dirían los tuareg, se debe a que los vecinos nos son cada vez más extraños y entonces el pudor se vuelve menos necesario. La sociabilidad cambia de forma, las relaciones de poder se atenúan y los vecinos dejan de ser seductores que debemos seducir simultánea y necesariamente. Puesto que vivimos ahora entre extraños, qué más da dejar de lado las decencias opresivas y las reservas frustrantes, y si ya no hay razón para motivar la inhibición y si se tiene ese tipo de ganas, más vale otorgarse esos placeres.

A fin de cuentas, la transformación parece radical. Después de siglos de progreso inverso, la pornografía marcaría un proyecto cultural de retorno hacia el paraíso terrestre. La mayoría de las relaciones sociales son modificadas y toman un nuevo sentido, trastornando de pronto la noción de identidad individual que había sido siempre a la vez creadora de sociedad y resultado de la interacción social. La imposición de una identidad individual (a veces definida y sobre todo uniforme) se vuelve cada vez menos necesaria para el buen

funcionamiento de la sociedad; de donde surge el pánico actual y tal vez pasajero de los que se encuentran solos, sin ayuda, sin identidad y sin los medios para inventarse una. Si Adán y Eva tuvieron necesidad de conocer el pudor antes de adquirir la identidad personal que iba a permitirles tener la relación sexual que debía engendrar la humanidad entera, una sociedad que ya no se preocupa por su propia supervivencia, por la reproducción, ya no tiene necesidad de pudor ni de identidad individual socialmente sancionada. El cambio de orientación promete ser absoluto y un nuevo Génesis redactado en el estilo antiguo diría que pronto ya no será necesario trabajar con el sudor de la frente ni de parir con dolor, y que en el momento en que las personas se vuelvan cada vez menos parecidas a Dios al dejar de crear niños, el pudor resultará superfluo y el retorno al paraíso perdido se dará cuando "se les cerraron a ambos los ojos, y ya no se dieron cuenta de que estaban desnudos".

No obstante, sería erróneo creer que este vuelco del recorrido llevará al paraíso conocido. Es decir, allí donde todo era suavidad, paz y armonía, porque Adán y Eva, todavía sin propia identidad y, por lo tanto, sin autonomía, vivían en la plenitud del proyecto divino y estaban enteramente consagrados a la causa superior, sin sentir la menor necesidad de adquirir una vida privada. Aquellos que sueñan con recrear la "comunidad" humana o lograr una movilización política cualquiera, deben preocuparse por el proyecto pornográfico, que cambia radicalmente de registro proponiendo no una transformación de la sociabilidad y su cambio de dirección hacia el modelo paradisíaco, sino ni más ni menos que su abolición. La pornografía afirma que basta con mirar. Que hablar de sexo ofreciendo sólo imágenes espectaculares no constituye una mentira. Que todos los otros sentidos son secundarios y que la realización activa de todos nuestros fantasmas sexuales no sólo sería social, médica y psicológicamente mucho más peligrosa, sino probablemente también apenas satisfactoria. Se llega entonces a los placeres solitarios. Como decía Gérard Bonnet:

El voyeurismo tiene mucho que enseñamos sobre la posibilidad que ha sido constatada en el ser humano de renunciar al placer del orgasmo heterosexual por un placer distinto que se llamará según los lugares, los objetos y el discurso, la contemplación, la visión beatífica o la alucinación.[275]

Mientras la sociabilidad tenía fallas y siempre era posible escapar a la vida pública volviendo a la casa, o huir de la tiranía doméstica refugiándose en el trabajo, hallarse más a gusto entre mujeres, entre hombres o entre jóvenes, la pornografía propone la evasión completa. En ese instante desaparece lo social tal como lo conocimos siempre y sin duda es eso lo que haría incrédulos a los tuareg.

CAPÍTULO 8

LA GESTA DE ONÁN

Judá tomó para su primogénito Er a una mujer llamada Tamar. Er, el primogénito de Judá, fue malo a los ojos de Yahveh, y Yahveh lo hizo morir. Entonces Judá dijo a Onán: "Cásate con la mujer de tu hermano y cumple como cuñado con ella, procurando descendencia a tu hermano." Onán sabía que aquella descendencia no sería suya, y así, si bien tuvo relaciones con su cuñada, derramaba a tierra, evitando el dar descendencia a su hermano. Pareció mal a Yahveh lo que hacía y le hizo morir también a él.*(Génesis, XXXVIII: 6-10)*

Masturbation is a waste of fucking time*Nigel Rees*. *Graffiti 3*

Las sociedades humanas no toleran mucho la masturbación. Parecen unánimes al considerarla una forma elemental y mínima de la sociedad y a declararla como un derivativo más o menos desesperado para algunos individuos que no disponen lamentablemente de medios para expresarse de otro modo. Por supuesto, esta reprobación toma distintas formas, pero en general se piensa que a las personas que se masturban les falta algo: el loco del que se ríe todo el pueblo, los adolescentes a quienes el matrimonio todavía no les está permitido o la viuda que ya no tiene otro consuelo. En los pueblos cuyas costumbres sexuales nos parecieron a veces relativamente libres[276] (a menudo se da como ejemplo a los siriono, los crows, los lepchas o los navajos) se pretende que la masturbación no existe o que se trata de una práctica tan ridícula como risible; Malinowsky decía por ejemplo que los trobriandeses afirman que hay que ser muy feo, albino, imbécil o tartamudo para recurrir a la masturbación. La mayoría de las veces la práctica es tolerada precisamente porque se trata de niños o adolescentes. Entonces parece aceptable, típico de una fase breve, la cual, como el acné o el amor-pasión, debería conducir a actitudes más maduras y más razonables en la edad adulta. A veces, la masturbación es sinónimo de celibato, un estado a menudo juzgado inaceptable y despreciable: una condición social que los babilonios consideraban como un pecado, que los mandeanos de Irak y de Irán dicen que es una razón suficiente como para que se prohíba el acceso al paraíso, a la que los andamaneses encuentran "mala", que vuelve vagabundo entre los chukchee, pobre y desamparado entre los bororós, que lleva a los kachines a invertir las danzas funerarias y que hace reír a los pigmeos.[277] Celibato y masturbación son anomalías que van muy bien juntas. Por esta misma razón, la masturbación de los niños se vuelve tolerable cuando no aceptable justamente porque se trata de una forma infantil de sexualidad; es así como en las islas Marquisas (una vez más, para gran sorpresa de las autoridades coloniales europeas) los padres podían muy bien adormecer a sus hijos masturbándolos suavemente. Mientras que aquí un sexólogo de la primera hora afirmaría sin dudar que "todos los psicoanalistas y sexólogos están de acuerdo hoy en definir el autoerotismo por el carácter

infantil y subdesarrollado de la sexualidad en sus primeras fases".[278]

Algunas sociedades toleran, otras reprueban severamente la masturbación. Pero, de todos modos, queda un denominador común, más allá del contraste evidente entre la tolerancia divertida y la prohibición salvaje: todas las sociedades están de acuerdo en decir que en materia de sexo hay algo mejor.

La idea principal se resume en creer que hay que estar en cierta dificultad para masturbarse: se piensa en el marqués de Sade en prisión, las burlas a los curas y a las monjas que hicieron el voto de castidad; y la ciencia durante cierto tiempo creyó poder demostrar que las restricciones sexuales y las coerciones sociales llevaban a la masturbación individual.[279] Falta de control condenable, o gesto anodino, natural y aceptado, la masturbación se define aquí y allá como una válvula. Y si un vasto mundo separa al cruzado que impone a su esposa un cinturón de castidad, del samurai que ofrece a sus concubinas bolas *rin-no-tama* que garantizarán su placer durante su ausencia, en los dos casos se organiza la ausencia eligiendo dos modos opuestos de concebir y de tratar la sexualidad de los solitarios. Al retorno del cruzado tanto como del samurai la cuestión ya no se planteará: habrá algo mejor para hacer que masturbarse. Todo el mundo está de acuerdo a ese respecto.

De ello resulta lógicamente que la masturbación, cuando se dispone de otras soluciones, se vuelve particularmente inconcebible y toma desde luego la forma de una ofensa. Cuando Yahveh se queja de la infidelidad de Jerusalem, a la que sin embargo dice haber dado mucho, aclara, entre las numerosas faltas de esa nación que llama "esposa": "tomaste tus joyas de oro y plata que yo te había dado y tú hiciste imágenes de hombres para prostituirte ante ellas." (Ezequiel XVI, 17). El acto se vuelve la más ofensiva infidelidad.

La reacción de cualquier sociedad a la masturbación corresponde siempre a su actitud frente a la sexualidad, puesto que se trata en realidad de una práctica entre otras que debe formar parte de un conjunto coherente. Puede ser útil recordar sin embargo que la masturbación como uso del cuerpo sería incomprensible sin su relación con las concepciones culturales de la fisiología y de la reproducción humanas. Por ejemplo, la sanción social de la masturbación parece inseparable de la respuesta a las preguntas planteadas por el aborto y el infanticidio. Si en el siglo V el talmud de Babilonia castigaba la masturbación masculina con la pena de muerte, no era por un puritanismo radical de la religión judía. El castigo daba cuenta simplemente de una respuesta particular al problema universal, tan inmutable como insoluble de establecer con precisión el momento en que empieza la vida. Del mismo modo que al declarar al embrión un ser vivo, forzosamente debe concluirse que todo aborto constituye un asesinato, si se retrocede un poco antes, al instante original, se llega a concebir al esperma como ser ya viviente, y todo despilfarro de esperma se vuelve un homicidio castigable con la muerte. En la medida en que el hombre no es más que el depositario, el transmisor o el mensajero de un esperma que por derecho pertenece en principio a la colectividad, porque representa su única oportunidad de supervivencia, el masturbador entonces se vuelve un criminal. Si se concibe que ese esperma es la esencia misma de la vida, la esencia eterna que supera ampliamente a la insignificancia de cada uno, el masturbador aparece como una amenaza al orden del mundo, y a partir de entonces se vuelve razonable

exterminarlo con el fin de proteger a la sociedad.

El esperma ha sido frecuentemente tomado en serio. Aristóteles hacía de él una suerte de sustancia del alma. En el primer siglo, Galeano retomaba la noción antigua de la mujer incubadora y hablaba de una sementera comparable a la de la tierra. Su contemporáneo, Clemente de Alejandría, lo describía como si se tratara ya casi de un embrión humano. La tradición humana sostiene que es difícil de producir, por lo tanto preciosa, y que da cuenta del estado general de salud. Los antiguos chinos y los indios mehinaku de Brasil creían que toda pérdida de esperma llevaba a un debilitamiento general y, en una palabra, que el esperma es escaso y el sexo precioso. Las sociedades que insisten mucho en la importancia del esperma tendrán tendencia a controlar estrechamente la masturbación masculina, mientras que la misma práctica en las mujeres será impensable, inexistente (sin duda por ignorancia) o totalmente tolerada porque no tiene consecuencias para la reproducción.

Otras sociedades en cambio insisten menos en el esperma y más bien orientan sus discursos que conciernen a la reproducción hacia el lado de los menstruos y de su interrupción. La diferencia para nuestro tema reside en que la masturbación masculina está muy directamente ligada al esperma, que no tiene un equivalente femenino tan visible. No obstante, a todas luces es igualmente posible vincular la masturbación femenina con la reproducción: en uno de los grandes mitos fundadores de la cultura navaja, el primer marido acusa a la primera esposa de estar obsesionada por el sexo, lo que lleva a su separación pues la mujer quiere demostrar que las mujeres pueden prescindir muy fácilmente de los hombres; seguidamente las mujeres se masturban, quedan embarazadas y dan nacimiento a monstruos, mientras que del otro lado del río que separa los sexos los hombres también se masturban pero sin consecuencias.[280]

Dicho esto, antes de lanzarse en un sobrevuelo de la impresionante diversidad de concepciones del esperma, de la reproducción humana y de las actitudes frente a la masturbación, hay que volver al denominador común: para todas las sociedades conocidas, la masturbación es una práctica condenable, desviada, marginal, pasajera, ridícula y por lo menos risible. Sin embargo, existe una excepción, hacia la cual evidentemente nos estamos dirigiendo.

Es bien conocido que la prohibición del incesto desde siempre fascinó tanto a la antropología como a la psicología. Por un lado, porque a finales del siglo XIX, que dio nacimiento a esas ciencias modernas, los europeos comenzaban a vivir en viviendas cada vez más pequeñas donde las familias, nuevamente promovidas al rango de pivote social y de único lugar de expresión de sentimientos amorosos, se encontraba más brutalmente que nunca frente a la paradoja de ser a la vez el lugar donde el sexo es aceptable, el lugar donde todos los miembros del grupo deben amarse y, al mismo tiempo, el lugar donde hay que prohibir todas las relaciones sexuales, salvo una. La cuestión del incesto se planteaba por lo tanto con una acuidad totalmente nueva. Por otra parte, también es porque más allá de las estrechas preocupaciones del siglo pasado, la prohibición del incesto rápidamente fue reconocida como una de las muy raras características comunes de la humanidad entera; toda sociedad declara que algunos de sus miembros, que pueden variar según los grupos, jamás

deben tener relaciones sexuales entre ellos. Para Claude Lévy Strauss[281] (como para otros antes que él y casi todos los antropólogos a continuación) esta regla elemental del control social, del matrimonio y de la sexualidad constituye una de las piedras angulares de toda sociedad humana y un jalón fundamental en su evolución: mediante la prohibición del incesto que proscribe el casamiento entre próximos, se obliga a la creación de lazos y de uniones durables con otros, y apoyándose en estos intercambios recíprocos es posible construir cualquier mundo. Para Lévy Strauss, es por medio de la prohibición del incesto que el ser humano deja el orden biológico para erguirse hasta el rango de verdadero creador de sociedad.

El razonamiento es irrefutable, pero al mismo tiempo incompleto; al menos en un sentido, el que nos interesa. El incesto no pertenece al nivel más elemental y la primera regla no puede ser todavía enunciar su prohibición. Pues el verdadero átomo de parentesco, es decir el acto primero consiste en prohibir la masturbación. Antes de preocuparse por las relaciones en el seno del grupo social, antes que nada hay que saber si el individuo tendrá realmente ganas de tener una relación con otro. Para Lévy Strauss no hay cuestión previa: ¡a los hombres les gustan las mujeres! (Incluso agregará que a los hombres les gustan profundamente varias mujeres, y que en todas partes, como lo dice la canción, los animales faltan y las mujeres son escasas, puesto que lamentablemente a menudo pueden ser abundantes sin ser igualmente deseables.)[282]

El modelo no admite que pueda ser preferible masturbarse, y que antes que prohibir el incesto habría sido necesario también enseñar que la masturbación es una práctica socialmente inadmisible. Nadie habla de ello, simplemente porque resulta la evidencia misma: la sociedad masturbatoria se extinguiría rápidamente. Sin embargo, es la regla que las sociedades siempre se tomaron el trabajo de imponer de mil maneras distintas, por medio de la tolerancia o por la violencia, con estilos y medidas que, en todos los casos, reflejan las actitudes posibles y todas las definiciones conocidas de la sexualidad humana. Pero el mensaje sigue siendo inmutable: la masturbación es una práctica condenable porque es normal y, por lo tanto, "natural" e inscripta en el orden invariable de las cosas o que el ser humano desea y busca una unión sexual con otro. La sociedad depende de ello, ha hecho incluso de ello un instinto.

Génesis de una anomalía

Existe sin embargo una gloriosa excepción a esta condena unánime a la masturbación. Para llegar a ella hay que volver brevemente a la historia.

Al principio de la Edad Media, la masturbación parece haber sido considerada por los

confesores como una falta muy secundaria:

El pecado confesado más a menudo, el de la emisión de esperma, no era sancionado más que con siete días de ayuno si era involuntario; 20 días, si era provocado manualmente. Un monje que se masturbara en una iglesia ni siquiera era castigado más que con 30 días de ayuno y un arzobispo con 50. Esta indulgencia provenía del hecho de que se trataba de un acto solitario.[283]

Mientras que todos los demás actos sexuales entre parejas que iban contra la procreación (sin necesidad de enumerar todo lo que no es penetración y eyaculación en el interior de la vagina) constituían crímenes castigados mucho más severamente con varios años de penitencia. Parecería que la masturbación fue durante mucho tiempo una falta relativamente benigna. Según Flandrin,[284] es a través de los renacimientos teológicos de la Edad Media que la masturbación se convertirá en una falta más seria. Los teólogos la ubicarán entre los crímenes contra la naturaleza, pero no es sino mucho más tarde, entre el siglo XIV y el XVI, que los confesores adoptarán en lo que a ella respecta, progresivamente y casi a contrapelo, la severidad que exigía la nueva moral.

En doscientos años los siglos XVII y XVIII iban a modificar radicalmente esta actitud, y de insignificante la masturbación se iba a convertir en una verdadera obsesión. Deben encontrarse sus causas antes que nada en la aparición de estas nuevas instituciones, los colegios de educación, que tenían por doble efecto prolongar la adolescencia y separar los sexos. A partir de entonces, se empieza a creer y a contar que la masturbación es allí una práctica habitual, resulta divertido y a la vez preocupante ver a jóvenes que se vuelven incapaces de encontrar satisfacción de otro modo y de una manera que parecería más normal.[285]

Progresivamente, las cosas se deterioran: la masturbación molesta cada vez más y se vuelve un crimen realmente serio. En el momento en que se prepara la Revolución Francesa, cuando Dios agoniza y la religión debe ser reemplazada por la ciencia, el momento en que el nuevo orden social ya está en construcción, el discurso oficial sobre la masturbación cambia de tono y se vuelve implacable. Lo que era un pecado se convierte en enfermedad.

Una impresionante lista de autores, en la mayoría médicos antes que moralistas, desde el famoso Tissot en 1760 hasta la Segunda Guerra Mundial, vendrán a decir y volver a decir las múltiples fechorías de la masturbación.[286] La célebre obra de Tissot, *El Onanismo, disertación sobre las enfermedades producidas por la masturbación,* expone las razones científicas para prohibir el derroche de esperma, las cuales corresponden esencialmente a lo que dicen también los indios mehinakus: no hay que debilitar el organismo y se evitará volverlo vulnerable a los agentes patógenos. Se estaba asistiendo al nacimiento del espíritu científico y Tissot evalúa con mucho rigor que la pérdida de una onza de esperma debilita tanto como la pérdida de 40 onzas de sangre. En los Estados Unidos, el reverendo John Todd hacía campaña contra la masturbación, pregonando que debilitaba a los hombres al punto de feminizarlos y que corría el peligro por lo tanto de hacer disminuir su fuerza de carácter, por

el hecho mismo de comprometer la conquista de un continente.[287] En Europa, el médico Rozier, autor de *Costumbres secretas o enfermedades producidas por el onanismo en las mujeres* (1825) habla de palidez, de ahogos y de debilidad, de delgadez y de haraganería, de hormigueos que descienden a lo largo de la espina dorsal, de estupidez y de embrutecimiento, de envejecimiento y de parálisis. El padre Debreyne, en su *Ensayo sobre la teología moral considerada según sus relaciones con la fisiología y la medicina* (1842), menciona los vértigos y los calambres, el embotamiento y los dolores de cabeza, las convulsiones y la epilepsia. El doctor Bouglé, autor de *Los vicios del pueblo* (1888), hace alusión a los rasgos marchitos y a las miradas apagadas de las personas que él describe como cadáveres o espectros salidos de sus tumbas.

Los tratamientos médicos corresponden a la gravedad de la enfermedad. En un artículo que rápidamente se hizo famoso y seguidamente fue preservado como un objeto de curiosidad perversa,[288] el Dr. Demetrius Zambaco cuenta la progresión de sus técnicas de intervención en dos jóvenes mujeres. Al principio, la palabra, la suavidad y la piedad religiosa, luego las amonestaciones y las amenazas, luego los medicamentos, las duchas y los baños, seguidos por las correas y "el cinturón de moralización" (vendaje pubiano), luego la camisa de fuerza, el látigo y las descargas eléctricas. Finalmente el Dr. Zambaco encontró al Dr. Jules Guérin en un congreso médico internacional que se realizó en Londres y, según cuenta, "este eminente colega" le confió la clave de sus propios éxitos en la materia: basta con quemar el clítoris con fuego al rojo vivo. Zambaco adopta la técnica y comprueba su eficacia, puesto que, según el mismo dice de nuevo, la cauterización suprime la sensibilidad del clítoris y al convertirse en el lugar de una intensa inflamación, toda la región vulvar deja de ser un lugar de placer. A todo ello, le agrega el indudable hecho de que "el terror experimentado a la vista del suplicio y la influencia que el hierro al rojo vivo ejerce en la imaginación de los niños también deben ser contados entre las acciones benéficas de la cauterización transcurrente".[289]

El nombre de Zambaco ha quedado, pero parecería que la brutalidad de los tratamientos era típica de la época. El padre Lallemand,[290] autor de una suma probablemente única en toda la historia de la medicina, un tratado de tres volúmenes y 1784 páginas sobre "las pérdidas seminales involuntarias", llega a la conclusión de que luego de haber intentado "comer cosas muy frías" y después de las aplicaciones de hielo en el cuerpo, en última instancia hay que cauterizar "la porción prostática del canal de la uretra mediante nitrato de plata". Por lo tanto, el tratamiento no es sexista, ante todo es un ataque contra la sexualidad de los jóvenes y contra el placer solitario:

Los medios más bárbaros son utilizados contra los adolescentes rebeldes a partir de principios del siglo XIX: los brazos de los jóvenes son atados detrás de la espalda durante la noche con el objeto de que no puedan tocarse los órganos genitales. A los muchachos se les inflige quemaduras de ganglios e infibulaciones: anillos que atraviesan el prepucio de parte en parte impidiendo dolorosamente toda erección. Para las chicas, se efectúan quemaduras de clítoris o clitoridectomías e incluso se llega a coser los labios de la vulva. Estas prácticas existen todavía para las chicas en algunas sociedades, pero nuestra burguesía occidental, que

tiene memoria corta, las denuncia en la actualidad como signo de barbarie.[291]

Parece razonable que esta cuestión se haya vuelto particularmente apremiante en el curso de este período que reprimió más que nunca la sexualidad infantil y que le quitó al cuerpo mucho de su valor de espectáculo, de lo que dan cuenta admirablemente las transformaciones del vestido entre 1850 y 1950. Mientras el cuerpo quedaba confinado al ámbito privado e incluso al mayor secreto, al hacer del hombre nuevo un ser púdico y casto y al valorizar sólo la sexualidad eficaz y reproductora, es muy probable que al mismo tiempo se haya alentado fuertemente la masturbación.

En resumidas cuentas, la furia antimasturbatoria era el resultado de la poderosa unión de dos corrientes ideológicas. Por un lado, la reacción burguesa contra la gratuidad y lo superfluo. Por el otro, la noción universal y mucho más rica que logra atravesar todas las revoluciones y que afirma que la masturbación puede ser comprendida como una de las más peligrosas práctica para el cuerpo social. El pequeño libro del Dr. Georges Surbled, *El vicio conyugal* (que en 1925 ya estaba en su cuarta edición)[292] explica largamente que no hay que limitar el onanismo a la sola masturbación, pues todo lo que desvía la simiente de su objetivo constituye un crimen, todo lo que se opone a la generación está prohibido y que es imperioso proscribir todo lo que busca "satisfacer la pasión en detrimento del deber". Pero no se trata aquí sólo de placer sensual o superfluo. El autor habla también de demografía y de riesgos de natalidad. En una Europa que se crea, se transforma y muy a menudo sus partes se destrozan entre sí, la cuestión se vuelve un problema patriótico. Surbled retoma el aforismo de Proudhon, según el cual "los maltusianos defienden la moralidad del onanismo" y por esa razón todo lo que sirve de límite a los nacimientos. A través de las numerosas llamadas de las grandes virtudes de la castidad cristiana, Surbled no esconde que su primera preocupación sigue siendo el futuro de Francia, amenazada por el decrecimiento de su población; anuncia ante todo "en plazo breve la decadencia, la ruina", para luego agregar (sin llegar, sin embargo, a explicitarlo) que la amenaza final vendrá de otro lugar: "en cuanto los pueblos paganos y salvajes, si tienen muchos vicios no tienen sin embargo el que nosotros condenamos" pues su número aumenta.

En resumidas cuentas, Surbled condena el "vicio conyugal" por las mismas razones que los navajos encuentran absurda la masturbación y que Yahveh hizo morir a Onán. La masturbación significa un riesgo demasiado grande que podría trabar la reproducción, y una sociedad no puede tolerar la negación de la natalidad sin correr peligro. Luego, siempre es cómodo imaginar a algunos inquietantes bárbaros que acechan en la frontera de nuestra decadencia. Incluso las naciones que no tendrían nada que temer acerca de esta cuestión deben, sin embargo, preocuparse por la masturbación y a veces en nombre del fervor revolucionario: el diario *Le Monde* señalaba que, en China, en un despacho del 9 de julio de 1975 se afirma que "el estudio profundo de las obras de Marx, Lenin y Mao Tse Tung debe permitir prevenir las tendencias al onanismo".[293]

Bastaron cuarenta años para modificar profundamente esta visión sin embargo muy antigua. Desde las primerísimas investigaciones clínicas de Kinsey, la sexología moderna se esforzó por hacer comprender que sí, efectivamente, la masturbación existe, que ella está

incluso muy extendida, que no causa acné ni *delirium tremens* y que su principal efecto negativo viene de la culpabilidad que muy a menudo la acompaña. La sexología luchaba contra la predicación de todos los discípulos de Tissot y contra los sentimientos de tormento y de culpa alimentados por una cultura que decreta que los masturbadores se parecen a vírgenes y que los placeres ofrecidos por el clítoris son más infantiles que los ofrecidos por la vagina. No obstante, la sexología en sus principios sostenía que la masturbación era una prueba de una cierta inmadurez sexual, que ella podía engendrar frustración y perjudicar la plena gratificación emotiva y, a fin de cuentas, si se volvía obsesiva, podía incluso impedir relaciones más normales por causar impotencia y frigidez. Por lo tanto, incluso si ya no era considerado un crimen horrible y si la sociedad debía adoptar una actitud más liberal a su respecto, la masturbación seguía siendo de todos modos marginal e inferior.[294] Pero en la medida en que ella formaba parte de una vida sexual variada y muy completa, aparecía como aceptable, y la sexología no veía razón alguna para preocuparse por ella.

Luego se produjo un deslizamiento todavía más radical, y la sexología (norteamericana sobre todo) se puso a cantar los elogios de la masturbación. Como introducción a una obra publicada en 1979, completamente seria y consagrada en su totalidad al tema,[295] el sexólogo y terapeuta Albert Ellis traza la lista de cincuenta principales ventajas de la masturbación, las cuales van desde la de ser la experiencia del más puro y menos distraído placer, hasta la flexibilidad del horario y la frecuencia, pasando por la reducción del stress y una mejoría del sueño, la disminución de los riesgos de infección y finalmente el hecho de que se trata de una costumbre bastante poco dispendiosa. Más adelante en el mismo texto, el capítulo redactado por Morton Hunt resume la reciente evolución de las mentalidades, que hacen de la masturbación una actividad sexual aceptada por una mayoría creciente y practicada por un número de hombres, pero sobre todo de mujeres, que se ha extendido mucho en los últimos treinta años. El deslizamiento es progresivo y la masturbación, de ser considerada como una práctica marginal pero tolerable, se transforma en la experiencia sexual por excelencia. Se convierte en el mejor medio y el objetivo buscado.

El autoerotismo puede incluso tomar un lugar privilegiado a los ojos de terapeutas de las más variadas opiniones. ¿Acaso no se ven florecer actualmente en los Estados Unidos grupos o cursos de masturbación colectiva? Después del orgasmo obligatorio, la masturbación se vuelve indispensable para estar en la normalidad.[296]

Es posible preguntarse si la masturbación no va a ser vivida e interpretada cada vez más como el zócalo, la infraestructura de toda la actividad sexual, en la medida en que ésta tiene del mismo modo más posibilidades de ser "satisfactoria" cuanto más sólido es su zócalo. Diferentes investigaciones de la sexualidad ponen en todo caso en evidencia un refuerzo generalizado de este umbral (impactante sobre todo en lo que concierne a las mujeres, puesto que los hombres en este ámbito "tornaron la delantera"). Semejante evolución en efecto, no contradice el estilo de una civilización del *self service*. [297]

En la misma época, aparecen en los Estados Unidos los primeros informes de Shere Hite sobre la sexualidad femenina y masculina, que rápidamente se convirtieron en grandes

éxitos de edición, y que concluían afirmando que tanto para las mujeres como para los hombres la masturbación representa actualmente la actividad sexual más satisfactoria. Otros grandes éxitos de librería, los libros de Nancy Friday (My *Secret Garden, Men in Love,* etc.) ofrecían una colección de diversos fantasmas para acompañar y ayudar en sus actividades solitarias tanto a uno como al otro sexo. Que estas autoras sean dignas de confianza o no, no tiene aquí ninguna importancia. Lo que es mucho más significativo es su éxito popular, que marca el nacimiento de una nueva mentalidad si, tal como se dice, es verdad que las personas sólo escuchan y sobre todo sólo compran los discursos que le vienen bien y que dicen exactamente lo que querían escuchar. Y en la misma época, el muy popular Woody Allen afirmaba que masturbarse era hacer el amor con alguien que realmente uno quiere.

Como lo demuestra André Béjin,[298] en gran parte es a los trabajos de la célebre clínica de William Masters y Virginia Johnson que debemos la formulación de esta nueva teoría de la sexualidad. William Masters afirmaba que "un instante de reflexión alcanza para ver claramente que el orgasmo, tanto del macho como el de la hembra, es un asunto totalmente egocéntrico" y que toda relación sexual es en realidad "una manera en que uno se da para obtener algo *en cambio* de su *partenaire*".[299] El orgasmo es un acto egoísta porque es innato. No puede, por lo tanto, venir de un *partenaire,* cuyo rol se limita a favorecerlo y a volverlo fácil, agradable y frecuente. El *partenaire* se vuelve así un catalizador, y el mejor será quien permita la más completa expresión de sí. Y dado que sólo tiene ese rol de catalizador, el *partenaire* no puede ser culpado, porque nunca es el principal responsable de lo que pasa. Pero debería poder ser más fácil cambiar y volverse también mucho más tolerante frente a las más variadas encarnaciones de la sexualidad (homosexualidad, bestialidad, fetichismo, y todo lo demás), puesto que el ser humano sólo está buscando siempre una sola y misma expresión completa y entera de su potencial sexual; por lo tanto, ya no quedan diferencias fundamentales entre la homo y la heterosexualidad, entre todos los catalizadores posibles. Llegado ese punto, dice de nuevo Béjin, la masturbación se vuelve canónica y el acto sexual ya no es más que la conjunción de dos actos egoístas y de dos placeres solitarios. La sola verdad profunda es la autosexualidad, y todo lo demás se vuelve accesorio:

Sea cual fuere el acto sexual al que usted se entrega, se trata fundamentalmente de una relación con usted mismo; busca concentrarse en lo que a usted lo excita, en sus sensaciones. Como lo señalaba acertadamente el Dr. Lonnie Meyer, ello se revela particularmente exacto cuando el orgasmo se aproxima. Al principio su atención está dirigida hacia su partenaire y es sobre todo en ella que usted piensa. Pero a medida que usted sube hacia el orgasmo, sus propias sensaciones toman la delantera, usted pierde temporariamente la verdadera intimidad con su partenaire y usted ya no podría verdaderamente alcanzar el goce si no estuviera casi exclusivamente acaparado por sus propias sensaciones, por lo menos en los últimos momentos que preceden al orgasmo. En esta perspectiva, el sexo con una partenaire no difiere de manera significativa de la masturbación; los que pretenden lo contrario se equivocan.[300]

La teoría evidentemente no se limita a las técnicas del acto sexual. Los psicólogos

Susan e Irvin Sarnoff[301] consideran a la masturbación como una vía ejemplar que lleva a la comprensión y a la aceptación de sí. Betty Dodson habla de la masturbación como de una técnica de "mediación" sobre el amor de sí mismo, y como de un medio para combatir la falta de confianza y el autodesprecio, el desprecio de sí:

Le sugiero que viva una intensa historia de amor con usted mismo… Mírese en el espejo y dígase en voz alta: "te amo". Repítalo varias veces. Sonría. Diga: "te amo" haciendo seguir esta declaración con su propio nombre. (…) Se trata de un ejercicio que apunta a enseñarle a amar. Sólo es posible dar o recibir amor si se lo experimenta hacia sí mismo y que uno se siente bien, de lo contrario, es imposible deshacerse de las necesidades negativas generadas por el odio contra sí. (…) Elija un espejo al que no necesite sostener, con el objeto de tener las dos manos libres. Busque una posición cómoda y una buena iluminación. Mire sus órganos genitales. Con aceite masajéelos amorosamente. Separe los labios, mire al interior, exponga su clítoris, acarícielo suavemente, pasee sus dedos por todas partes. Explore sus órganos genitales con el mismo interés que usted siempre ha manifestado por examinar su rostro. Aprenda a conocer su forma, su olor, su gusto. Ellos constituyen unas de las partes más bellas de su cuerpo. Salude la fuente de su placer.[302]

Probablemente, masturbándose desnudo/a frente a su espejo uno casi no se preocupe por nada, y ya no se piense ni siquiera en el futuro de la nación o en la decadencia de Francia.

Lo cual resumiría una transformación que nos ha hecho pasar de una condena feroz de la masturbación en nombre del interés superior de la comunidad, a su defensa vigorosa en nombre de los derechos del individuo. Esta nueva actitud no podía sino facilitar la emergencia de la pornografía, pero debemos señalar que aún no hemos llegado al fin de la historia.

La reserva

Para numerosos comentadores estos juicios muy contrastados sobre la masturbación ilustran una tendencia general y muestran bien el radical viraje que nuestra sociedad ha iniciado en todos los ámbitos que tocan de cerca o de lejos a la sexualidad. Es un episodio entre muchos otros de la conversión de una sociedad en otro tiempo apremiante, basada en la intolerancia y en una amplia ignorancia, en una apertura de espíritu más moderno, una mejor información, actitudes más libertarias y prácticas sexuales más numerosas y más satisfactorias. Si para algunos el mundo occidental da la impresión de querer de algún modo saltar de un extremo al otro, la mayoría de los comentadores piensan que las actitudes sociales con respecto a la sexualidad pertenecen a un continuo que va de la restricción severa al más bello desenfreno. Los ejemplos más flagrantes de esta manera de concebir el abanico de posibilidades son tomadas, por un lado, de los pueblos de pescadores irlandeses católicos en

los que el coito sólo es posible entre personas casadas y no dura sino un instante, donde la ignorancia de los hechos de la sexualidad es a menudo sorprendente y donde el malestar hace que las personas dejen agravarse sus enfermedades por temor a tener que desvestirse frente a la enfermera; y, opuestamente, en los pueblos de pescadores polinesios en los que la iniciación de los jóvenes está en manos de una mujer de experiencia que apunta a hacerles comprender cómo multiplicar los orgasmos de sus futuras amantes y en que los adolescentes hacen el amor sólo tocándose sus órganos sexuales y negándose a besarse, bajo pretexto de que, después de todo, "apenas nos conocemos".[303] El contraste es impactante, los modelos culturales parecen opuestos, e interminables discusiones pueden iniciarse sobre los méritos relativos de cada actitud y sobre el hecho de que tanto uno como el otro modelo son capaces de impresionar y de ser declarados obscenos.

No obstante, estos modos de concebir la sexualidad, las dos actitudes, antigua y nueva, para tratar la masturbación tienen en común tener por asumido y afirmar a menudo muy alto que el sexo es importante y primordial. Sea porque es el lugar privilegiado del pecado y de la perdición, el imperio del maligno que sabe cuan débil es la carne, sea porque representa lo esencial, el instinto poderoso, el zócalo de la identidad y el lugar de los más profundos goces. El verdadero escándalo para la mayoría de las personas comprometidas en este debate sería creer que el sexo no es muy importante, que su papel está exagerado y que sería posible prescindir de él. De pronto habría que despreciar al menos la mitad de la tradición artística occidental y un aspecto considerable de la psicología moderna, sin contar a toda la industria del sexo.

Si se adopta una posición semejante, se llegaría a creer que lo que caracteriza a nuestra sociedad no es tanto el movimiento pendular entre conservadorismo y liberalismo sino más bien su preocupación por el sexo, que es tan profundamente judaica como cristiana. Los Dani de Nueva Guinea están muy lejos de compartir esta preocupación.[304] Respetando diversos frenos culturales vinculados con el matrimonio, el embarazo y el parto, los Dani se imponen períodos de abstinencia sexual que pueden durar entre cuatro y seis años. Pero sobre todo, lo que ha sorprendido a muchos, ha sido saber que estas personas no disponen de otros derivatorios sexuales y no reflejan ni frustración ni tensión particulares. Como si los Dani no tuvieran que subrayar o sublimar las mismas necesidades. O, más bien, como si el nivel de energía sexual no fuera necesariamente innato y universal, sino más bien el resultado de un aprendizaje cultural. La idea parece chocante y la primera reacción de numerosas personas ha sido dudar del informe del etnógrafo. Sin embargo, la proposición es totalmente lógica e incluso era previsible que apareciera también en Occidente.

Las primeras denuncias de la importancia aparentemente excesiva otorgada a la sexualidad tomaron en los Estados Unidos la forma (algunos dirán infaltablemente) de manuales destinados a enseñar cómo tener éxito en su vida sin el sexo. En Gran Bretaña mucho se ha discutido acerca de la constitución de uniones matrimoniales durables, pero que excluyen toda relación sexual.[305] En Francia toda la corriente está resumida en el libro de Yan de Kerorguen, *El placer casto*[306] que describe el fin del sexo libre, el fin de la fiesta, el nuevo celibato y la liberación de una castidad durante demasiado tiempo reprimida, la

sexualidad llamada "de onda" (y "anglófila") del "*no sex*", y el descubrimiento "apoyado con estadísticas" de la amplitud de la progresión de la falta de apetito sexual que afectaría ahora al 40 por 100 de las mujeres y al 28 por 100 de los hombres. En los Estados Unidos la célebre cronista Anne Landers pretende que entre sus 70 millones de lectores habituales, el 72 por 100 de las mujeres dice que ellas prescindirían de buen grado del acto sexual.[307] No se trata de un retorno a la repugnancia del sexo ostentada por San Agustín o San Pablo, sino de una indiferencia de buen tono, de unas ganas muy posmodernas de la era del vacío.

Volvamos a lo esencial. Después de todo resulta bastante poco importante que Occidente haya explorado recientemente a menudo en la mayor confusión algunas variantes ideológicas de los principales modelos de la sexualidad conocidos ya en otros lugares. Importa poco que más allá del binomio de la represión y de la liberación, de golpe hayamos descubierto que la sexualidad podía también ser reducida y minimizada. Todo ello los Dani lo sabían desde hacía mucho tiempo. La diferencia y la novedad vienen del hecho de que esas exploraciones recientes aparecen cada vez menos vinculadas con lo social. La represión sexual irlandesa, el libertinaje polinesio y la indiferencia de los Dani pertenecen a un sistema social en cada caso coherente y unificado, que hace sentir claramente que más allá de los deseos y de las opiniones individuales, hay una sociedad coercitiva que garantiza así su propia supervivencia. Es la cultura la que alienta e impone la frustración, el libertinaje o la abstinencia. Mientras que aquí la óptica se ha vuelto anárquica y el discurso que invade declara que hay que destruir antes a la sociedad:

No podremos amar a otro ser más que a condición de amarnos totalmente a nosotros mismos, al punto de masturbarnos verdaderamente, es decir hasta el orgasmo. Hay que haberse masturbado por lo menos una vez en el goce… Iremos hacia los demás cuando estemos realmente listos.[308]

Es apropiado que esta cita de D. Cooper hay a sido extraída de un libro que tiene por título *Muerte de la familia*. La proposición de Cooper nos lleva a la verdadera edad del átomo de la sociabilidad, más acá del tabú y del incesto y antes incluso de la institución del intercambio recíproco, en un estado que sería de algún modo anterior al contrato social. En la promesa de un estado de gracia todavía desconocido, en el cual el individuo podría finalmente haberse sacado de encima las coerciones sociales que siempre lo han oprimido y que a menudo lo condujeron a la alienación. Por primera vez en la historia, una libertad semejante se vuelve concebible y es posible hacerse de un objetivo personal o elegirlo como programa político.

Sin embargo, el sueño no era realizable sino bajo dos condiciones. Primeramente, había que ser capaz de disociar la sexualidad de la fecundidad, lo que sin duda ya había sido intentado en otras partes pero jamás de manera tan radical. Había que poder hacer el amor sin temer al embarazo y poder hablar del sexo durante horas sin hacer la menor mención a la reproducción. Lo que deja suponer que la sociedad acepta su agonía y su extinción, o que inventa otros medios para garantizar su supervivencia por medio de alguna nueva técnica de reproducción o modificando sus políticas de inmigración. Segunda condición esencial, alcanzar esta libertad individual exigiría además ser capaz finalmente de disociarse de los

otros. Poder liberarse de todos esos otros, que imponen y exigen siempre muchos compromisos y concesiones y hacia los cuales, para retomar los términos de Cooper, todavía no estamos listos para ir y que, de todas maneras, no sirven más que como catalizadores.

De todos los efectos buscados y sospechosos de la pornografía, el más inmediato y el más evidente sigue siendo probablemente el que provoca las más pesadas consecuencias. La pornografía libera al imaginario y hace descubrir la riqueza de la autosexualidad:

Placer del solitario, gesto de soledad que hace que seas suficiente para ti mismo, poseyendo a los demás íntimamente para que sirvan a tu placer sin que lo sepan, placer que otorga, incluso cuando vigilas, ese aire de indiferencia suprema a tus menores gestos con respecto a todos, y también ese aspecto torpe, de manera que, si un día te acuestas en tu cama con un muchacho, crees haberte golpeado la frente con una baldosa de granito.[309]

Albert Ellis[310] justamente pasaba al lado de la cuestión más importante, afirmando que era tan ridículo creer en la masturbación asocial como pensar que el cine es más sano que la televisión, o decir que los que leen en una habitación son socialmente menos sanos que los lectores que frecuentan las bibliotecas. Pues si la mayoría de las veces es imposible diferenciar lo que es más o menos sano, sin embargo hay que reconocer que estamos frente a un tipo nuevo de sociedad tan radicalmente diferente de todas las demás que a veces se vuelve difícilmente comparable. Una sociedad que ya no está preocupada por las condiciones primarias de la producción y de la reproducción y que, por lo tanto, puede permitirse alentar la masturbación porque pretende haber conseguido escapar a las groseras coerciones que oprimían a la sociedad antigua, reivindicación que da a todo lo que precede a 1960 un aspecto de prehistoria.

En realidad, la sexualidad humana probablemente no ha cambiado mucho. Es más bien su vínculo con la reproducción de la especie lo que se fue modificando progresivamente y es sobre todo la naturaleza misma del contrato social lo que parece haber sido transformado. Puesto que la sexualidad que se enseña debe estar lo máximo posible ajustada a las coerciones y a las obligaciones sociales, una sociedad que llega a promover la masturbación como práctica sexual ideal cree haber vencido las coerciones que habían inquietado desde siempre a nuestros ancestros. Y aparentemente hay buenas razones para pensar que en un sentido esta sociedad tiene total razón, pero que al mismo tiempo se está dirigiendo hacia una terrible desilusión.

CAPÍTULO 9

EL JAGUAR Y EL OSO HORMIGUERO

(Consejos a los inversores)

El hombre, se sabe, tiende hacia lo absoluto. Hacia la plenitud. Hacia la verdad, hacia Dios, hacia la madurez total… alcanzarlo todo, realizarse enteramente, tal es su imperativo.Ahora bien, en la pornografía se manifiesta, según me parece, otro objetivo del hombre, más secreto sin duda y de algún modo ilegal: su necesidad de No-acabado… de la Imperfección… de la Inferioridad… de la Juventud…*Witold Gombrowicz. La pornografía*

La elección

Cuando ocurre un nacimiento entre los indios sherente del Brasil central, la madre conserva muy preciosamente el cordón umbilical con el objeto de garantizar que, cuatro o cinco años más tarde, el niño pueda ir por sí solo a depositarlo en un nido de termitas. Se trata de un pequeño ritual antiguo, de carácter privado y muy anodino, pero que toca tal vez al grado cero de la pornografía. Porque, si bien ese vínculo entre el cordón umbilical y las termitas no tiene para nosotros ningún sentido, los sherente a través de él expresan muy claramente su respuesta a algunas preguntas esenciales sobre las relaciones entre la vida y la muerte, y porque esta respuesta indica correctamente lo que en el fondo constituye la verdadera apuesta de la pornografía. Para convencerse de ello no es necesario estudiar el conjunto de la cultura sherente, basta con retomar algunas páginas del etnógrafo C. Nimuendaju y resumir el análisis que hizo de él T. Portante, quien se inspiró en los trabajos de Lévi-Strauss.[311]

Los sherente ocasionalmente tienen una gran ceremonia llamada *padié,* que presenta a algunos personajes disfrazados de osos hormigueros y a otros de jaguares. Al principio de la ceremonia, los osos hormigueros son introducidos en el pueblo entre una doble fila de celebrantes, quienes se juntan a los primeros para cantar durante toda la noche. Un poco más tarde, los participantes disfrazados de jaguares y armados con cachiporras salen a su vez de la

selva, pero sin franquear los límites del pueblo: se mantienen separados, al margen de la ceremonia e intentan sin descanso atrapar a algunas jóvenes. Al día siguiente, después de una noche entera de cantos rituales en la plaza central, y mientras que los jaguares crean el mayor desorden en los límites del pueblo, los osos hormigueros se retiran a la selva, donde entonces son simbólicamente matados por los celebrantes. Finalmente, la ceremonia termina cuando todos se unen a los jaguares en una mutua y desordenada persecución.

Para encontrar un sentido a esta ceremonia antes que nada hay que saber que esos animales son dos cazadores peligrosos, incluso temibles, porque ambos están dotados de una gran fuerza. Pero en cuanto a lo demás, sería difícil imaginar un contraste mayor que el que los opone uno al otro. El jaguar es el carnicero por excelencia. Muy a gusto en el suelo, pero también buen nadador, es capaz de trepar a los árboles, ve todo, incluso durante la noche; puede rugir o permanecer silencioso; puede emboscarse durante horas para esperar a su presa o lanzarse a su persecución a toda máquina. Es ágil y poderoso; en una palabra, es sin lugar a dudas el cazador por excelencia. En cuanto al oso hormiguero, es del orden de los desdentados; la fuerza considerable de sus patas anteriores tanto como la longitud impresionante de sus garras no sirven sino para desalojar a los animales más pequeños: larvas, hormigas, termitas. En contraste, por lo tanto, es el cazador mínimo. Al margen de esto, la reputación de cada animal se extiende muy naturalmente a sus costumbres alimenticias: el oso hormiguero, según se cuenta, come muy poco, pues casi nada lo alimenta y posee una extraordinaria capacidad para subsistir durante mucho tiempo sin comida; por el contrario, el jaguar es un gran comedor, que aprecia tanto la cantidad como la variedad, y que jamás le gusta estar durante mucho tiempo con hambre.

El contraste por otra parte se refiere a algunas características que hacen del oso hormiguero un animal a la vez notable y único. Antes que nada, su largo hocico se termina con un agujero modesto que no es realmente una boca, y su ano, por otra parte, está disimulado por unos labios que lo esconden completamente; así, a menudo se habla del animal como de un "tapado", en el sentido de que nada entra y nada sale de allí. Por lo demás, en el macho los labios que cubren el ano también disimulan el pene, minúsculo y situado justo al lado, y los testículos se encuentran en el interior de la cavidad abdominal y, por lo tanto, son invisibles. De suerte que, sin otras marcas, es prácticamente imposible determinar el sexo del animal, a menos que se efectúe un examen minucioso. Finalmente, estos órganos minúsculos parecen desproporcionados con respecto al tamaño del animal. Así, numerosos habitantes de las tierras bajas de América del Sur concluyeron que se trataba de un ser asexuado. Por el contrario, el jaguar, gran cazador y buen comedor, es también famoso por sus apetitos sexuales, que en numerosas oportunidades han sido relatados en los mitos, donde a menudo aparece en la persecución del sexo, de lo que da cuenta, por otra parte, su comportamiento durante la ceremonia del *padié*.

El oso hormiguero es un animal bastante raro y al que generalmente se lo ve solo, de donde surge su reputación de animal solitario. Se pretende que no sólo vive sin la compañía de otros osos hormigueros, sino que incluso no se mezcla con los demás animales, a tal punto que los indios tobas, al encontrar excrementos de oso hormiguero durante una cacería, cambiaron inmediatamente de dirección convencidos de no poder hallar allí a otro animal.

[312] Por otra parte el cuerpo del animal está cubierto de pelos negros con una banda dorsal grisácea que aparece con el nacimiento. Este color gris agregado a la ausencia de dientes hace del oso hormiguero un símbolo de vejez, y numerosos mitos cuentan incidentes en los que ancianos se convierten en osos hormigueros. Incluso la zoología moderna no parece todavía capaz de evaluar un promedio de la duración de vida del oso hormiguero, de donde surge la creencia, bastante extendida en América del Sur, según la cual ese animal sería inmortal, lo que probaría igualmente el hecho de que se nutre de lo que es considerado como la putrefacción (termitas, larvas, hormigas) o, como decían los primeros exploradores europeos, que de su cocción surge un olor infecto, y que su carne es extremadamente dura y fibrosa.

A fin de cuentas, el oso hormiguero es un ser asocial que no tiene ninguna vida sexual y que se nutre de los más pequeños bichos.

Sin entrar en el detalle del análisis de T. Portante, puede resumirse su primera conclusión diciendo que los sherente, en el curso de la ceremonia del *padié,* definen antes que nada dos modelos de vida, entre los cuales eligen luego, declarando muy abiertamente querer vivir como jaguares. Este animal, en efecto, se nos parece mucho en la medida en que constituye un ideal de vida activa y productiva: a todo cazador le gustaría ser tan hábil como él, se pretende que toda mujer lo querría por esposo y que todo chamán sólo conseguirá llevar a cabo sus milagros si antes es capaz de transformarse en jaguar. El oso hormiguero, por el contrario, se parece a los ancestros y a los ancianos. Ofrece la imagen de una pequeña vida tranquila, en la que sólo siente apetito por algunas hormigas, una vida poco exigente en la que no pide nada a los demás y no querría hacer mal a nadie.

Hay sin embargo otra paradoja: y es que el oso hormiguero es también un animal feroz. Desde luego, es de apariencia frágil y se desplaza en zig zag, lo que facilita mucho la tarea de quien lo persigue, e incluso se pretende que es posible matarlo con un palo de un solo golpe en el hocico. Pero al mismo tiempo la fuerza del oso hormiguero es considerable. Para él es un medio de defensa particularmente eficaz. Cuentan que cuando está asustado este animal, más bien torpe y poco impresionante, es capaz de levantarse sobre sus patas traseras y hacer añicos un cráneo humano con un solo golpe de sus garras. La zoología moderna y todos los cazadores recomiendan aproximarse a él con la mayor de las prudencias, pues un golpe de su pata puede desgarrar los troncos de los árboles y los nidos de termitas. En una palabra, este tan apacible e inofensivo oso hormiguero no obstante sigue siendo para todos los animales de la selva tropical un temible enemigo.

Incluso el más grande entre los cazadores deberá tener cuidado. Sobre una vasta parte de las tierras bajas de América del Sur, diversas poblaciones han inventado relatos y mitos que cuentan el combate entre el jaguar y el oso hormiguero. Algunas veces, el segundo sólo logra hacerle una broma al primero y ridiculizarlo; en otros casos, el enfrentamiento es mortal. Pero siempre el oso hormiguero sale vencedor. La más espectacular ilustración de este hecho se encuentra inscrita en el cielo: según la astronomía de los indios tukunas,[313] dos partes de la vía láctea representan el combate que mantienen estos dos animales. Poco después de la caída del sol, se ve en un principio al jaguar tomar la delantera y luego progresivamente las posiciones se invierten y el oso hormiguero termina por vencer justo antes del alba. Si se lo

considera con cuidado, estas diversas expresiones del mito muestran en todos los casos que en última instancia es el oso hormiguero quien podrá más que el jaguar.

Por lo tanto, la elección que se ofrecía a los sherente no otorgaba verdaderamente todas las ventajas del lado del jaguar. Si lo que uno espera es ser un gran cazador y un gran comedor sexuado y sociable, al mismo tiempo hay que renunciar a la larga vida, por no decir a la tranquila inmortalidad del oso hormiguero. En otros términos, hay que reconocer, como lo ha hecho una impresionante cohorte de comentaristas de la condición humana a lo largo de toda la historia (José Stalin e Ingmar Bergman, entre los más recientes), que al final siempre es la muerte la que gana. Y que la larga vida, la vida prolongada por no decir la vida eterna, no es posible sino bajo la forma de una existencia mínima. Una existencia solitaria sin boca y sin ano, sin el stress que hace envejecer, y que siempre nos viene sólo de los demás, una existencia que no puede hacer daño sino a las hormigas.

Los sherente eligen vivir alegremente y morir. A través de su conclusión, la ceremonia afirma que más vale dejar de lado a los osos hormigueros para unirse a los jaguares en una persecución loca y asesina. Antes de morir tendrá lugar la caza de la querida, del sexo y sobre todo habrá una vida social. En otras palabras, los sherente eligen el modo de vida al que Dios ha condenado a Adán y Eva, expulsándolos del paraíso. Y de la misma manera que Adán y Eva no lograron alcanzar al otro árbol, el que les habría asegurado la vida eterna, la elección de los sherente implica que la inmortalidad es imposible, que el tiempo no dejará de surtir efecto, y que los niños nunca tendrán como el oso hormiguero cabellos grises desde su nacimiento, sino que las generaciones deberán sucederse.

En resumidas cuentas, los sherente afirman a su manera que la única esperanza de escapar al indiscutible poderío de la muerte no puede venir sino de la reproducción. Los seres humanos sólo se vuelven eternos sucediéndose. He aquí por qué el jaguar es un obsesivo sexual y el oso hormiguero necesita tan poco sexo. La respuesta es universal y cada sociedad lo expresa a su manera: Adán y Eva ganan el poder de procrear perdiendo la inmortalidad, los sherente eligen reproducirse para vencer a la muerte. Y es en este mismo contexto que podría ser comprendido el gesto de ir a depositar el cordón umbilical de un niño en un nido de termitas. Habría allí dos sentidos que no son contradictorios sino en apariencia: por un lado el niño que llegó a los cuatro o cinco años escapó a los terribles riesgos de la mortalidad infantil y ya no es un ser cuya vida limitada y mínima se asemejaría a la de un anciano desprovisto de todo. Si el cordón umbilical significa el destete que marca el principio de una verdadera existencia social, tirarlo a las termitas es una manera de recordar el rechazo al modelo del oso hormiguero llevado a cabo por un joven miembro de la tribu que se volvió lo suficientemente autónomo como para nutrirse con productos del trabajo humano y que, por lo tanto, ya no necesita ese cordón. Por el contrario, las termitas serán luego ellas mismas comidas por el oso hormiguero y por lo tanto sería lógico ver en ese gesto una nueva prueba de que el vínculo entre la madre y el niño será finalmente destruido y vencido por el tiempo y la muerte. Podríamos continuar y ver en ese simple gesto a la vez una celebración de la vida y un himno al poder de la muerte. Las dos lecturas son posibles por el hecho de que se trata de una inevitable condición de la existencia: vida y muerte siguen siendo indisociables, y cada una conserva siempre una huella de la otra. Siempre es demasiado simple decir que una es el contrario de la otra. En realidad, cada término aquí contiene e implica a su contrario. Aunque

la degeneración sea una fuerza constante y aunque la vida mate, no es posible matar a la vida.

El equívoco permite no obstante soñar de manera legítima con la inmortalidad. El ser humano es siempre al mismo tiempo mortal y eterno, y dado que posee los medios de ser a la vez oso hormiguero y jaguar, siempre le estará permitido discutir esta ambigüedad y construir apoyándose en ella. Así, los sherente deben representar de tanto en tanto la ceremonia del *padié* porque no es posible decidir la cuestión de una vez por todas. En otros lugares, en sociedades diferentes, se abordará de otro modo esta misma ambigüedad, y cada una de ellas quedará revelada en su manera particular de resolver el dilema. Así, cuando Hamlet plantea su pregunta, da cuenta al mismo tiempo de su ingenuidad egoísta que le hace creer que puede elegir y que, una vez apagada su vida, no se convertirá simplemente en alimento para algunas termitas.

La opción

Hace cincuenta años, en cada casa rural de Quebec (y tal vez en todas partes del resto de Occidente), se sabía qué hacer con un cadáver. Las personas morían en la casa, junto con sus familiares más próximos, los cuales se encargaban en seguida de preparar el cuerpo para embalsamarlo. Pero, a menudo, esas mismas personas eran completamente ignorantes de numerosos aspectos de la sexualidad humana. El sexo seguía siendo para ellos un acto privado y los raros expertos en esas materias eran considerados como seres excepcionales, desviados o perversos.

En la actualidad, la muerte ya no es tratada sino por expertos marginales e inquietantes, mientras que los detalles de los mecanismos del sexo están al alcance de todo el mundo. De pública, la muerte se volvió privada, en el momento mismo en que el sexo, hasta entonces discreto, se volvió ostentoso. El lugar de la obscenidad se desplazó del sexo a la muerte. La expresión "en la más estricta intimidad", que antes convenía a los jugueteos sexuales, se aplica hoy a los funerales. Se contaba antes a los niños que los bebés nacían de un repollo; ahora se les dice que abuelito se fue de viaje.

En 1955, Geofrey Gorer[314] ya hablaba de la "pornografía de la muerte" para señalar en qué medida se había convertido en un tema de escándalo en la sociedad actual. Ya no se permite llorar sino en secreto, como si los llantos fueran análogos a la masturbación.

El tema ha sido retomado en numerosas oportunidades, entre otros por Philippe Ariès,[315] que trazó la historia del distanciamiento moderno con respecto a la muerte: las técnicas de embalsamamiento que presentan un cadáver más vivo que nunca, la exclusión de los niños, el fallecimiento en los brazos de desconocidos especialistas de la salud, el

testamento reducido a una simple disposición financiera, la desaparición de las marcas del duelo, el vínculo establecido entre la muerte y el mundo distante y alejado de miembros de la edad de oro y la popularidad creciente de la incineración, que responde tal vez menos al congestionamiento de los cementerios que al hecho de que permite una desaparición más radical del cadáver y la eliminación de los ritos tradicionales.

Hay tal vez allí cierto efecto de péndulo, según el cual toda concesión al sexo estaría acompañada por una prohibición equivalente opuesta a la representación de la muerte. Sea lo que fuere, los dos fenómenos permanecen vinculados en una oposición que hace de cada término la negación del otro. Apoyándose en este postulado universal, las sociedades han puesto en pie las más diversas hipótesis. Por ejemplo, se ha podido creer, contrariamente a toda la evidencia empírica que hacía de la reproducción el único testimonio de supervivencia, que la inmortalidad no podía ser alcanzada sino al precio de la abstinencia sexual y que los ángeles, tuvieran o no sexo, en todo caso no hacían de él ningún uso, como Dios. En algo que sólo en ciertos aspectos es otro contexto, Jaques Ruffié habla de la muerte como de "el tributo obligatorio de la sexualidad".[316] Michel Foucault, por su parte, afirma que el sexo está en la actualidad atravesado por el instinto de muerte: el cuerpo ha reemplazado al alma, se ha convertido en lo esencial, lo que vuelve plausible el pacto de Fausto que quiere cambiar su vida entera contra el sexo porque el sexo bien vale la muerte.[317] Más carnal, James Brain sostiene que el tabú del sexo proviene de la proximidad de los órganos sexuales y del ano, frecuentemente asociado con la putrefacción y por lo tanto con la muerte.[318] Razonamiento que cuestiona Warren Shapiro, para quien el útero sigue siendo (por lo menos en la tradición judeo cristiana) el único punto de unión, a la vez dador de vida y de muerte.[319] Y así sucesivamente. Los argumentos bien pueden ser serios o contorneados, en todo caso tratan siempre de la inevitable relación entre *Eros y Thanatos*. Lo cual se verifica tanto en Sören Kierkegaard, que había comprendido perfectamente que el tiempo es el único verdadero enemigo que podía impedir a Don Juan ganar la partida, como en la pornografía popular -que probablemente no leyó a Kierkegaard y que no conoce a los grandes exploradores del erotismo macabro- pero que no por ello recurre menos, con una frecuencia sorprendente, al atractivo seductor de las enfermeras y de los médicos, los cuales no son sólo ricos, seductores y sexys y no sólo trabajadores del cuerpo, sino también personas que tienen la reputación de flirtear con la muerte.[320] (Podría agregarse incluso todavía un paralelo: la muerte es a menudo comprendida como una separación del alma que lo quita y del cuerpo que es destruido, mientras que la pornografía es corrientemente definida como un interés excesivo y exclusivo por la carne que vuelve baratas las emociones y los sentimientos profundos del alma.)

Sin embargo, si se afirma que la prohibición se desplazó del sexo a la muerte, deberá tomarse el tiempo de explicar por qué el espectáculo de la muerte se ha convertido en la actualidad en algo totalmente corriente. Los noticieros televisivos, las películas presuntamente de aventuras, las grandes novelas populares, incluso las canciones de éxito, todo ello en nuestros días está tapizado de cadáveres. El tema está tan de moda que la película *Visages de la mort,* un documental que muestra fríamente a la muerte verdadera, concreta y real de seres humanos (en la silla eléctrica, por suicidio, etc.) y animales (desde el matadero hasta el

restaurante, donde se corta la coronilla del cráneo de monos para comerles el cerebro), se vendió, según dicen, una cantidad fenomenal sin ninguna publicidad ni esfuerzo por ponerlo en el mercado.[321] Podría creerse casi que la muerte fascina, como antes el sexo, por el hecho de que ahora se ha vuelto obscena. Por no es de esa muerte de lo que se trata aquí. La muerte televisiva pertenece al mundo del conocimiento abstracto, distante y (ya se ha dicho) que está compenetrado, desde hace por lo menos tres siglos, en una búsqueda frenética de lo absoluto. Un reportero de la televisión norteamericana que había sido herido en una calle de Beirut hace algunos años sorprendió a Estados Unidos describiendo cuán doloroso es recibir una verdadera bala en su verdadera pierna. Se dirigía sin embargo a un auditorio que probablemente había visto centenares de matanzas por balas presentadas cada semana por la televisión. Pero las imágenes habituales son demasiado limitadas y demasiado alejadas para merecer que se vuelvan inaceptables: incluso ya ni muestran a los cadáveres anónimos apilados en la ciudadela en guerra, o tirados fuera de las murallas atacadas por la peste, sino a personajes cuyo carácter perfectamente ficticio garantiza la inmunidad del espectador. Podría incluso agregarse que estas imágenes se vuelven tolerables y divertidas en la medida en que la muerte privada, inmediata y concreta sigue siendo desconocida tanto como inverosímil. Es en este sentido que los niños de hoy crecen sin haber visto jamás la verdadera muerte, al tiempo que habrán tenido en varias ocasiones la oportunidad de examinar todos los detalles de todos los juegos del sexo.

También hay que decir que ya no se muere o, en todo caso, no como antes. Como lo decía Ariès, la muerte occidental, entre el siglo XVI y el XVIII, deja de ser "natural". A partir de entonces, los vivos se consideran como agredidos y como víctimas. La muerte acecha y la enfermedad arranca. Ya no se muere; siempre uno es matado por alguna causa.

Lo que tal vez sea más importante es el hecho de que el sentido social de la muerte ha cambiado. La destrucción de una existencia individual, que siempre había sido un acontecimiento público y a menudo la ocasión de un ritual que anunciaba el renacimiento de un nuevo ancestro en el más allá,[322] se transformó en un deplorable incidente íntimo y privado. Mientras que tiempo atrás la sociedad debía anunciar con tono triunfante que se burlaba de la muerte puesto que ella misma, la sociedad, era inmortal, el sentido de la muerte en la actualidad se encuentra reducido sólo al nivel del individuo, de modo que ella se vuelve forzosamente triste e insostenible. La obligación de afirmar que la muerte no tiene sentido más que porque la vida continúa era uno de los roles principales de las grandes cosmologías religiosas, que intentaban asegurar esa continuidad prometiendo el paraíso y amenazando con el infierno. Pero cuando las creencias se debilitan y la existencia del más allá nos parece menos probable, la continuidad no puede ser garantizada sino mirando hacia la otra dirección, hacia el sexo y la reproducción, para encontrar un medio que, entre otras ventajas, ofrece la de ser más fácil de verificar empíricamente. Al adoptar esta perspectiva, la moral ya no se preocupa por una recompensa celeste o por el castigo del infierno, sino simplemente por el mundo mejor que podrían conocer los que sobrevivirán. Es en este sentido, según notaba George Bataille, que la sexualidad implica siempre la muerte, pues ella contiene inevitablemente la idea de reproducirse y de dejar el lugar a otros. A la inversa, un optimista puede decir también que la inmortalidad está siempre fundada en la mortalidad vencida. Se comprende, a partir de entonces, por qué la religión y el sexo, igualmente capaces de oponer

una respuesta a la muerte, han sido tan a menudo o aliados sólidos o bien los peores enemigos.

Sin embargo, parecería que ha habido una ruptura de sentido de la continuidad e interrupción de los antiguos diálogos entre muertos y vivos, o porque las cosmologías religiosas se han debilitado, o bajo el efecto de la amenaza de la exterminación instantánea de toda vida en este planeta, o por otras miles razones de la emergencia de la sociedad moderna. Todos los humanistas se inquietan por el hecho de que el individuo moderno parece desinteresarse por sus padres como por las generaciones futuras. La sociedad, que siempre había funcionado como una pesada máquina para situar al individuo en el tiempo y en el espacio, deja ahora a este último libre de vivir su subjetividad muy posmoderna y perfectamente autoseductora. Morimos, por lo tanto, cada vez más como vivimos, es decir solos, con el apoyo de algunos profesionales, esperando molestar lo menos posible, y yéndonos "en puntas de pie". Conclusión: la muerte ya no tiene sentido. Es lo que decía Edgard Morand en 1955, a continuación de Kierkegaard pero antes que muchos otros y es también lo que nos llevará de nuevo al oso hormiguero:

No hay entonces más universal, más cultural. El individuo está solo en la irracionalidad. No se tiene más que a sí mismo. Y es entonces que, en ese Único al que se abraza desesperadamente él mismo, va a levantarse la más formidable angustia. La ruptura de las participaciones lleva a la angustia de la muerte y la angustia de la muerte lleva a su vez a la ruptura de las participaciones. La soledad lleva a la obsesión de la muerte y la obsesión de la muerte encierra a la soledad.[323]

La solución

Después de todo, los sherente supieron elegir la única solución humanamente realista. Sólo nos está permitido vivir como el jaguar, muy simplemente porque es nuestra única esperanza ante la muerte. La proposición puede parecer desconsoladora, pero no por ello es menos irrefutable. Lo cual no impide de ningún modo a la sociedad que sueñe con el paraíso terrestre o con la inmortalidad del oso hormiguero, inventar universos en donde todo permanece apacible y permanente, pero es únicamente con la esperanza de llegar a explicar por qué la verdadera vida es otra y que el tiempo pasa. Toda sociedad humana debe necesariamente resolver la cuestión de su propia supervivencia, garantizando que sus miembros se reproducirán. Por lo tanto, colocan al individuo en un tiempo y en un espacio que los superan tanto que llega a convencerse de su propia insignificancia; puede desaparecer con toda tranquilidad, el mundo igual sobrevivirá. Poder morir confiando en que su vida ha sido dada y en que sirvió para algo, he aquí la coerción aseguradora de la sociabilidad. La cual exige a cambio que uno se conforme con la cortesía, con las buenas maneras, con el respeto y con el pudor.

La pornografía, por el contrario, opta por el modelo del oso hormiguero: vivir confortablemente en un asilamiento protegido y mullido que permite escapar a las coerciones sociales tradicionales. Invertir el discurso comunitario y convencerse de que no es el individuo sino la sociedad la que es incierta y frágil, contaminada y efímera. Dudar y rechazar las censuras, las cuales son vistas como las coerciones injustificables de una cultura agonizante. Negar el tiempo lineal en el cual se nos ha querido encerrar y poner en cuestión la noción de progreso que no sirvió sino para imponer sacrificios o para justificar privilegios. Borrar por lo menos esta parte del sentido de la femineidad, que antaño hacía de las mujeres seres de duración fisiológicamente marcados por el tiempo cíclico. Prohibir el cambio y proteger el entorno de una manera que recuerda las necesidades modestas del oso hormiguero, comparativamente con los estragos del jaguar, animal feroz y destructor. Salir de los espacios sociales y del tiempo en el cual la sociedad nos confina. Volverse todavía más libre, en la medida en que la sociedad se disuelve y que el individuo, al mismo tiempo, se persuada del aumento de su propia significancia. Volver a lanzar la noción de un tiempo cíclico y de una evolución que ya no avanza sino hacia el bienestar de cada uno. Vivir cada vez más solo reemplazando o compensando la ausencia de relaciones sociales con la tecnología y las imágenes que se volvieron verdaderas máquinas para detener el tiempo. En pocas palabras, vivir tranquilo y feliz como un oso hormiguero, que, no lo olvidemos nunca, es también el vencedor del jaguar y por lo tanto el más fuerte de todos los animales.

El atractivo manifiesto de un modelo semejante, que propone al individuo la posibilidad de sustraerse a la autoridad del grupo, ¿qué ser humano no lo ha experimentado? Pero los sherente, como sin duda los miembros de cualquier otra sociedad, comprenderían enseguida que esta promesa está fundada en un grosero desprecio que los llevaría muy rápidamente a la extinción. Dirían que el modelo del oso hormiguero es absurdo, pues ninguna sociedad tiene los medios para no garantizar su continuidad. También dirían que ninguna sociedad puede permitirse abandonar las reglas del pudor y las del respeto de la vida privada que fundan incluso las más elementales relaciones sociales. Los sherente se preocuparían por la desaparición del pudor que fomenta el poder seductor y la sed de orgía del jaguar. Dirían que no se puede tener éxito allí donde Onán fracasó, incluso Yahveh nos ha dejado y que no se podría pretender que la descendencia ya no es un proyecto social.

Sin embargo, es muy probable que sobre este punto los sherente se equivoquen. O por lo menos que su argumento haya dejado de ser válido desde hace algunos siglos, cuando la expansión demográfica y la superpoblación se han vuelto más inquietantes que la supervivencia del grupo, que durante tanto tiempo obsesionó a las sociedades más limitadas. La preocupación del humano por reproducirse, que en gran parte servía tradicionalmente para guiar el control social de la sexualidad y justificaba la imposición de las prohibiciones sociales y de las prescripciones matrimoniales, está atenuada ahora por una tecnología biomédica que reduce al mínimo las relaciones sociales y hace de lo que hasta ayer todavía se llamaba el contrato social un acto notarial. Es decir, en resumidas cuentas, que la sociedad moderna, que dispone de nuevos medios para responder a sus necesidades de producir y de reproducirse suficientemente para garantizar su permanencia, ya no tiene por qué inquietarse por el modelo del oso hormiguero. A pesar de las quejas nostálgicas y las protestas humanistas, esta sociedad ya no tiene que organizar una ceremonia para denunciar públicamente ese modelo. Incluso puede poner todo en obra para garantizar que el oso

hormiguero viva un aislamiento apacible y liberador. El individuo puede por fin escapar a las coerciones de la programación cultural de su sexualidad, salir de los espacios sociales tradicionales y encontrar un lugar que tome el aspecto de nicho autosuficiente, poco coercitivo y por lo tanto muy agradable, y que podrá mejor que nunca permitirle todo y satisfacer sus esperanzas de plenitud. El problema evidentemente está en otra parte. Allí en donde incluso la sociedad más poderosa pierde todos sus medios. Pues si es en la actualidad tolerable destruir numerosos espacios sociales tradicionales, no es todavía posible detener el tiempo.

Podría ofrecerse a partir de allí algunos consejos a los inversores. J. Waynberg[324] sostiene que el fenómeno reciente de la cada vez más estimulada exhibición del cuerpo traiciona una angustia del envejecimiento. Pero lo inverso es todavía más cierto: el placer de la pornografía hace nacer el miedo al tiempo. Es tal vez la única verdadera falla del modelo del oso hormiguero, al mismo tiempo que la gran lección ofrecida por los sherente. Uno puede convencerse de que sería más agradable mantener con el mundo relaciones reservadas, comer poco y hacer menos el amor, vivir solo y defecar apenas, pero es absurdo esperar que el tiempo modificará su ritmo. La eternidad lamentablemente sigue estando fuera de alcance, e incluso Don Juan, Bo Derek, Hugh Hefner o Greta Garbo un día llegarán a ser viejos. Pero su envejecimiento es todavía más insoportable por el hecho de que no han logrado separar de su vida la mayoría de las coerciones sociales que habrían tenido por efecto situarlos en el tiempo y que siempre sirvieron como pretil de las angustias de la condición humana. A partir del momento en que la continuidad se rompe, al ser solitario le faltan referencias y corre más riesgo de envejecer mal. Sus deseos y sus placeres, sus contactos y sus conversaciones se renuevan tan fácilmente como su alimento, y se transforman en costumbres, lo cual no exige ninguna permanencia. La fotografía fija el tiempo y la imagen pornográfica puede ser invariable y, por lo tanto, inmortal. Ahora bien, la vida progresa y nunca fue necesario más que la estabilidad para hacer comprender que nada es inmutable: mirar crecer su viña o ver cómo sus hijos se abren camino.

Pocas personas han osado creer lo contrario y es por eso que la angustia de la muerte obsesiona a la literatura moderna desde aproximadamente mediados del siglo XIX. Para los inversores, habría más que nunca grandes fortunas por hacer proponiendo cualquier cosa que sirva para nutrir la ilusión de la negación del tiempo, sea sobre el plano más epidérmico del cuidado de la salud y de los equipamientos de preservación de la forma física, o bien, en todos esos nobles esfuerzos que, en otros planos, persiguen a la inmortalidad por la donación de órganos, la construcción de edificios, o la redacción de largas obras destinadas a la posteridad. Hay mil maneras más o menos peligrosas de querer pasar a la historia y de afirmar que la vida continúa. La dificultad fundamental del modelo del oso hormiguero viene del hecho de que, a pesar del progreso de las técnicas, que en la actualidad permiten preservar su voz y su imagen, cuando no congelar un cuerpo entero o recortarle órganos que serán luego generosamente ofrecidos a los demás, las soluciones modernas son hasta este día demasiado artificiales como para esperar reemplazar adecuadamente el simple hecho de crear un niño.

El futuro

El hombre, atormentado por su máscara, se fabricará para su propio uso y a escondidas una suerte de subcultura: un mundo construido con los desechos del mundo superior de la cultura, ámbito de la pacotilla, de los mitos impúberes, de las pasiones no reconocidas… ámbito secundario de compensación. Es allí que nace una cierta poesía vergonzosa, una cierta belleza comprometedora…[325]

Adivinar el futuro de la pornografía no significa predecir la moda. No basta con seguir los progresos del individualismo en Occidente y notar la pérdida de algunas formas antiguas de sociabilidad. Importa finalmente bastante poco que las personas que antaño bailaban la contradanza en grupo, más tarde el minué en fila, luego el vals en pareja y finalmente el break solos, lleguen un día a adoptar la lambada con pasión. No hay realmente lucha hasta el fin entre los carismáticos que quieren besar a todo el mundo y los *yuppies* que se procuran el "bebé video" con el fin de compartir su departamento con un niño televisado.[326] Lo esencial es que todos esos contrastes coexisten y que la moda se haya multiplicado al punto en que la tolerancia de la diversidad incluye el derecho a apasionarse entre otras miles de cosas por las imágenes del sexo. Parece inconcebible volver hacia atrás.

Incluso los defectos de la pornografía actual no lograrán asfixiarla ante la ola de aburrimiento que provoca en la inmensa mayoría. A largo plazo, importa poco que en la actualidad sea mediocre, sexista, obscena, ridícula, grosera o detestable, pues esos defectos son corregibles. El efecto continuo de numerosas críticas será probablemente transformar la pornografía para volverla más atractiva y por fin tallarla a la medida de cada deseo en particular; algunos dicen ya que la pornografía cambiará verdaderamente el día en que los hombres aprendan que hay otra cosa en el sexo además de los órganos y que las mujeres se reconcilien con esos mismos órganos; en realidad, es más probable que el primer cambio provenga de la creciente dificultad que hay en dividir la sociedad en dos géneros, femenino y masculino.

Los visionarios optimistas, que creen todavía que la humanidad sobrevivirá a los próximos desarreglos climáticos, a las hambrunas y a los movimientos de poblaciones refugiadas, pueden también imaginar que la pornografía se volverá un simple accesorio de la vida futura, una diversión corriente y disponible, comparable de alguna manera al juego de ajedrez al que algunos consagran su vida entera, mientras que otros lo practican o lo miran si se da la ocasión, y otros incluso nunca encontraron en él el menor interés. Como en el ajedrez, la pornografía ofrecería entonces un universo encerrado, en el cual sería agradable a veces perderse, pero con la condición de reconocer allí, y bien, el juego de la mentira y sus límites. Con la condición de respetar la ilusión: encontrar placer allí, mientras se sabe que no se trata de verdaderos alfiles, de verdaderas reinas ni de verdaderas torres. Aprender a jugar

con sus vecinos pero sin reducir a ese juego el conjunto de sus relaciones sociales.

Pues las apuestas futuras de la pornografía se decidirán por la capacidad de situar bien la mentira. Mientras ella alimenta el imaginario del jaguar, la ilusión no puede ser sino la protección excesiva, desenfreno de deseo, cataplasma contra la fatiga y guiñada a la vida. El jaguar comprende que el placer tendrá un fin y sabe reconocer y apreciar la mentira. Es más bien creyéndose oso hormiguero, cuando la pornografía reemplaza a las sombras en el fondo de la caverna, que la mentira se vuelve insostenible.

Finalmente, es todo ello lo que ponía en juego la pornografía. Después de todo, nada realmente nuevo. Salvo, tal vez, lo necesario para decirle a usted, señor Decano, para qué puede servir a veces este curioso oficio que es el mío.

notes

[1] Le Savoir des anthropologues, París, Herman, Savoir, 1982, p. 47.

[2] Le Traité du Narcisse, Lausanne, Mermod, 1946, p. 16.

[3] Ruth McGaffey, "A Realistic Look at Expert Witness in Obscenity Cases", Northwestern University Law Review, vol. 69, No 2. pp. 218-232, mayo-junio de 1974.

[4] Pornography & Politics: The Williams Committee in Restrospect, Londres, Waterlow Publishers, 1983. A. W. B. Simpson formaba parte del muy respetable Home Office Departamental Committee on Obscenity and Film Censorship, más conocido bajo el nombre de Comisión Williams (por el apellido de su presidente Bernard Williams), que estudió, sin duda con mucha seriedad y minucia, toda la cuestión de la gestión política de la pornografía por pedido del gobierno británico. Institucionalmente, los trabajos de ese comité corresponden bastante ampliamente a las dos investigaciones patrocinadas por la oficina del procurador general de los Estados Unidos y a la investigación canadiense, llamada comúnmente Comisión Fraser.

[5] Este ejemplo, que sin duda no es único, fue extraído del programa Droit de parole, producido por Radio-Quebec y difundido el 21 de noviembre de 1986.

* Juego de palabras entre "enfermés", "guardados bajo llave", y "enfer", "infierno". [N. del T.]

[6] Susan Franzblav, Joyce N. Spafkin y Eli A. Rubinstein, "Sex on TV: A Content Analysis" en Journal of Communication, vol. 27, No 2, pp. 164-170.

[7] Puede encontrarse un ejemplo en el estudio conducido por André Goyette

(Enquête sur les connaissances sexuelles des étudian(e)s des CÉGEPs du Saguenay-Lac-St-Jean, Cegéps de Chicoutimi, 1981), que muestra, entre otras rarezas a menudo sorprendentes, que sólo un cuarto de los estudiantes del cégep (es decir, en un clientela que ya no es adolescente y que proviene de las clases sociales más educadas) comprenden bien el ciclo menstrual. O si no, en las investigaciones mencionadas por Marie-France Hans y Gilles Lapouge (Les Femmes, La Pornographie, l'Erotisme, París, Seuil, Actuels, 1978), según las cuales el 13% de las francesas afirman no haber tocado nunca su sexo, excepto para limpiarlo, en parte porque ese sexo de algún modo debe ser reservado al marido o al médico.

[8] Susan Sontag, "The Pornographic Imagination", Partisan Review, XXXIV, 2, pp. 181-212.

[9] Thelma McCormack hizo de esto una demostración breve aunque convincente en su examen de la aparente contradicción entre el hecho de concluir, por un lado, diciendo que la pornografía en el cine o en la televisión es inofensiva y sin efecto y, por el otro, afirmar que la violencia es nefasta y que debería estar controlada severamente. Este razonamiento ha sido escuchado muy a menudo en los debates públicos, incluso se encuentra como conclusión de algunos informes muy oficiales, y numerosos son los que han visto allí un buen ejemplo de la incoherencia y el doble estándar hipócrita. McCormack sugiere que una interpretación semejante es demasiado simple y sexista. No se trata muy tontamente de juicios de hombres que en principio tendrían menos miedo a la pornografía que a la violencia que los amenaza directamente y que así utilizarían criterios discriminatorios de evaluación. Para la autora, que busca hacer de la psicología colectiva el modelo cultural de la masculinidad, no hay ni incoherencia ni doble estándar, y su interpretación propone otra salida: la afirmación fácil de la potencia viril en la pornografía sería indisociable de la ansiedad de la identidad sexual masculina, que encuentra su expresión en una violencia preocupante. Si se buscara extraer una lección de este ensayo de McCormack, no sólo reproducimos en nuestros análisis el sexismo primario de cierta pornografía de la que habrá que desconfiar, sino ante todo lo que está puesto en duda es nuestra aptitud para medir toda su profundidad sociológica ("Machismo in Media Research: A critical Review of Research on Violence and Pornography", Social Problems, vol. 25 (5), junio de 1978).

[10] The Place of Pornography, Packaging Eros for a Violent Age", Harper's Magazine, noviembre de 1984, pp. 31 -45.

[11] Jacobellis v. Ohio, 378 U. S. 184 (196), p. 197. Frecuentemente citado.

[12] Canadá, La Pornographie et la Prostitution au Canada, informe del Comité especial de estudio de la pornografía y de la prostitución, remitido al ministro de la Justicia y procurador general del Canadá, 1985, vol. 1, p. 56.

[13] Pascal Bruckner y Alain Finkielkraut, Le Nouveau Désordre Amoureux, París, Seuil, 1977, p. 56.

[14] The Other Victorians: A Study of Sexuality and Pornography in Mid-Nineteenth-Century England, New York , New American Library, 1974 (2da edición), p.

268-271.

[15] La película de Bonnie Klein, producida por el Office National du Canada, busca denunciar la pornografía actual y resume lo esencial de este argumento en su título, Not a Love Story.

[16] En ese mismo sentido, e! informe más reciente remitido al procurador general de los Estados Unidos señalaba muy claramente que "… toda forma de desnudez que apuntara a algún objetivo -artístico, científico, político o educativo- diferente al de la provocación sexual, quedó afuera del campo de nuestro análisis". Sin que sea necesario comprender qué significa para los autores hacer un uso "político" de la desnudez, puede observarse cómo al sexo, de ser inaceptable en sí mismo, se lo perdona inmediatamente, a partir del momento en que sirve para una meta superior. (U. S. Departament of Justice, Attorney General's Commission on Pornography, Final Report, julio de 1986, vol I, p. 119, Washington).

[17] En los Estados Unidos, la primera revista que publicó desnudos, mucho antes que Playboy, fue la National Geographic , a la que podía disculparse por el hecho de que sus sujetos eran etnográficos, exóticos, indígenas y negros.

[18] A este respecto, véase el artículo de D. English, "La politique de la pornographie", La Vie en Rose, No 10, junio-julio de 1980, pp. 24-29 (publicado antes en Mother Jones en abril de 1980).

[19] "Night Words: Human Privacy and High Pornography", en Philip Nobile, (dir.), The New Eroticism, Theories, Vogues and Canons, New York , Random House, 1970, pp. 120-132.

[20] Mencionados por Roger Faligot y Rémi Kauffer, Porno business, Fayard. 1987, p.

[21] A menos, evidentemente, de hacer de la sexualidad un elemento importante de un programa político, como ya se ha visto en los Países Bajos y en el caso de Ilona Staller, vedette del cine pornográfico y apóstol de una gran liberación de las costumbres, elegida en 1987 en el parlamento italiano como diputada del partido radical.

[22] U.S. Department of Justice, op. cit., entre las páginas 1614 y 1645.

[23] A pesar de numerosos esfuerzos, hubo que abandonar todo intento por traducir adecuadamente esos títulos, demasiado anclados en el slang norteamericano y la jerga de su pequeño universo; se acercan a la poesía y, de este modo, son intraducibles. Los resúmenes descriptivos siguen una traducción muy literal del texto del informe oficial.

[24] Acaso como una característica de las preocupaciones sociales de los norteamericanos, el informe presenta en cada caso este tipo de identificación "racial". Según la lista, la pornografía presenta a "caucásicos", "negros" y "asiáticos".

[25] Agence France Press, 11 de febrero de 1989.

[26] La mayoría de estas informaciones proviene del informe de la Comisión del procurador general de los Estados Unidos, ya citado, y, por lo tanto, conciernen ante todo a la industria norteamericana. A pesar de las numerosas críticas merecidas por esta investigación, los datos que presenta el informe parecen lo suficientemente fiables como para trazar un perfil global de la situación de la industria norteamericana de la pornografía. Es en este sentido, por lo tanto, que la fecha de 1985 importa bastante poco, porque nos limitamos a extraer algunas características dominantes y las grandes líneas de una evolución que, aparentemente, desde entonces no se ha desviado.

[27] Agence France Press, julio de 1987.

[28] Newsweek, 4 de agosto de 1986.

[29] En junio de 1989, la Corte suprema de los Estados Unidos confirmaba esta legalidad en un juicio que probablemente será la delicia de numerosos juristas, pues la Corte autorizaba al Congreso a prohibir las cosas "obscenas", pero no las "indecentes", sin establecer la menor indicación acerca de lo que la Corte comprendía en esa diferencia (Agence France Press, 26 de junio de 1989).

[30] Según el programa 20/20, del canal de televisión ABC, difundido el 9 de octubre de 1987.

[31] Este tipo de espectáculo en la actualidad prácticamente ha desaparecido. En parte porque el entusiasmo fue decayendo, pero también porque esos *li*ve-shows costaban muy poco y no daban mucha ganancia. Basta con pensar que un espectáculo de esa clase, aunque sólo sea por razones fisiológicas, no puede nunca ser tan repetitivo como la proyección de una banda de video.

[32] Op. cit., p. 217. El cambio del yen, según el Walt Street Journal del 30 de agosto de 1985, era de 0,004188 U$S.

[33] Sin haber llevado a cabo esa investigación comparativa, puede sin embargo notarse que si la pornografía norteamericana a menudo está centrada en el tamaño de los senos y la longitud de los penes, esos temas aparecen menos en Japón, en donde el interés pasa por la juventud, y en Francia, fascinada por la sodomía, o en Inglaterra, que sigue estando intrigada por los castigos escolares. Hay allí materia para numerosos estudios, pero todo deja pensar que un determinado "carácter nacional", por más caricatural y excesivo que parezca, queda expresado en la producción pornográfica. Por ejemplo, sería interesante comprender por qué en Francia se interfiere el sonido y no la imagen de los programas pornográficos del canal codificado, mientras que en Canadá se interfiere la imagen y no el sonido.

[34] Estas cifras fueron extraídas de la antología The 1981 Media Encyclopedia Working Press of the Nation, vol. 2, Magazine Directory, National Research Bureau,

Chicago. Las cifras cambiaron un poco desde entonces, pero las proporciones siguen siendo estables, a pesar de la baja de la popularidad de Playboy desde 1981, fecha elegida justamente porque la revista todavía estaba en su apogeo.

[35] Algunos dirían que tiene demasiados detalles como para no ser acusada ella misma de volverse pornográfica. Véase en particular Ordeal, primeramente publicado por Citadel de New Jersey en 1980, luego retomado y reimpreso en nueve oportunidades hasta 1984 por Berkeley Books of New York.

[36] Esta nueva orientación provocó escándalo sobre todo porque detenía el contrato publicitario del jabón Ivory, reputado por su gran pureza ("el jabón que flota"), lo que obligó a la compañía a reemplazar todos los envoltorios en los que aparecía el rostro de Marilyn Chambers.

[37] US Department of Justice, Attorney General's Commission on Pornography, Final Report, 1986, p. 870.

[38] Offensive Litterature: Decensorship in Britain 1960-1982", The Guardian, 9 de diciembre de 1981.

[39] Es bastante raro ver a alguien que se hizo conocer inicialmente gracias a la pornografía tener éxito en otros ámbitos. Los directores de Playboy durante mucho tiempo pretendieron que Playmate abriría las puertas de otro gran éxito, lo cual no se confirmó realmente desde Marilyn Monroe. Por el contrario, el caso de Samantha Fox, que ahora se convirtió en una cantante popular, o de Sylvester Stallone, hoy multimillonario, demuestran ante todo que es muy posible sobrevivir a los despropósitos en el universo de la pornografía.

[40] Acaso sólo el periodismo deportivo sea realmente comparable a la escritura pornográfica, debido a la cotidiana obligación de escribir algunas páginas sobre temas peligrosamente reiterativos y para diarios y un público muy tolerantes.

[41] Véase, entre otros, J. Kiedrowski y J. M. Van Dijk, "Pornography and Prostitution in Denmark, France, West Germany, The Netherlands and Sweden", Working Papers on Pornography and Prostitution, Report n° 1, Ottawa, Ministère de la Justice, 1984.

[42] Si se busca algún análisis breve de la psicología social de este consumo, véanse por ejemplo David A. Karp, "Hiding in Pornographic Bookstores: A Reconsideration of the Nature of Urban Anonimity", Urban Anthropology, enero de 1973, pp. 427-451; Charles A. Sundholm. 'The Pornographic Arcade: Ethnographic Notes on Moral Men in Inmoral Places", Urban Life and Culture, abril de 1973, pp. 85-104; Harold Nawy, "In the Pursuit of Happiness?: Consumers of Erotica in San Francisco ", Journal of Social Issues, v. 29, No 3, 1973, pp. 147-161; y Scott MacDonald, "Confessions of a Feminist Porno Watcher", Film Quartely, vol. XXXVI. No 3, primavera de 1983, pp. 10-17.

[43] Según Kim, más conocido bajo el nombre de "Gangster de l'amour", "los 'showers' son en general tan aburridos que siempre causo sensación. La atmósfera está helada

cuando los invitados dan los regalos a la futura casada; pero apenas llego, el clima se calienta y todo el mundo se divierte" (La Presse, 2 de abril de 1985).

[44] Linda Williams, Hard Core: Power, Pleasure, and the "Frenzy of the Visible", U. of California Press, 1989, citado por Anne McClintock, "Porn in the U. S. A., A Story Without a Climax", Voice Litterary Supplement, abril de 1990, pp. 16-17.

[45] King V. Sedley, 1 Keble 620 (K. B.) mencionado en el informe de la Comisión de! procurador general de los Estados Unidos, op. cit., 1986.

[46] Agencia France Presse, mayo de 1985.

[47] Obviamente, es del mismo modo posible dar un ejemplo de naturaleza geográfica y no histórica. Pues lo que aquí está prohibido en otros lugares bien puede ser tolerado. Por ejemplo, la película de Bonnie Klein, Not a Love Story, producida en Quebec como una denuncia feminista de la pornografía, fue prohibida en Ontario por ser demasiado explícita en la elección de los ejemplos.

[48] U.S. Departament of Justice, op. cit., p. 243.

[49] A principios de los años sesenta, cuando un sargento de la policía de las costumbres de la ciudad de Montreal decidió prohibir la representación de los Ballets Africanos debido a que las bailarinas con los senos desnudos "se movían", de pronto se vio obligado por esa misma razón y muy a su pesar a sancionar la apertura de clubes que ofrecían como espectáculo a jóvenes mujeres desnudas, aunque inmóviles.

[50] Por ejemplo, en China, el Periódico de los Obreros (Gongren Ribao) decía que los cassettes de video con contenido pornográfico se importaban "en gran cantidad e inundaban el mercado en ciertos lugares, provocando preocupación entre las masas", cuando uno de los más grandes éxitos de ese mercado era una película en que habían sido reemplazados "los rostros de los partenaires por los de los dirigentes políticos chinos más conocidos" (Agencia France Presse, junio de 1985). En URSS, según la Komsomolskaya Pravda , órgano de las juventudes comunistas, "en una ciudad de Georgia,… un restaurante de moda organizaba proyecciones cotidianas que llenaban la sala. Abonando 50 rublos (unos 75 dólares) (…) los clientes escogidos cuidadosamente se reunían todas las noches para mirar películas pornográficas. (…) También se podían observar producciones occidentales que denigraban a la política" (Film Exchange, n° 24, otoño de 1983, pp. 92-93). En Bulgaria, una ley de 1985 prohibía "… la importación de material de video cuyo contenido contradiga el orden socialista o perjudique a la moral socialista" (American Press, mayo de 1988). Mientras que Hungría, que mantenía desde hacía tiempo una posición bastante original en el seno de la alianza, había autorizado, a partir del primero de septiembre de 1988, la importación de cassettes pornográficos "… a razón de un cassette de video por familia" (American Press, octubre de 1988).

[51] U.S. Departament of Justice, op. cit., p. 85.

[52] Sobre este tema, véase el artículo de Lysiane Gagnon, "Penthouse y el Goncourt", en La Presse del 15 de diciembre de 1984. La opinión que se encuentra expresada allí con mucha claridad resume la actitud de un vasto medio bien pensante: la pornografía es detestable, pero más todavía debe temerse a la censura, sobre todo si habría que dejarla en manos de los militantes extremistas de la derecha conservadora o del feminismo radical.

[53] Señalemos el trabajo de Rama K. Rao, An Annotated Bibliography on Pornography: Current Literature, 1980-1986, Vance Bibliographies, Pub. Admin. Series: bibliography N° P 2094. La compilación es excelente, pero alcanza casi exclusivamente a los Estados Unidos y, como a menudo es el caso, habrá que consultar otras listas para saber lo que se escribe con respecto a este tema en Uruguay, en Turquía, en Noruega o en otros países. También indicamos el libro de Gordon Hawkins y Franklin E. Zimring, Pornography in a Free Society, Cambridge University Press, 1988, que busca cubrir el conjunto de la literatura de ese tema.

[54] Op. cit,. pp. 79-80.

[55] Eberhard y Phyllis Kronhausen, Pornography and the Law, The Psychology of Erotic Realism and Pornography, New York . Ballantine Books, 1959.

[56] Para un breve resumen del contraste, véase Thelma McCormack, "The Censorship of Pornography: Catharsis or Learning?" American Journal of Orthopsychiatry, 5 8 (4), octubre de 1988, pp. 492-504.

[57] Berl Kutchinsky, "The Effect of Easy Availability of Pornography on the Incidence of Sex Crimes", Journal of Social Issues, 29, pp. 163-82, 1973; "Eroticism without Censorship. Sociological Investigations on the Production and Consumption of Pornographic Literature in Denmark ". International Journal of Criminology and Penology, 1, pp. 217-25,1973.; "Pornography in Denmark — A General Survey" en R. Dhavan y C. Davies (dir.) Censorship and Obscenity, Londres, Martin Robertson, 1978; "Deception and Propaganda", Transaction Social Science and Modern Society, vol. 24, No 5, pp. 21-24, julio — agosto de 1987. R. Ben-Veniste, "Pornography and Sex Crime: The Danish Experience", Technicat Reports of the Commission on Obscenity and Pornography, vol. 1, Washington (D.C.), U.S. Government Printing Office, 1971.

[58] Harold Nawy, "In The Pursuit of Happiness?: Consumers of Erotica in San Francisco ", Journal of Social Issues, vol. 29, No 3, pp. 147-161, 1973.

[59] Pornography Abramson y H. Hayashi, "Pornography in Japan: Cross-Cultural and Theoreticae Considerations", en N.M., Malamuth y E. Donnerstein (dir.), Pornography and Sexual Aggression, Orlando, (Florida), Academic Press, 1984. Casi con el mismo fervor, los críticos no dejaron de notar que una encuesta indicaba que el 90 por 100 de las japonesas reconocían que no denunciarían jamás a la policía haber sido víctimas de una violación (véase en S. Gotdstein y T. Ibaraki, "Japan: Aggression and Aggression Control in Japanese Society", en A. Goldstein yM. Segall (dir.), Aggression in Global Perspective, New York, Pergamon Press, 1978). Por el contrario, la doctora Martha Kirkpatrick decía en

el congreso de la American Psychiatric Association, en 1982, que el Japón tiene una tasa de violación del 2,4 por 100.000 personas, comparado con el 34,5 para los Estados Unidos, mientras que la violación de jóvenes estudiantes es uno de los temas favoritos de la pornografía japonesa (Globe and Mail, 21 de mayo de 1982, p. 10).

[60] J. H. Court, "Pornography and Sex Crimes: A Reevaluation in Light of Recent Trends around the World", International Journal of Criminology and Penology, 5, pp. 129-157, 1977; "Sex and Violence: A Ripple Effect", en N. Malamuth y E. Donnerstein (dir.), Pornography and Sexual Aggression, Orlando, (Florida), Academic Press, 1984.

[61] Augustine Brannigan, "Is Obscenity Criminogenic?", Transaction Social Science and Modern Society, vol. 24, No 5, julio-agosto 1987, pp. 12-19. El artículo aparece en una serie de comentarios críticos sobre el informe de la Comisión Meese publicados en este número bajo el título de "Commentaries: Pornography and its Discontents".

[62] Op. cit., p. 4.

[63] Op. cit., p. 962.

[64] Para evitar muchos desvíos y ahorrar tiempo, puede encontrarse un resumen de esta cuestión en el libro de Edward Donnerstein, Danile Linz y Steven Penrod, The Question of Pornography, Research Findings and Policy implications. New York, The Free Press, 1987.

[65] Op. cit., p. 319.

[66] Podrá encontrarse una referencia a estas investigaciones y a muchas otras en Robert Athanasiou, "Pornography: A Review of Research", en Benjamín B. Worman y John Money (dir.), Handbook of Human Sexuatity, Englewood Cliffs (N. J.), Prentice Hall, 1980.

[67] Jan Mann, Jack Sidman y Sheldon Starr. "Evaluating Social Consequences of Erotic Films: An Experimental Approach", Journal of Social Issues. vol. 29, No 3,1975, pp. 113-131.

[68] Brannigan, op. cit., pp. 16-17.

[69] D. Byrne, F. Cherry, J. Lamberth y H. E. Mitchell, "Husband-Wife Similarity in Response to Erotic Stimuli", *Journal of* Personality, 41 pp. 385-393, 1973. Véase también Pornography Michelson, The Aesthetics of Pornography, Herder y Herder, 1971.

[70] Varios estudios tratan acerca de los criminales. Los clásicos son Michael J. Gotdstein, H. Kant y J. J. Hartman, Pornography and Sexual Deviance, Berkeley, University of California Press, 1973.

[71] Op. cit., p. 107.

[72] Según el Globe and Mail de Toronto del 24 de noviembre de 1984, una encuesta financiada por el Canadian Unity Information Office (sic) muestra que el 12 por 100 de la población canadiense cree que se trata de un problema social importante, y el 21 por 100 hace de ello un problema secundario, mientras que el 23 por 100 lo llama menor y el 36 por 100 cree que no hay ningún problema. En los Estados Unidos, en 1970, sólo el 2 por 100 de la población consideraba la cuestión de la pornografía como algo un poco preocupante, mientras que la Commission Meese no se arriesga y se apoya en una encuesta Gallup, en la cual la interrogación demuestra claramente que la pornografía es un problema, y pregunta a la gente si cree que la sociedad progresa en sus esfuerzos por atenuarla (op. cit., p. 934). Véase asímismo el resumen de Doris-Jean Burton, "Public Opinion and Pornography Policy", en Susan Gubar et Joan Hoff (dir.), For Adult Users Only, The Dilemma of Violent Pornography, Bloomington e Indianapolis, Indiana University Press, 1989, pp. 133-146.

[73] K. T. Strongman, The Psychology of Emotion, Chichester y col…, John Wiley and Sons, 1978, (2° ed.), p. 85.

[74] S. Gutierres, D. T. Kendrick y L. Goldberg, "Adverse Influence of Exposure to Popular Erotica: Effects on Judgments of Others and Judgment of One's Spouse", texto presentado en el encuentro anual de la Midwestern Psychological Association, Chicago, Illinois, 1985, citado en el informe de la Commission Meese, op. cit., p. 990. El mismo informe cita también una investigación de Hatfield y Sprecher (1983), pero sin dar la referencia exacta.

[75] Irving Kristol, "Pornography, Obscenity and the Case for Censorship", primero publicado en 1972, retomado luego en Eleanor S. Morrison, y Vera Borosage (dir.), Human Sexuality, Comtemporary Perspectives, Mayfield Publishing, 1977 (2° ed.), p. 363.

[76] Op. cit., p. 342.

[77] En cambio, se entiende fácilmente el interés de semejante argumento en un debate: ya que la "opinión histórica" parece haber relegado definitivamente la ley de prohibición como un error grosero de política social, alcanza con asociar a alguien para cubrirlo de ridículo o por lo menos para colocarlo en el rango de los ignorantes. Es a grandes líneas el razonamiento que comunican Louis A. Zurcher, R. G. Kirkpatrick, R. G. Cushing y C. K. Bowman, "Ad Hoc Antipornography Organizations and Their Active Members: A Research Summary", Journal of Social Issues, vol. 29, No 3, 1973, pp. 69-94, quienes resumen un "informe técnico" sometido a la comisión norteamericana de 1970.

[78] Citado por W. Cody Wilson, "Facts Versus Fears: Why Should We Worry About Pornography?", en Eleanor S. Morrison y Vera Borosage (dir.) Human Sexuality, Contemporary Perspectives, Mayfield Publishing, 1977 (2° ed.), pp. 340-361.

[79] Rousas J. Rushdoony, The Politics of Pornography, New Rochelle, Arlington House Publishers, 1974; citado por Richard A. Dienstbier, "Sex and Violence: Can Research Have it Both Ways?", Journal of Communication, vol. 27, N° 3, verano de 1977. pp.

176-188.

[80] Op. cit., p. 427.

[81] Hay que dejar a los especialistas de la ciencia política el trabajo de subrayar que aquí es donde la extrema derecha se junta con la extrema izquierda.

[82] A cuenta de la comisión norteamericana de 1970, op. cit., p. 80.

[83] Véase el informe del Comité Fraser, op. cit., p. 111.

[84] "Pornography and the Body in the US Sex/Gender System", comunicación en el Congreso Anual de la American Anthropological Association, en Chicago, en noviembre de 1987. Y en Carole S. Vance, "The Meese Commission On the Road", The Nation, 2-9, agosto de 1986.

[85] Agencia France Presse, American Press, 7 de febrero de 1990.

[86] Para no tomar más que un ejemplo, muy directamente ligado a nuestro tema, véase Fred. R. Berger, "Pornography, Sex and Censorship", Social Theory and Practice, 4 (2), 1977, pp. 183-209.

[87] Para un estudio de la pornografía como mercancía y los efectos de su prohibición, véase H. L. Fromkin y T. C. Brock, "Erotic Materials: a Commodity Theory Analysis of the Enhanced Desirability that May Accompagny their Invariability, Journal of Applied Social Psychology, 3, 1973, pp. 219-231; y sobre todo D. A. Zellinger, H. L. Fromkin, D. A. Speler y C. A. Kohn, "A Commodity Theory Analysis of the Effects of Age Restrictions upon Pornographic Materials", Journal of Applied Psychology, 60, 1975, pp. 94-99.

[88] Pero habría que verificar seriamente si, más allá de las malas lenguas que reciben la noticia de un cardenal muerto en un burdel o de un teleevangelista infiel, existe verdaderamente un lazo entre el consumo de la pornografía y su condena.

[89] Institut des Frères des Ecoles chretiennes, Cours d'instruction religieuse, Exposition de la Doctrine Chretienne, II partie — Morale, París, Procure générale des Frères des Ecoles chretiennes, 1894, p. 359.

[90] Wesley Cragg, Censure et Pornographie, Toronto , McGraw-Hill, 1990, p.96.

[91] La pregunta ha sido tomada de Kenneth Tynan, "Dirty Books Can Stay", en Nobile, P., op. cit., p. 145.

[92] W. Cody Wilson, op. cit., p. 356.

[93] Murray S. Davis resume este contraste con una ocurrencia, diciendo que el sexo

es la única actividad humana en la que los profesionales tienen un estatus social inferior al de los amateurs (en Smut, Erotic Reality/Obscene ¡deology, Chicago, University of Chicago Press, 1983, p. 136).

[94] Corriendo el riesgo de olvidar algunas contribuciones importantes, estos son los textos más influyentes en que esta crítica es desarrollada en sus principales detalles: Andrea Dworkin, Pornography: Men Possessing Women, New York, Pedigree Books, 1979; Kathleen Barry, Female Sexual Slavery, New York, Bantma, 1979; Laura Lederer (dir.), Take Back the Night, New York, William Morrow, 1980; Susan Griffin, Pornography and Silence, New York, Harper and Row, 1981; y el que tal vez sea hasta ahora el más detallado y el más desarrollado, Catherine A. Mackinnon, Feminism Unmodifted, Discourses on Life and Law, Cambridge, (Mass.), Harvard University Press, 1987; más localmente, Micheline Carrier, La Pornographie , base idéologique de l'oppression des femmes, Apostrophe 1, 1983, y la obra de Richard Poulin y Cécile Coderre, La Violence pornographique, la Virilité démasquée, Hull, Asticou, 1986.

[95] El mérito de haber sido las primeras en explorar ese tema le corresponde tal vez a Paula Johnson y Jacqueline D. Goodchilds en su original crítica de los informes técnicos de la primera comisión de investigación norteamericana (publicada bajo el título de: "Comment: Pornography, Sexuality, and Social Psychology", en Journal of Social Issues, vol. 29, No 3, 1973, pp. 231-238). Para estas autoras, la preocupación que produce la pornografía es menos una cuestión de violencia inmediata que una respuesta dudosa a la transformación de los roles sexuales en la sociedad.

[96] "Pornocratie", L'actualité, diciembre de 1983, pp. 101-105.

[97] "The Place of Pornography: Packaging Eros for a Violent Age", en Harper's Magazine, noviembre de 1984, pp. 31-45.

[98] Al principio un grupo de Mujeres contra la violencia en la pornografía, que se convirtió en Mujeres contra la pornografía, al que se le unieron diversos "grupos de hombres contra la pornografía", y finalmente por otros movimientos sin especificación de sexo y a veces con el apoyo de algunas agrupaciones sociales, organizaciones sindicales o profesionales.

[99] La prensa local señaló el acontecimiento. Como por ejemplo, bajo la firma de Calire Harting, en Le Journal de Québec, 8 de marzo de 1988, p. 8.

[100] Las excepciones son pocas y mal conocidas. Podría tomarse como ejemplo el libro de Yvon Boucher, La Femme foetale (Montréal, Orphée, 1985), en el que la autora se lanza en una diatriba acusando a esa crítica feminista de la pornografía de dar cuenta de una "verdadera neurosis del desarrollo sexual", de corresponder al "estadio narcisístico, al estadio de lactancia en que la genitalidad está totalmente excluida" y de reivindicar "estadios profundamente infantiles" (p. 54). Este texto no parece haber suscitado ningún debate.

[101] Dirigido por Laurie Bell y publicado por The Women's Press de Toronto, 1987,

el libro Good Girls/Bad Girls, Sex Trade Workers and Feminists Face to Face, es, a este respecto, notable en cuanto a la presentación de los resultados de una conferencia organizada por el Ontario Public Interest Research Group. Como lo indica el título, el objeto de esa conferencia era el de proponer una discusión de la política sexual entre mujeres cuyas prácticas a menudo son completamente extrañas.

[102] *Ibid. p*.182.

[103] Escuchado de una participante anónima en una discusión sobre pornografía en el contexto de un programa radiofónico de tribuna libre en la región de Quebec.

[104] Catharine A. Mackinnon, op. cit., p. 216,

[105] Véase, por ejemplo, el artículo de B. Ehrenreich, E. Hess y G. Jacobs, "A Report on the Sex Crisis", MS, marzo de 1982.

[106] "Censorship May Not Be Answer to Porn", CAUT Bulletin ACPU, febrero de 1984, p. 27.

[107] "The Body as Evidence, A Critical Review of the Pornography Problematic", Screen, vol. 23, No 5, noviembre-diciembre de 1982, pp. 38-60.

[108] Señalado por Newsweek, 'The War Against Pornography", 18 de marzo de 1985, p. 66.

[109] Varda Burstyn, "Who the Hell is 'We'?", en Bell, Laurie (dir.), Cood Girls/Bad Girls, Sex Trade Workers and Feminists Face to Face, The Women's Press de Toronto, 1987, p. 163.

[110] Nathalie Petrowski, Notes de la salle de rédaction, Montréal, Saint-Martin, 1983, pp. 248-254.

[111] Véase por ejemplo lo que dice al respecto el informe Badgley acerca de las infracciones sexuales en relación con los niños, Gobierno de Canadá, noviembre de 1984, vol. II, pp. 1274 a 1279.

[112] "Confessions of a Feminist Porn Programmer", Film Quarterly, vol. XXXVII, No 1, otoño de 1983, pp. 9-16.

[113] Hard Core: Power, Pleasure, and the "Frenzy of the Visible", University of California Press, 1989.

[114] Vance, Carole S (dir.), Pleasure and Danger, Exploring Female Sexuality, Boston , Routledge and Kegan Paul, 1984.

[115] Véase por ejemplo Gordon Hawkins y Franklin E. Zimring, Pornography in a

Free Society, Cambridge University Press, 1988.

[116] Politically Correct? Politically lncorrect?" en C. S. Vance (dir.) op. cit., pp. 138-148.

[117] "Thinking Sex: Notes for a Radical Theory of the Politics of Sexuality", en C. S. Vance (dir.) op. cit., pp. 267-319.

[118] Sexe, Pouvoir et Plaisir, Montréal, Les Editions du remue-ménage, 1989 (texto original inglés de 1985).

[119] "Retrenchment Versus Transformation: The Politics of the Antipornography Movement en Varda Burstyn (dir), Women Against Censorship, Vancouver y Toronto, Douglas and Mclntyre, 1985, pp. 107-120.

[120] Véase el resumen que de ello traza Ann Ruso, "Conflicts and Contradictions Among Feminists Over Issues of Pornography and Sexual Freedom", Women's Studies International Forum, vol. 10, No 2, 1987, pp. 103-112.

[121] Véase por ejemplo el artículo de Lois Gould, "Pornography for Women", New York Times Magazine, 2 de marzo de 1975, pp. 10-11.

[122] Barbara Faust, Women, Sex and Pornography, Harmondsworth, Pelican, 1980.

[123] Citada por Helen Hazen, Endless Rature, Rape, Romance and the Female Imagination, New York , Charles Scribner's Sons, 1983, p. 116.

[124] Ibid., p. 105.

[125] Histoire de la littérature érotique, París, Seghers, 1989, pp. 247 y 290.

[126] "Pornography: What Do We Want?", en Bell, Laurie (dir.), Good Girls/Bad Girls. op. cit, pp. 157-162.

[127] Mencionado por Ann McClintock, "Porn in the U.S.A., A Story Without a Climax", The Village Voice, Literary Supplement, vol XXXV, No 15, 10 de abril de 1990, pp. 16-17.

[128] Idem. El artículo es en gran parte un elogio del libro de Linda Williams, Hard Core: Power, Pleasure, and the "Frenzy of the Visible", University of California Press, 1989.

[129] Alfred C. Kinsey, W. B. Pomeroy, C. E. Martin y P. H. Gebard, Le Comportement sexuel de la femme, París, Amiot-Dumont, 1954, p. 488, en donde se dice que las variaciones en las reacciones sexuales de las mujeres son tan extendidas que "numerosas entre ellas son incapaces de comprender a las demás". Entre las investigaciones más recientes, véase en particular el contraste marcado entre dos hermanas que crecieron en

un mismo medio familiar en que la pornografía estaba muy presente, en Zella Luria, "Sexual Fantasy and Pornography: Two Cases of Girls Brought Up with Pornography", Archives of Sexual Behavior, vol. 11, No 5, 1982, pp. 395-404.

[130] En la entrevista que ofreció a Penthouse en abril de 1987, la única reacción de Andrea Dworkin a los análisis sin embargo considerables de Carole Vance de la universidad de Columbia se limita a afirmar: "I know who Vance is and what she does, and I don't agree with her point." En el imaginario de John Irving, esta dificultad en comunicar se encarna en una mujer que se hace cortar la lengua para luego acabar con su contradictor (The World According to Garp, 1976).

[131] Marie-Francoise Hans y Gilles Lapouge, Les Femmes, la Pornographie, l'Erotisme, París, Seuil, 1978, p. 113.

[132] Against Our Will: Men, Women and Rape, New York , Simon and Schuster, 1975, p. 323.

[133] Griffin , Pornography and Silence, Culture's Revenge Against Nature, New York , Harperand Row, 1981.

[134] "Histoire d'O, The Construction of a Female Subject", en Vance, op. cit., pp. 320-349.

[135] Gobierno de Canadá, Committee on Sexual Offences Against Children and Youths, Sexual Offences Against Children, Ottawa, 1984, citado en el informe de la Comisión Meese, op. cit., p. 1402. Véase también Ni Yang y Daniel Linz, "Movie Rating and the Content of Adult Videos: The Sex-Violence Ratio", en Journal of Communications, primavera de 1990, vol. 40, No 2, pp. 28-42, en donde los autores dicen que la violencia está ausente en el 53 por 100 de las películas pornográficas (clasificadas en los Estados Unidos X o XXX), pero sólo en un 3 por 100 de las películas clasificadas R.

[136] Op. cit., p. 101.

[137] Griffin , op. cit.

[138] Lisa Duggan, Nan Hunter y Carole S. Vance, "False Promises: Feminist Antipornography Legislation in the U.S.", en Varda Burstyn (dir.), Women Against Censorship, Vancouver y Toronto, Douglas and Mclntyre, 1985, pp. 130-151.

[139] Dan Georgakas, "Not a Love Story: An Interview with Bonnie Klein et Linda Lee Tracey", Cinéaste, vol. XII. No 3, 1983, pp. 6-10.

[140] Op. *cit*., p. 71.

[141] Policing Desire, Pornography, Aids and the Media, Minneapolis , University of Minnesota Press, 1987, sobre todo el capítulo 4, "Aids, Pornography and Law", pp.

58-76.

[142] Se encontrará un ejemplo de ello entre otros en el informe "Un doigt de porno?" de la revista Le Temps des femmes, No 15-16, verano de 1982, cuyo tono no tiene mucho que ver con los debates norteamericanos de la misma época.

[143] Véase a este respecto Y. Tremblay, "Une voix de femme, feministe et pornographe" en Imer R. A. et al, La Pornographie mise à nu, Montréal, Aurore/Univers, 1981. Margaret Atwood habla incluso de la pornografía agresiva: "En algunos hombres, esos lazos, esas cadenas, esas mordazas y otros artículos responden al inmenso poder de la sexualidad femenina sobre la imaginación masculina: no se hace eso con los perros, a menos que se les tenga miedo" (op. cit., p. 102).

[144] P. Bruckner y A. Finkielkraut, Le Nouveau Désordre amoureux. París, Seuil, 1977.

[145] Les Châteaux d'Eros, ou les Infortunes du sexe des femmes, París, Maspero, 1981, p. 299.

[146] Ídem, p. 324.

[147] What is To Be Done About Violence Against Women? Harmondsworth, Penguin, 1983.

[148] "Semio-Sex: The Pornographic Moment of Transgression and Desire", departamento de sociología y de antropología, universidad Carleton, Ottawa, 1989. Véase también The American Journal of Semiotics, vol. 6, No 4, 1990.

[149] Dicho un poco al paso, y para que el texto no se vuelva un tanto engorroso, la prueba más inmediata de la amplitud del tema nos la da la facilidad con que las interpretaciones recurren a Freud y a Marx, desde luego, pero también a Foucault, a Bajtin, a Irigaray e incluso a René Girard. La pornografía es indudablemente un buen ejemplo. Véase, entre muchos otros, la obra recientemente dirigida por Susan Gubar y Joan Hoff, For Adult Users Only, The Dilemma of Violent Pornography, Bloomington e Indianápolis, Indiana University Press, 1989.

[150] Entonces estudiante en el curso del primer ciclo "Investigación" del departamento de antropología de la universidad Laval.

[151] Isabelle Bricard, Saintes ou Pouliches, l'éducation des jeunes filles au XIX siècle, París, Albin Michel, 1985, p. 169.

[152] G. Kelly, Jeunesse moderne et Chasteté, Montréal, Collège et famille, 1946, p. 15.

[153] Micheline Carrier, La Pornographie , base idéologique de l'oppression des

femmes, Sillery, Apostrophe 1, 1983, p. 3, el subrayado es mío.

[154] Andrea Dworkin, " La Pornographie et le Deuil", Sorcières, No 18, diciembre de 1979, primeramente publicado en New Women's Times, vol.4, No 11, diciembre de 1978.

[155] The Sadean Woman, Londres, Virago, 1979.

[156] "Politically Correct? Politically Incorrect?" en C. S. Vance (dir.) op. cit., pp. 138-148.

[157] "Thinking Sex: Notes for a Radical Theory of the Politics of Sexuality", en C. S. Vance (dir.) op. cit., pp. 267-319.

[158] Lisa Orlando, "Bad Girls and 'Good' Politics", en The Viliage Voice, Literary Supplement, 1 (16), diciembre de 1982, p. 19. Paula Webster, "Pornography and Pleasure", en Heresies, 12, 1981, pp. 48-51. Los dos artículos están citados por Ann Ruso, "Conflicts and Contradictions Among Feminists Over Issues of Pornography and Sexual Freedom", Women's Studies International Forum, vol. 10, No 2, 1987, pp. 103-112.

[159] "Pornography: Image and Reality", en Varda Burstyn (dir.), op. cit., pp. 40-57.

[160] "Why is There No History of Pornography?", en S. Gubar y J. Hoff (dir.), op. cit.

[161] La imagen ha sido tomada de Claire Bretécher.

[162] La película 10, que fue el lanzamiento cinematográfico de Bo Derek, estaba basada en la noción de una clasificación de las mujeres a partir de una escala de perfección física y, por lo tanto, de atractivo, que determinaba que eran inferiores todas las personas clasificadas con 9 o menos. Resulta interesante señalar que el título de la película fue traducido en francés por Elle y que, así, todas las demás mujeres menos espectaculares que Bo Derek se volvían un poco menos o casi nada "elle".

[163] Lo cual no quiere decir que el argumento no tenga fundamento. En un artículo reciente, Zillmann y Byran concluyen que la pornografía tiene por efecto el de volver a los consumidores, mujeres y hombres, menos satisfechos de sus partenaires sexuales habituales; pero no están para nada seguros de que se trate de una relación causal o si la insatisfacción se está convirtiendo en una característica de la modernidad. (Dolf Zillmann y Jennings Bryan, "Pornography's Impact on Sexual Satisfaction", Journal of Applied Social Psychology, vol. 18, No 5, abril de 1988, pp. 438-453).

[164] "Smut, Erotic Reatity/Obscene Ideology, op. cit., en una pequeña nota, en la página 280.

[165] Más adelante, en otro contexto, volveremos a este libro de Alan Soble, Pornography, Marxism, Feminism, and the Future of Sexuaiity, New Haven y Londres, Yale

University Press, 1986.

[166] Policing Desire, Pornography, Aids and the Media, op. cit., p. 75.

[167] The Power of ¡mages, Study in the History and Theory of Response, Chicago , The University of Chicago Press, 1989.

[168] The Secret Museum, Pornography in Modern Culture, New York y Londres, Penguin Books, 1987.

[169] Kendrick, op. cit., p. 220.

[170] "The Sociology of the Pornography Debate", Philosophy of the Social Sciences, 17, 1987, pp. 257-275.

[171] J. Kiendrowski y J.M. van Dijk, op. cit.

[172] A. W. B. Simpson, op. cit.

[173] Walter Kendrick, The Secret Museum, Pornography in Modern Culture, Harmondsworth, Penguin Books, 1987, p. 237.

[174] Tch'ouen Ts'iou et Tso Tchouan, textos chinos y traducción francesa por S. Couvreur, 3 vol., París, 1951, T. III, p. 445, citado por Robert van Gulik, La Vie sexuelle dans la Chine ancienne, París, Gallimard, 1971 (1961), p. 53.

[175] Alexandrian, Historie de la littérature érotique, París, Seghers, 1989, pp. 19-20.

[176] Walter Kendrick, op. cit.

[177] David Foxon, Libertine Literature in England 1660-1745, New York , University Books, 1965, p. 5.

[178] Op. cit., p. 61.

[179] Véase Walter Kendrick, op. cit., p. 96, que se inspira ampliamente en los trabajos de Lucien Febvre y de Henri-Jean Martin acerca de los efectos sociales y culturales de la imprenta.

[180] Alexandrian, op. cit., p. 9.

[181] Jacques Solé, L'Amour en Occident à l'époque moderne, Bruxelies, Complexe, 1º ed., 1984, pp. 241-252 (Albin Michel, 1976).

[182] Esas comedias tal vez merecerían ser consideradas como representantes en la

época clásica de la pornografía moderna, puesto que se inspiran para burlarse muy directamente de autores ya consagrados oficialmente. Alexandrian (op. cit., p. 160) cita una imitación subida de tono de Corneille llamada La Nouvelle Messaline (1750), en la que la heroína se lamenta por no encontrar más que tres amantes impotentes: "Rage! O désespoir! O Vénus ennemie! / Étais-je réservée à cette ignominie? /… N'est-ce donc pas pour toi le plus sanglant affront, / Qu'on m'ait enfin réduite à me branler le con?" ("¡Rabia! ¡Oh desesperación! ¡Oh Venus enemiga! / ¿Me estaba reservada esta ignominia? /… ¿Acaso no es para ti la más sangrienta afrenta / Que me hayan reducido a masturbarme la concha?") La producción pornográfica siempre tuvo tendencia a adoptar el camino más fácil, el de la simple transcripción, sobre la que luego se le aplicará la obscenidad; en el siglo XVIII, en Francia, era imprescindible conocer a Corneille y la construcción de un alejandrino, mientras que en siglo XX basta con caricaturizar los temas de cuentos para niños o los personajes de telenovelas.

[183] Véase sobre este tema, Peter Wagner, "The Pornographer ¡n the Courtroom: Trial Reports about Cases of Sexual Crimes and Delinquencies as a Genre of Eighteenth-Century Erotica", en Paul-Gabriel Boucé (dir.), Sexuality in Eighteenth-Century Britain, Manchester University Press, 1982, pp. 120-140.

[184] Citado por Roy Porter, "Mixed feelings: the Enlightenment and Sexuality in Eighteenth-Century", en Boucé, op. cit., p. 9.

[185] Alexandrian, op. cit., p. 9.

[186] Edward A. Tiryakian, "From Underground to Convention: Sexual Anomie as an Antecedent to the French Revolution", en Current Perspectives in Social Theory, vol. 5, 1984, p. 289-307.

[187] Douglas J. Stewart, "Pornography, Obscenity, and Capitalism", The Antioch Review, vol. 35, No. 4, otoño de 1977.

[188] Angela Carter, The Sadeian Woman, London , Virago, 1979.

[189] Representada por primera vez en Berlín Oeste en 1964, a esta pieza se la conoce generalmente bajo el título de Marat/Sade, puesto que el título original es Die Verfolgung und Erdmordung Jean-Paul Marats dargestellt durch die Schauspielgruppe des Hospizes zu Charenton unter Anleitung des Herrn de Sade.

[190] Cita de 1894 retomada por Tannahill, op. cit., p. 276.

[191] Jeffrey Weeks, Sex, Politics and Society, The Regulation of Sexuality since 1800, Londres y New York, Longman, 1981, p. 85.

[192] Pompeiana: The Topography, Edifices, and Ornaments, Londres, 1824, citado por Kendrick, op. cit., p. 7.

[193] Steven Marcus, The Other Victorians: A Study of Sexuality and Pornography in Mid-Nineteenth Century England, Londres, Weidenfeld y Nicolson, 1967.

[194] Michel Foucault, Historie de la sexualité 1, La volonté de savoir, Bibliothèque des histoires, París, Gallimard, 1976, p. 192.

[195] Véase por ejemplo el excelente resumen de Jeffrey Weeks, op. cit.

[196] Extraído de G. Durand, "Structures et récurrences de l'imaginaire", en Histoire et Imaginaire, París, Poiesis, 1986, p. 143, citado por Annie Stora-Lamarre, L'Enfer de la III République, París, Imago, 1990, p. 65.

[197] Weeks, op. cit., p. 21.

[198] Véase por ejemplo Annie Stora-Lamarre, op. cit., y el artículo de Iain McCalman, "Unrespectable Radicalism: Infidels and Pornography in Early Nineteenth Century London", en Past and Present, No. 104, agosto de 1984, pp. 74-110.

[199] Para no citar más que algunos ejemplos, mencionemos los trabajos de Christopher Lasch, Louis Dumont, Daniel Bell, Richard Sennett, Jean Baudrillard, Alvin Toffler, John Naisbitt, Gilles Lipovetsky y Alain Renaud. Es necesario, sin embargo, restringirse pues la abundancia de comentarios sobre la modernidad esconde a veces la trampa señalada en la introducción, y el excesivo crecimiento de la pornografía y de la sociología parecen responder a una misma tendencia de comunicar por comunicar.

[200] The Fall of Public Man. On the Social Psychology of Capitalism, New York , Vintage Books, 1978 (Les tyrannies de l'intimité, París, Seuil, 1979).

[201] Gilles Lipovetsky, L'Ere du vide, Essais sur l'individualisme contemporain, Gallimard, 1983, p. 275.

[202] "L'Individualisme narcissique", en Critère, No. 40, otoño de 1985, p. 71.

[203] The Culture of Narcissism, New York , Warner Books, 1979 (Le Complexe de Narcisse, París, Laffont, 1980).

[204] Op. cit., p. 82.

[205] Op. cit… p. 116.

[206] Les Dix Commandements de l'avenir, Paris/Montréal: Sand-Primeur, 1984, 320 (Megatrends, New York, Warner Books, 1982).

[207] Sólo en Québec habría en la actualidad unas 50.000 asociaciones y agrupaciones de toda clase y ese número experimentaría una constante progresión (Le Soleil,

19 de noviembre de 1989, p. B-1).

[208] Op. *Cit*., p. 298.

[209] Sin duda, esa actitud prepara muy malas sorpresas, una vez que la ecología dejará de ser una simple moda y que se tomará conciencia de que la historia natural nunca obedeció a nuestro efímero ritmo.

[210] Según un informe de la Agencia France Presse de abril de 1985, el año 1983 marca el momento crucial en que las personas que viven solas pasan más tiempo mirando la televisión (40,25 horas por semana) que trabajando (40 horas).

[211] Varias fuentes dan cuenta de esta misma tendencia. Estas cifras particulares provienen de *I*SR Newletter, Institute for Social Research, The University of Michigan, Otoño de 1984, p. 3. Amitai Etzioni predice ni más ni menos que la familia desaparecerá en los Estados Unidos en el año 2008; en An inmodest Agenda: Rebuilding America Before the 21 st Century, New York, McGraw-Hill, 1982.

[212] Gilles Lipovetsky, L'Empire de l'éphémère, la Mode et son destin dans les sociétés

modernes, París, Gallimard, 1987, p. 336. Por otra parte, se señala que en París solamente viven en la actualidad un millón y medio de personas solas, lo cual ha sido suficiente como para decidirse a hacer la primera "feria para solteros".

[213] Un estudio de la universidad de Harvard citado por el semanario This Week in Business en septiembre de 1989 predecía que el valor de las casas en los Estados Unidos podría experimentar una baja del 50 por 100 en el curso de los próximos 20 años, debido a la caída de la natalidad y el aumento del número de solteros. Una de las soluciones consideradas sería la de transformar esas casas en habitaciones o en pequeños departamentos.

[214] Francois-Bernard Huyghe y Pierre Barbès, La Soft-idéologie , París, Robert Laffont, 1987, p. 209.

[215] L'Ere du vide, op, cit… p. 52.

[216] Podrá encontrarse un ejemplo de este debate y algunas referencias bibliográficas en un bastante vivo intercambio entre Louis Dumont y André Béteille publicado por Current Anthropology, vol. 28, No 5, diciembre de 1987. pp. 669-677.

[217] Op. cit. p. 175.

[218] A l'ombre des majorités silencieuses, ou la fin du social, Fontanais-sous-Bois, Cahier d'Utopie quatre, 1978, p. 109.

[219] "The Great American Variety Show" en el New York Review of Books, 2 de

febrero de 1984, pp. 36-40. Lasch presenta allí una reseña crítica del libro de Peter Clecak, America's Quest for the Ideal Self: Dissent and Fulfillment in the Sixies and Seventies, Oxford University Press, que cuestiona la visión pesimista de la modernidad.

[220] En cambio, esta investigación puede resultar fascinante para todo aquel al que le interesa poner en duda todo. Pues sin duda es el imperio de la duda y de la ambigüedad. El efímero Boy George afirmaba: "No soy un homosexual, pero también reconozco que no soy un heterosexual". Mientras, Michael Jackson parece estar obligado a mantenerse eternamente vacilando entre los sexos, entre las edades y entre todas las pigmentaciones. James Dean, Marilyn Monroe, Humphrey Bogart, absolutamente todos los modelos parecen tener que volverse populares, incluso Lawrence de Arabia.

[221] Paul Virilio (dir.), Le Pourríssement des sociétés, Paris , Union générale d'éditions, 10/18, 1975.

[222] "Straged Sexuality", en Nobile, Philip (dir), op. cit., pp. 184-187.

[223] Pensées, nueva edición, por Philippe Sellier, Mercure de France, 1976, p. 93.

[224] Annie Le Brun, Soudain un bloc d'abîme, Sade, París, Jean-Jacques Pauvert, 1986, pág. 18.

[225] Tom Wolfe, The Pump House Gang, cap. 3, "King of the Status Dropout", Farrar, Straus and Giroux, 1968.

[226] No se trata de denunciar aquí la visión masculina y heterosexual de la filosofía Hefner, sobre la que volveremos más adelante. Si el modelo fuera femenino, de todos modos a los ojos de los mismos críticos sería igualmente fragmentado y despersonalizado. Por lo demás, acaso habría que ver la historia de la familia, puesto que el imperio Playboy en la actualidad está dirigido por Christie Hefner, heredera de su padre.

[227] Entre otros ejemplos, véase EdwinM. Schur, The Americanization of Sex, Philadelphia , Temple University Press, 1988. Y también, Ashley Montagu y Floyd Matson, The Dehumanization of Man. En la mayoría de los casos, estas protestas humanistas denuncian una visión demasiado vulgar y demasiado limitada de la sexualidad y dan cuenta del hecho de que los intelectuales afirman que la pornografía moderna no les gusta mucho.

[228] Susan Sontag, "The Pornographic Imagination", Partisan Review, XXXIV, 2, pp. 181-212.

[229] Jean Baudrillard, De la séduction, l'horizon sacré des apparences, Paris, Denoël, Méditations, 1979, p. 53.

[230] No obstante, esta confusión sigue siendo bastante corriente. Así, cuando los responsables de la Salud en Finlandia propusieron recientemente la creación de "vacaciones de sexo" con el objeto de atenuar la tensión y el estrés de la vida moderna, la sugestión se

limitaba a "ambientaciones eróticas", lugares llenos de "productos", "libros, revistas, películas, arte" y la distinción sólo es introducida al final del informe, cuando se sostiene que "el paciente o la paciente deberá encontrar su propio partenaire sexual" antes de irse de vacaciones (Reuter, 23 de febrero de 1989).

[231] Una versión previa de esta sección fue presentada durante el séptimo coloquio de la Association québécoise des études cinématographiques. Véase Claude Chabot y Denise Périusse (dir.*), Cinéma et Sexualité,* actas del séptimo coloquio, Québec, Prospec, 1988, pp. 157-161.

[232] Les Films de ma vie, Flammarion, 1975, p. 18.

[233] Estos planos de eyaculación al exterior del cuerpo del otro han sido interpretados a veces como una marca de importancia del placer del macho, o como una prueba de sexo gratuito, pues no busca la fecundación. Pero como esos planos son igualmente importantes en la pornografía homosexual, la razón más simple parece ser la mejor: mostrar el éxito del acto y probar de ese modo que el sexo mostrado es verídico y creíble.

[234] Jean Baudrillard, Les Stratégies fatales, París, Grasset, 1983, p. 85. (La frase ha sido retomada del texto De la séduction, op. cit., p. 54.)

[235] The American Dream and the Zoo Story, New York, Signet, 1958, p. 27, citado porM.S. Davis, op. cit., p. 85.

[236] Murray S. Davis sugiere que la dosis ideal ha sido alcanzada por el teatro "burlesco" norteamericano en espectáculos que oscilaban con mucha precisión entre la tensión sexual creada por los streep-teases y el relajamiento humorístico de los actores (op. cit., p.229). Pero sin confundir nunca los dos géneros.

[237] Les Stratégies fatales, op. cit., p. 151.

[238] Véase por ejemplo la ilustración de un espectáculo presentado en Chicago en 1941, donde una sala de hombres blancos contempla la desnudez de bailarinas ninguna de las cuales tiene la piel blanca, en D'Emilio, John y Estelle B. Freedman, op. cit., p.51.

[239] Despacho de la Agencia France Presse, 3 de noviembre de 1984.

[240] Op. cit., pp. 278-279.

[241] John Berger, Ways of Seeing, Harmondsworth, Penguin, 1972; y About Looking, Londres, Writers and Readers Cooperative, 1980.

[242] Susanne Kappeler, The Pornography of Representation, Minneapolis , University of Minnesota Press, 1986.

[243] Nancy Huston, Mosaïque de la pornographie, Marie-Thérèse et les autres, París, Denoël/Gonthier, 1982.

[244] Griffin, op. cit.

[245] La Littérature et le Mal, París, Gallimard, 1957.

[246] "L'universalité du principe masculin par le biais de la pornographie", Revue québécoise de sexologie, vol.2, No.4, 1982, pp.217-226.

[247] Citada por Kathleen Barry, L'esclavage sexuel de la femme, Stock/F, 1979, p. 348.

[248] "Un nouvel art d'aimer?", en Le Semblant/Vl Congrès International de Psychanalyse, Milán, 28-31 enero de 1981, París, Galilée/Spirali, 1981, pp.51-79.

[249] "Blessures de virilité", en Le Genre humain, 19, Le Masculin, Bruxelles, Complexe, 1984, p.39.

[250] "Le pénis facial" en Le Genre humain, 10, Le Masculin, Bruxelles, complexe, 1984, p. 17.

[251] Se trata aquí de un postulado aun más elemental, señalado por Murray S. Davies (*op. cit.*, p. 287, nota 7): el derecho al veto sobre la actividad sexual comúnmente es atribuido a las personas seductoras antes que a las que las miran y las desean y lo que les toca en la vida corre el riesgo de ser la frustración perpetua. Si un día hubiera que invertir los papelesy los seducidos obtuvieran el derecho al veto sobre los seductores se produciría una revolución en la industria de los cosméticos que sin duda inventarían rápidamente todos los medios para afearse.

[252] Sobre esta obsesión de la amenaza femenina, véase por ejemplo el estudio considerable aunque un tanto repetitivo de Bram Dijkstra, Idols of Perversity, Fantasies of Feminine Evil in Fin-de-Siècle Culture, Oxford, New York, Oxford University Press, 1986.

[253] Michèle Sarde, Regard sur les Françaises, Stock, 1983, p. 431.

[254] Murphy, Robert, "Man's Culture and Woman's Nature" Annals of the New York Academy of Sciences, 1977, 293, pp. 15-24.

[255] Huston, op. cit., p. 125, nota.

[256] Griffin, op. cit.

[257] Simone Debout, "Légitime défense, légitime entente: Sade et Fourier", *Li*bre, 77-1, pp. 202-246 y *Li*bre 78-4, pp. 137-191.

[258] Pornography, Marxism, Feminism, and the Future of Sexuality, New Haven y Londres, Yale University Press, 1986.

[259] Las informaciones que configuran la base de este capítulo han sido casi exclusivamente tomadas del trabajo de Devangana Desai, Erotic Sculpture of India, A socio-cultural study, New Delhi, Munshiram Manoharlal Publishers, 1985 (2da. ed.). La versión original es una tesis de doctorado presentada por madame Desai en la universidad de Bombay en 1970.

[260] Por el contrario, en julio de 1988, la edición ultramar del Quotidien du Peuple señalaba el descubrimiento efectuado por arqueólogos chinos en Mongolia interior de más de cien frescos murales que datan de más de tres mil años y que "describen la vida sexual de los seres humanos". El diario concluía que "esto prueba que los habitantes de esta región tenían un culto al sexo", sin ninguna otra explicación.

[261] En pocas palabras, debido a que los actos sexuales ilustrados corresponden mal a lo que se enseña habitualmente a los niños, debido a que cualquiera podía entrar al templo y no sólo los fieles que merecerían un test y, finalmente, a que el interior de los templos a menudo está decorado igual que el exterior.

[262] Lo cual recuerda la evolución del taoísmo chino, tal como ha sido descrita por Roben Van Gulik (*La Vie sexuelle dans la Chine ancienne*, Paris, Gallimard, 1971 (1961), p. 388, donde una preocupación original relativa al derroche de esperma y un interés por el "vampirismo sexual", es decir la capacidad de atribuirse una parte de las fuerzas de sus partenaires sexuales, degeneran progresivamente hacia una preocupación mucho más material de la impotencia sexual y el comercio de sus remedios.

[263] Niloufer Ichaporia, "Tourism at Khajuraho, An Iridian Enigma?", en Annals of Tourism Research, vol. 10, pp. 75-92, 1983.

[264] Ibid., p.85.

[265] No será cuestión aquí de entablar un debate en el terreno de la exégesis, en el que somos muy ignorantes. Nuestras fuentes se limitan a los trabajos síntesis de Monique Alexandre, Le Commencement du livre Genèse I-*V*, La version grecque de la Septante et sa réception, Paris, Beauchesne, 3988, Gordon J. Wenham, Word biblical commentary, volume 1, Genesis 1-15, Waco, Texas, Word Books, 1987, Daniel A. Bertrand, La vie grecque d'Adam y d'Eve, Paris, Jean Maisonneuve, 1987, y U. Cassuto, A commentary on the book of Genesis, Jérusalem, The Magnes Press, The Hebrew University, 1961.

[266] Para un ejemplo de humanismo cultivado y de muy buen gusto frente al erotismo, véase F. González-Crussi, On the Nature of Things Erotic, San Diego, New York, Londres, Harcourt Brace Jovanovich, 1988.

[267] Lo que no quiere decir que el ejercicio sea inútil o desagradable. Véase por ejemplo el artículo de William N. Stephens, "A Cross-Cultural Study of Modesty", Science

Notes, 7, p. 1-28, 1972; o la obra J. C. de Bologne, Histoire de la pudeur, París, Olivier Orban, 1986; o incluso la obra colectiva dirigida por O. Burgelin y P. Perrot (dir.), "Parure, pudeur, étiquette", Communications, No. 46, París, Seuil, 1987.

[268] J. C. de Bologne, op. cit., p.75.

[269] "Social Distance and the Veil", en Ferdinand D. Schoeman (dir.), Philosophical Dimensions of Privacy: An Anthology, Cambridge University Press, 1984, pp.34-55 (publicado antes en American Anthropologist 66 (6, pt.I) pp. 1257-1274, 1964).

[270] El análisis de Murphy ha sido posteriormente corregido por Dominique Casajus, quien utiliza una etnografía mucho más sólida para explicar además por qué las mujeres tuareg no usan velo y cómo esta reserva velada sigue siendo incomprensible, sin tener en cuenta la necesidad, específicamente masculina, de protegerse de la constante amenaza de los espíritus. Es muy probable que Casajus tenga toda la razón y que el análisis de Murphy no dé cuenta de la complejidad de la situación, pero la tesis general de Murphy sigue estando intacta en su mayor parte ("Why Do the Touareg Veil Their Faces?", en R. H. Barnes, Daniel De Coppet y R. J. Parkin, (dir.), Contexts and Levels, Anthropological Essays on Hierarchy, Oxford, Jaso, 1985, pp.68-77).

[271] Irving Goffman, Les Rites d'interaction, París, Minuit, 1974, p.94.

[272] Ídem, p. 199.

[273] Por ignorancia tanto como por aversión, habrá que dejar a otros la tarea de retrazar los lazos reales y simbólicos entre la boca, la mirada, la *fellatio*, el psicoanálisis, el ano, el pene y la mirada masculina (que explicaría por qué todas las encuestas están de acuerdo en afirmar que el más seductor de todos los hombres inimitablemente tiene una "mirada dulce"), la obscenidad de desvestir a alguien en público y el pánico frente a la obligación de tener que hablar en público, la expresión "sur la sellette" ("en el banquillo") que significa hacer confesar y que hace alusión a un pequeño asiento de madera y a la evacuación por vías naturales, y el hecho de que, sin siquiera soñar en las dificultades del aprendizaje del tocador ("toilette"), la palabra "selle" (silla, montura, deyección, retrete) está bastante cerca de la palabra "self", un anglicismo que los franceses han adoptado en verdad muy rápidamente.

[274] Le Catéchisme des Províńces Ecclésiastiques de Québec. Montréal et Ottawa, Sherbrooke, Les Editions Saint-Raphaël, 1976 (reimpresión integral del texto de 1944).

[275] En Anne Sentuc. "Le Regard solitaire du voyeur", Psychologies, No. 21, abril 1985, p.24.

[276] La obra de referencia clásica en antropología de la sexualidad, C. S. Ford y F. A. Beach, Patterns of Sexual Behaviour, Londres, Methuen, 1965 (publicado antes por Eyre Spottiswoode en 1952), consagra un breve capítulo a la autoestimulación que no hace más que enumerar los raros informes etnográficos acerca de un sujeto que, al no ser muy

importante y muchas veces muy privado, sigue siendo seguramente mal conocido.

[277] Todo esto está muy bien dicho en el tercer capítulo del libro de Claude Lévi-Strauss, Les Structures élémentaires de la parenté, Paris, PUF, 1949.

[278] A. Hesnard, en Ellis, Havelock, Etudes de la psychologie sexuelle, París, Cercle du livre précieux, 1964, p. 163.

[279] Hesnard decía que los jóvenes árabes, sexualmente más libres, se masturban menos que los jóvenes judíos de educación religiosa estricta y muy púdica. (La Sexologie, Paris, Petite Bibliotheque Payot, 1959, p.287). Y Kinsey, que escandalizó a los Estados Unidos revelando la amplitud de la práctica, explicaba la frecuencia y la importancia de la masturbación por el hecho de que la sociedad norteamericana era relativamente puritana.

[280] Gladys A. Reichard, Navaho Religion, A Study of Symbolism, vol.I, Bollingen Series XVIII, New York, Pantheon Books, 1950, p. 31.

[281] Les Structures élémentaires de la parenté, op. cit.

[282] Ídem, capítulo III.

[283] Reay Tannahill, Le Sexe dans l'histoire, París, Marabout, 1980, p. 115.

[284] Jean-Louis Flandrin, Le Sexe et l'Occident, París, Seuil, 1981, p.259.

[285] Véase Jacques Solé, L'Amour en Occident à l'époque moderne, Bruxelles, Complexe, 1984, p.108-109 (primera edición, Albin Michel, 1976).

[286] Véase sobre este tema Roger-Henri Guerrand, "Le Temps des castrés", en Geneviève Delaisi de Parseval (dir.), Les Sexes de l'homme. Paris, Seuil, 1985, pp. 17-37.

[287] G. J. Barker-Benfield, The Horrors of the Half-Known Life, Male Attitudes toward Women and Sexuality in Nineteenth Century America, New York , Harper et Row, 1976.

[288] Onanisme avec troubles nerveux chez deux petites filles, París, Solin, Petite bibliothèque des étonnements, 1978 (antes publicado en 1882 en la muy seria revista L'Encéphale, "diario de enfermedades mentales y nerviosas").

[289] Ídem, p.58.

[290] Citado por Guerrand, op. cit., p.23.

[291] Georges Falconnet y Nadine Lefaucheur, La Fabrication des mâles, Paris ,

Seuil, Points, 1975, p. 136.

[292] Paris, Grande Libraire medícale A. Maloine, 1925.

[293] Citado por Faligot y Kauffer, op. cit., p.213.

[294] En un reportaje titulado "Sexualidad de los franceses: fantasmas y realidades", el semanario Le Point del 1° de febrero de 1987 mencionaba (p. 56) un efecto imprevisto de la antigua vergüenza del onanismo; resulta casi imposible llevar a los estudiantes o a los conscriptos a que den semen a la ciencia, y a los centros de conservación y de estudio de esperma les faltan jóvenes dadores.

[295] Manfred F. De Martino (dir.), Human Autoerotic Practices, New York , Human Sciences Press, 1979. Albert Ellis ha escrito entre otras cosas el prefacio y el capítulo 18, "The Art and Science of Masturbation", Morton Hunt, el capítulo 17, "Changes in Masturbatory Attitudes and Behavior" y Betty Dodson, el capítulo 12, "Masturbation as Meditation".

[296] Marie Chevret-Measson, "Le Toucher", en Nadine Grafeille, Mireille Bonierbale y Marie Chevret-Measson, Les Cinq Sens et l'Amour, París, Roben Laffont, 1983, p. 184.

[297] André Béjin, "Crépuscule des psychanalystes, matin des sexologues", en! Phil ¡ppe Ariès y André Béjin (dir,), Sexualités occidentales, Communications, 35, Paris, Seuil, Points, 1982, p. 215, nota 54.

[298] "Le Pouvoir des sexologues et la Démocratie sexuelle" en P. Ariès y A. Béjin, op. cit.

[299] En W. H. Masters, V. E. Johnson y R. J. Levin, L'Union pour le plaisir, París, Robert Laffont, 1974, p.35, citado por A. Béjin, en P. Ariès y A. Béjin, op. cit., p.238.

[300] Albert Ellis, "The Art and Science of Masturbation" en De Martino (dir.), op. cit., p.254.

[301] Susanne Sarnoff e Irving Sarnoff, Masturbation and Adult Sexuality, New York, M. Evans, 1979, p.17, citados por EdwinM. Schur, The Americanization of Sex. Philadelphie, Temple University Press, 1988, p.62.

[302] Betty Dodson, "Masturbation as Meditation" en De Martino, op. cit., p. 166-168.

[303] Véase para ese tema J. C. Messenger, "Sex and Repression in an Irish Folk Community" y D. S. Marshall, "Sexual Behavior on Mangaia", ambos en D. S. Marshall y R. C. Suggs (dir.), Human Sexual Behavior, Variations in the Ethnographic Spectru, New

York, Londres, Basic Books, 1971.

[304] Véase G. Heider, K. "Dani Sexuality: A Low Energy System", en Man, vol. 11, 2, 1976.

[305] Dos libros que han alimentado ese debate: Liz Hodgkinson, Sex is Not Compulsory, Columbus Books, 1986 y Celia Haddon, La Véritable Harmonie sexuelle du couple, Paris, J.C. Lattès, 1984 (The Limits of Sex, 1982).

[306] Paris, Autrement, 1984.

[307] Agence France Presse, 16 de enero de 1985.

[308] Mort de la famille, Paris, Seuil, 1972, p.9, citado por Béjin, op. cit., p. 15 (Death of the Family, 1971).

[309] Notre-Dame-des-Fleurs, Oeuvres complètes, II, Paris, Gallimard. 1951, p.69.

[310] L'Art et la Science de l'amour, Paris , Laffont, 1967.

[311] Las informaciones etnográficas que siguen provienen de Curt Nimuendaju, The Sherente, Los Angeles, Frederick Webb Hodge Publications Fund, 4, 1942. Thomas F. Portante completó una memoria de segundo ciclo, como se dice "bajo mi dirección", que llevaba el título de "Contribution to South American Semiology: A Study of the Role of the Great-Anteater in South American Mythology" en la universidad McGill en 1977, y su análisis, como tantos otros, se inspira directamente de los trabajos de Claude Lévi-Strauss, en particular Du miel aux cendres, (París, Plon, 1966).

[312] La información, citada por Portante, op. cit., p. 10, viene de B. J. Susnik, Estudios Emok-Toba. Parte 1ra: Fraseario. Boletín de la Sociedad científica del Paraguay, vol. VII-1962, Etnolingüística 7, Asunción, 1962.

[313] Que se podrá encontrar en Lévi-Strauss, op. cit., p. 112, quien la toma de C. Nimuendaju, The Tukuna, UCPAAE, vol. 45, Berkeley-Los Angeles, 1952.

[314] "The Pornography of Death", Encounter, octubre de 1955.

[315] Essais sur l'histoire de la mort en Occident du Moyen Age à nos jours, París, Seuil, 1975. Véase también N. O. Brown, Life Agains Death, Wesleyan University Press, 1959; E. Becker, The Denial of Death, New York, Free Press, 1973; y R. J. Lifton, The Broden Connection, New York, Harper, 1983.

[316] Le Sexe et la Mort, Seuil, Odile Jacob, 1986, p. 270.

[317] Historie de la sexualité 1, La volonté de savoir, París, NRF, Gallimard, 1976, p.

[318] The last Taboo: Sex and the Fear of Death, New York , Doubleday, 1979.

[319] "Thanatophobic Man", Anthropology Today, vol. 5, No 2, abril de 1989, pp. 11-14. Debido a que la idea no deja de tener consecuencias para la construcción cultural de la femineidad, ha sido desarrollada con atención por numerosos analistas feministas; véase por ejemplo, D. Dinnerstein, The Mermaid and the Minotaur, New York, Harper, 1976, y W. D. O'Flaherty, Women, Androgeny and Other Mythical Beast. Chicago, University of Chicago Press, 1980.

[320] A este respecto, véase el breve aunque interesante artículo de Christiane Robitaille, "L'Infirmière et la Pornographie ", en Possibles, vol. 13, No 4, otoño de 1989, pp. 57- 65. " Associated Press, agosto de 1985.

[321] Associated Press, agosto de 1985.

[322] El texto clásico sobre el tema sigue siendo Robert Hertz, "Contribution à une étude sur la représentation collective de la mort", Année sociologique, 10, 1907, pp. 48-137. También se encontrará un resumen reciente en Phyllis Palgi y Henry Abramovitch, "Death: A Cross-Cultural Perspective", Annual Review in Anthropology, 13, 1984, pp. 385-417.

[323] L'Homme et la Mort, París, Seuil, 1976, p. 304 (primera edición en Buchet et Chastel, 1951); las itálicas corresponden al texto.

[324] "Pudeur et Pornographie", Contraception -fertilité — sexualité, vol. 13, No 5, 1985, pp. 773-777.

[325] Op. cit., p. 11.

[326] El despacho proviene de la Agencia France Presse (30/12/87): la sociedad newyorkina Creative Programming Inc. tiene mucho éxito con "Toutou-vidéo", que muestra un perrito amigable, jovial y siempre limpio, "Minou-vidéo", menos obediente pero que ronronea, y "Bebé-vidéo", al que el espectador puede hacerle algunas preguntas y que incansablemente se lleva la cuchara a la boca, señala con el dedo, gatea a cuatro patas, lanza una pelota, balbucea y lloriquea.

* Hasta donde me ha sido posible inquirir, no existe en castellano una palabra equivalente a *urolagnie*, término que se define como un "comportamiento sexual desviado, ligado a una erotización anormal de las funciones urinarias" (Petit Robert), (N. del T.)

Table of Contents